LIBROdot.com

HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE

ZANE GREY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Estaba escrito que en el camino de mi afán por escribir la historia romántica del gran Oeste habría de tropezar por último con la leyenda de una contienda sangrienta. Largo tiempo he evitado escollos, mas al fin he llegado a él v he de vencerlo impulsado por mi deseo de hacer la crónica de los eventos emocionantes de la época de la colonización.

Aun hoy es imposible viajar por los remotos rincones del Oeste sin advertir en el ambiente de la vida de sus moradores las huellas de un pretérito lleno de luchas. ¿Cómo ha de ser posible relatar la verdad sobre la colonización del Oeste dejando aparte las luchas, las peleas, el vertimiento de sangre humana? Eso sería imposible. ¿Cómo puede una novela ser emocionante como aquella agitada época si no contiene hechos de verdadera sensación? Los largos años de mi labor los he dedicado por entero a hacer que mis narraciones respiren la época que describen. Yo he amado el Oeste por su inmensidad, por sus contrastes, por sus bellezas, por su abigarrada vida, por su selvatiquez y su violencia, y también por el hecho de haber visto que el Oeste ha creado grandes hombres i, mujeres que murieron ignorados, sin que poeta alguno cantara su loor.

En esta época de materialismo, en nuestro siglo de realismo práctico, vivo, afanoso, no hay, al parecer, lugar para el poeta romántico, no hay sitio siquiera para el romanticismo. Durante muchos años, los acontecimientos que llevaron a la guerra mundial fueron realistas, la misma guerra fue de un horrendo realismo y los resultados de ella en nada han variado las cosas. Romanticismo no es sino otro nombre por idealismo, y sostengo que una vida sin ideales no vale la pena ser vivida. Nunca en la historia de la humanidad han sido tan necesarios como

ahora los ideales. Walter Scott escribió romanticismo; lo mismo hizo Víctor Hugo, y también Kipling, Hawthorne, Stevenson.

Sobre todo, este último blandió la espada contra los realistas. Viven las gentes por el ensueño que hay en su corazón. Y aún he de encontrar al hombre que no tenga un anhelo secreto, una esperanza, por borrosa que sea, una ventana pintada que da sobre el alma. Mas al oírlos hablar, al leer lo que escriben, diríase que su vida no contiene nada significante. Y, sin embargo, aman, esperan, sueñan, luchan debatiéndose con el ensueño en su corazón lo mismo que todos. Porque todos somos soñadores, no porque malgastemos el tiempo soñando con los ojos entornados, sino por lo que respecta a la significación de la vida que nos hace continuar trabajando.

Fue Wordsworth quien escribió: «El mundo está demasiado con nosotros», y si yo pudiera decir en pocas palabras el secreto de mi ambición como novelista, esa cita la contendría. Mi inspiración para escribir, siempre ha tenido por origen la Naturaleza. Los caracteres y los acontecimientos están subordinados al ambiente. En todo lo que he hecho, he tratado de que la gente vea que el mundo está demasiado con ellos. Quebrantan sus fuerzas acumulando y gastando, sin respirar jamás la libre y maravillosa vida de los grandes espacios abiertos.

Vuelvo al punto esencial de este prólogo, en el que deseo relatar por qué y cómo ha sido que yo escribiera la historia de una contienda que es famosa en Arizona con el nombre de la guerra de Pleasant Valley.

Hace algunos años me dijo Harry Adams, rico ganadero de Vermajo-Park, del Estado de Nuevo Méjico, que había estado en la Cuenca del Tonto y que era de la opinión que yo podría hallar allí material muy interesante acerca de la guerra de Pleasant Valley. Su relato sobre esta contienda entre los propietarios de ganado vacuno y los de ganado ovejuno despertó en mí la decisión de estudiar el asunto más a fondo. Mi viejo guía Al Doyle, de Flagstaff, habíame conducido por casi toda

Arizona, mas nunca me llevó a aquella maravillosa y abrupta cuenca selvática que se extiende entre la meseta Mogollón y los montes Mazatzals. Doyle había vivido mucho tiempo en la Frontera y su relato acerca de la guerra de Pleasant Valley difería de un modo notable del informe del señor Adams. Hice indagaciones acerca de otros sobrevivientes de la época y lo que me dijeron despertó aún más mi curiosidad.

Doyle y yo hallamos en aquella cuenca la región más selvática, más abrupta y más notable que habíamos visto; los pocos habitantes de ella eran como el paisaje. Fingí que me llevaba allí mi afición a la caza de osos, jaguares y pavos silvestres, mas la verdadera caza era para mí la historia de la guerra de Pleasant Valley. Contraté los servicios de un cazador de osos que tenía tres hijos fornidos, todos hombres tan orgullosos, raros y reservados como aquél. A muchas millas en derredor de su cabaña de troncos no se distinguían huellas de ninguna clase de vehículos. Pasé dos meses maravillosos en aquellos bosques, dedicándome a la caza y a admirar la belleza y la magnitud de la región Rim Rock, mas, al marcharme, sabía tanto de la guerra de Pleasant Valley como antes. Aquellos tejanos y sus contados vecinos, del Estado de Tejas como ellos, no habían querido hablar. Sin embargo, todo lo que vi y sentí aumentó mi entusiasmo. Aquella excursión fue en otoño del año 1918.

Al año siguiente volví a salir con los mejores caballos, el mejor equipo y los mejores hombres que Doyle pudo hallar. Y esta vez no hice ninguna pregunta. Pero cabalgué -utilizando a veces caballos que eran demasiado salvajes para mí- con el fusil a mano recorriendo muchos cientos de millas, con frecuencia treinta y hasta cuarenta en un día; bajé a profundísimos cañones pegándome desesperadamente a los talones de alguno de aquellos tejanos de piernas largas. Llegué a conocer a fondo la vida de los habitantes de las alejadas selvas, mas nada supe de la

historia de la guerra de Pleasant Valley. No obstante, habíame ganado la amistad de aquellos hombres duros.

En el año 1920 volví con un equipo aún mayor, dispuesto a quedarme allí tanto tiempo, como conviniese. Y esta vez, sin preguntar nada, visitáronme diversos habitantes del Tonto y me hablaron de la guerra de Pleasant Valley. No había dos que estuviesen de acuerdo en los detalles, excepto en que, de la épica lucha, sobrevivió sólo uno de los participantes activos. De aquí el título de mi obra: Hasta el último hombre. De este modo me vi inundado con un cúmulo de materiales del que sólo con grandes esfuerzos y firme decisión he podido sacar mi propia conclusión. Algunas de las historias que me contaron son muy seductoras para un novelista; mas aunque doy por verídica su esencia, son tan inverosímiles, que no me atrevo a presentarlas a un público que no tiene la menor noción de la selvatiquez de los hombres selváticos de una época selvática. Hubo realmente una contienda sangrienta, horrible, tal vez la más mortífera y la más ignorada de todas en los anales del Oeste. He visto su escenario, las cabañas, las tumbas, hoscas pruebas de lo que sucedió.

Jamás he sabido la verdadera causa de la guerra de Pleasant Valley, y si se hallaba entre lo que me contaron, no he podido reconocerla; pues todos los motivos aducidos por mis informadores parecían igualmente plausibles y convincentes. Es extraño, mas es cierto, que en la Cuenca del Tonto sigue imperando cierta reserva y reticencia con respecto a los detalles exactos de tal contienda. Muchos descendientes de los que perecieron en ella viven aún, pero a nadie le gusta hablar de ello. Sin duda alguna, muchos de los hechos que me contaron se produjeron de veras, como por ejemplo el horrible episodio de las dos mujeres que, a la vista de sus implacables enemigos, salvaron los cadáveres de sus maridos del horrible destino de ser devorados por los puercos salvajes. Baste decir que esta historia romántica corresponde al concepto que

tengo de esa contienda y que mi opinión se basa en el escenario que llegué a conocer y a amar tanto, así como en las singulares pasiones de aquellos seres primitivos y en mi instintiva impresionabilidad respecto a los hechos y rumores que he reunido.

Zane Grey

Avalón, California, abril 1921.

I

Tras un día de incesante cabalgar ladera arriba, a través de un terreno árido, polvoriento y abrupto, Juan Isbel se apeó de su caballo para acampar en la linde de un bosque de cedros junto a un barranco roqueño rodeado de sauces y álamos, donde estaba seguro de hallar agua y hierba.

Las bestias estaban cansinas, sobre todo la acémila, que había llevado pesada carga, y con un relincho de alivio tumbáronse al suelo para revolcarse en el polvo. El mismo Juan experimentó cierto alivio al quitarse los zahones. No estaba acostumbrado a las jornadas calurosas, deslumbrantes y polvorientas de la región del desierto. Se echó cuan largo era junto al diminuto arroyo de agua cristalina y bebió para calmar la ardiente sed que sentía. El agua era fresca, mas tenía un gusto ácido, un sabor amargo, alcalino, que le repugnaba. Desde que saliera del Estado de Oregón no había gustado agua fresca, clara y dulce, y lo echaba de menos, lo mismo que añoraba los majestuosos y umbríos bosques que tanto llegara a amar. Aquella selvática e interminable Arizona parecía muy adecuada para provocar el odio.

Al tiempo de terminar las tareas de campamento, hablase hecho de noche y los coyotes empezaban a ladrar. Juan escuchó los ladridos de las fieras y el quejido del viento fresco en los cedros con la satisfacción de quien está familiarizado con las selvas. La fogata ardía chisporroteante y el olor de la madera quemada era nuevo y agradable para el viajero.

-Tal vez llegue a encariñarme con Arizona -musitó Juan-. Aunque prefiero oír el ruido de cascadas y el verdor de los bosques de Oregón. Debe de ser la sangre india que corre por mis venas... De todos modos, papá me necesita y me parece que habré de quedarme en esta región para siempre.

Echó Juan algunos trozos más de leña de cedro en la fogata y a su viva luz sacó la carta de su padre, esperando que al leerla otra vez lograría penetrar más en el oculto sentido de sus palabras. La carta había tardado dos meses en llegar a sus manos. Escrita a lápiz en una hoja arrancada de un viejo libro de cuentas, la mala letra dificultaba más su lectura.

-La letra de papá siempre ha sido mala, pero jamás me ha parecido tan temblorosa -dijo Juan dando voz a sus pensamientos.

Valle Herboso, Arizona.

» Hijo mío, Juan: Vuelve ya a casa. Aquí está tu casa y aquí te necesitamos. Cuando nos marchamos de Oregón, creímos todos que no tardarías en seguirnos. Yo me estoy ya volviendo viejo, y tú, al fin y al cabo, siempre has sido de mis hijos el más fuerte. Tu carácter te hace parejo con los bosques. Tú tiras a tu madre, y tus hermanos Bill y Guy w mí. Es la mezcla de la raza blanca con los indios. Tú tienes la parte de los pieles rojas, Juan, y al indio es al que creo voy a necesitar mucho. Soy rico en ganado vacuno y caballar. Y el terreno de pastos que tengo es el mejor que he conocido en todos los días de mi vida. Últimamente hemos tenido pérdidas en el ganado, mas esto no es todo lo que sucede ni tiene gran importancia. Los ovejeros han invadido la región del Tonto y llevan su ganado Valle Herboso abajo. Pero los vaqueros y los ovejeros no pueden nunca estar juntos en este país, por lo que barrunto que se preparan malos tiempos. Creo que yo, más que otros, tengo motivos para preocuparme y para desear tu ayuda, aunque es preciso que esperes a saberlos hasta que estés aquí y pueda contártelos personalmente. Deja todo lo que tengas y hagas en ésa y ponte inmediatamente en camino a fin de que estés aquí en primavera. Te ruego también te traigas algunos revólveres y rifles y todas las municiones que puedas. Escóndelo todo muy bien en tus alforjas. Si encuentras a alguien cuando bajes a la región nuestra, escucha más que

hables. Y que no haya nada que te detenga en Oregón. Si tienes novia, como supongo que tendrás, tráetela aquí. Con cariño de tu padre.

GASTÓN ISBEL.»

Juan volvió a meditar sobre aquella carta, que, dado el recuerdo que guardaba de su padre, siempre tan valiente y con una absoluta confianza en sí mismo, había sido para él una gran sorpresa. Durante las largas semanas de viaje no había podido aún descubrir lo que se leía entre líneas.

-Sí, papá se vuelve viejo -se dijo Juan, un poco triste y compasivo-. Ya debe de tener más de sesenta años, aunque no tenía aspecto de viejo... De modo que ahora es rico y pierde ganado y por añadidura los ovejeros parece que invaden sus terrenos. Estoy seguro que a papá no le importaría el robo del ganado vacuno; lo que no tolerará nunca es que los ovejeros le quiten el sitio.

La emoción de Juan convirtióse en fría serenidad, como había sucedido siempre después de leer aquella carta singular de su padre. Por sus venas parecía circular una corriente oscura y plena, y a veces sentía su calor e ímpetu. Tal sensación le intranquilizaba, dándole la conciencia de otro ser más hondo, más fuerte en él y que formaba contraste con su naturaleza soñadora y despreocupada. Ningún lazo habíale retenido en el Estado de Oregón, a no ser su amor por los grandes y silenciosos bosques y los estruendosos ríos, y este amor pertenecía a su naturaleza soñadora. No había sido fácil arrancarse de aquellos adorados bosques, v durante todo el camino-con el barco a lo largo de la costa hasta llegar a San Diego, desde aquí en diligencia por la Sierra Madre y por fin a caballo la última etapa había advertido que el ser dulce y apacible en él retrocedía y que el otro ser oscuro y hosco empezaba a dominarle con sus amenazadoras posibilidades.

La acre fragancia de la artemisa y de los cedros llegaba a él mezclada con el humo de la fogata; Juan se arropó mejor con las mantas y todo a su alrededor parecía dispuesto a rendir su voluntad sumiéndole en el sueño.

Al amanecer se desembarazó de las mantas, se puso las botas y empezó el día con maravilloso afán para el trabajo que le había de acercar al añorado porvenir. La blanca v crujiente escarcha y el aire frío y cortante impulsábanle a la acción, recordándole otras mañanas iguales de las tierras altas de Oregón, aunque no eran del todo semejantes. Sentía una hilaridad como si hubiese bebido vino fuerte y dulce. Su caballo y la mula habíanse repuesto durante la noche, refrescados por la hierba y el agua de aquel delicioso barranco. Juan montó a caballo y penetró en el bosque de cedros con la alegría de haber dejado al fin atrás las interminables leguas de áridas tierras.

La senda que recorría parecía poco frecuentada. Había de llevarle, según las escasas informaciones que pudo obtener en el camino, directamente al llamado Rim[1], desde el cual veíase el Valle Herboso en lo hondo de la enorme cuenca. La subida del terreno era tan suave, que sólo era posible advertir la pendiente en las fajas anchas y libres de obstáculos. En cambio, el carácter de las plantas demostraba a Juan que gradualmente iba ascendiendo. Tras los pocos cedros achaparrados y secos venían otros de abundante verdor, árboles frondosos v altos, aumentando la espesura cuanto más subía; en los calveros crecía exuberante la artemisa y la hierba. Más arriba aún, estaban los pinos piñoneros y entre ellos el enebro pinto. Juan saludó con alegría el primer abeto, dando un golpe en la corteza pardusca y surcada. Era un abeto enano, que sólo a duras penas medraba en aquel suelo. El abeto siguiente ya era mas alto y poco después alcanzó Juan un grupo compacto de ellos, hasta que al fin llegó al corazón del bosque. El olor de las agujas del abeto mezclábase a otras fragancias que llenaban el aire

[1] El borde.

seco. Las matas eran escasas, excepto en los barrancos húmedos, y el suelo de los calveros estaba cubierto de hierba blanquecina y seca. Juan buscaba ávidamente alguna ardilla, algún pájaro o ciervo que animase aquel lugar, mas no los halló en ninguna parte. El bosque era de una extrema sequedad y no vivía nadie en él. Hacia el mediodía descansó el viajero junto a un charco de agua, poco hondo, procedente tal vez de nieve fundida, y abrevó sus animales. En el fango vio algunas huellas de venado y otras de algún pájaro grande, desconocidas para él. Juan se dijo que debían de ser las huellas de los pavos silvestres.

Junto al charco, la vereda se bifurcaba, y Juan no sabía cuál de las dos nuevas sendas seguir. Con un «tanto importa» se acercó a su caballo para montarlo cuando vio que el animal enderezaba las orejas, volviendo los ojos hacia atrás. Juan oyó a poco el ruido de cascos de caballo y luego vio a un jinete.

El joven hizo como si quisiera apretar las canchas de la silla, para espiar por encima del lomo del caballo al desconocido que se acercaba. Tratábase de un hombre alto y flaco, muy erguido en la silla, y que llevaba un enorme sombrero negro y un pañuelo rojo, sucio, al cuello. Aproximábase a paso lento y se detuvo a poca distancia de Juan.

-Hola, forastero -dijo secamente.

-Hola -respondió Juan comprendiendo por instinto que aquel encuentro era significativo.

Los ojos de aquel hombre mirábanle de hito en hito, a él y a su equipaje. Su rostro era terroso; atezado, de facciones duras y secas; un enorme bigote rubio ocultábale la boca y sus ojos eran penetrantes. Todo su aspecto atestiguaba en él las duras experiencias de la vida del Oeste, aunque, por su edad, no era viejo. Al apearse vio Juan que el desconocido era aún más alto que la generalidad de los nativos de Arizona.

-Más abajo he encontrado sus huellas -dijo, arreglando el freno del caballo para que éste pudiese beber-. ¿Adónde va?

-Me parece que ando un poco perdido. No conozco esta región.

-Así debe ser. Se ve por sus huellas y su último campamento. ¿Adónde iba usted, antes de perderse?

La pregunta fue hecha en voz seca y cauta; Juan advirtió la carencia absoluta de bondad o de sentimientos amistosos.

-Al Valle Herboso. Soy Isbel - respondió lacónicamente.

El jinete desconocido ocupóse en su caballo, al que volvió a poner el bocado; luego subió a la silla de una zancada de sus largas piernas.

-Me figuraba que sería usted Juan Isbel -dijo-. Todos en el Tonto hemos oído que el viejo Gass Isbel ha mandado buscar a su hijo.

-¿Por qué me lo ha preguntado, pues? -le interrogó Juan con franqueza.

-Quería ver qué diría.

-¿Ah, sí? Bueno, bueno. De todos modos, poco me importa lo que usted pueda decir.

Sus miradas se cruzaron y los dos se midieron en muda lucha de inteligencia.

-Claro, hombre, claro - repuso el jinete hablando con voz pausada. Los movimientos de sus manos morenas liando un cigarrillo eran tan lentos como su voz -. Mas siendo usted uno de los Isbel, diré lo que tengo que decir, le guste o no. Soy Colter y pertenezco a los ovejeros con los que Gass Isbel está enojado.

-Colter, muy bien; me alegro de conocerlo -contestó Juan-. Y me parece que quien enoja a mi padre, me enoja a mí.

-¡Naturalmente! De lo contrario, dejaría usted de llamarse Isbel -repuso Colter con acerba risita- No es difícil ver que aún no ha tropezado usted con nadie de la Cuenca del Tonto. Sólo quiero decirle que su padre ha estado charlando como una mujer en Valle Herboso. Se ufana de lo bien que sabe usted pelear, de su seguridad en los tiros, de su destreza en seguir las huellas de hombres y animales. Se ufana de que usted va a desterrar de nuevo' al Rim a todos

los ovejeros... Y eso se lo digo para que sepa cómo estamos. Porque nosotros queremos criar ganado ovejuno en el Valle Herboso.

- Ah! ¿Quiénes son «nosotros» ? -preguntó Juan.

-¿Nosotros? Pues los ovejeros que tienen por pastos este Rim desde Black Butte hasta el territorio de los Apaches.

-Colter, yo aquí en Arizona soy forastero -dijo Juan lentamente-. Poco sé de vaqueros ni de ovejeras. No tengo la culpa de que mi padre se haya jactado ensalzando mis cualidades, pero sea como sea, si la razón le asiste en su enojo contra los que crían ovejas, contra ustedes, pues haré todo lo que pueda para cumplir sus jactancias.

-Comprendido. Sí, sí, usted y yo nos entendemos y esto es una ayuda. Y dígale a su padre lo que acabo de decirle -contestó Colter guiando su caballo hacia la izquierda- La senda del sur es el camino de usted. Cuando llegue al Rim verá en la Cuenca una mancha desnuda. Es el Valle Herboso.

Colter espoleó su caballo y desapareció a poco en el bosque. Juan apoyóse pensativo en su caballo. Parecía difícil ser justo con aquel hombre, no por su actitud arrogante, sino a causa de una sutil hostilidad que emanaba de él. Tenía Colter los rasgos duros, la astucia enmascarada y el habla que Juan había aprendido a relacionar con hombres infames. Aun dado el caso de que Juan no hubiera tenido prejuicios, aun sin saber nada de dos disgustos de su padre con los ovejeros, Colter tampoco le hubiera hecho buena impresión si sólo hubiese cambiado con él una mirada o un saludo casual.

-¡Caramba! -suspiró el joven-. ¡Adiós caza y pesca! Mi padre me da trabajo de hombre.

El grito de los pavos silvestres despertó a Juan a la mañana siguiente. No había mucha diferencia entre el cloqueo de un pavo salvaje y el de un pavo doméstico. Juan se levantó y, cogiendo el fusil, penetró en la oscuridad grisácea del amanecer para dar caza a los pavos. Mas había poca luz para poder encontrarlos y, cuando llegó el día, parecían haber desaparecido por completo. La acémila habíase alejado bastante del campamento y transcurrió algún tiempo hasta que el joven pudo alcanzarla. La preparación del desayuno y el arreglo de su equipaje retrasó aún más el momento de ponerse en marcha. En esta última etapa de su viaje procedía Juan con mayor lentitud. Estaba cansado de avanzar con premura; después de haber pasado largas semanas bajo un sol ardiente a través de la árida zona, sentía ahora un gran placer de hallarse en la frescura y el verdor de aquel bosque exuberante; deseaba recorrer lentamente aquel sombreado camino. Supuso que antes de la noche llegaría por fin al Rim.

Después de algunas horas, perdió la senda, pues ésta, siendo poco frecuentada, no se veía. De cuando en cuando cruzaba el joven otras sendas antiguas y, al penetrar más profundo en el bosque, veía en los lugares húmedos o polvorientos huellas de pavos, ciervos y osos. Sorprendióle la abundancia de huellas de osos. A poco percibió el acre olor de ovejas y pocos minutos después se halló ante una ancha senda recorrida por aquéllas. Por el aspecto de las huellas calculó Juan que el hatajo debió pasar por aquel sitio el día anterior.

Parecía despertarse en él una antipatía incomprensible. Naturalmente, tenía cierto prejuicio contra las ovejas y por eso le pareció poco razonable su antipatía. Mas, por otra parte, aquel hatajo había dejado tras de sí una estela ancha de terreno baldío en la que ya no se veía ninguna hierba, ninguna flor. Dondequiera que paciesen ovejas, quedaba destruida la hierba. Este hecho suscitaba sobre todo la antipatía de Juan.

Una hora más tarde encaminaba los pasos de su caballo hacia la cima de una ancha ladera que parecía un parque y donde la hierba verde y las flores abundaban. Los abetos crecían allí muy distanciados unos de otros; en el lejano bosque destacábanse los nudosos robles, y por encima de ellos, en lontananza, veíase una alba faja de nieve.

Advirtió Juan el ruido melodioso de las campanillas y el balido de las ovejas y corderos. Al dirigirse hacia el lugar de donde venía el rumor salióle al paso un perro, que se puso a ladrar.

Percibió el joven a poco el humo de una fogata y después una pequeña tienda puntiaguda. Detrás de un soto de encinas tropezó Juan con un muchacho mejicano que llevaba una carabina. Tenía el chico un rostro simpático y contestó al saludo de Juan con un «buenos días». Juan sabía muy poco español y todo lo que pudo entender era que el muchacho no estaba solo allí y que aquélla era la época de la cría.

Esta última circunstancia se manifestaba muy ruidosamente. El bosque resonaba del incesante balido de los corderos. Alrededor del campamento, en la ladera, en los calveros, en todas partes había ovejas. Algunas ramoneaban, muchas estaban echadas en el suelo; la mayor parte de ellas criaban a blancos corderitos que se tambaleaban sobre sus tiernas patas. En todas partes vio el joven corderitos recién nacidos.

Juan se apeó de su montura y llevándola de la brida se dirigió al campamento, donde tenía alguna esperanza de encontrar a otro mejicano de más edad, del que tal vez podría obtener alguna información. El muchacho le acompañó. En aquel lado no se percibía tan fuerte el balido de las ovejas.

-¡Oiga! -exclamó Juan con voz alegre al acercarse a la tienda, y como no obtuvo ninguna respuesta, dejó su caballo y avanzó con paso lento, buscando al dueño de la tienda. De pronto sorprendióle una voz a su lado:

-Buenos días, forastero.

Una muchacha salió de detrás de un abeto. Llevaba un rifle. Tenía el rostro atezado, mas no era mejicana. Esto y la convicción de que la joven le había espiado desconcertó a Juan.

-Perdón..., señorita -balbuceó-. No esperaba... ver a una... joven. Estoy buscando el Rim...; me he perdido, para decirlo así... Creí que hallaría un pastor que pudiese indicarme el camino.

Mientras hablaba, creyó advertir que del rostro de la muchacha se desvanecía cierta ansiedad, desapareciendo al mismo tiempo la expresión hostil.

-Yo misma se lo enseñaré-repuso ella.

-Muchas gracias, señorita. Ya estoy más tranquilo -contestó Juan-. El camino desde San Diego hasta aquí es largo y se pasa mucho calor.

-¿San Diego ha dicho usted? ¿Viene de la costa?

-Sí.

Juan, al ver a la joven, habíase quitado el sombrero y lo llevaba aún en la mano, con actitud de humildad. La muchacha reparó en ello.

-Haga el favor de cubrirse... No recuerdo ya que se descubriese alguien delante de mí. - La joven lo dijo con cierta risita en la que se advertía asombro y franqueza, con un dejo de amargura.

Juan se sentó, apoyándose en el tronco de un abeto; puso el sombrero a su lado y miró francamente a la joven movido por una extraña curiosidad, como si quisiera con firmar su primera impresión con un atento escrutinio. Si en su encuentro con Colter había visto una profunda significación, mayor pareció tenerla el de la muchacha. Ésta estaba sentada ante un tronco abatido, un poco inclinada hacia atrás, la carabina sobre las rodillas. Mirábale con mirada fija, escudriñadora, como jamás la había visto Juan. Sus ojos eran ovalados, claros y, firmes, y en sus ambarinas profundidades revoloteaban pensamientos secretos. Parecía que le atravesaba con su mirada y fue Juan quien primero bajó los ojos. Sólo entonces vio la burda saya hecha de lana hilada en casa, unas pulgadas de tobillos desnudos, fuertes, morenos, y raídas abarcas que no ocultaban los bien formados pies.« Al volver a levantar la vista, vio que la muchacha inclinaba la cabeza y que en el color atezado de sus mejillas floreció el rubor. La confusión de la muchacha descentrábala en cierto modo de aquel escenario selvático y rudo, haciéndola cambiar de actitud. Suavizóse la mirada curiosa y atrevida que Juan había visto en sus ojos.

-Usted debe ser de Tejas -dijo Juan a poco.

-Sí, señor -repuso ella con el acento pausado, arrastrado v dulce de los tejanos-. ¿Cómo lo ha adivinado?

-No es posible confundir a los tejanos. En la región de la que vengo había muchos exploradores y rancheros del viejo Estado en cuya bandera luce una estrella solitaria. Y si lo pienso bien, nada me gusta tanto como oír hablar a una muchacha tejana.

-¿Ha conocido usted a muchas tejanas? -preguntó la joven volviéndose otra vez hacia Juan.

-Creo que sí..., bastantes.

-¿Iba usted" con ellas?

-¿Que si iba con ellas? ¡Ah, sí!, usted quiere decir si las acompañaba, ¿verdad? Pues bien, sí, de vez en cuando-repuso Juan riendo-. Los domingos y alguna vez a algún baile, pero muy de tarde en tarde, y también a paseo a caballo.

Entonces me lo explico -dijo la joven, pensativa.

-¿Qué es lo que se explica usted?

-El que sea usted tan caballero -replicó ella haciendo un esfuerzo-. Y no crea que he olvidado esas cosas. Yo también he tenido amigos cuando vivíamos en Tejas..., hace de eso tres años. ¡Tres miserables años en este maldito país!

Luego se mordió los labios, al parecer para reprimir otras manifestaciones involuntarias ante aquel hombre desconocido. El gesto hizo que Juan se fijara en su boca, de finas curvas, bella en su plenitud y en color; mas no ocultaba un rictus de tristeza y amargura. Juan vio de pronto aquel rostro de un modo muy distinto. Observó que era joven, pleno de pasiones refrenadas, lleno de un poderoso encanto que empezaba a influir en él.

-Me parece que está usted lisonjeándome -dijo Juan con la esperanza de librarla de su confusión-. Yo no soy más que un simple cazador y pescador, además de leñador y rastreador de caballos. En cuanto a instrucción, me han dado menos de la que me hacía falta... Ni tampoco he tenido toda la compañía de muchachas lindas como usted que me convendría.

-¿Es que soy linda? -preguntó ella rápidamente.

-Ya lo creo -repuso Juan sonriendo.

-¿Con estos harapos? -exclamó ella con repentina pasión, que emocionó a Juan -. Fíjese en los agujeros. -Y diciéndolo mostró lo raído de las mangas-. Cuando tengo algo con que coser, me lo remiendo... Fíjese en mi falda..., un harapo indecoroso. Y sólo tengo una más para cambiar... ¡Fíjese bien! -Otra vez tiñéronse de rojo sus mejillas, dando un mentís a sus palabras, mas tampoco la vergüenza pudo apagar su cólera. Parecía dominarla una amargura largo tiempo reprimida. Con rápido ademán alzó las faldas hasta las rodillas-. ¡Sin medias! ¡Sin zapatos!... ¿Cómo puede una muchacha ser linda si no tiene vestidos decentes que ponerse?

-Perdóneme, señorita -empezó Juan-, si soy la causa inocente de su enojo y si me meto en lo que no me atañe. Creo que comprendo sus exclamaciones, pero usted se equivoca. La cuestión de los vestidos y de las mujeres no es tan sencilla. La mayoría de las mujeres gusta de vestirse bien y cree que los trajes hacen que sean más hermosas, pero eso no es verdad. Puede que sea pedir demasiado a una mujer como usted ser feliz sin vestidos. Pero, a pesar de ello, puede usted ser tan linda y tan respetable..., hasta diré más, puede usted ser así mucho más... seductora para algunos hombres.

-Le ruego perdone mi mal humor y mi furia -contestó la muchacha, ya más repuesta-. He hecho mal, por no decir otra cosa. Y no quiero que nadie piense mejor de mí de lo que merezco. Mi madre murió en Tejas. Yo he vivido aquí, en esta región selvática... Una muchacha sola entre hombres rudos. Sólo hoy, al encontrarme con usted, comprendo en qué compañía vivo... y el mal que se me hace.

Juan refrenó su curiosidad y trató de desterrar de su corazón la creciente simpatía por la joven.

-¿Usted cuida de las ovejas? -preguntó.

-Sí, de vez en cuando. Mi padre vive por allí en un cañón. Se dedica a la cría de ovejas. Nos han herido últimamente a algunos pastores disparando sobre ellos y por eso nos falta gente y he de ayudar. Me gusta cuidarme de las ovejas, amo los bosques, el Rim Rock y todo el Tonto. Sólo con esto sería feliz.

-¿Dice usted que han disparado sobre los pastores? -Juan, al preguntarlo, frunció el ceño-. ¿Quién? ¿Por qué?

-Hay enemistad entre los vaqueros de la Cuenca y los ovejeros del Rim. Mi padre dice que pronto se desatarán las furias del infierno. Yo le he dicho que espero que los vaqueros le obliguen a irse otra vez a Tejas.

-¿Entonces usted es partidaria de los vaqueros? -preguntó Juan simulando un interés casual.

-No. Siempre estaré al lado de mi padre -repuso ella vivamente-. Pero es preciso confesar..., creo que los vaqueros tienen la razón de su parte.

-¿Por qué?

-Porque hierba la hay en todas partes. No veo por qué han de apartarse los ovejeros de su camino para echar a los vaqueros de sus pastos. Esto es el motivo de la enemistad. Sabe Dios cómo terminará. Porque casi todos los de aquí son oriundos de Tejas.

-Así me lo han dicho -observó Juan-. Y he oído también que la mayoría de los tejanos han sido echados de Tejas. ¿Hay algo de verdad en eso?

-Sí, algo de eso hay. Mas podría perjudicar su salud, joven, que lo dijera usted por ahí. Mi padre, por ejemplo, no fue echado de Tejas. Aunque, la verdad, no sé por qué ha venido aquí. Tiene muchas ovejas ahora, pero no es rico ni lo pasa tan bien como en nuestra casa de antes.

-¿Piensa usted quedarse siempre aquí? -preguntó Juan de pronto.

-Tal vez..., pero sólo en la tumba -contestó ella con sentido oscuro-. Mas ¿para qué pensar en eso? La gente permanece en los sitios hasta que la casualidad la lleva a otro lugar. ¿Quién puede saber las cosas?... Pero... mi charla le entretiene.

Pareció disgustada y en su voz había un dejo de despego. Juan se levantó al punto y se fue hacia su caballo. Si la muchacha no tenía ganas de continuar la conversación, no sería él quien la enojase. La acémila habíase descarriado entre las ovejas. El joven la buscó y regresó con ella y el caballo al lado de la .muchacha. Parecíale ahora más alta y, aunque no muy robusta, fuerte y ágil; algo había en su aspecto que armonizaba con el paisaje. Juan sintió desgana de despedirse de ella.

-¿Hacia dónde cae el Rim? -preguntó, ocupándose con las cinchas.

-Hacia el sur. Sólo hay una milla poco más o menos. Le acompañaré... ¿Va usted camino del Valle Herboso?

-Sí, tengo parientes allí -repuso Juan temiendo que la muchacha hiciera otra pregunta, que seguramente se referiría a su nombre. Mas ella guardó silencio. Recogiendo la carabina, la joven echó a andar y Juan se colocó a su lado diciendo

Puesto que usted va a pie, lo haré yo también.

Así se halló al lado de una muchacha que tenía el paso ligero de la gente de la montaña. Su cabeza era pequeña y hermosa, de gracioso continente, y su espesa cabellera era de un rubio oscuro; suave y brillante. Llevábala recogida en una trenza, un poco desgreñada, pensó Juan, y la tenía atada con una correa. El aspecto de la muchacha era en conjunto de extremada pobreza.

Juan dejó languidecer la conversación durante cierto tiempo. Deseaba pensar en lo que podría decir, y además sentía un vago placer en caminar a su lado. El perfil de ella era deliciosamente suave en sus líneas. La suave curva de sus labios quedaba oculta desde aquel lado. A poco, y habiendo ya decidido por dónde llevar la conversación, dijo de pronto

-Me gusta la aventura. ¿Y a usted?

-¿Aventura ha dicho? ¿Encontrarme a mí en el bosque? -La muchacha se echó a reír con la gloriosa risa de la juventud-. Pues sí que debe usted andar mal de aventuras, forastero.

-Pregunto si le gusta a usted,-insistió él clavando la mirada en la cara medio oculta.

-Tal vez-contestó ella con franqueza-, si no hubiese cometido la torpeza de dejarme llevar por el mal humor. No encuentro nunca a nadie con quien me sea agradable hablar. ¿Por qué no roe había de gustar, pues, hallar a alguien que es forastero en esta selvatiquez?

-Somos como somos -observó Juan con sencillez-. Para mí no cometió usted' ninguna torpeza. Si lo pensase, ¿podría desear volverla a ver?

-¿Lo desea usted? -Su rostro moreno brilló con súbita alegría y sorpresa.

Y Juan, deseando permanecer tranquilo y no aparecer demasiado ávido, se negó el placer de mirarse en sus ojos cambiantes.

-Vaya si lo deseo, Y me parece que soy atrevido, ya que nos conocemos desde hace tan poco. Sin embargo, puede que no se me ofrezca otra ocasión, de modo que no se enoje conmigo.

Hecha la declaración, Juan sintió cierto alivio. Había temido no tener valor para decirlo. La muchacha continuó a su lado con el mismo paso, la cabeza un poco inclinada y bajando la vista. En sus mejillas no hubo más color que el áureo tinte del cutis tostado por el sol y el azul de las finas venas. Luego observó una ligera agitación en la garganta y se dio cuenta por primera vez de los graciosos contornos de su cuello y de la suave curva de los hombros. En la agitación de la garganta denotábase su debilidad, el testimonio de su ser, la exquisita femineidad que desmentía el paso montaraz y la presión de la mano sobre la culata de la carabina. El efecto que le causó la observación le fue inexplicable, tanto por el extraño calor que le invadía, como por las palabras brotadas de su boca.

-Muchacha, usted y yo no nos conocemos; más, ¿qué importa? Nos hemos encontrado por casualidad y le digo que para mí tiene una gran significación. He conocido a muchas muchachas durante largos meses y nunca sentí hasta ahora nada semejante. No sé quién es usted, ni me importa. Usted me ha revelado muchas cosas. No es feliz; además está solitaria. Y si no quisiera volverla a ver por interés propio, lo desearía por el suyo. Algunas de las cosas que usted me ha dicho, las olvidaré difícilmente. Yo tengo una hermana y sé que usted no tiene ningún hermano. Y creo que...

En aquel momento, llevado por su entusiasmo y sin pensarlo, tomó la mano de ella. El contacto detuvo sus palabras, aturdiéndolo por la temeridad que el hecho significaba para él. Mas la muchacha no hizo ningún esfuerzo para retirar la mano. Así Juan, haciendo una profunda inspiración, continuó andando sin inmutarse. Imaginóse que ella correspondía con débil y cálida presión. Era joven, no tenía amigos, y era humana al fin y al cabo. Y precisamente cuando Juan iba a hablar de nuevo, la muchacha se desasió.

-Ya hemos llegado al Rim. Ahí tiene usted la Cuenca del Tonto.

Juan sólo había pensado en la muchacha. Caminaba a su lado, sin preocuparse de lo que tenía delante. Al oír sus palabras, alzó la vista y se quedó mudo.

Ante él abríase un abismo inmenso que parecía atraerle con irresistible y fatal fuerza. Al dejar un poco la mirada vio una negra cuenca poblada de selvas, una región tenebrosa y selvática como nunca la había visto, más de cien millas de azulada distancia al otro lado de la cual surgía una sierra que se destacaba sobre el vaho del cielo. Tenía el terreno el aspecto de un golfo de enorme extensión, rodeado en tres lados por una línea ondulada de agrestes picos y cercado por la parte donde se hallaba Juan por un muro de colosal altura y pinas paredes.

-Hacia el sudeste está la Sierra Ancha -dijo la muchacha señalando en dicha dirección- Aquella hendidura en la montaña es el paso por donde se lleva el ganadlo ovejuno a Phoenix y

Maricopa. Esas grandes y selváticas montañas al sur son las Mazatzals. Allí al oeste está Cuatro Picos. Y usted se halla aquí en el borde de toda esta región, en el llamado Rim.

Al principio, Juan no se dio cuenta de lo que era el Rim, mas al dejar vagar la mirada hacia el oeste comprendió aquel notable fenómeno de la Naturaleza. En muchas millas de extensión corría un muro gigantesco de color rojo amarillento. Grandes y abruptos promontorios adelantábanse sobre el abismo, en dirección al sol poniente. En esbeltas y destacadas líneas bajaban las laderas al valle, donde su moteada superficie uníase a los negros bosques. No había visto Juan aún un paisaje en el cual manifestáranse tan selváticas y abruptas las maravillas de la Naturaleza. El efecto le obligó a permanecer mudo.

-Forastero, mire hacia abajo -dijo la muchacha. Juan estaba acostumbrado a justipreciar alturas, profundidades y distancias. Aquella muralla roqueña en cuya cima se hallaban caía abruptamente hacia abajo, tanto, que su profundidad causaba vértigo, y luego los riscos y farallones mellados y serrados uníanse a las laderas de rojas piedras y verdes cedros, laderas que hundíanse cada vez más en los barrancos llenos de densos bosques, cañadas de las que subía el estruendo de las cascadas de agua, bajando ladera tras ladera, cima tras cima, desembocando un cañón en otro más hondo, formando el conjunto de la tenebrosa hoyada, con sus negras y engañosas profundidades, un paraje salvaje por el que parecía imposible aventurarse.

-¡Es una maravilla! -exclamó Juan saliendo de su asombro.

-Sí, es maravilloso -asintió la joven en voz baja-. Esto es Arizona y esto con toda su selvatiquez as lo que amo.

-¿Y usted desea alejarse de esto?

-Si y no. No puedo negar que al admirarlo así me siento invadida de inefable paz y tranquilidad. Pero lo veo pocas veces, y, además, no se puede vivir sólo del paisaje.

-Hija mía, aunque sólo se vea de cuando en cuando... la admiración que causa este panorama tiene que curar todas las miserias humanas. Me alegro de haber venido aquí y que sea usted la que me lo haya hecho ver.

Ella también parecía hallarse bajo el encanto de la grandiosa belleza solitaria de la región que emocionaba a Juan.

Éste volvió a coger la mano de ella.

-Muchacha, prométame que nos volveremos a ver aquí-dijo con voz vibrante.

-Sí, lo haré -respondió la joven, y se volvió hacia él.

Fue como si Juan viera por primera vez aquel rostro. Era bello, con una belleza desconocida. Hallándose como -se hallaba, teniendo por fondo el paisaje, daba vida a éste, vida adorable, joven y selvática, cuya notable significación le perseguía siempre más efusiva. Aquella selvatiquez era el cuadro adecuado de la muchacha, aquél era su sitio. De nuevo buscaba ella sus ojos, como si buscara una parte perdida de su ser que nunca pudo hallar, que nunca había conocido antes. Maravillados, pensativos, llenos de esperanza y alegría, aquellos ojos parecían revelar, asombrados, una parte de su alma.

Luego entreabriéronse sus labios bermejos. El gesto, lleno de vida, era como un irresistible imán para Juan. Una fuerza invisible obligóle a inclinarse para besar aquellos labios frescos. La ruda e inconsciente acción rompió el encanto.

Juan se echó atrás como si temiera recibir un golpe.

-Muchacha..., yo... yo... -dijo balbuceando, maravillado y contrito-, juro que no era mi intención..., no he pensado un momento...

La ira que Juan temiera no se manifestó. Él se quedó inmóvil, jadeante, alargando la mano en muda súplica. El mismo encanto que un instante antes había transformado a la muchacha, prestábale ahora de nuevo un aspecto de más madurez.

-¡Ah!, creo que me he precipitado un poco al llamar

le caballero-dijo la joven con un dejo de sequedad y amargura-. Es usted muy impaciente.

-¿Se siente usted ofendida? -se apresuró a preguntar Juan.

-¡Oh, no es la primera vez que me besan! Los hombres todos son iguales.

-No -replicó Juan, acalorado por un sentimiento de decepción que oscurecía su ilusión-. No me compare usted con los hombres que la han besado. No estaba en mis cabales y hubiérame puesto de hinojos ante usted para suplicar su perdón...

La muchacha desvio la mirada y, señalando hacia la cuenca, dijo:

-Allí está Valle Herboso. Aquella mancha grisácea, oblonga en medio de las negruras. Hay unas quince millas hasta allí. Recorra usted el Rim en esta dirección hasta llegar a una senda! que es inconfundible. Allí puede bajar.

-Le estoy muy reconocido -repuso Juan, interpretado las palabras de ella como despedida, a lo que se sometió con desgana.

Hizo girar a su caballo, puso el pie en el estribo y vaciló, mirando a la joven por encima de la silla. La mirada de ella vagaba por las purpúreas profundidades y en su ensimismamiento conocíase su turbación mental. No pensaba en el paisaje maravilloso que tenía ante sus ojos; Juan se dijo que tal vez reflexionaba acerca de un cambio sutil en los sentimientos y la actitud de él, un algo de que él mismo se daba cuenta pero que no podía definir.

-Ha llegado, pues, el momento de separarnos -dijo Juan.

-Adiós señor - repuso ella volviéndose de nuevo hacia él. Al mismo tiempo, colocándose la carabina en la flexión del brazo, pareció dispuesta a alejarse.

-¡Adiós!... ¿Hasta cuándo?

-Hasta mañana o hasta siempre... como usted quiera tomarlo.

-¿Nos volveremos a encontrar pasado mañana? -una hablaba con avidez, impulsivo, sin reparar en el incomprensible cambio que se había operado en él.

-¿Es que le he dicho que no?

-Creí que había perdido usted las ganas después de... - unA se interrumpió, azorado.

-Tendré un gran placer en verle de nuevo. Pasado mañana a media tarde, aquí en este mismo sitio. Tráigame usted noticias de Valle Herboso.

-Está bien. Muchas gracias -contestó Juan, lleno de entusiasmo y emoción, que siempre experimentaba a la vista de alguna aventura. Antes de desvanecerse la sensación, ésta le sorprendió haciéndole perder la seguridad en sí mismo y dándole que pensar.

-Forastero, no recuerdo que me haya dicho su nombre.

-Es verdad, no se lo he dicho -repuso Juan-. ¿Qué importa un nombre? A mí no me importa ni qué ni quién fuese usted. ¿No puede usted sentir lo mismo tratándose de mí?

-Sí..., así lo creí hasta hace poco -contestó ella un tanto confusa, mirándole fijamente- Mas ahora estoy pensativa.

-Nos encontraremos de nuevo sin saber nada más de nosotros de lo que sabemos ahora.

-Sí, a mí me es igual. ¿Qué es un nombre? Le diré forastero y estaré satisfecha de llamarle así, si usted me asegura que es honrado callarme su nombre.

-¿Honrado? No, eso no lo sería-exclamó Juan viéndose obligado a confesar la verdad-. Soy Juan... Juan Isbel.

-¡Isbel! -La muchacha pareció sobrecogida-. No puede usted ser hijo del viejo Gass Isbel... Conozco a sus dos hijos.

-Tiene tres hijos -repuso Juan con gran alivio, ahora que había revelado el secreto-. Soy el más joven. Tengo veinticuatro años y hasta ahora no había salido del Estado de Oregón. Me hallo camino de...

Lentamente desapareció el color atezado del rostro de la muchacha, que se puso pálida como la muerte, y en sus ojos empezó a arder una extraña llama. Al mismo tiempo irguióse el ágil cuerpo.

-Yo soy Ellen Jorth -pronunció con voz apasionada-. ¿No le dice nada mi nombre?

-No lo he oído en mi vida -contestó Juan-. Sí, me figuraba que usted pertenecía a los ovejeros que tienen enemistad con mi padre. Por eso me he visto obligado a decirle que soy Juan Isbel... Ellen Jorth. ¡Qué nombre tan raro y lindo!... Mas no por eso será necesario que deje de ser... su buen amigo...

-Ningún Isbel puede ser amigo mío -dijo Ellen Jorth con amarga frialdad.

Desprovista de su ecuanimidad y dulzura, conivirtióse al instante en una muchacha distinta, en un enemigo hostil. Luego dio media vuelta y se alejó hacia el bosque.

Juan, aturdido, estupefacto, la vio marcharse con paso gracioso y ligero; sentía el deseo de seguirla, de llamarla; mas el enojo que la hostilidad de ella promoviera, le paralizó la lengua y le dejó clavado en el sitio. Y cuando la gentil figura hubo desaparecido tras el muro pardo verdoso del bosque, luchó de nuevo con el persistente deseo de seguirla, que al fin le venció.

II

Mas los ingrávidos pies de Ellen Jorth, calzados con abarcas de piel de gamo, no dejaban huella perceptible en la elástica capa de agujas de pino del suelo y Juan no pudo seguirla.

Una breve y vana búsqueda enfrió su ardor, despertando su orgullo. Juan volvió a su caballo, lo montó y empezó a cabalgar, obligando a la acémila a ir delante. Pronto sintió el alivio que le causó la decisión y la actividad. En algunas partes del Rim había densos bosquecillos de pinos enanos que le obligaban cada vez a un rodeo; en tales momentos perdía de vista la cuenca purpúrea, mas tan pronto volvía al borde y observaba de nuevo la maravillosa selvatiquez con su juego policromo y su distancia, aumentaba su admiración. El Estado de Arizona había sido para él, desde Yuma hasta el pequeño Colorado, tan sólo un desierto árido e interminable y ahora aquella región llena de oscuras selvas, bordeada de muros roqueños con sus sendas no holladas por nadie, era un mundo que le satisfacía.

A cada instante recordaba la expresión de orgullo del rostro de Ellen Jorth, el modo como le miró, lo que le había dicho.

-Creo que he sido un tonto -soliloquió, sintiéndose humillado-. Ella no ha comprendido la seriedad de mis intenciones.

Al mismo tiempo se acordaba de todas las circunstancias del encuentro con una viveza que le causó sorpresa y turbación.

El hecho de hallarse en aquel paraje solitario con una muchacha como Ellen Jorth podría ser una extraordinaria casualidad, mas era un hecho. La sorpresa había embotado sus pensamientos. El encanto de la aparición, de su manera de ser, debió de subyugarle desde el primer momento, mas sin que lo advirtiese. Sólo al oír su exclamación «¡Oh, no es la primera vez que me besan!», detuviéronse sus sentimientos en su loca carrera. Las palabras de la muchacha causaron en él un cambio que ahora trataba de analizar. Una voz interior, un pensamiento secreto surgió en defensa de la joven aun antes de que se diera cuenta de haberla llevado ante el juez de su conciencia crítica. Y la defensa habló clamorosa, y Juan se obligó a escucharla. Herido en su orgullo, deseaba justificar su asombrosa debilidad frente a un impulso dulce y sentimental.

Comprendió ahora que hubiese debido reconocer a primera vista en su mirada, en su continente, en su voz, la calidad de la persona bien nacida. Los harapos que llevaba no podían probar ninguna vulgaridad. Juan había conocido un sinfín de muchachas nobles de buena

familia y ahora recordaba también a su hermana. Aquella Ellen Jorth pertenecía a la misma clase de muchachas y en ello nada podía importar el ambiente actual en que ahora vivía. Juan admiró, además, la gran lealtad hacia los suyos, a pesar de sentirse herido en su orgullo.

Y mientras luchaba con un embeleso inexplicable, fantástico, que sabía a un sueño de placeres prohibidos, llegó en sus recuerdos al instante en que imprimiera un beso en los rojos labios de Ellen Jorth, sin escuchar reproche alguno. ¿Por qué no resistió ella al beso? Deshecha quedó la ilusión que antes se forjara. «¡Oh, no es la primera vez queme besan!» Y lo dijo con cierta amargura y llena de desprecio para sí misma, para él, para todos los hombres. Todos los hombres eran iguales. Juan rechinó de dientes al sentir de nuevo el latigazo de aquel desprecio que es odioso para todo hombre honrado. Era natural que todo joven de sanos y nobles sentimientos deseara besar aquellos rojos y dulces labios; mas si habían sido va de otro, él renunciaba a su dulzura. Juan se dijo que desde sus juegos infantiles nunca había besado a ninguna muchacha, hasta que llegara Ellen Jorth, la del rostro atezado. Le sorprendió el descubrimiento y lo ponderó. Hizo más: se asombró de la importancia que había dado al hecho. ¿No era, al fin y al cabo, un mero accidente? ¿Por qué había de recordarlo tanto? ¿Por qué sopesar el hecho? ¿Qué era la débil y honda emoción, cada vez más fuerte, que acompañaba sus recuerdos?

Cabalgando así a lo largo del Rim, ensimismado en sus pensamientos, casi cruzó sin advertirla una senda muy hollada en medio de un denso seto de pinos y que bajaba por el borde roqueño. La mula de Juan echó por aquella senda sin esperar ninguna orden. Y cuando el joven llegó al borde del muro bastóle una mirada para apearse de un brinco de su caballo. La senda era muy pina, muy estrecha, llena de piedras, y los ángulos de los recovecos eran tan agudos como los dientes de una sierra. Ya en la bajada, teniendo que atender a la acémila cargada y a su fogoso caballo, Juan halló poco tiempo para más divagaciones, ni tampoco tuvo más que de cuando en cuando la ocasión de ver por encima de las copas de los cedros la vasta cuenca azulada que dormitaba bajo el sol poniente.

Rodaban las piedras, levantóse el polvo, crujían las ramitas de los cedros, resbalaban pequeños aludes de tierra roja y los cascos metálicos de los caballos arrancaban ruidos secos de las rocas. La ladera había sido estrecha y angosta al comienzo, donde la senda pasaba por una brecha en la roca, mas ahora ensanchábase en forma de abanico. Juan iba bajando en zigzag más de mil pies, hasta que la ladera terminaba en innumerables terrazas. En ellas ya no había ni cedros ni enebros, sino altísimos pinos que ocultaban el sol. Los profundos barrancos aparecían negros por la densidad de las matas que en ellos crecían. Desde determinado lugar subía el estruendo de un torrente, regalando los oídos de Juan. Huellas recientes de venados y de osos cubrían otras más antiguas.

La senda le llevó por fin al cauce lleno de rocas aisladas de un ancho cañón, en el que enormes árboles formaban un dosel de follaje que excluía la luz solar, y donde corría un bellísimo torrente de agua cristalina. Allí pudo gustar Juan, por fin, agua que podía rivalizar con los manantiales del Estado de Oregón. La senda que corría a orillas

del torrente era sombreada y oscura, y el suelo, suave por el musgo; en todas partes veíanse las huellas de los pobladores de la selva, desde las enormes impresiones del oso gris hasta las pequeñas señales, como las de los pájaros, que dejaba de su paso la ardilla. Percibió el joven los ruidos del venado que rompía las ramas secas, sonidos que tan bien conocía. Aquel fragante y fresco rincón bajo del Rim le recordó las sombreadas densidades de los bosques de Oregón, dándole a comprender que, al fin y al cabo, nada echaría de menos de lo que tanto llegara a amar en las Cascadas. Mas ¿qué era aquel oscuro sentir de que no todo marchaba bien, aquella vaga pena, la persistencia de una sombra en acecho? Y de nuevo surgió, más vivo esta vez, el recuerdo de un rostro de ojos extraños y labios bermejos..., de algo que le era forzoso olvidar.

Por muy selvático y quebrado que pareciera el suelo ondulado de la cuenca visto desde el Rim, la realidad probó que aquella primera impresión era un engaño óptico debido a la distancia. Allí abajo el terreno era mucho más abrupto aún y lo quebrado del mismo estaba fuera de toda medida. Juan no encontró ni siquiera dos metros de suelo liso. Bloques de granito, diseminados a voleo, obstruían aquí y allí el cauce del río; abetos cuyo tronco medía más de tres metros de diámetro parecían querer competir en altura y tamaño con los formidables pinos; el barranco era un verdadero cañón, y una mirada casual a través del espeso follaje al Rim hacía aparecer a éste como enorme cresta montañosa de aureola roja. Juan calculó que había recorrido bajo el Rim unas diez millas, cuando notó que el terreno y el bosque empezaban a perder su carácter peculiar.

La senda corría ahora hacia el sudeste. En lugar de los barrancos de muros bermejos y exuberante flora, veíanse lomos ondulados de colinas de varia altura, y los densos sotos de cedros sustituían a los pinos, que sólo crecían aisladamente. No existían allí abetos. Las espesuras de enebro cedían más y más el puesto a las bellas manzanitas, y luego aparecían en las laderas del sur el cacto y la nudosa encina. De no haber sido por la inconfundible senda, Juan lo hubiese pasado bastante mal en aquellos densos matorrales.

Descubrió Juan varios ciervos y algún que otro coyote; también vio una pequeña manada de caballos salvajes. En las partes de tierra seca ya no advirtió huellas de pavos silvestres. Después de cruzar una serie de pequeños arroyos llegó a un punto donde terminaba la senda en una a modo de ancha carretera muy transitada por las señales que en ella se veían. Aquel mismo día debieron de pasar por allí caballos y ganado vacuno y ovejuno.

La carretera, que iba en dirección al sur, bajaba lo mismo que la senda, mas con pendiente suave. Bordeábanla cedros, pinos, enebros v manzanillos. Después de doblar un agudo recodo en el camino vio Juan de pronto una plana de terreno herboso, verde oasis en la abigarrada y selvática Cuenca del Tonto. Más allá de aquel oasis, el terreno se ensanchaba, suavemente ondulado, apareciendo por entre el. verde oscuro de los bosques los calveros herbosos, hasta que Juan llegó a un valle largo y ancho, de color verde gris, bordeado por colinas de bosques oscuros. Allí vio pacer el ganado vacuno y, diseminados por los bordes del valle, había cabañas y corrales.

Como aldea no podía Valle Herboso vanagloriarse de mucha población. Las cabañas y casitas estaban muy distantes entre sí, como si sus habitantes tuviesen el deseo de no molestarse mutuamente. El único almacén, construído de piedra, llevando también el sello de la característica soledad, parecióle a Juan un edificio muy notable. No es que fuese propiamente una fortaleza, pero tenía aspecto de tal, sobre todo viendo la ancha y baja pared lateral con sus oscuras y pequeñas ventanas a modo de troneras. Varios caballos muy hermosos estaban atados en el barandado de la parte exterior. Por lo demás, la casa y sus alrededores se caracterizaban por la suciedad, el' polvo y el aspecto de viejo y usado que tenía todo.

Juan se apeó de su caballo y subió al porche para entrar en la puerta, abierta de par en par. En el mismo instante de entrar desapareció un rostro gris que se destacaba sobre la oscuridad del interior. Juan se dio cuenta de que le habían visto llegar. En la parte anterior de la larga tienda, muy baja de techo, había cuatro hombres, y al parecer jugando absortos a las damas. Dos de ellos jugaban y los otros dos observaban el juego. Uno de éstos, un hombre de rostro enjuto, de edad madura, levantó como por casualidad la mirada al entrar el joven. A éste le bastó la mirada casual para ver dos ojos que al instante le inspiraron desconfianza. Parecían querer ocultar su agudo destello; no denotaban ni curiosidad ni simpatía. Le miraban como si no existiese.

-Buenas tardes -dijo Juan.

Al cabo de una pausa, que a él le pareció suficientemente larga para despertarle la impresión de que aquellos hombres estuviesen acaso sordos, dijo el del rostro enjuto

-Hola, Isbel.

El tono de su voz era impersonal, seco, frío, lacónico, mas, con todo, no hubiera podido ser más significativo. La aguda sensibilidad de Juan comprendió su alcance. Ninguno de aquellos tejanos de anchos sombreros y largos bigotes (Juan los clasificó en seguida como tejanos) le habían visto nunca, mas todos le conocían y no ignoraban que era esperado en Valle Herboso. Todos, menos aquel que hablara, mantenían sus rostros ocultos, bajo la ancha ala de sus sombreros. Con sus trajes abigarrados, su revólver al cinto, las botas polvorientas, dieron a Juan la misma impresión de fuerza en acecho que ya observara en Colter.

-¿Querrá alguno de ustedes tener la bondad de decirme dónde podré encontrar a mi padre Gastón Isbel? -dijo Juan con la mayor amabilidad posible.

Nadie le prestó la más mínima atención, como si no hubiese dicho nada. Esperando, divertido y enojado al mismo tiempo, Juan dejó vagar la mirada por la tienda. Ya al entrar habíale parecido vacía, y ahora observaba que no había mucho en ella. Encima de un mostrador rústico, de tamaño regular, aparecían diversas mercancías en desordenada mezcolanza. En las estanterías de la pared había más departamentos vacíos que ocupados de géneros, entre los que abundaban las latas de conserva. Una alacena baja detrás del mostrador contenía una regular cantidad de cajas de cartuchos y al lado de ella veíase una hilera de rifles. Sobre el mostrador estaban varias cajas abiertas de tabaco en pastillas, cuyo olor sólo cedía en fuerza al del ron que se bebía allí.

La rápida mirada de Juan volvió a los cuatro hombres; tres de ellos seguían atentos sólo al sucio tablero de damas; el cuarto, aquel que se había dignado dirigirle la palabra, le miraba ahora. Con su ancha e inquieta mano, al parecer más habituada a manejar las riendas de un caballo que la sierra y el arado, se frotaba el mentón. El hombre ofrecía un aspecto indeterminado. Hablaba poco y, al hacerlo, lo hacía en voz lenta y arrastrada. Y, sin embargo, Juan había encontrado pocas personas que despertaran en él tanto el instinto de aprestarse a la defensa como aquel hombre enjuto.

-Vaya -dijo aquel tejano lentamente-. El viejo Gastón Isbel vive por allí, a cosa de una milla -y al mismo tiempo señalaba hacia el sur, olvidando después la presencia de Juan para dedicar su atención al juego.

El joven murmuró unas palabras de agradecimiento, salió de la tienda, montó en su caballo y echó valle abajo, con la acémila delante.

-Paréceme que hoy estoy tropezando sólo con enemigos -murmuró- El caso es que, si recuerdo bien a mi padre, éste tenía facilidad en hacer amistades y don para conservarlas. Estoy barruntando que vamos a pasar las penas del infierno.

Más allá del almacén había algunas casitas muy lindas, pequeños ranchos entre las colinas. El camino desviábase allí hacia el oeste y Juan vio por primera vez la puesta del sol en la Cuenca del Tonto, un imponente espectáculo de nubes purpúreas de plateados bordes, sobre un fondo de oro líquido. Poco después encontró Juan a un muchacho que llevaba una vaca.

-Oye, chico -le dijo alegremente-. Soy Juan Isbel y me he perdido en el Valle Herboso. ¿Quieres decirme dónde vive mi: padre?

-Sí, señor. Siga usted este camino y no se perderá -repuso el muchacho con amable sonrisa -. Le están esperando.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Juan, sintiéndose confortado por la simpatía del muchacho.

-Todo el valle sabe que viene usted hoy. Yo mismo he llevado la nueva a su padre, quien me dio un dólar por ello.

-¿Y de dónde has sabido tú que iba a venir hoy?

-Lo oí esta tarde en la tienda -contestó el muchacho en tono de confianza-. Había allí unos ovejeros que charlaban con Greaves, el dueño de la tienda. Estaba

sentado junto a la ventana y lo oí todo. Ha sido un mejicano que bajó del Rim quien trajo la noticia de su llegada. -El muchacho se volvió para ver si le espiaban, añadiendo después en voz baja-: Sé que a ese mejicano lo ha enviado alguien aquí, pero no he podido saber más. Los ovejeros pusieron mala cara y uno de ellos me dio un puntapié, ¡maldito sea! Hoy es un día de alegría para nosotros.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que ya no tardará mucho en haber en Valle Herboso una buena guerra. Mi padre lo ha dicho y se ha entendido con el de usted. Si estalla ahora la lucha, le tenemos a usted entre nosotros.

-¡Caramba! -Juan se echó a reír-. ¿Qué importa que esté yo aquí?

El muchacho le miró sonriendo francamente.

-A mí no me engaña usted, señor Isbel. ¿No es usted un indio? ¿No es usted un rastreador formidable al que ningún ladrón de ganado puede engañar? ¿No es usted el :mejor tirador de los bosques? ¿No es verdad que usted es más terrible que un oso gris cuando se trata de pelear? ¿Qué me dice a todo esto?

Juan se despidió un poco ásperamente del lisonjeador v continuó su camino. Al parecer, su llegada iba precedida de una fama que le sería difícil sostener.

Al contemplar por primera vez lo que había de ser su futuro hogar, Juan se emocionó. La casa de su padre era una cabaña de troncos enormes, de techo bajo, construída sobre una elevación al borde del valle, donde había mucho bosque. En el fondo veíanse los corrales, los graneros y cobertizos. En la parte anterior de la casa había extensos pastos en los que pacían innumerables caballos y vacas. La puesta-del sol lo envolvía todo en fantásticos colores. El aspecto del rancho era de bienestar, abundancia v paz; los fuertes rebuznos de los mulos y los mugidos de las vacas parecíanle a Juan saludos de bienvenida. El céfiro de la noche refrescábale las mejillas, trayéndole el aroma del humo de madera y de las lonjas de jamón de las sartenes.

Los caballos acercábanse raudos a la cerca, relinchando al nuevo personaje. A alguna distancia en la suave pendiente vio Juan la alta figura de su padre... tal como lo había visto miles de veces, sin nada en la cabeza, en mangas de camisa, avanzando con paso largo y rápido. Juan le hizo seña con la mano y aquél lo saludó gritando

-¡Hola, hijo pródigo! -fue la respuesta. Al oír la voz de su padre surgían como relámpagos los recuerdos de su infancia. Juan espoleó su caballo para que recorriese pronto la distancia que aún faltaba. No, no, su padre no era el mismo. Su cabello era completamente gris.

-Ya estoy aquí, papá -exclamó Juan apeándose de un salto.

-Hijo mío, grande es mi alegría al volverte a ver -repuso su padre abrazándole-. ¡Y qué alto eres! ¡Estás hecho un hombre! ¡Cuánto te pareces a tu madre!

En el' fuerte abrazo, en la mano férrea con que estrechaba la suya, en la cabeza erguida, en los ojos agudos y penetrantes, advirtió que el ánimo valeroso de su padre no había cambiado, mas la simpática sonrisa no podía ocultar las arrugas y las sombras de su rostro querido.

Papá, yo estoy tan contento como tú -contestó Juan cariñosamente-. Largo irle ha parecido el tiempo que hemos estado separados, ahora que vuelvo a verte. ¿Estás bien de salud y de todo, papá?

-No puedo quejarme, hijo. Sigo cabalgando aún tanto como antes... Ven. No te preocupes de los caballos, ya cuidarán de ellos. Ven a saludar a la familia. Gracias a Dios que estás aquí por fin.

En el porche de la casa esperaban a Juan un grupo de personas, un poco calladas, al parecer. Había allí niños de ojos muy abiertos, tímidos v expectantes. El oscuro rostro de su

hermana correspondía al recuerdo que Juan conservaba de ella. Parecióle más alta, más mujer, cuando le saludó con un abrazo, diciendo:

-¡Cuánto me alegro, Juan, de que hayas venido! Advirtió el joven en su voz la femenina ansiedad por el presente y el eco del cariño pretérito. Recordaba muy bien a su tía Mary, a la que, sin embargo, no había visto en muchos años. Sus hermanastros Bill v Guy habían cambiado poco, excepto tal vez que eran ahora más fuertes y más delgados. Bill parecíase a su padre, aunque su expresión era más alegre que seria. Guy era más pequeño de estatura, pero fuerte, duro como la roca, con ojos relucientes en el rostro atezado y quieto. Tenía las piernas estevadas de los ganaderos. Los dos habíanse casado en

Arizona. Katie, la mujer de Bill, era una mujer pequeña, rechoncha, bastante agraciada, y madre de tres niños. La mujer de Guy era aún joven, una muchacha fuerte, de cabello rojo, la cara llena de pecas, surcada por arrugas extrañas que hablaban de penas y de fortaleza de ánima. Al verla, Juan recordó que le habían contado la tragedia de su vida: los apaches asesinaron a toda la familia de ella cuando aún contaba muy pocos años... Acercáronse después los pequeños para saludar a Juan, todos muy tímidos y emocionados a causa de la extraña significación de su presencia.

Juan se sintió invadido por el calor y la intimidad de los sentimientos de vida familiar tantos años olvidados. Era muy dulce para él volver a su casa, a sus parientes que le querían y le saludaban con serena alegría. Mas no fue eso todo, pues en las miradas de las mujeres vio Juan ciertas sombras a la vez que un destello de alivio a causa de su llegada.

Después de la abundante y bien servida cena fuéronse los hombres a la habitación contigua, al parecer la más agradable y cómoda estancia de la casa. Era muy grande, situada en el centro del edificio, con un enorme hogar de piedras, techo bajo de troncos labrados y paredes iguales. Las ventanas eran pequeñas, con postigos al interior. Las mesas, las sillas y las alfombras eran de confección casera.

-Bueno, Juan, ¿recuerdas aún esos hierros? -preguntó el ranchero señalando a un sitio encima del hogar. En la cornamenta de un ciervo había dos fusiles. Uno era una especie de mosquete que el padre de Juan usara en la guerra de rebelión, y el otro, un rifle de Kentucky, de pesada factura y largo cañón, que se cargaba por la boca y que había servido a Juan para aprender a tirar.

-Ya lo creo, papá -repuso Juan y cogió con reverentes manos la pesada arma.

-Juan, manejas el rifle con bastante torpeza -dijo Guy Isbel.

Y Bill añadió que seguramente Juan había llevado una vida de molicie en Oregón, concluyendo:

-Con todo, lleva ese revólver de seis tiros como un verdadero tejano.

-A propósito de armas, he traído algunas -replicó

Juan en tono de broma- Por poco deslomo a mi mula con el peso de las municiones y de los fusiles. ¿Qué idea te lió, papá, al encargarme que te trajera todo un arsenal?

-Hijo mío, las armas de fuego tienen ahora un gran aprecio en el Tonto -contestó el padre.

Su voz serena v arrastrada pareció apagar la alegría reinante. Juan notó que la atmósfera estaba cargada. Sus hermanos tenían aspecto de tener mucho que decir, y su padre puso de pronto una cara que recordó a Juan los días de crisis en su juventud. Mas la entrada de los niños, seguidos de las mujeres, puso fin a las confidencias apenas empezadas. Era obvio que los chicos estaban emocionados. El más pequeño iba delante. Para él el momento debió ser temible y maravilloso al mismo tiempo, pues parecía que le empujasen los demás a su propio anhelo.

-Bueno, Lee -le dijo su madre-. Pregunta ahora a tu tío Juan qué es lo que nos ha traído.

El chico vaciló, mirando a Juan con ojos de espanto, mas al ver que éste le ponía buena cara, cobró fuerzas y avanzó con valentía para hacer la pregunta.

-Conque quieres saber lo que te he traído, ¿eh? -exclamó Juan, encantado al poner al chico sobre sus rodillas-. Vaya, vaya, Lee. No creas que te he olvidado. Para todos traigo algo. Bastante me ha costado traer el paquete de los regalos. A ver si adivinas lo que tengo para ti.

-Un *difle*, tío -contestó Lee.

-Un rifle querrás decir -Juan se echó a reír-. Paréceme que llevas en la sangre ser un *gunman*. Di otra cosa.

Los otros dos chicos no quisieron esperar más su turno. Dando gritos de alegría, a los que se sumó Lee, asediaron a su tío.

-Papá, ¿dónde está el paquete? -exclamó Juan-. Estos pequeños apaches me van a matar.

-Creo que lo han puesto en el porche -contestó el ranchero.

Guy Isbel abrió la puerta y salió.

-¡Caramba, aquí hay tres bultos! -dijo gritando-. ¿Cuál quieres?

-El más largo, el que está mejor atado.

Guy entró a poco, tambaleándose bajo el peso de un bulto que hizo dar voces de alegría a los chicos y llevó sonrisas a las miradas de las mujeres. Juan no perdió detalle. Ahora se alegraba de haberse entretenido en San Francisco, figurándose la escena que su aparición con los regalos causaría en la lejana Arizona.

Cuando Guy depositó el paquete en el suelo oyóse un ruido metálico.

-Atrás todos... que necesito sitio -ordenó Juan majestuosamente-. Queridos parientes, habéis de saber que lo que tenéis delante, no lo veis muchas veces. Este bulto de varios cientos de fibras lo he llevado a hombros por las calles de San Francisco. A bordo del buque me lo robaron. En San Diego logré recuperarlo y di una. buena paliza al ladrón. Desde San Diego a Yuma fue a lomos de una mula y más de una vez di por perdida la bestia y el paquete. Subí con él por el Colorado desde Yuma a Ehrenberg y luego el paquete viajó encima de una diligencia. Nos persiguieron bandidos y una vez, cuando los caballos de 1'a diligencia corrían como demonios, el paquete estuvo a punto de caerse. Luego lo puse a lomos de un caballo y el paquete hizo lo posible por desnucar al animal. Mas lo peor fue el último trozo del camino, aquel por donde se baja del Rim al abismo. Allá el paquete, a lomos de la acémila, bajó no sé cómo..., es un milagro que haya llegado intacto, mas al fin está aquí y ahora vamos a abrirlo.

Tras discurso tan impresionante, que aumentó la tensión, enloqueciendo a los niños, Juan procedió a desatar lentamente el paquete, quitando las tres envolturas. Puso aparte tres rifles envueltos en tela y un paquete muy pesado, atado entre dos tablas, que hizo un ruido metálico. Luego abrió un paquete largo y plano enseñando a los niños una serie de maravillas que no habían ni sonado: libros de cromos, armónicas de boca, muñecas, rifles y pistolas de juguete, un pito descomunal, una corneta y, por último, una caja llena de dulces. Arrodillados ante tales tesoros estaban los dos chiquillos y su hermanita, sin atreverse a tocarlos. Mas a pesar de aquel instante precioso de alegría sintió Juan cernerse una sombra amenazadora sobre los inocentes niños que nacieron por la fatalidad del destino en una época ruda v en región selvática.

Después entregó a su hermana los regalos traídos para ella: un corte de buena tela para un vestido, muchas cintas y, encajes, pañuelos, botones, algunos metros de lienzo, una caja con todo lo necesario para coser, un estuche lleno de carretes de hilos, un peine, un cepillo y un espejo, y, por último, un broche español con granates.

-Ahí lo tienes todo, Ana -dijo Juan-. Confieso que no ha salido todo de mí, pues consulté a una amiga mía del Estado de Oregón para saber qué es lo que se puede regalar a una chica como tú.

Al .parecer, los gustos de las muchachas variaban poco. Ana estaba atónita ante tanta munificencia y después, saliendo de su asombro, abrazó a su hermano hasta quitarle el aliento. Tía María miró a Juan con ojos comprensivos.

-No has podido complacer mejor a Ana -dijo-. Tiene novio, y cuando una muchacha tiene novio, no hay nada como las cosas para engalanarse... Ana, con ese vestido te vas a casar... -y señalaba la magnífica tela que la muchacha estaba acariciando,

-Aquí, tía María, hay también algo para ti y mis nuevas hermanas.

Los regalos dejaron a las cuatro mujeres tan satisfechas y contentas como a los chiquillos. Quedaba en el bulto otro paquete, y Juan, al levantarlo, iba a hablar cuando de pronto le vino algo a la memoria que le obligó a callar. Vio otra vez dos piececitos cuyos dedos desnudos salían de las abarcas rotas, y dos tobillos perfectos, desnudos, arañados por las matas. Después recordó la pasión del rostro de Ellen Jorth. Y sin hablar, tornó a poner el paquete en el' suelo.

-Papá -dijo con cierto apresuramiento-, para ti v para mis hermanos poca cosa he podido traer. Algunas navajas, pipas y tabaco, y luego las armas.

-Vaya, hijo, si con lo que has traído pareces uno de los tres Reyes Magos -repuso su padre -. Fíjate en los niños, fíjate en tu tía y no digo nada de Ana, que está que no cabe en sí de gozo. Vaya, vaya, me estoy volviendo viejo y me he olvidado por completo de todas esas chucherías que tan felices hacen a las mujeres. Estamos aquí muy alejados del mundo, y ahora me alegro de ello, porque así tu regreso significa' mucho. No sabes cuánto te agradezco todo. Yo siempre pensando en las cosas serias de la vida... y, la verdad, es bueno también olvidarlas y ver las caras alegres de las mujeres y la alegría de los niños.

En aquel instante penetró en la estancia un joven alto, con traje de jinete. Todo en él, hasta sus facciones, excepto los ojos, parecía viejo; sólo su mirada era de juventud y de animación.

-Buenas noches a todos -dijo lisamente.

Ana se levantó. Juan no tuvo necesidad de que le dijesen quién era aquel hombre.

Juan, te presento a mi amigo Andrés Colmor. Cuando Juan correspondió al apretón de manos de Colmor y vio su mirada aguda, se alegró de que su hermana hubiese entregado su corazón a un hombre del temple de los Isbel.

Los niños, cargados con sus tesoros, fueron llevados a la cama en una parte alejada de la casa, y de cuando en cuando seguía oyéndose su ruidosa alegría. Juan se vio entonces rodeado de un auditorio muy ávido de noticias, pues aquellos solitarios colonizadores oían poco del mundo exterior. El joven habló hasta enronquecer. Los oyentes también le refirieron a su vez cosas que no cabían en las escasas cartas que de los suyos recibiera estando en Oregón. Mas nadie dijo ni una palabra siquiera acerca de los ovejeros, ni tampoco sobre los robos de ganado. Juan advirtió tal omisión y ello le hizo pensar más seriamente en el porvenir. Con todo, la velada transcurrió agradable, siendo una feliz reunión de familia, presentes todos los miembros de ella, un hecho que, según observó Juan, comprobó su padre con una alegría extraña, casi miedosa, y sobre el cual volvía con frecuencia.

Por fin quedó Juan a solas con su padre.

-Creo que tú estarás acostumbrado a pernoctar al aire libre, ¿verdad? -preguntó el ranchero inopinadamente.

-Sí, casi siempre.

-Sitio hay suficiente en casa, pero me gustaría que durmieses fuera. Ven, coge tus mantas y tu fusil. Te llevaré.

Salieron al porche, de donde cogió Juan la lona de su tienda y sus mantas. El fusil, aún en la funda de la silla de montar, estaba junto a la puerta. Su padre lo cogió.

-Conque un veinticuatro, ¿eh? Bien, bien, no hay nada mejor si se tiene una mano segura... -En aquel momento acercóse un perro grande de pelo gris-. Es tu compañero por la noche. Se llama Shepp. Es medio lobo. Su madre era mi preferida, una perra pastora; su padre, un lobo de los bosques que me costó dos años de cazar.

La noche era quieta y fría, vagamente iluminada por la luz de la luna y de las estrellas. El olor de heno mezclábase a la fragancia de los cedros. Juan siguió a su padre a la parte posterior de la casa y por la suave pendiente de la ladera hasta el borde del bosque de cedros. Allí varios árboles de bajas y tremendas ramas formaban un techo denso, impenetrable.

-Hijo mío, tu tío Juan fue escucha de Liggets, uno de los más rebeldes del Sur -dijo el ranchero-. Y tú vas a serlo de los Isbel del Tonto. Creo que el oficio te parecerá tan peligroso como a tu malogrado tío... Hazte la cama allí, bajo esas ramas. Desde allí lo puedes ver todo sin que te vean a ti. Ha habido aquí últimamente cosas muy raras. Si Shepp pudiese hablar, tendría mucho que contarnos. Bill y Guy han dormido también afuera, han rastreado huellas de caballos extraños y todo eso, mas creo que quien ronda por aquí debe ser más listo que tus hermanos. Hay gente selvática muy astuta por aquí, Juan. Hace tres días, por la mañana, un poco después del alba, salí por la puerta trasera de nuestra casa y una de esas víboras de que te hablo disparó sobre mí. Unos milímetros más y me da en la cabeza. Mañana te enseñaré el agujero en la jamba de la puerta. Verás como aún quedan allí adheridos unos pocos pelos míos.

-¡Caramba, papá! -exclamó Juan alargando la mano-. Eso es horrible. Me asustas.

-No hay tiempo para asustarse - repuso su padre con mucha calma-. Estoy seguro de que me matarán. Por eso quise que volvieses... Ahora métete allí dentro y duerme. Puedes confiar en Shepp. Te despertará si nota algo. Buenas noches, hijo mío. Te digo que esta noche voy a dormir tranquilo.

Juan murmuró unas palabras de buenas noches y se quedó viendo como su padre se alejaba. Luego desapareció su alta figura, cerróse una puerta y todo quedó quieto. Shepp le lamió la mano y Juan sintió con agradecimiento la fidelidad del perro. Durante un rato se quedó sentado sobre el rollo de mantas, pensando aún en la terrible revelación de su padre al decir: «Estoy seguro de que me matarán.» Después metió las mantas en el hoyo oscuro entre los troncos de los árboles, las desenrolló y se arregló la cama.

Cuando por fin se vio echado cómodamente en ella, dio un profundo suspiro de alivio. El descanso pareció llenar sus músculos con una quemante pulsación. La noche clara y fresca, la fragancia de los cedros, el gemido del viento, el silencio... todo era realidad para sus sentidos. Tras largas semanas de infatigable caminar, había llegado al fin a su casa. Aún sentía el calor de la bienvenida, mas ya amenazado por un hálito glacial. ¿Qué le preparaba el destino? Las sombras en la mirada de su tía y en las de su hermana las relacionaba Juan ahora con las palabras trágicas de su padre. Lejos estaba ya la mañana que tan bien empezara, el levantamiento del campo en el soleado bosque, la cabalgata por entre las oscuras columnas de los pinos, la melodía de los vagidos de los corderos que le llamaban para que no pasase de largo. Volvió el recuerdo de Ellen Jorth. ¿Es que sólo la había conocido aquella mañana? La joven estaba ahora arriba en los bosques, dormía bajo los altos pinos, a la luz de las estrellas. ¿Quién era ella? ¿Cuál su historia? Aquel ademán furioso con que recogió su falda, sus palabras amargas y su rostro lleno de pasión, todo lo veía Juan ahora en las tinieblas. «Tal vez no interpretó bien lo que dijo -soliloquió Juan-. En todo caso, fue sincera.»

Sus pensamientos empezaban a divagar, volviendo siempre a las observaciones de su padre, hasta que el sueño le venció.

El contacto de algo frío y húmedo en la mejilla y un gemido ligero despertaron a Juan. El enorme perro estaba a su lado, alerta, atento a todo. La noche parecía ya muy avanzada, muy cerca del alba. Desde lejos se oía el grito de un gallo, y otro más cercano le contestó con nota vibrante.

-¿Qué .pasa, Shepp? -murmuró Juan incorporándose. El perro olfateó u oyó algo que le parecía extraño y sospechoso, mas Juan no sabía si se trataba de una persona o de un animal.

III

La estrella de la mañana, de intensa luz blanco-azul; la, magnífica en su aspecto dominante, estaba sobre las oscuras v vagas cimas de la montaña. La luna había desaparecido y los demás astros del firmamento eran sólo pálido reflejo de su nocturno esplendor.

De pronto el agudo oído de Juan percibió como un lejano estruendo de muchas pezuñas, que llegaba del valle, a lo largo de la ladera del sur. Shepp movíase intranquilo como si sólo esperase la palabra de su amo para echar a correr.

-Quieto, Shepp -murmuró Juan: Rápidamente se puso las botas y la chaqueta, cogió el fusil y se deslizó afuera. Shepp parecía muy bien enseñado, pues era evidente que le consumía un fuerte e instintivo deseo de correr tras la causa de su inquietud. Juan tenía cada vez por más cierto que el perro olfateó alguna fiera. Si hubiesen sido hombres los que rondasen durante la noche por los alrededores del rancho, seguramente el can hubiérase mostrado tan alerta y vigilante, mas con poco o ningún deseo de alejarse de su amo.

En la quietud de la madrugada le costó a Juan casi un minuto poder apreciar la dirección del viento, que era muy flojo y venía del sur. Y era; en efecto, aquella suave brisa la que le traía el ruido del galopar de pezuñas. Juan dio la vuelta a la casa por el lado derecho y se mantuvo pegado a la linde de los cedros de la ladera. De cuando en cuando se detenía para escuchar. Los objetos no eran visibles en la penumbra hasta llegar a ellos. Shepp mostraba cada vez más el deseo de precipitarse en la oscuridad. Al alejarse Juan a cosa de media milla de la casa, percibió claramente el desigual correr de un hatajo de ganado y, más lejos aún, el balido ahogado de una ternera.

-¡Ajá! -murmuró el joven-. Una fiera que está destrozando la ternera... -y luego disparó su fusil al aire, gritando a la vez con toda la fuerza de sus pulmones.

Luego echó a correr valle abajo de un lado para otro a fin de hacer huir a la fiera que había espantado al ganado, buscando al mismo tiempo la ternera. Más de una vez oyó el ruido del hatajo que corría, mas sin alcanzarlo. Soltó al perro con la esperanza de que éste supiese hallar la pista, pero Shepp no dio ninguna señal ni regresó. Ya empezaba a clarear el día cuando tropezó Juan, por fin, con la ternera muerta, que yacía en un surco seco por el que en tiempo lluvioso corría el agua.

-Se trata de lobos -dijo Juan al arrodillarse y midiendo una de las huellas con la mano- También en Oregón había lobos, pero no tan grandes como éstos de aquí... Me gustaría saber adónde habrá ido ese Shepp ; como tiene sangre de lobo, no sé si uno puede fiarse de él tratándose de lobos. Me parece que no, si hay aquí cerca alguna loba.

Juan siguió las huellas de dos lobos que a poco se perdieron en la hierba. Dejó el joven la búsqueda y descansó en la cima de un pequeño promontorio, desde el cual observó la salida del sol. Al verlo, ya no le extrañó por qué su padre era tan apasionado y elocuente cuando se trataba de alabar la hermosura, la situación y la fertilidad de aquel' valle. Era éste bastante extenso para enriquecer a más de un ranchero. Trató el joven de reprimir su curiosidad acerca de los intereses de su padre en Valle Herboso hasta que llegara el momento en que la situación fuese más clara para él.

Además, deseaba encariñarse con aquellos hermosos parajes; quería estar libre para cabalgar, cazar y vagar por ellos a sus anchas y por eso temía tener que escuchar las quejas de su padre. Deseaba desechar los negros presagios, porque, al fin y al cabo, nunca las cosas resultan tan malas como al principio se figura uno. Pensaría, pues, lo mejor hasta que estuviese cierto de lo peor.

La mañana era diáfana, la escarcha en las rocas brillaba licuándose rápidamente. Todo el Valle Herboso rutilaba como plata pulida, moteada de innumerables manchas negras. Las burros saludábanse mutuamente con sus rebuznos agudos; en los pastos correteaban los potros; relinchaban los garañones y se oía por todas partes el mugido de las vacas. Una nube de humo azulado pendía sobre la casa del rancho, alejándose lentamente con la brisa. A lo lejos, en el valle, veíase un grupo de jinetes que se dirigían al pueblo. Juan los observaba con mirada pensativa, diciéndose que al parecer era su destino recelar de toda persona nueva y desconocida para él. Por encima del pueblo erguíanse las estribaciones verdeantes que subían a los serrados lomos, terminando éstos en el Rim, un muro montañoso rojo bordeado de negros bosques, bello en la luz mañanera, solitario, sereno y misterioso ante el lejano horizonte. Los montes, las sierras, las lejanías ignoradas tenían siempre una profunda atracción para Juan, una llamada para que fuese hacia ellas para desentrañar sus misterios, mas nunca habíale atraído tanto una lejanía como aquella enorme selvatiquez. De nuevo despertó en él la vaga y dolorosa emoción que le obsesionara la noche anterior; fue preciso que hiciera un gran esfuerzo para librarse de sus preocupaciones, para dominar el deseo de meditar sobre cosas extrañas.

Al regresar acercóse a su casa por el lado del valle, a fin de contemplar aquélla a la luz del día vio que su padre la había construído para que durara muchos años; era fácil advertir tres períodos de construcción en aquel edificio amplio, firme y pintoresco, en el que se habían empleado muy pocos clavos, pocos tablones y nada de vidrio. Manos fuertes y ágiles, hachas y sierras habían sido la base de aquella residencia de los Isbel.

-Buenos días, hijo mío -exclamó una alegre voz desde el porche de la casa-. Todos hemos oído el disparo de tu fusil, y créeme, la detonación nos causó mucha alegría.

Bill Isbel alzó la mirada desde las cinchas en que estaba trabajando y preguntó en broma si Juan dormía alguna vez de noche. Guy Isbel se echó a reír y con la mirada con que observaba a su hermanastro veíase una calurosa admiración.

-¡Viejo indio! ¿Has logrado hacer blanco en algo?

-No; disparé para ahuyentar a lo que luego resultaron ser lobos -repuso Juan-. Oí como destrozaban una ternera. Encontré después las huellas de dos enormes fieras y también el cuerpo de la ternera muerta. Creo que se puede aprovechar la carne. Me parece, papá, que debes de perder mucho ganado aquí.

-Has dado en el clavo, hijo-contestó el ranchero-. Entre los pumas, los osos, los lobos... y las fieras bípedas de otra especie, me han hecho perder cinco mil dólares de ganado el pasado año.

-¡Caramba, papá! ¿Lo dices en serio? - Para Juan, aquella suma era una pequeña fortuna-. Eso es terrible. ¿Y dónde estaban tus vaqueros, dónde Bill y Guy?

Bill Isbel amenazó a Juan con el puño y, sintiéndose herido, dijo con mucha seriedad:

-¿Que dónde hemos estado Guy y yo? Pues, querido hermano de Oregón, has de saber que hemos estado aquí y que durante bastantes años no hemos dormido un día por otro más de tres horas diarias..., que hemos estropeado mucho calzado..., pero no ha sido posible evitar las pérdidas.

-Juan, esta región te tiene preparada una gran sorpresa -afirmó Guy con simpatía.

-Escúchame, hijo mío -intervino el ranchero- Es preciso que conozcas algunas cosas antes de que actúes. Hay aquí dos o tres manadas de lobos y durante el invierno nos acosan de lo lindo. También hay muchos pumas que se vuelven peligrosos cuando llega la nieve. Los osos suelen matar de cuando en cuando alguna vaca. Luego tenemos el zorro plateado que, en cuanto cruza los Mazatzals, empieza a matar ganado. Yo estoy aliado con una docena de ganaderos; trabajamos juntos, pero no podemos con las fieras. Hay otra cosa además: hace dos años ha aparecido aquí la banda llamada del Machete.

-¿La banda del Machete? ¡Vaya un nombre! -exclamó Juan-. ¿De qué se trata?

-Ladrones de ganado, hijo mío, y para agravar la corsa, de Tejas. El suelo del viejo Estado de la Estrella Solitaria resultó demasiado peligroso para ellos y siguieron las huellas de un sinfín de otros tejanos que buscaron también un clima más saludable. Hay unos doscientos tejanos por aquí, Juan, y en total sumarán los habitantes del Tonto unos trescientos, malos y buenos. Creo que hay la mitad de cada clase.

Una voz alegre de la cocina interrumpió la charla de los hombres:

-¡El desayuno!

El ranchero habló con Guy y Bill durante la colación acerca del trabajo del día, enterándose Juan así, más o menos, de la extensión del negocio de su padre. Terminado el desayuno, sus hermanos manifestaron un gran interés por los rifles nuevos. Para probarlos, los extrajeron de sus fundas, los limpiaron bien v sé fueron al exterior. Los tres eran Winchester, del calibre cuarenta y cuatro, una ciase de arma que para Juan era la más valiosa fue él quien disparó con ellos los primeros tiros de prueba y su buena puntería asombró a sus hermanos. Bill había usado hasta entonces un viejo rifle Henry; Guy no tenía preferencia por ninguno; en cuanto al ranchero, éste sólo tenía fe en el famoso rifle Búfalo, de un solo tiro, llamado corrientemente fusil de aguja.

-Bueno, yo me atengo a mi viejo rifle -dijo-. No es posible enseñar a perro viejo trucos nuevos. Pero vosotros podéis usar los Winchester. Colocadlos en la silla de montar y a hacer prácticas en cuanto veáis un coyote.

Juan halló difícil convencerse de que aquel interés en las armas y en la buena puntería tuviese por causa un motivo siniestro. Su padre y sus hermanos habían sido siempre así. Los fusiles eran para los colonizadores tan importantes como el arado, y la habilidad en su manejo era una cosa que todos los hombres de la frontera trataban de obtener. Entre los miembros de la familia Isbel siempre había existido una amistosa rivalidad; hasta Ana Isbel tenía buena puntería. Juan empezaba a esperar que el temor de la carta de su padre fuese exagerado y, sobre todo, que las palabras fatídicas de la noche anterior: «Naturalmente, me matarán», eran sólo debidas a un momento de depresión en que se teme lo peor. Mas hasta en el momento en que procuraba convencerse de tales esperanzas, recordó los muchos indicios que tenía de la fama peculiar de los tejanos, debida a su hábil manejo de las armas, a sus contiendas y a sus odios enconados. En el Estado de Oregón vivieron los Isbel en medio de colonizadores pacíficos y trabajadores procedentes de todos los Estados; mas aunque la vida allí era dura y ruda y de vez en vez hubo tiroteos, jamás habían dado los Isbel .muerte a un hombre. Y ahora se hallaban en una región selvática, muy poco poblada, entre gentes de su propia raza. Juan temió que sus esperanzas no tuviesen más base que sus buenos sentimientos. Con todo, le era igual, porque se dijo que, a pesar de las pésimas condiciones que pudiesen existir en el Valle Herboso, sería posible hacerles frente con prudencia y valentía, en la seguridad de que un día u otro habían de desaparecer sin dejar rastro. Juan no quería aceptar la vieja y fatídica ley de que en determinadas épocas rudas y en ciertos lugares selváticos del Oeste era preciso que desapareciesen ante todo cierta clase de hombres para que aquellas intolerables condiciones mejorasen.

-Bueno, Juan, vete a recorrer a caballo el rancho en compañía de tus hermanos -dijo al fin su padre-. Visita a algunos de nuestros vecinos, sobre todo a Jim Blaisdell. Fíjate también en el ganado y, por ultimo, escoge unos cuantos caballos para tu uso.

-Ya he visto uno -declaró Juan rápidamente- Uno negro con la nariz blanca. Tomaré ése.

-Se ve que conoces los caballos. Para mí es uno de los mejores, pero tus hermanos no piensan igual. A Ana, en cambio, le gusta y sabe montarlo. Bien, bien, pruébalo esta mañana y diviértete, hijo mía.

Fiel a la primera impresión, Juan dio al caballo negro el nombre de Morro blanco y se encariñó con él aun antes de montarlo. Morro blanco parecía muy vivo, pero al mismo tiempo manso. En lugar de domarlo por la fuerza bruta, habíanlo entrenado. No conocía ni los golpes ni el acicate de las espuelas y cedía sin esfuerzos a la voluntad del jinete que lo montara.

Pacían en el prado más de cien caballos y al penetrar en él con su montura admiró Juan la fiereza de algunos garañones que erguían la cabeza o relinchaban. Manadas de potros y caballos jóvenes corrían por el llano con las crines y las colas al viento.

Más allá del prado estaban las vastas extensiones de los pastos, cuyo ondulante verdor estaba moteado de miles de cabezas de ganado vacuno. Juan se entusiasmó ante aquel espectáculo y se dejó llevar a todas partes por sus hermanos. Encontraron en su correría a algunos jinetes y vaqueros empleados del rancho, entre ellos a un hombre fornido, de pelo cano y de ojos pequeños y enrojecidos por el viento, el sol y la arenilla. Llamábase Everts y era el padre del muchacho a quien encontrara el día anterior a la entrada de la aldea. Everts estaba ocupado en despellejar la ternera muerta por el lobo.

-Oiga usted, Juan Isbel -le dijo Everts-, ya era hora de que viniese usted por aquí. Nos han dicho que tiene usted muy buenos ojos para las huellas y así podrá dar: con ese maldito lobo, una fiera solitaria que ha destrozado a esta ternera. Durante los últimos dos meses ha matado nueve terneras, que yo sepa. Y eso que aún no hemos hecho el rodeo de la primavera para saber lo que falta.

El Valle Herboso agrandábase hacia el sudeste. Juan no se hubiera atrevido a calcular el número de millas cuadradas que abarcaba; y no era tan sólo la enorme extensión, sino el abundante pasto que daba tan maravilloso aspecto al valle. En la ladera del oeste había varios ranchos y los hermanos de Juan dijeron a éste que los pequeños valles de las estribaciones, los barrancos donde había agua y hierba, estaban ocupados por rancheros y que cada verano se aventuraban a venir algunas familias más.

Juan admiró a Blaisdell como si fuera el perfecto tipo del león de Tejas, tanto por sus anchos hombros, su rostro curtido, su cabeza enorme en la que lucía una cabellera leonada y greñuda, como por su recio hablar y sus modales, que revelaban la bondad de su corazón. No era tan viejo como el padre de Juan. Su voz era atronadora, con la misma cadencia que caracteriza a todos los tejanos, y en sus ojos azules aún brillaba el fuego del valor juvenil. Era en conjunto un notable contraste con los tejanos enjutos, huesudos, de mentón pronunciado y ojos penetrantes que Juan conocía.

-Caramba, se parece usted mucho a su hermana -dijo Blaisdell a Juan después de mirarlo de hito en hito -. Puede usted aceptarlo como un cumplido. Los dos se parecen a su madre, aunque sean, desde luego, por lo demás, verdaderos Isbel. Allá en el Estado de Tejas hay hombres que nunca llevan enguantada la mano derecha y si uno de ellos tropezara de improviso con usted, seguramente creería que las tumbas se han abierto y buscaría rápidamente el revólver.

La risa de Blaisdell sonó profunda y agradable, causando en la impresionable mente de Juan un extraño cuadro acerca de sus malogrados parientes, los Isbel de Tejas, cuadro que le obligó a reflexionar.

También las demás observaciones del ranchero eran muy interesantes para Juan. La colonización de la Cuenca del Tonto por los tejanos era un tema muy discutido. Su propia padre había formado parte del primer grupo de exploradores aventureros que salieron del sur para penetrar por el desfiladero de Reno de las montañas Mazatzals en la cuenca.

-El que entra por primera vez en el Tonto forma su impresión de acuerdo con el aspecto de los primeros colonizadores que encuentre -declaró Blaisdell-. Y estoy convencido de que las primeras impresiones no se cambian jamás. Pues bien, he oído decir a mi padre que entre la caravana suya había un sinfín de hombres a los que echaron del Estado de Tejas, aunque él

me juró que no era ése su caso. Y así la fama se ha mantenido durante más de veinte años para todos los tejanos que emigran, excepto, desde luego, en lo que se refiere a abigeos notorios como Daggs y gente de su calaña. Es verdad que tenemos aquí a algunas personas de cuidado. No hay leyes aquí. Antes, la posesión de un terreno significaba más que ahora. Los Daggs y su Banda del Machete han comenzado a obrar con arbitrariedad. Ningún ranchero pequeño puede conservar bastante ganado para que su trabajo valga la pena.

En la época de que hablaba Blaisdell no había muchos propietarios de ganado ovejuno o vacuno en la Cuenca del Tonto, teniendo en cuenta su gran extensión. Pero éstos, debido a la extrema selvatiquez de la abrupta región,, se habían concentrado en el Valle Herboso y sus alrededores. Naturalmente, a medida que aumentaban los habitantes, aumentó proporcionalmente la cría de ganado y los derechos de pastos y abrevar se convirtieron en cosas de gran importancia. Los propietarios de ganado ovejuno lanzaban sus rebaños al Rim en verano, y a la Cuenca en invierno. Un propietario de ganado ovejuno podía echar unos miles de ovejas alrededor del rancho de un propietario de ganado vacuno y arruinarlo así.

El terreno era libre. Tan justo era que los propietarios de ganado ovejuno hicieran pacer a sus rebaños en cualquier parte, como lo era para los propietarios de ganado vacuno. Esto, naturalmente, no podía aplicarse a unas cuantas fanegas de tierra cultivada que el ranchero podía llamar suyas; poco ganado podría criarse en una extensión tan limitada. Blaisdell decía que los propietarios de ganado ovejuno no eran justos porque podrían haber logrado lo mismo, aunque quizá con más trabajo, sin salir de las cimas, dejando el valle abierto y los claros a los rancheros. Antes había habido sitio suficiente para todos; ahora, los propietarios de ganado ovejuno recién llegado al Tonto estaban invadiendo los pastos. En la opinión de Blaisdell; la amenaza de los abigeos era más seria que la invasión de los pastos, por la sencilla razón de que ningún propietario de ganado vacuno sabía con exactitud quiénes eran los abigeos v por la razón más compleja y significativa de que los abigeos no robaban ovejas.

-Tejas estaba demasiado llena de hombres malos y de ganado bueno- acabó diciendo Blaisdell-. La mayoría de los primeros y parte del último se han trasladado al Tonto. Los propietarios de ganado ovejuno ahora tienen puntos de distribución para lana y ovejas en Maricopa y en Phoenix. Se están haciendo fuertes y atrevidos.

-¿Y cuál le parece a usted que será el resultado de todo este jaleo? -preguntó Juan.

-Pregúnteselo a su padre -replicó Blaisdell.

-Lo haré. Pero le agradecería que me diera usted su opinión.

-Pues mire, para decirlo en pocas palabras, mi opinión es ésta: los propietarios de ganado vacuno de Tejas jamás consentirán que los propietarios de ganado ovejuno invadan los pastos que ellos poblaron de ganado.

-¿Quién es ese Greaves? -continuó Juan-. Jamás topé con persona que se le pareciera.

-Greaves es un individuo difícil de comprendier. Es de cuidado en sus tratos. Pero parece ser bueno para los pobres de estos contornos. Dice que es del Estado de Missouri. ¡Ja, ja! Es tejano como yo. Vino a la Cuenca del Tonto sin equipaje alguno, ni una mala mochila. Y hete aquí que al poco tiempo construye su casa de mampostería y trae existencias de Phoenix. Parece comprar y vender mucho ganado. Durante algún tiempo, parecía que intentaba seguir un curso medio entre ovejeros v ganaderos. Ambos bandos hacían de su salón punto y de cita donde él escuchaba las quejas de ambos. Últimamente parece inclinarse a favor de los ovejeros. Aún no ha habido quien le acuse de ello. Pero ya es hora que algunos ganaderos le obliguen a enseñar la cara.

-Supongo que habrá ovejeros honrados y justos en la Cuenca -dijo Juan.

-Sí, v algunos de ellos no dejan de ser razonables. Pero con los que hemos de chocar son los que han llegado al Tonto en estos últimos años.

-¿Y ese ovejero Jorth? -continuó Juan, titubeando como si se viera obligado a preguntar lo que hubiera preferido no saber.

Jorth debe de ser el jefe de esa facción de ovejeros que nos está molestando a los ganaderos. No amenaza ni ruge a nuestro alrededor como hacen otros. Pero continúa criando y comprando más ovejas. Y sus pastores han traído sus rebaños a pacer a nuestro alrededor durante todo el invierno. Jorth es persona a quien hay que tener en cuenta.

-¿Quién es ese individuo?

-¡Hombre! No sé lo bastante de él para poder hablar sobre el asunto. Su padre de usted nunca lo dijo, pero creo que él y Jorth se conocieron en Tejas hace muchos años. Sólo he visto a Jorth una vez en mi vida. Esto fue en el salón de Greaves. Su padre y Jorth se encontraron un día allí, por primera vez en este país. De algo ha de servirme mi experiencia de los hombres. Se quedaron parados, los nervios en tensión, y se miraron de hito en hito. Su padre estuvo a punto de sacar el revólver. Pero Jorth no hizo la menor señal de querer sacar el suyo.

Juan vio como crecían, se entrelazaban y se hacían más gruesos los !hilos de la madeja en que ya se veía envuelto y la única punzada de sentimiento que experimentó no era del todo debida a sus simpatías por su propia familia.

-El otro día, en la selva, allá en el Rim, me encontré con un ovejero que dijo llamarse Colter. ¿Quién es?

-¿Colter? Pues ése es uno nuevo. ¿Qué aspecto tenía? Juan describió a Colter con una facilidad que decía mucho de la vividez de sus impresiones.

-No le conozco -replicó Blaisdell-. Pero eso sólo va a demostrar lo que yo digo..., que cualquier individuo que corre en libertad por la selva puede decir que es ovejero.

-Colter me sorprendió llamándome por mi nombre -continuó Juan-. Nuestra charla no fue amistosa ni mucho menos. Comentó largamente el que hubiera sido yo llamado para echar a los ovejeros del país.

-Pues mire, se acabó -replicó Blaisdell con gravedad-. Ya es usted hombre marcado.

-¿Quién hizo correr el rumor?

-No fuí yo. Pero no se toma como rumor. Los propietarios de ganado ovejuno lo han tomado como el Evangelio.

-¡Ah! Ahora me explico por qué estaba Colter tan escocido. Dijo que iban a echar sus rebaños al Valle Herboso y que podía darle esta noticia a mi padre.

Blaisdell estaba reclinado hacia atrás, la silla apoyada en las patas traseras, y con sus pesadas botas contra el paste del pórtico. Al oír esto, las dejó caer de golpe. Su cuello enrojeció a impulsos de la ira y sus ojos parecieron despedir azuladas chispas de fuego.

-¡Eso dijo! -exclamó asombrado y enfurecido.

Juan comprendió el efecto devastador que su aseveración había producido en el viejo ranchero por la forma en que desaparecieron sus flemáticos modales .tejanos. Blaisdell maldijo entre dientes, agitó violentamente los brazos como si intentara echar a un lado una última duda o esperanza, y luego volvió a recobrar su calma habitual. Dejó caer su curtida mano sobre la rodilla de Juan.

-Hace dos años -dijo con voz tranquila- declaré yo el juego. Esto significa guerra en el Vale Herboso.

No abordó el padre de Juan el asunto que más le preocupaba, hasta bien entrada la tarde. Entonces, en el momento oportuno, se llevó a Juan fuera, hasta los cedros.

-Hijo -dijo con señales evidentes de agitación-, no sabes cuánto siento el tener que recibirte a tu regreso al hogar con noticias poco felices, pero que Dios me sea testigo de que no tengo otro remedio que hacerlo.

-Papá, me llamaste Hijo Pródigo y creo que tenías razón. No he cumplido mi deber para contigo. Ahora estoy dispuesto a remediar esa falta de cumplimiento -replicó Juan sentidamente.

-¡Caramba, caramba! Eso está muy bien hablado, muchacho... Sentémonos aquí y hablemos detenidamente. En primer lugar, ¿qué te dijo Jaime Blaisdell?

Juan narró en breves palabras la conversación que había tenido con el vecino ranchero. Luego contó lo que fe había ocurrido con Colter y terminó con la forma en que Blaisdell había recibido la noticia de la amenaza del ovejero. Si Juan esperaba ver a su padre alzarse iracundo como un león, sufrió un gran desengaño. Esta noticia de Colter y de lo que había dicho no excitó ni un solo nervio de Gastón. Isbel.

-Mira... -comenzó pensativamente-. Creo que sólo hay dos cosas de la conversación de Jaime sobre las que es necesario que hable. Es seguro que habrá guerra en el Valle Herboso. Y la idea de Jaime sobre lo que motivará la guerra, parece ser poco más o menos igual a la de todos los demás rancheros. Pasará a la historia de la Cuenca del Tonto, negro borrón en una de sus páginas, como una guerra entre ovejeros y vaqueros rivales. ¡La eterna lucha por el agua y por los pastos! ... Juan, hijo mío, eso no es verdad. No será una guerra entre ovejeros y vaqueros. ¡Será una guerra entre rancheros honrados y abigeos que se ocultan bajo la máscara de ovejeros!... Compréndeme; no es que desestime las querellas entre ovejeros y vaqueros en Arizona. Es verdadero, es vital y es grave. Serán necesarios la ley y el orden para arreglar la cuestión de los pastos. Llegará día en que el gobierno evite que las ovejas se metan en los pastos de ganado vacuno... Conque entiende bien las cosas, hijo mío. Puedes confiar en que tu padre te dirá la verdad absoluta. En esta lucha, que hará desaparecer a muchos de los Isbel, quizás a todos, tú estás al lado de la justicia y del derecho. Sabiendo esto, un hombre puede luchar cien veces mejor que cuando sabe que es un embustero y un ladrón.

El viejo ranchero se limpió el sudoroso rostro y respiró despacio y hondamente. Juan se daba cuenta de la enorme tensión emotiva que iba desarrollándose en el pecho de su padre. Maravillado, contemplaba el rostro inteligente surcado de arrugas. Había algo más que las preocupaciones materiales en el fondo de los pensamientos negros y tristes que se adivinaban en los ojos de su padre.

-Ahora, hablemos de lo que Jaime dijo sobre haber sido tú llamado para echar a esos ovejeros del: valle... Juan, fuí yo el que propaló esos rumores. Tenía mis motivos para ello. Conozco a esos abigeos ovejeros, y sé el respeto que los tejanos sienten hacia un gunman. Algunos dicen que me jacté. Otros dicen que soy un viejo imbécil en plena chochez, que delira sobre su hijo favorito. Pero son gente que me odia, y tienen miedo. Verdad es, hijo, que hablé con cierta intención, pero puedes tener la seguridad de que estaba completamente tranquilo cuando lo hice. Me figuraba que tú harías lo que yo hubiera hecho si hubiese tenido treinta años menos. No, me figuré que harías más. Porque conté con tu sangre. Juan, eres indio, tejano y francés, y te has adiestrado en los bosques de Oregón. Cuando no eras más que un niño, pocos tiradores que yo haya conocido podían ganarte y jamás vi tu igual, en cuanto a vista y oído, para seguir las huellas de un caballo, para todas las cosas que hacen al perfecto *woodsman*...[2]. Pues recordando esto, y viendo los malos tiempos que había en perspectiva para los Isbel, me desaté siempre que tuve ocasión. Me jacté ante hombres que tengo motivo para creer tomarían a pecho mis palabras. Por ejemplo, no hace mucho eché de menos algún ganado y, entrando en el salón de Greaves un sábado por la noche, hablé alto y por los codos. Su salón estaba lleno de hombres, y algunos de ellos se encontraban ya en mi lista negra. Greaves tomó mis palabras con algo de enfado. Dijo:

[2] Hombre habituado a selvas y bosques

««Bien, Gass, quizá tenga razón en eso de que algunos de los ladrones de ganado vivan entre nosotros, pero ¿no es tan probable que sean parientes de usted como de Ted Meeker o míos o de cualquier otra persona de los alrededores?» fue entonces cuando Greaves y yo regañamos. Le grité: « ¡No, recontra! ¡Eso sí que no! Mis antecedentes y los de mi familia son conocidos. Lo menos que puedo decir de usted, Greaves, y de su pandilla es que sus antecedentes se pierden por nebulosos senderos. Entonces dijo él con bastante mala intención: «Pues si pudiera usted seguir todos los senderos nebulosos que hay en el Tonto, se iba usted a llevar una sorpresa.» Entonces me desaté. Era ésta, efectivamente, la ocasión que había yo estado esperando. Le juré que los senderos de que hablaba serían seguidos hasta las guaridas de los abigeos que los habían seguido. Le dije que te había mandado llamar v que, cuando llegaras, estos ladrones escurridizos y misteriosos, fueren loas que fueren, iban a pagar con creces. Greaves dijo que así lo esperaba, pero que temía que era yo demasiado parcial hacia mi hijo indio. Entonces tuvimos palabras gruesas. Blaisdell se puso entre los dos. Cuando me marchaba, le solté un saetazo de despedida: «Greaves, debía usted conocer a los Isbel, puesto que es usted' de Tejas. Quizá tenga usted motivos para burlarse de lo que digo de mi hijo Juan. Sí, es medio indio, y eso será peor aún para los que tengan que encontrarse con él. Le digo, Greaves, que Juan Isbel es el valiente de la familia. Si sigue usted sus antecedentes, se encontrará con que va camino de ser otro Poggin, Reddy Kingfisher, Harding o cualquiera de los *gunmen* tejanos que debe usted recordar perfectamente... ¡Greaves, hay hombres que se codean con usted en este momento a quien mi hijo indio seguirá la pista! »

Juan inclinó la cabeza atontado por la notoriedad con que había afrontado su padre a todo hombre de la Cuenca del Tonto de quien tenía sospechas. ¡Con qué fama más terrible le había cargado! ¡Qué confianza tan grande había depositado en él! Por el interior de Juan parecieron correr escalofríos y extrañas sensaciones de calor que formaban una cálida bola de fuego que amenazaba estallar. El ser que había ido retrocediendo en él para hacer sitio a esta nueva persona protestaba débilmente. Vio su propio rostro pálido alejarse de este hombre mas viejo y más amenazador.

-Hijo, si hubiese podido ver en perspectiva cualquier cosa menos el derramamiento de sangre, jamás te hubiera dado semejante nombre que sostener -continuó el ranchero-. Lo que te voy a decir ahora es mi secreto. Mis otros hijos y Ana no han sabido jamás nada de esto. Jaime Blaisdell sospecha que hay algo raro, pero no lo sabe. Jamás se lo diré a nadie más que a ti. Y has de prometerme que guardarás el secreto ahora y después de que haya muerto.

-Lo prometo -dijo Juan.

-Bien, ahora, a sacármelo de dentro -comenzó su padre respirando fatigosamente. Su rostro adquirió temblores convulsivos y sus puños se cerraron con fuerza-. El ovejero con quien tengo que habérmelas aquí es Lee Jorth, enemigo mío de toda la vida. Nacimos en la misma ciudad, jugamos juntos cuando niños y nos peleamos cuando éramos muchachos. Jamás nos llevamos bien juntos. Y los dos nos enamoramos de la misma muchacha. Durante algún tiempo, ninguno de los dos adelantaba más que el otro. Ellen Sutton pertenecía a una de las familias .más antiguas del Sur. Era una belleza y tenía muchos pretendientes y supongo que le era difícil escoger. Pero yo la gané; y fuimos prometidos. Entonces empezó la guerra. Me alisté con .mi hermano Juan. Me aconsejó que me casara con Ellen antes de irme, pero no quise. Ésa fue la mayor equivocación de mi vida. Poco después de nuestra despedida, las cartas dejaron de llegar. Pero yo no desconfiaba de ella. Aquélla era una época terrible y todo era confusión. Por entonces me hirieron y fui llevado a un hospital. Y al año o cosa así me volvieron a mandar a casa.

Desde este momento, Juan se abstuvo de mirar al rostro de su padre.

-Lee Jorth se había salvado de ir a la guerra -continuó el ranchero, en voz más baja y ronca -. Se había casado con mi novia Ellen... Supe la historia mucho antes de ponerme bien. Había

corrido tras ella como un galgo tras una liebre... y Ellen se había casado con él. Pues bien, cuando pude moverme fuí a ver a Ellen y a Jorth, a encararme con ellos. Necesitaba saber por qué me había traicionado. É1 no había cambiado ni pizca, a pesar de su buena suerte. Logró hacer creer a Ellen en mi deshonra... Pero creo que, con mentiras o sin ellas, Ellen Sutton me habría hecho traición. En mi ausencia me la había arrebatado. Y vi que ella le quería a él como jamás me quiso a mí. Creo que eso fue lo que mató en mí todo sentimiento de generosidad. Si hubiera sido engañada, si me la hubiese arrebatado por medio de embustes y ella me hubiera llorado un poco, quizá habría yo perdonado. Pero ella le adoraba. Era su esclava. Y yo... yo aprendí lo que era odiar.

»La guerra arruinó a los Sutton igual que a muchos otros sureños. Lee Jorth se dedicó a criar ganado. Tenía los pastos de Sutton y al cabo de algunos años comenzó a acumular ganado. En aquellos tiempos, todo ganadero tenía algo de ladrón. Cualquier ganadero entraba y marcaba vacas, que no hubiera podido asegurar que eran suyas. Los Isbel eran los ganaderos más fuertes de la región. Y yo preparé una trampa para Lee Jorth, le pillé en el momento en que ponía su contraseña sobre terneras mías que yo había ya marcado, y lo acusé de ladrón. Le convertí en abigeo, le arruiné. Nos encontramos una vez. Pero Jorth no era tejano rápido en el manejo del revólver, al menos frente a un Isbel. Salió del país. Tenía amigos y parientes y le ayudaron a emprender de nuevo la cría de ganado. Pero comenzó a jugar y se mezcló con una pandilla de gente sospechosa fue de mal en peor y entonces regresó. Cuando vi el cambio que se había operado en la orgullosa y bella Ellen Sutton, y cómo seguía adorando a Jorth, casi me volví loco entre la lástima y el odio... Creo que en un tejano el odio dura más que ningún otro sentimiento. La rueda de la Fortuna dió una vuelta inesperada, v mi suerte cambió. Como casi todos los jóvenes ole mi época; yo bebía y jugaba. Y una noche me cruce con Jorth y un amigo suyo, jugador de ventaja. Me peló. Reñimos. Salieron a relucir los revólveres. Maté a mi hombre... Por aquella época se crearon los Texas Rangers... e... hijo, cuando te dije que jamás me habían echado de Tejas, no decía toda 1'a verdad. Salí de allí a uña de caballo.

»Me fuí al Oregón. Allí me casé pronto, y allí nacieron Guy y Guillermo. Su madre no vivió mucho tiempo. Luego me casé con tu madre, Juan. Tenía algo de sangre india, cosa que a mí me la hizo parecer más hermosa. Era una mujer maravillosa y me proporcionó la única felicidad que he conocido en mi vida. Naturalmente te acordarás de ella y de aquellos días en nuestro hogar de Oregón. Creo que cometí otra gran equivocación al venirme a Arizona. Pero el país ganadero siempre me llamó. Había oído hablar de esta selvática Cuenca del Tonto y de que los tejanos iban colonizándola. Y Jaime Blaisdell me mandó llamar..., me dijo que éste era, sin duda alguna, un bello jardín del Oeste. Pues bien, lo es. Y tu madre había muerto...

»Hace tres años, Lee Jorth se dejó caer en el Tonto. Y, cosa rara, cosa de un año o así de su venida, la Banda del Machete llegó aquí de Tejas. Jorth se dedicó a criar ovejas. Con otros ovejeras, vive en los barrancos del Rim. Por allá, en el fondo de las selváticas riscosidades, se encuentra la guarida de la Banda del Machete. Nadie más que yo, al menos así creo, asocia al coronel Jorth, como le llaman, con Daggs y su banda. Quizá Blaisdell y unos cuantos más tengan sospechas. Pero eso no importa. Como ovejero, Jorth tiene una queja legal de los vaqueros. Mas él jamás arreglará lo que se puede arreglar mediante un estudio justo del asunto para bien de todos y del porvenir. Jamás lo arreglará, porque ha dejado de ser un hombre honrado. Está de acuerdo con Daggs. No puedo probar esto, hijo, pero lo sé. Lo vi en la cara de Jorth aquel día en que le encontré en el salón de Greaves. Vi más. Vi claramente lo que pretende. Jamás se encarará ni se arriesgará a una lucha cara a cara conmigo. Está empeñado en usar esta discordia entre ovejeros y vaqueros para arruinarme a mí y a mi familia, de igual manera que yo le arruiné a él. Pero quiere más, Juan. Ésta será una guerra entre tejanos, y guerra sangrienta. Hay malos hombres en esta Cuenca del Tonto, algunos de

los peores que no murieron en Tejas. Jorth traerá a algunos de estos individuos... Ahora bien, ¿vamos a esperar que nos echen de nuestros pastos con ovejas y a que nos asesinen en emboscadas?

-No, no esperaremos -replicó Juan con calma.

-Bueno, vamos para casa-dijo el ranchero, y abrió el camino sin hablar hasta que llegaron a la puerta. Allí colocó el dedo sobre un agujerito practicado en la madera` a la altura de un hombre. Juan vio que era el agujero producido por una bala y que aún había unos cuantos pelos grises adheridos a los bordes. El ranchero se acercó aún más al dintel de la puerta de manera que su cabeza quedara a una pulgada de la madera. Luego miró a Juan con ojos en que centelleaban puntos de fuego, como chispas salvajes.

-Hijo, este disparo me fue dirigido hace tres mañanas. Recuerdo haber movido la cabeza en el preciso momento en que oí el ruido de la detonación. Quedé sorprendido. Pero me metí para dentro a la carrera.

Juan apenas oyó la última frase de su padre. Parecía haberse doblado interiormente por las convulsiones frías y calientes de cambiantes emociones. La presa terrible hecha en su conocimiento estaba a punto de romperse y dejarle en libertad. Se había hecho el primer disparo, y él era un Isbel. En verdad, su padre le había hecho diez veces Isbel. La sangre llama. Su padre no hablaba a oídos sordos. Esta lucha de nacientes tumultos que sentía en su pecho parecía efecto de los años de calma, de paz en los bosques, de soñadora espera por algo que no sabía definir. Era la vida primitiva apasionada que se había despertado en él a la llamada de los lazos de sangre.

-Creo que eso viene a ser todo, hijo -acabó el ranchero -. Ahora comprenderás por qué tengo el presentimiento de que me van a matar. Lo siento aquí. -Con gesto solemne colocó su ancha mano sobre el corazón -. Y Juan, oigo de noche susurros singulares. Parece como si tu madre me llamara o intentara avisarme de algún peligro. No puedo explicar esos susurros extraños. Pero sé que los oigo.

-Jorth tiene sus secuaces. Tú debes tener los tuyos -replicó Juan en tensión.

-Seguro, hijo, y puedo escoger entre los mejores hombres de aquí -replicó el ranchero con orgullo-. Pero no haré eso. Les expondré el asunto y les dejaré escoger. No creo que sea una lucha prolongada. Será corta y sangrienta, a estilo tejano. ¡En ti confío, Juan, para que te encargues de que el último hombre sea un Isbel!

-¡Gran Dios, papá! ¿No hay otra solución? ¡Piensa en mi hermana Ana..., en las esposas de mis hermanos..., en... en otras mujeres! ¡Papá, estas malditas venganzas tejanas son crueles..., horribles! - exclamó Juan en apasionada protesta.

-Juan, ¿sería mejor para nuestras mujeres que permitiéramos que esos hombres nos asesinaran a sangre fría?

-¡Oh, no... no! Comprendo, no hay esperanza de... de... Pero, papá, no pensaba en mí. A mí no me importa. Una vez empiece, seré... seré... lo que te has jactado que soy. Pero es que es tan duro... el... el ceder...

Juan apoyó un brazo contra el lado de la cabaña y, reclinando sobre él la cabeza, se dejó arrastrar a la irresistible batalla que se desarrollaba en su pecho. Y cual si fuera de un tirón, esa extraña presa interior cedió de pronto. Saltó atrás. Desapareció algo que era infantil y lleno de esperanzas, y, en su lugar, se fue alzando la tenebrosa oleada de su herencia, el instinto salvaje de conservación heredado de su madre india y la sed de sangre, fiera y vindicativa, de su padre tejano.

Luego, al alzarse atenazado su pecho por un frío que le producía náuseas, recordó el rostro de Ellen Jorth cuando miraba soñadora desde el Rim..., tan dulce, tan diferente, con trémulos labios, triste, pensativa, con esa mirada de sus negros ojos que tan lejos veían, mirando hacia

lo desconocido, con el instinto de la vida aún por vivir. Juan pensó en ella con una visión confusa y un dolor sin nombre.

-Papá, es duro para... los... los... jóvenes -dijo con amargura-. Los pecados de los padres, como dice la Biblia. Y el otro bando..., ¿qué es de Jorth? ¿Tiene hijos?

¡Qué brillo tan curioso de sorpresa e inquietud encontró Juan en la mirada de su padre!

-Tiene una hija, Ellen Jorth. Le pusieron el nombre de su madre. La primera vez que vi a Ellen Jorth creí que era el fantasma de la muchacha a quien yo había querido y perdido. El verla fue para mí como si me clavaran un puñal en el costado. Pero lo que parece y lo que es... es exactamente igual. Viejo como soy, mi corazón... ¡Bah! Ellen Jorth es una cualquiera.

Juan Isbel se internó entre los cedros. El haber cedido v haberse resignado con las creencias de su padre debiera haber acabado con su perplejidad v su preocupación. Su resolución instantánea y ardiente de ser lo que su padre le había hecho parecer debiera haber abierto su mente para la astucia y sagacidad de un indio, para el desarrollo del odio. Pero parecía haber un obstáculo. Una nube ante su vista. Un rostro grabado en su memoria.

Esas palabras condenatorias de su padre habían sido un golpe para él, golpe cuya magnitud exacta no le era posible precisar. ¿Hacía tan sólo un día que había visto a Ellen Jorth? ¿Qué era lo que le hizo ver toda esa diferencia? De pronto, como un hálito, la fragancia de su cabello volvió a herirle en el olfato. Luego, la dulce frescura de sus labios. Juan .tembló. Miró a su alrededor como si fuera perseguido o rodeado de ojos, de instintos, de temores, de cosas incomprensibles.

-¡Ah! Eso debe ser lo que me pasa -murmuró-. Esa mirada suya... y ese beso... me han hecho daño. Jamás debí pararme a hablar. Y voy a matar a su padre y dejarla a merced de Dios sabe qué.

Algo raro ocurría. Juan se olvidó por completo de que no hacía una hora que había empeñado su palabra de ofrendar su hombría, su vida, a una venganza que sólo podía borrarse con sangre. Si se hubiera comprendido a sí mismo, se habría dado cuenta de que su juramento no era más emocionante ni ininteligible en sus posibilidades que este instinto que le atraía irresistiblemente.

-¡Ellen Jorth! ¡Conque... mi papá la llama una cualquiera! Conque... eso explica... su forma de obrar... ¡Si ni siquiera me pegó cuando la besé! Y sus palabras... tan fáciles... tan tranquilas... ¿Una cualquiera? Eso significa que es mala... ¡Mala! Me desprecia... ¡Quizá la desencantara el que mi beso fuera inocente! Lo era, lo juro.

Y lo único que dijo fue: « ¡Oh, no es la primera vez que me besan!»

Juan se enfureció consigo mismo por la nueva sensación que se apoderaba de su pecho, que ahora parecía oprimirle. ¿Se habría enamorado, en un solo día, de esta Ellen Jorth? ¿Sentía celos de los hombres que tenían el privilegio de sus besos? ¡No! Pero su respuesta estaba llena de vergüenza, de incertidumbre. Lo que parecía ocurrir estaba fuera de él. El equivocarse no era un crimen. El sentirse atraído hacia una muchacha bonita en los bosques..., el ceder a un impulso, no era una deshonra, no era un mal. Había sido tonto con una muchacha en otra ocasión, aunque no hasta tal .punto. Ellen Jorth quedó grabada en su mente y, con ella, una punzada de sentimiento.

Entonces repercutieron en su cerebro las amargas palabras de su padre, la reveladora frase: Pero la que parece y lo que es... es exactamente igual.» En el significado de estas palabras se ocultaba el mal que le preocupaba. Las analizó, ensimismado.

«Lo que parece. Sí, era bonita. Pero no me di cuenta al principio. Estaba... estaba algo excitado. Me gustaba mirarla, pero no pensé.»

Y ahora, conscientemente, hacía revivir su rostro en su mente, infinitamente dulce y más atractivo por el recuerdo deliberado. Su cutis moreno, suave y claro; mirada segura de sus ojos oscuros, grandes, atrevidos, que miraban a lo infinito; labios rojos y arqueados, tristes y

dulces; su rostro fuerte, claro y hermoso se alzaba ante Juan, tan pronto anhelante, suavizado por pensamientos soñadores, como tempestuosamente apasionado, lleno de odio, lleno de nostalgia, pero aún más misterioso y bello.

«Parece así, pero es mala -acabó Juan con amarga convicción-. Hubiera podido enamorarse de Ellen Jorth si... si hubiese sido de otra manera.»

Pero el convencimiento forzado no desvanecía de la mente de Juan la memoria de su rostro, ni imponía silencio absoluto a la persistente voz de su conciencia. Aquella misma tarde buscó el momento de hablar a solas con su hermana.

-Ana, ¿has hablado alguna vez con Ellen Jorth? -pregunté.

-Sí, pero no últimamente -replicó Ana.

-Pues me la encontré ayer cuando venía hacia acá. Cuidaba de los rebaños-continuó Juan rápidamente-. Le pedí que me enseñara el camino al Rim. Y ella me acompañó una milla aproximadamente. No puedo decir que el encuentro no fuera interesante, al menos para mí... ¿Me quieres decir todo lo que sepas de ella?

-Claro, Juan -replicó su hermana fijando sus oscuros ojos en el rostro turbado de su hermano, pensativa y bondadosamente -. He oído muchas cosas, pero en esta Cuenca del Tonto no creo todo lo que oigo. Lo que sé, te lo diré. Conocí a Ellen Jorth por primera vez hace dos años. Ninguna de las dos sabía entonces cómo se llamaba la otra. Era la muchacha más guapa que he conocido en mi vida. Simpaticé con ella. Ella simpatizó conmigo. Parecía poco feliz. Cuando nos volvimos a ver, fue en un rodeo. Había otras muchachas conmigo, y la despreciaron. Pero las dejé y me fui con ella. El desprecio aquél le llegó al alma. Se sentía muy sola. No tenía amigas. Habló de sí misma... ¡Cómo odiaba a la gente, pero cuánto amaba a Arizona! No tenía nada que ponerse. No hizo falta que me dijera que estaba acostumbrada a mejores cosas. Cuando parecía que íbamos a ser amigas, me dijo su nombre y me preguntó cómo me llamaba yo. Se lo dije. Juan, no le hubiera podido hacer más daño si le hubiese cruzado la cara. Se puso pálida. Quedóse con la boca abierta de sorpresa. Luego se marchó corriendo. La última vez que la vi fue hace un año. Tomaba un atajo para llegar al rancho de una amiga. Y me encontré a Ellen Jorth, cabalgando al lado de un hombre a quien yo jamás había visto. El atajo pasaba bajo árboles frondosos que proyectaban sus sombras sobre el camino. Cabalgaban muy juntos y no me vieron al principio. El hombre le ceñía el cuerpo con su brazo. Ella le apartó de un empujón. La vi reírse. Luego la volvió a agarrar y la estaba besando cuando su caballo se espantó al ver al .mío. Pasaron a mi lado entonces. Ellen Jorth alzó orgullosamente la cabeza y ni me miró siquiera.

-Ana, ¿crees tú que es una mala muchacha? -preguntó Juan sin rodeos.

-¿Mala? ¡Oh Juan! -exclamó Ana, sorprendida y algo azorada.

-Papá dijo que era una cualquiera.

-Juan, papá odia a los Jorth.

Hermana, te pregunto qué es lo que piensas tú de Ellen Jorth. ¿Serías amiga suya si pudieras?

-Sí.

Entonces, ¿no crees que sea mala?

-No. Elle» Jorth se encuentra muy sola y no es feliz. No tiene madre. Vive sola: entre hombres rudos Una muchacha así no puede evitar que los hombres la cortejen y la besen. Quizá sea un poco loca. Pero honrada, Juan. Confía en una mujer para saberlo. Cuando pasó por mi lado aquel día, su rostro estaba pálido y orgulloso. Ella era una Jorth y yo una Isbel. Se odiaba a sí misma..., me odiaba a mí. Pero ninguna muchacha mala podía tener esa expresión. Ella sabe todo lo que se dice en el valle. Pero no le importa. Ella fomentaría el comadreo por su parte.

-Gracias, Ana -replicó Juan, conmovido-. Haz el favor de guardar el secreto de ese... ese encuentro que tuve con ella. ¿Lo harás así?

-Claro, Juan, claro que sí.

Juan se alejó de nuevo, singularmente agradecido a Ana por resucitar y sostener ese algo suyo que parecía formar una parte oscilante de lo mejor de su ser..., una caballerosidad que había solicitado morir, si morir debía, por el juicio de una mujer de bien. Se daba cuenta del ensalzamiento y regocijo de su alma. Pero el dolor persistía. Es más, se sentía sumergido más profundamente en un mar de conjeturas y de dudas. ¿No había acabado ya el incidente de Ellen Jorth? Negaba la acusación de su padre y aceptaba la confianza de su hermana.

-Creo que eso es todo, como dice papá - se dijo para sí.

Pero, ¿era verdaderamente eso todo? Se paseó febrilmente bajo los cedros. Contempló la puesta de sol. Escuchó el ladrido de los coyotes. Siguió errando por allá después de la llamada a cenar; hasta que del tumulto de sus emociones en pugna y de sus meditaciones surgió el convencimiento sorprendente de que tenía que ver a Ellen Jorth otra vez.

IV

Ellen Jorth se apresuró a internarse en el bosque, grandemente resentida del incidente que la había puesto en contacto con un Isbel.

Estaba disgustada consigo misma..., disgustada parque había sido amable para con uno de la odiada familia que había arruinado a su padre. La sorpresa de este encuentro no la alcanzó mientras se hallaba bajo el dominio de un sentimiento más fuerte. Pasó bajo los árboles rápidamente, con la cabeza muy alta, mirando sólo hacia el frente, y cada paso parecía proporcionarle alivio.

Al llegar al campamento, distrajo su atención de sí misma. José, el muchacho mejicano, intentaba reunir las ovejas en un rebaño más compacto, con la ayuda de dos perros, para salvarlas de los coyotes. Ellen amaba a los borreguitos lanosas que apenas podían andar aún, y, en esta estación, odiaba a todos los animales que merodeaban por la selva. Desde ahora en adelante, durante muchas semanas, el rebaño se vería asediado por lobos, pumas, osos, siendo estos últimos atrevidos y peligrosos con mucha frecuencia. Ellen temía especialmente a los osos viejos, que mataban a las hembras para comerse tan sólo las ubres. Era una buena tiradora con la carabina, pero su padre le había dado órdenes de que dejara en paz a los osos. Afortunadamente, estos osos eran pocos, y los dejaban para que los cazaran los hombres de los ranchos. No se podía confiar en los pastores mejicanos para que protegieran a las ovejas contra los osos. Ellen ayudó a José a reunir a los rezagados e hizo varios disparos sobre los coyotes que vagaban por la linde de la selva. El claro del bosque era favorable para reunir las ovejas para la noche, y se podía' confiar en los perros para que guardaran los rebaños y, en la mayoría de los casos, para que ahuyentaran a los animales carniceros.

Después de este trabajo, que acabó a la puesta del sol, Ellen tenía que prepararse la comida y cenar. Llegó la noche y con ella una fresca brisa nocturna. Aquí y allá balaba lastimosamente alguna oveja. Habiendo acabado el trabaja de la jornada, Ellen se sentó frente a un chisporroteante fuego y halló que sus pensamientos volvían a girar en torno a la aventura que le había acaecido. Intentó pensar en otra cosa, con desprecio. Pero nada había que pudiera desvanecer el interés de su encuentro con Juan Isbel. En vista de lo cual, se entregó impacientemente al recuerdo y volvió a repasar en su memoria toda palabra y acción que

podía recordar. Y durante esta meditación, llegó a una acción suya cuyo recuerdo provocó un rubor impetuoso en sus mejillas, de manera tan poco corriente y tan ardiente, que se cubrió la cara con las manos. «¿Qué habrá pensado de mí?», se preguntó dudosa. No importaba lo que hubiera pensado, pero no podía menos de preguntárselo. Y cuando recordó su beso, sufrió más que la sensación ardiente de sus mejillas. Exclamó, con desprecio v amargura en su voz: «Seguro que no pensará gran cosa de mí. »

La media hora que siguió a esta reminiscencia distó mucho de ser agradable. Elles Jorth, orgullosa, apasionada, de fuerte voluntad, se halló víctima de emociones opuestas que pugnaban entre sí. Lo sucedido era aún demasiado reciente. No lograba comprenderlo... El disgusto, el desdén y el' desprecio no podrían hacer como si este encuentro con Juan Isbel no hubiera tenido nunca lugar. El orgullo no lo borraría de su mente. Cuanto más reflexionaba sobre el asunto, cuanto más intentaba olvidar, más fuerte se hacía el significado de su interés. Y cuando se dio cuenta de algo de esto, tanto la contrarió que, enfurecida, diseminó las ascuas del fuego, v entró en la tiendecita de campaña para echarse envuelta en sus mantas.

Así, caliente y cómoda, con un perro durmiendo a la puerta de la tienda de campaña, cerró los ajos y pidió confiadamente al sueño que pusiera fin a sus perplejidades. Pero el sueño no acudió a su invitación. Se encontró completamente despierta, atenta. al' chisporroteo del fuego, al sonido de las campanillas de las ovejas y al balido de los borregos, el suspiro de la brisa entre los pinos y el ladrido agudo y hambriento de los coyotes en la distancia. La oscuridad' no respetaba su orgullo. La noche solitaria con su énfasis de soledad parecía inducir pensamientos clamorosos v extraños, un conjunto confuso de todos los pensamientos que la habían asediado durante el día. No fue hasta pasadas muchas horas cuando el cansancio le trajo por fin el sueño.

Ellen se despertó tarde y sin nada de su energía habitual. José v el perro parecían contemplarla con sorpresa y solicitud. El ánimo de Elles estaba algo decaído esta mañana; su sangre circulaba con lentitud; tenía que luchar contra una melancólica tendencia a sentir lástima para consigo misma. Y al principio no tuvo gran éxito. Parecía experimentar cierto placer en sumirse en una melancolía que su sentido común le indicaba que no tenía motivo de existir. Pero los estados de ánimo persisten a pesar del, sentido común.

-José, ¿cuándo vuelve Antonio? -preguntó.

El muchacho no podía darle una respuesta satisfactoria. Ellen había tomado el puesto del pastor voluntariamente para unos días, pero ahora estaba impaciente por volver a casa. Miró hasta cansarse por entre el follaje de parduscos y verdes tonos. Antonio no volvía. Elles pasó el día con las ovejas; y en la tarea de atender y cuidar a los miles de borregos recién nacidos, se olvidó de sí misma. Este día era el último del tiempo de cría de la temporada. La selva repercutía con una 'ensordecedora babel de balidos. Cuando llegó la noche, se echó agradecida en la cama, pues, entre la falta de sueño y el cansancio, apenas lograba mantener abiertos los ojos.

A la mañana siguiente se despertó temprano, alegre, anhelante v a la expectativa, llena de vida, dándose plena de la belleza y la dulzura de la selva perfumada, singularmente consciente de un estímulo indefinido en sus sentimientos.

No tardó Ellen en asociar esta nueva y deliciosa variedad de sentimientos con el hecho de que Juan Isbel había fijado este día para cabalgar hasta el Rim para verla. La alegría de Ellen desapareció; sus sonrisas se esfumaron. La mañana primaveral perdió su mágico brillo.

«Es inútil intentar engañarme a mí misma - se dijo pensativamente -. Es raro... alegrarme de él... sin saberlo. ¡Gran Dios! ¡Debo de encontrarme muy sola, para alegrarme de ver un Isbel, aunque sea distinto!...»

Aceptó sobriamente la sorprendente realidad. Su confianza murió con su alegría; su vanidad comenzó a sufrir. Al darse cuenta de su propia aceptación de que Juan Isbel era

diferente, se resintió sorprendida; la ridiculizó; se rió de su ingenua confesión. No podía llegar a otra conclusión que la de que era una tontuela de débil voluntad, voluble e inexplicable.

Pero, a pesar de todo esto, se dio cuenta de que su mente había llegado a una decisión sin su consentimiento o deseo, antes de siquiera consultar su voluntad!; y que inevitable e inalterablemente tenía intención de volver a ver a Juan Isbel. Durante mucho tiempo luchó contra esta extraña imposición. Tan pronto salía victoriosa sobre este nuevo ser suyo, como perdía la batalla. Y al fin, de su conflicto surgieron unas cuantas convicciones que la arrancaron algunos jirones de amor propio. Odiaba a todos los Isbel. Odiaba a cualquier Isbel, y, en particular, odiaba a Juan Isbel. Sólo se sentía curiosa..., intensamente curiosa por ver si volvería y, si es que volvía, qué haría. Sólo quería vigilarle desde algún sitio oculto. No se acercaría a él, no le dejaría verla ni que sospechara siquiera su presencia. Así se suavizó la herida de su vanidad..., así ahogó sus miserables dudas.

Mucho antes de que el sol comenzara a inclinarse hacia el oeste, allá a mediados de la tarde que Juan había fijado para la cita, Ellen dirigió sus pasos a través de la selva hacia el Rim. Se avergonzaba de sus anhelos. Tenía la conciencia intranquila y ninguna emoción extraña podía imponerle silencio. Sería divertido el verle, vigilarle, hacerle esperar, reírse de él.

Escogió, como un indio, la tupida alfombra de pinocha para andar, y sus pies, calzados con ligeros mocasines, no dejaron rastro alguno. También lió un rodeo como un indio y llegó al Rim un cuarto de milla al oeste del punto en que había hablado con Juan Isbel; y aquí, torciendo hacia el este, tuvo cuidado de pisar sobre las piedras desnudas. Ésta era una aventura, aparentemente la única que tuvo nunca en su vida. Seguramente no había venido ninguna vez antes directamente al Rim sin pararse a mirar, maravillarse y adorar. Esta vez, apenas miró al abismo azul. Estaba completamente absorta en cubrir sus huellas. No arriesgaría ni lo más mínimo. El orgullo de Jorth aún ardía, mientras que su lado femenino dominaba sus acciones. Tenía que atravesar ciertos puntos rocosos difíciles, luego algunos árboles desmoronados por el viento a los que dar la vuelta y, al fin, llegó al punto donde deseaba ocultarse. Un punto rocoso, amarillo y saliente del Rim se alzaba alga más que el punto que Ellen deseaba vigilar. Un macizo de pinos crecía al lado mismo del borde. Brindaba un refugio que ni los ojos de indio que se decía tenía Juan Isbel lograrían penetrar. Además, si por algún accidente hiciera algo de ruido y despertara sospechas, podría retroceder sin ser vista y esconderse en las enormes rocas bajo el Rim, donde ni un hurón lograría encontrarla.

Habiendo decidido el plan que iba a seguir, Ellen no tenía más que esperar, por lo que se trasladó al lado del macizo de pinos y al borde del Rim, donde podía vigilar y escuchar. Sabía que mucho antes de ver a Isbel vería a su caballo. Era del todo improbable que viniera a pie.

Ellen, eres una muchacha extraña -se dijo-. Me parece que no te conocía muy bien.»

Bajo sus pies se abría un barranco maravilloso y profundo, abrupto y rocoso, poblado de algunos pinos en la ladera norte, nutrido de árboles verde oscuro en la ladera sur. Riscos amarillos y grises se alzaban como castillos v torreones por encima de la selva inclinada frente a ella. Contra el negro profundo se destacaban grupos de chopos temblones de verde claro. La escarpada ladera a los pies de Ellen estaba surcada por gargantas profundas v estrechas que casi constituían en sí nuevos barrancos. Las sombras alternaban con espacios claros. La boca del barranco, de una milla de anchura, se abría sobre la cuenca, penetrando en un mundo de terrenos poblados de árboles silvestres y gargantas, valles y colinas, que se extendían como olas de un color verde oscuro hasta las Sierras Anchas.

Pero, por una vez, Ellen parecía sentirse muy poco atraída hacia este panorama de selvatiquez y grandeza. Su oído era como el de un venado en acecho, y sus ojos se volvían continuamente hacia los espacios abiertos del Rim. Al principio, en su excitación, el tiempo volaba. Gradualmente, sin embargo, a medida que el sol viajaba hacia el oeste, comenzó a intranquilizarse. Sus oídos percibieron muchas veces el golpe suave producido por las piñas al

caer, el sonido de las ardillas al arrastrarse por los abetos de rugosa corteza, el rajarse de los bloques de roca ya frágiles por el tiempo y los elementos, y cada vez que percibía estos ruidos, se levantaba con nueva emoción. Al fin se oyó un sonido que se asemejaba al producido por un casco de caballo sin herradura al chocar con piedra. Entonces, con cuidado, cogió su carabina y atravesó el macizo de pinos hasta llegar al lugar que había escogido. Los pequeños pinos estaban tan juntos, que tenía que deslizarse inclinada por entre sus troncos. El suelo estaba cubierto de un blando lecho de agujas de pino, morenas y fragantes. En las prisas, se pinchó la desnuda mano con una piña aguda y se hizo sangre. Se chupó la pequeña. herida.

«¿Augurará esto algún mal? , murmuró pensativa.

Luego reanudó su marcha cautelosa hacia la linde del macizo, y no tardó en alcanzarla.

Ellen yació quieta durante un momento para recobrar el aliento y luego se enderezó sobre los codos. Podía ver claramente por un claro entre malezas el promontorio donde ella había hablado con Juan Isbel, así como los sitios por donde pudiera él acercarse. Se lió cuenta con algo de nerviosidad de que unos cien pies escasos separaban su refugio del promontorio en cuestión. Era necesario que se mantuviera en el más completo silencio. Sus ojos examinaron los claros a lo largo del Rim. La figura gris de un venado atravesó uno de ellos y supuso que sería este animal el' que había hecho el ruido que antes oyera. Entonces se tumbó con más comodidad y esperó. Se entregó resueltamente, hasta donde 1e fue posible, a analizar sus sentimientos. El significado de que Ellen Jorth yaciera allí oculta simplemente por ver a un Isbel era un problema que se negaba a tratar de resolver por el momento. Lo estaba haciendo, y el acto físico tenía sus fascinaciones. Sus oídos, sintonizados para percibir todos los sonidos de la selva solitaria, registraban dichos sonidos y los ordenaban de, acuerdo con su conocimiento de las cosas del bosque.

Una hora larga pasó. El sol había descendido a un punto equidistante entre el cenit y el horizonte. De pronto, un pensamiento se apoderó de Ellen Jorth

-No viene -murmuró.

En el momento en que se le ocurrió semejante idea, experímentó un sentimiento de pérdida, como si echara de menos algo, un sentimiento vago... algo que debía ser desilusión. No estando preparada para esto, la sorpresa se apoderó de ella momentáneamente, quedando luego como atontada. Su ánimo, rápido y rebelde, no tuvo tiempo de alzarse para defenderla. Era una muchacha sola, culpable, miserable, demasiado débil para que el orgullo la sostuviera, demasiado voluble para conocer su propio ser. Yacía allí, enterrando el rostro entre la abundante pinocha, clavando en ella sus dedos, con el vehemente deseo de que la escondiera. Ese momento fue incomprensible para Ellen y completamente intolerable. Las agudas agujas de los pinos, pinchándola en las muñecas, en las mejillas y en su pecho ardiente y conmovido, parecían proporcionarle un alivio exquisito.

El agudo resoplido de un caballo sonó cerca. Ellen enderezó su cuerpo con sorpresa. Luego tembló un poco y sus sentimientos sufrieron una variación rápida. Cautelosamente y sin ruido se enderezó sobre los codos y miró por un claro de la :maleza. vio a un hombre atar su caballo un poco más allá del Rim. Sacando una carabina de la funda del arzón de su silla, se la colocó en el hueco del brazo y se acercó al borde del precipicio. Miró a través de la Cuenca y pareció perderse en contemplación o meditación. Luego se volvió para dirigir su mirada a la selva, como si esperara a alguien.

Ellen reconoció la flexible figura, la cara morena tan parecida a la de un indio. Era Isbel. Había venido. Sin saber por qué, su venida parecía maravillosa y terrible. Ellen temblaba mientras yacía allí apoyada sobre los codos. Juan Isbel, cumpliendo su palabra, a pesar de su desprecio, había vuelto para verla. El hecho parecía monstruoso. Era enemigo de su padre. Tiempo hacía que el rumor había corrido de boca en boca: el viejo Gass Isbel había mandado llamar a su hijo indio para luchar contra los Jorth. Juan Isbel..., hijo de un tejano..., tirador sin

igual..., rastreador formidable..., hombre malo y peligroso. Entonces atravesó un pensamiento ardiente la mente de Ellen. Si era verdad, si era enemigo de su padre, si era inevitable una lucha entre Jorth e Isbel, debía matar a ese Juan Isbel allí mismo, mientras él esperaba osada y confiadamente. ¡Qué imbécil había sido al creer que ella acudiría! Ellen se dejó caer y bajó la cabeza hasta que el extraño temblor de sus manos hubo cesado. El pensamiento oscuro y terrible había retrocedido. No venía a matar a un hombre desde una emboscada, sino sólo a vigilarle, a intentar ver lo que quería, lo que pensaba, para satisfacer una extraña curiosidad.

Después de un rato volvió a mirar. Isbel estaba sentado en un trozo sobresaliente del Rim, en una posición cómoda desde la cual podía vigilar los claros de la selva y mirar también a través de la curva oeste de la Cuenca hasta los Mazatzals. Se había preparado a esperar. Iba vestido con un traje de piel de ante, bastante nuevo, v desde luego, resaltaba favorablemente comparado can el traje andrajoso y sucio que Ellen recordaba. No parecía muy alto. Ellen estaba acostumbrada a los arizonianos y tejanos, altos y delgados. Aquel hombre era de una complexión diferente. Tenía los hombros mucho más anchos que cualquiera de los hombres que ella había visto en su vida y esto le hacía parecer más bien pesado. Mas por sus poderosos y flexibles miembros demostraba que no lo era; al ponerse en movimiento, sus músculos se contraían. Tenía las manos cruzadas sobre la rodilla; unas manos morenas y nervudas, muy anchas v proporcionadas a las gruesas y musculosas muñecas. Llevaba el cuello de la camisa abierto y no usaba pañuelo, como hacían los hombres que Ellen conocía. Luego su intensa curiosidad la llevó a contemplar la cara y cabeza de Juan. Llevaba una gorra de piel fina y su cabello era moreno claro sin ninguna traza de indio rojo. No tenía los pómulos prominentes y la nariz curva peculiar a los individuos blancos mezclados de indio. Sin embargo, poseía el aire de la raza. Ellen lo percibió en los oscuros, atentos y escrutadores ojos, en las anchas arcadas de sus cejas y en la desdeñosa impasibilidad de su suave rostro, de agudo perfil.

Ellen se dijo: «Ya le había visto bien el otro día, pero no quería admitirlo. ¡El hombre más guapo que he visto en mi vida ha de ser precisamente uno de esos condenados Isbel! ¿Y para esto he venido aquí?»

Volvió a tenderse en el suelo y, cruzando los brazos bajo su pecho, se reclinó cómodamente sobre ellos buscando un hueco más pequeño por donde pudiera espiar a Isbel. Y mientras le observaba, el nuevo y desconcertante aspecto de su espíritu trabajaba activamente. ¿Por qué había vuelto Juan? ¿Qué quería de ella? La amistad entre ellos era imposible. Había sido afectuoso v deferente para ella de una manera que la tenía complacida extrañamente hasta el momento en que la había besado. Aquello fue lo que interrumpió sus placenteros ensueños con una sensación que no había experimentado antes. Todos los hombres que conociera en aquel país salvaje eran rudos y atrevidos. La mayor parte de ellos habían querido casarse con ella, y no habiendo tenido éxito en su pretensión seguían persistiendo en sus amorosas atenciones, ni muy halagüeñas ni muy honorables. Eran mala gente y el contacto con ellos embotaba su sensibilidad. Pero este Juan Isbel parecía un caballero. Ellen trataba de ser justa y de olvidar las razones de su antipatía, tanto para conceder a Juan el debido crédito, como para entenderse a sí misma. Era cierto que la había besado, rudamente y a la fuerza, pero aquel beso no había sido un insulto; Ellen así lo sentía. Recordaba la honrada vergüenza y contrición con que había tratado de explicar su atrevimiento. También recordaba el rápido cambio que se había operado en él a sus palabras: «¡Oh, ya me han besado otras veces! » Se alegraba de haberlas dicho, pero, ¿de veras se alegraba?

Continuó acechándole. De cuando en cuando, Juan levantaba los ojos del valle y miraba a la espesura. Cuando lo hacía, el sol le daba en la cara y Ellen columbraba la chispa escrutadora de sus ojos. También veía que estaba escuchando. ¡Escuchando y acechando su llegada! Este pensamiento la hacía sentirse muy joven, muy tímida y muy desconcertada. Le estaba odiando todo el tiempo por las manifiestas señales que presentaba de estar esperando

confiado en su venida. Le veía levantarse de cuando en cuando e internarse algunos pasos en el bosque. La última vez miró hacia el sol y movió la cabeza; había perdido la confianza. Después se sentó y se quedó mirando al vacío. Ellen sabía que miraba sin ver. Parecía una estatua labrada en la piedra del Rim, que daba a Ellen una singular impresión de tristeza y soledad. ¿Pensaría en la terrible batalla que su padre deseaba que dirigiese, en lo que costaría, en sus inútiles dolores?... Ellen parecía adivinar sus pensamientos; en aquel momento se sentía enternecida y en su alma se estremecía y agitaba un algo intangible que era como un dolor; algo demasiado profundo para su entendimiento, pero se compadeció de aquel Isbel hasta que resurgió la vieja soberbia. ¿Podía ser que ella le gustase? Recordaba su interés, su admiración y el brillo creciente de sus ojos. Y él no le había parecido repulsivo hasta que supo su nombre. « ¿Qué es un nombre? -murmuró recordando algunas poesías que había aprendido en su niñez-. Una rosa, aunque tuviera otro nombre, tendría el mismo perfume. Es un Isbel, pero puede ser bueno y noble. »

De pronto, Ellen se sintió invadida por un escalofrío' Los ojos penetrantes de Isbel se fijaban directamente en su escondite. El corazón dejó de latirle. Si la descubría se moriría de vergüenza. Un grajo graznaba sobre ella en la rama de un pino y una ardilla charlaba por allí cerca. Aquellos dos habitantes del bosque eran capaces de espiar al cazador más astuto y denunciarlo a los de su especie.

Ellen tenía más que miedo a que aquel indio de ojos y oídos aguzados pudiera descubrirla a través de la espesa maleza o a que oyera los latidos de su corazón. Sintió un inmenso alivio cuando le vio volver la vista hacia otro lado y levantarse para pasearse con la cabeza inclinada y las manos cruzadas a la espalda. Se detuvo un momento a contemplar el bosque; después se volvió hacia el este y, por la luz del sol reflejándose en su cara, Ellen vio que éste estaba próximo a su ocaso.

Isbel se dirigió a su caballo y empezó a desatar algo que llevaba colgado en el arzón de la silla. Cuando volvía, Ellen vio que llevaba en la mano un paquete y que se dirigía a través del bosque hacia su campo. Pronto desapareció en la espesura.

Durante algunos :minutos, Ellen se quedó asombrada. Sus conjeturas se multiplicaban ahora. ¿Dónde iba Juan Isbel? «No me lo explico -se dijo-. ¿Qué llevará en ese paquete y qué querrá hacer con él?»

Necesitó un gran esfuerzo de voluntad para permanecer donde estaba y no dejarse llevar de su impulso de seguir su rastro por el bosque, pero aún sobre ella tenía poder su reputación y no se atrevió a competir con él en astucia. Sería mejor esperar hasta que volviese a recoger su caballo. Así decidida, se volvió a tender en su escondrijo y dejó que su imaginación reflexionara sobre lo que había despertado en ella tanta curiosidad. Isbel volvió más pronto de lo que ella esperaba y con las manos vacías. No se había llevado su rifle, que Ellen veía apoyado en una roca. Realmente aquel día Isbel no estaba animado, ni mucho menos, de intenciones hostiles. Se dirigió rápidamente a su caballo, lo desató y montó. Ellen vio su figura erecta y la gracia y desenvoltura de sus movimientos. vio como volvía la cabeza para :mirar por última vez, como para recordar el lugar en que había estado esperando, y se alejaba. Le vio desaparecer. ¿Qué era lo que la afligía? Algo le :pasaba, :pero ella no quería reconocerlo.

Cuando hacía bastante tiempo que Isbel se había ido, Ellen salió de su acechadera. El sol se ocultaba detrás de un picacho, inundando el valle la luz dorada. Los vastos promontorios de piedra parecían arder con llamas doradas. El fondo del valle se inundaba de sombras azul oscuro para dormir por la noche.

Ellen se dirigió rápidamente hacia su campo. El bosque estaba inundado de rayos de luz dorada que palidecían y se desvanecían poco apoco. Las copas de los pinos y de los abetos se volvían de oro. Un pavo silvestre hacía oír su voz que las pavas contestaban. Ellen llegó casi

sin aliento a su campo. Dos paquetes y una pareja de burros atestiguaban la llegada de Antonio. Éstas eran buenas noticias para ella. Oía el balido de los corderos y el tintineo de las campanillas que se aproximaban, y se alegraba de que Isbel, si había visitado su campo, lo hubiera hecho durante la ausencia de sus pastores.

A la primera ojeada que echó a su tienda descubrió el paquete que Isbel llevaba en la mano. Estaba sobre su lecho. « ¡Qué insolente! », murmuró, y a puntapiés sacó el .paquete de la tienda. Sus palabras y sus acciones parecían el reflejo de una gran irritación. Volvió a golpear el paquete con el pie y pensó llevarlo a puntapiés hasta la hoguera, pero algo la detuvo, permitiendo que aquello quedara en el suelo.

José y Antonio estaban a la vista, conduciendo el rebaño. Ellen no quería que viesen el paquete, así es que con, desprecio de sí misma y un poco menos enfadada volvió a llevar el paquete a la tienda por el mismo procedimiento que lo había sacado. ¿Qué sería? Lo contemplaba devorada por la curiosidad. Paquetes tan limpios y tan bien hechos como aquél no se veían muchos en el Tonto. Ellen decidió esperar hasta después de cenar para arrojarlo al fuego en un momento favorable. ¿Qué le importaba lo que contuviese? Indudablemente era un regalo, y se decía a sí misma que estaba extremadamente furiosa con aquel insolente de Isbel, que había tenido la osadía de acercarse a ella con un obsequio.

Antonio, habitualmente alegre y animado, había vuelto sombrío y taciturno. Todo lo que Ellen pudo sacarle fue que el oficio de pastor de ovejas había tomado aspectos que no convenían a los pacíficos mejicanos. Debió haber oído algo que no quería decir. Ellen les ayudó a preparar la cena, que comió en silencio. También ella tenía sus preocupaciones particulares. Antonio le dijo después de cenar que su padre había dispuesto que no volviese a su casa después de oscurecer. Terminada la cena, los pastores se metieron cada uno en su tienda, dejando a Ellen sola. Inmediatamente cogió el paquete y lo llevó a la hoguera para quemarlo. La curiosidad femenina ardía en su pecho.

Sucumbió a ella hasta el punto de romper el papel del envoltorio por una esquina y vio algunas palabras escritas en lápiz: «Para mi hermana Ana.» Ellen apreció la letra grande y bien hecha, y de pronto despojó al paquete completamente de su envoltura externa. De las palabras impresas en el interior dedujo que procedía de San Francisco.

«Parece que se trajo a casa una porción de regalos para sus parientes, para su hermana y sus sobrinos - murmuró Ellen -. Eso está bien. Y esto, sea lo que sea, lo tenía destinado a su hermana Ana... Ana Isbel. Debe ser aquella muchacha de ojos negros que me gustó tanto, hasta que supe que era una Isbel.. . ¡Su hermana! » Y por segunda vez, Ellen depositó el paquete en su tienda. No podía quemarlo en aquel momento. Sentía otras emociones además de odio y desprecio. «¿Será igual que su hermana? -se preguntó pensativa. Y, ciertamente, Juan Isbel se parecía a su hermana-. ¡Qué lástima que pertenezcan a la familia que ha arruinado a papá! »

Ellen se acostó sin abrir el paquete ni quemarlo. Y con gran enojo le parecía que de cualquier manera que se acostase no podía dejar de tocarlo. No había mucho espacio en la pequeña tienda. Primero lo puso a su cabecera al lado de su rifle, pero a la primera vuelta que dio en el lecho sintió su contacto contra su mejilla como un latigazo. Se movió otra vez para encontrarse con que lo estaba tocando con la mano. Lo arrojó a un extremo de la cama, donde cayó sobre sus pies, y de cualquier manera que se colocara sentía la presión de aquel misterioso e indeseado paquete.

Se quedó dormida para soñar que el paquetito era una mano acariciadora que buscaba las suyas, que apretaba con fuerza y ternura. Despertó con la más extraña sensación en su mano derecha; la sentía húmeda y caliente, y el contacto de ella con su mejilla era muy agradable. La noche era oscura y silenciosa. Sólo el suave murmullo del viento en la copa de los pinos y el ligero tintineo del cencerro de una oveja interrumpía el silencio. Se sentía pequeña y sola en

medio del espeso bosque y por más que trataba, no podía pensar entonces lo mismo que pensaba en pleno día. Resentimiento, soberbia y cólera estaban entonces abatidos. Si los acontecimientos del día no habían cambiado su carácter, por lo menos trajeron a su memoria

recuerdos más dulces y emociones que hacía tiempo no experimentaba. Nada la entristecía tanto como el recuerdo de los alegres y felices días de su niñez, de su madre y de su antiguo hogar. Luego su pensamiento volvía a Isbel y a su regalo. Hacía muchos años que nadie le había hecho un regalo. ¿Qué podía ser aquél? No importaba; lo extraordinario era que Juan Isbel se lo hubiera traído y que ella se sintiese tan turbada por ello.

«Lo destinaba a su hermana, así es que me juzga bien», se dijo finalmente.

Con la mañana, nuevas vacilaciones asaltaron a Ellen. Por fin envolvió el odioso paquete entre las mantas y se dijo que cuando llegara a casa lo arrojaría alegremente al fuego. Antonio cargó su paquete en un burro. No tenía ni un caballo y, por consiguiente, tendría que recorrer a pie las varias millas que la separaban del rancho de su padre.

Partió por fin con paso vivo conduciendo al burro y llevando su rifle, y pronto se internó en la fragante floresta. La mañana estaba clara y fresca y la escarcha chispeaba a la luz del sol, haciendo que la hierba pareciese cuajada de diamantes. Ellen se sentía fresca, boyante y singularmente llena de vida. Su juventud triunfaba de todos sus pesares. Avanzaba silbando una antigua canción del Sur y cada paso parecía que le acercaba a una futura e intangible felicidad. Todo lo desconocido de la vida la llamaba. Su corazón palpitaba con fuerza en su pecho, mientras andaba como en sueños. Sus pensamientos eran rápidos, cambiantes, íntimos, profundos y vagos; no sueños de ayer ni hoy; no soñaba con las realidades de cada día.

Las grandes ardillas grises con cola blanca cruzaban el camino por delante de ella y se subían a los troncos de los árboles para verla pasar. Las pequeñas y traviesas ardillas rojas parecía que le hablaban en su lenguaje desconocido. De cada matorral salían los cloqueos de los pavos. Los grajos azules chillaban en la copa de los árboles. Un venado levantó la cabeza del pasto y permaneció inmóvil con las largas orejas erectas viéndola pasar por su lado.

Así absorta y feliz en sus ensueños, Ellen cubrió las millas de bosque y pronto llegó al sendero que llevaba a las profundidades del Cañón de Chavelon. Era una mala senda, menos propicia a las felices ausencias de la mente;

poco a poco, Ellen fue volviendo a la realidad. Pronto empezó a sentir una sensación familiar que siempre le asaltaba cuando volvía al rancho de su padre, una especie de repugnancia, un amargo descontento, una lucha leal contra el sentimiento de que no todo lo que se hacía estaba bien hecho.

A un extremo de aquel cañón, en un pequeño y verde prado, se levantaba una tosca cabaña de madera de una sola habitación, que era el domicilio de un viejo extraño que hacía muchos años que vivía allí. Se llamaba John Sprague y se dedicaba a la cría de burros. Nunca poseyó ni vacas, ni caballos, ni ganado de ninguna especie, ni siquiera un perro. Había rumores de que Sprague era uno de los muchos que habían llegado al país en busca de la mina de oro del Holandés Errante. Sprague sabía de la Cuenca del Tonto y del Rim más que ninguno de los pastores y rancheros. Desde el Cerro Negro a Cibique y desde el Cerro Chevelon al Paso del Reno conocía todos los senderos, cañones, colinas y manantiales y sabía encontrar los caminos hasta en la noche más oscura. Su fama, sin embargo, era debida más que nada a su especialidad: la crianza de :burros y precisamente la de burros negros con la cara blanca. Sus burros eran los mejores de la Cuenca y muy solicitados. Sprague vendía algunos todos los años y una vez había regalado uno a Ellen, aunque le dolía mucho desprenderse de ellos. Aquel viejo era el único amigo de Ellen.

Cuando vino al Rim con el ganado, el tío John, como Ellen le llamaba, estaba fuera en una de sus poco frecuentes visitas al Valle Herboso, y ahora se alegraba al ver la columna de

humo que se escapaba de la chimenea de la cabaña y al oír los discordantes rebuznos de los burros. Apenas salió al claro, Sprague la vio desde la puerta de su cabaña.

-¡Hola, tío John

-¡Toma, si es Ellen! -replicó el tío John con alegría-. En cuanto he visto W borrico de la cara blanca, ya sabía yo quién venía detrás. ¿Dónde has estado, muchacha?

Sprague era un viejo de pequeña estatura, un poco encorvado, con la cabeza gris -y ojos astutos. A Ellen no le gustaban sus barbas, manchadas de tabaco, ni el astroso

y maloliente traje que llevaba, pero ya había cejado en su inútil empeño de hacerle un poco más aseado.

-He estado cuidando las ovejas -contestó Ellen-. ¿Y usted, dónde ha estado? Cuando venía para acá le he echado de menos.

-He estado haciendo provisiones, y creo que me he detenido en el Valle más de lo que acostumbro, pero era natural, teniendo en cuenta...

-¿Qué? -preguntó Ellen, sorprendida, viendo que el viejo no seguía.

Sprague sacó una pipa negra del bolsillo y empezó a acariciar el hornillo con los dedos, fijando en Ellen una mirada pensativa y tan amistosa que ella temió que fuese compasiva. La joven preguntó entonces con insistencia sobre las novedades que había por el poblado.

-Entra y siéntate.

-Gracias, prefiero sentarme aquí -contestó Ellen acomodándose en un tronco-. Y cuénteme, tío, lo que pasa ahora por el Valle.

-No mucho todavía. Nada más que charla, y de eso sí que hay bastante.

-¡Bah! Siempre se ha hablado mucho -declaró Ellen con desdén-. Ese Valle Herboso es una cueva de murmuraciones.

-Ellen, vamos a tener guerra. Una guerra sangrienta en la Cuenca del Tonto - continuó Sprague con seriedad.

-¿Guerra? ¿Entre quiénes?

-Entre los Isbel y sus enemigos. Creo que la mayor parte de los vecinos del Valle y desde luego todos los rancheros estarán al lado del viejo Gastón. Blaisdell, Gordon, Fredericks, Blue, todos se meterán en la cosa.

-¿Y con quién van a combatir? -inquirió Ellen.

-Se dice que los pastos tendrán la culpa de esta guerra, pero también se dicen con reserva otras cosas que no creo sea muy saludable repetir por aquí.

-Tío John, no tiene usted que tener miedo de contarme a mí lo que pasa. Yo nunca le delataré, después de haber sido tan buen amigo mío.

-Y lo quiero seguir siendo, Ellen -afirmó el viejo-. No es fácil quedarse callado cuando se te tiene en la estima que yo te tengo a ti. Quisiera saber una cosa. ¿Tienes parientes en alguna otra parte, lejos de aquí, con quienes te puedas ir mientras dura la lucha?

-No. Todo 1o que tengo, por lo menos que yo sepa, está aquí.

-¿Ni amigos?

-No tengo ninguno, tío John -suspiró Ellen con tristeza.

-Lo siento; esperaba que pudieras marcharte a alguna otra parte.

-Sin duda, no esperaría usted que me marchase y dejara a mi padre solo en la lucha.

-Pues espero que lo hagas así.

-Soy una Jorth -dijo Elena sombríamente.

Sprague estaba evidentemente perplejo y preocupado.

-¿Querrías venirte conmigo? -preguntó-. Podríamos marcharnos a Mazatzals y vivir allí hasta que todo esto se acabara.

-Gracias, tío John, es usted muy bueno conmigo; pero las dificultades de mi padre son las mías también.

-Ya debía habérseme ocurrido eso. ¿Y qué opinas tú de la cuestión del ganado y las ovejas?

-Creo que unos y otros tienen los mismos derechos. Yo prefiero el ganado a las ovejas, pero no es ésta la cuestión. El Valle es libre. Suponga usted que yo tuviera ovejas y usted ganado; los dos seríamos perfectamente libres de apacentar nuestros rebaños en cualquier parte.

-Muy bien. Pero imagínate que tú sueltas tus ovejas alrededor de mi rancho, de manera que .mi ganado tuviera que marcharse a otro lado o morirse de hambre.

-Pero yo no soltaría mis ovejas en su rancho -declaró rotundamente Ellen.

-Muy bien; ya has contestado la mitad de la pregunta. Y ahora supón que mi ganado fuese robado por cuatreros y que respetasen tus ovejas. ¿Qué pensarías entonces?

-Pues creería que los ladrones no encontraban ningún provecho en las ovejas.

-Exactamente. ¿Pero no te extrañaría un poco el hecho?

-No lo sé. ¿Por qué me iba a extrañar? ¿Qué quiere usted decir, tío John?

-¿No tendrías una como sospecha de que los cuatreros eran un poco, digamos, un poco benévolos con los ovejeros?

Ellen sintió una , vibrante conmoción. La sangre acudió a sus mejillas y se levantó temblando.

-¡Tío John ! -gritó.

-Bueno, muchacha, no lo tomes con tanta furia. Siéntate y no...

-Se atreve usted a insinuar que mi padre ha...

-Ellen, yo no insinúo nada- interrumpió el viejo-. No hago más que hacerte pensar un poco. Eso es todo. Tú ya eres una mujer y debes tener sentido. Se presentan malos tiempos y no me gustaría verte mezclada en ellos.

-Sí, me hace usted pensar y me hace usted disgustarme. Ya sé que no quieren a mi padre en este país de ganaderos, pero no es justo -contestó Ellen con lágrimas en los ojos-. Quisiera que a mi padre no se le hubiese ocurrido meterse a criar ovejas. Siempre ha sido ganadero hasta que vinimos a este país. Tiene amigos que le han arruinado y siempre le ha perseguido la mala suerte; pero, tío John, mi padre es un hombre honrado,

-¡Bueno, criatura, bueno! Yo no quería decir..., no quería hacerte llorar -dijo el viejo con simpatía y evitando su mirada-. No te preocupes de lo que dije. Y además, lo que digamos no evitará que pase lo que va a pasar. Si no fueses tú una muchacha..., ya volvemos a lo mío. Ellen, piensa en tu porvenir y ábrete camino. Todos los jóvenes tienen que hacerlo así, y del camino que emprenden depende que sean buenos o malos. Pero tienes que conocerte; quiero decir, tienes que encontrar en ti lo mejor de tu ser y conservarlo y morir luchando por ello. Tú eres una .mujer, y una mujer guapa, lo cual quiere decir que tienes que luchar con más tesón. Este país no es bueno para una mujer cuando la calumnia la ha marcado.

-¿Y qué me importa a mí lo que digan en el Valle? -replicó Ellen-. Ya sé que creen que soy una pícara, pero no me importa; que piensen lo que quieran. Yo misma les he hecho creerlo así.

-Mal hecho -dijo Sprague con seriedad- Soberbia y mal genio. No debes dar lugar a que nadie piense mal' de ti.

-Odio a todos los de allá abajo -gritó Ellen con pasión-. Los odio y me alegro de que piensen mal de mí. Mi madre pertenecía a una de las mejores familias de Tejas y yo soy su hija. Yo sé quien soy y lo que soy,

y esto me conforta cuando me encuentro con las rastreras habladurías de la gente del Valle. Así veo la diferencia entre ellos y yo, y por eso me alegro.

-Ellen, eres una niña indómita y precipitada - la amonestó el viejo con severidad -. Se han dicho cosas contra tu honor y tu buen nombre. ¿Has dado tú motivo para ello?

Ellen se quedó pálida, sintiendo como la sangre se le agolpaba al corazón. Sentía las palabras de tío John como una bofetada. Si su significado no mataba su soberbia, mataba por lo menos su juvenil descuido. Quedó muda, contemplándole y llevándose las manos temblorosas al pecho como para prevenir otro golpe mortal.

-¡Ellen! -gritó Sprague-. No me juzgues mal. Te juro que no he querido decir lo que tú supones. Yo soy ya viejo y brusco, poco acostumbrado a tratar a mujeres. Pero a ti te quiero y te respeto lo mismo que si fueras mi propia hija... y yo sé que eres buena... Perdóname... Quise decir solamente... que has sido un poco descuidada.

-¿Descuidada? -preguntó con amargura Ellen.

-Y muy imprudente y ciega dejando que los hombres te besasen y abrazaran siendo ya una mujer hecha y derecha.

-Sí, así lo he hecho -murmuró Ellen.

-¿Y por qué lo has hecho?

-No lo sé, no pensaba... Los hombres no me dejaban nunca en paz, nunca, nunca, v yo estaba cansada de andar siempre a empujones con ellos y algunas veces, cuando se portaban bien, les dejaba estar conmigo. Nunca pensé, nunca vi las cosas como usted me las hace ver... y las pocas veces que he pasado por el Valle, yo misma los animaba... Quizá tenga razón, quizá soy una pícara sin vergüenza.

-Evita esas murmuraciones -dijo el viejo tomando una de sus manos-. Eres joven y estás sola en medio de una partida de hombres rudos. No tienes madre ni amigas ni nadie. Lo extraño es que te hayas conservado buena en tales condiciones. Pero ahora abre los ojos, Ellen, esos hermosos y valientes ojos, y con su luz y algo de ánimo saldrás con bien de todos los apuros. Serás feliz, no tengas la más pequeña duda. La vida es dura, pero fiel a los que son buenos.

-Tío John, es usted tan amable conmigo, que me hace concebir esperanzas. Tenía tan pocas ilusiones... Pero no volveré a ser cobarde ni loca; me acordaré de sus palabras, y creo que el futuro encierra cosas buenas para mí. Ya encontraré lo que haya en mí de bueno y lucharé por ello, venga lo que venga... Sólo tengo dieciocho años y espero que no pasaré aquí toda mi vida. Quizá estalle esta guerra entre los ganaderos y los ovejeros, pero ya encontraré alguna buena muchacha que quiera ser mi amiga, quizá una hermana para mí, y algún hombre que crea, a pesar de todo lo que dicen, que no soy una pícara.

-¡Ah! Ahora recuerdo lo que quería decirte cuando llegaste. Ayer estaba yo en una taberna donde había un hombre que armó 1'a gran trapatiesta porque alguno insinuó que no eras como debías. Por poco no mata a uno y a otro le hizo tragarse sus palabras y a los demás los dejó helados del susto.

El viejo John se echó a reír mirando a Ellen, animado por el recuerdo.

-¿fue usted? -preguntó Ellen con ansiedad.

-¿Yo? No; yo soy ya viejo y aquel individuo era ágil como un gato y rápido como un relámpago.

-¿Quién era?

-Un forastero que acaba de llegar a esta tierra; un Isbel.

-¡Oh! -suspiró Ellen.

-En una taberna llena de hombres, todos simpatizantes de los ovejeros y casi todos partidarios de Jorth, ese Juan Isbel se ofendió porque insultaran a Ellen Jorth.

-¡No! -gritó Ellen. Algo tremendo estaba pasando por su corazón y su cabeza.

-¡Ya lo creo! -replicó el viejo-, y te vas a alegrar cuando oigas cómo fue.

V

EL viejo John Sprague se lanzó a su narración con evidente placer.

-Me he pasado en la tienda de Greaves casi dos días he oído una porción de cosas. Algunas eran, sin duda,

chismes de viejos, pero creo que he penetrado en el secreto de lo que pasa en el Valle. Ayer por la mañana estaba cargando mis burros en el corral de Greaves y entraba en la tienda a recoger las provisiones. Una de las veces vi allí a un forastero joven, con el cabello tan negro como mis burros y ojos penetrantes; parecía un indio. Llevaba un rifle y una cosa envuelta en un papel que cuidaba particularmente. Poseía un cinturón y en él un cuchillo como el que llevan los indios. Aquello me parecía raro y creo que a los demás también. Nadie dejó de notar el revólver que llevaba al estilo de Tejas. Yo no tenía la menor idea de que aquel tipo fuese un Isbel hasta que oí a Greaves llamarle por este nombre.

»-Isbel -dijo Greaves-, tu dinero es falso aquí y no puedo venderte nada.

»-Nada de falso-contestó el joven haciendo sonar el oro que llevaba en el bolsillo-. Esto es una tienda y yo necesito una latiguera.

»Greaves estaba particularmente hosco aquella mañana. Yo le había estado observando durante dos días. Había dormido poco; yo dormía en la trastienda y durante toda la noche oí como le llegaban visitas que celebraban largas conferencias con él. Aunque ignoraba lo que le ocurría, él no estaba muy contento y calculé que la visita del joven Isbel no era la más agradable para sus irritados ojos, pero no le hizo caso y siguió como si no hubiera oído al otro pedir una latiguera. Yo estaba dentro de la tienda en aquel momento; allí había un par de partidas de naipes y, desde luego, todos bebían. Pronto percibí que la atmósfera no le era muy favorable a Juan Isbel y él también se había dado cuenta de lo mismo, pero no se iba. Entre nosotros te diré que empezaba a gustarme el mozo y comencé a observarle lo mejor que podía sin que él se diera cuenta. Creo que todos los presentes hacían lo mismo. A primera vista nadie hubiera dicho que en aquella tienda pasaba nada de particular, pero todos nosotros sabíamos que iba a pasar algo. Por todo esto me enteré de que la mayor parte de los que allí había eran ovejeros o amigos de ovejeros. El día antes yo había oído hablar mucho de aquel joven Isbel, de lo que viniera a hacer al Valle y de le mal hombre que era, v al verle me incliné a creer que merecía su reputación.

o tardaron en entrar dos individuos más a quienes yo conozco y tú también, cosa que siento bastante, pues estoy llegando a cosas que te van a hacer temblar. El primero de los dos hombres era el peón mejicano de tu padre, Lorenzo, y el otro era Simm Bruce. No es que Bruce estuviera borracho, pero desde luego había, por lo menos, olido algunas copas. Cuando vio a Isbel se hinchó como un pavo en celo.

»Geeaves-dijo-, si aquel individuo es Juan Isbel, no es precisamente recomendable la compañía de que te rodeas«, y señaló a Isbel con el dedo sin el menor disimulo. Greaves estaba de muy mal humor y contestó con sequedad: «No podemos escoger demasiado en este lugar. Ciertamente, éste es Juan Isbel y te agradeceré que trates de convencerle de que sus visitas no las necesitamos por aquí.»

»Juan Isbel estaba sentado en el mostrador y lo oyó todo, pero no dijo nada y miraba a Bruce de una manera que presagiaba una sorpresa inminente. He mirado a muchos hombres y puedo decir siempre cuándo va a pasar algo. Bruce se bebió una copa y se plantó delante de Isbel.

Es usted Juan Isbel, hijo de Gastón Isbel? -pre-guntó contoneándose y con las manos en el cinturón.

»-S í, señor, me acaba usted de identificar- contestó Juan Isbel muy fino.

»-Pues yo soy Bruce; tengo algunas ovejas por aquí y estoy interesado en los negocios del Coronel Jorth.

»-Tanto gusto, señor Bruce. ¿Cómo está usted? - contestó el otro, muy frío y muy cortés.

»Bruce tema un ojo en los espectadores, que ahora miraban y escuchaban con atención, y se acercó más a Isbel.

»-Hemos oído que ha venido usted a la Cuenca del Tonto para echarnos a los ovejeros. ¿Qué hay de eso?

»-Les han informado mal-dijo Isbel con calmaido He venpara trabajar con mi padre y mi trabajo dependerá de lo que ocurra.

»Bruce empezó a ponerse encendido y a agitar las manos delante de la cara de Isbel.

»-Le advierto a-usted que ya ha ocurrido bastante para que lo echemos a usted de Arizona.

o sea exagerado. ¿Qué es lo que he hecho? - preguntó Isbel con ironía.

»Esto hizo que Bruce estallara, resoplando y escupiendo

»-¿Que qué ha hecho? Pues te echaremos de aquí, ¡maldito mestizo!, por hacerle el amor a Ellen Jorth. ¡Eso no se tolera en este país, por lo menos no se le tolera a un Isbel!

»-Miente usted-contestó Isbel, y saltó de la banqueta en que estaba sentado, ágil como un gato. Yo oí sus pasos y me aposté conmigo mismo a que era tan peligroso como ligero, pero ni su voz ni su aspecto cambiaron en lo más mínimo.

»-No miento -contestó Bruce-, y te haré tragar esas palabras. Puedo probar lo que digo. Te vieron con Ellen Jorth anteayer. Te observaron y vieron como le hacías el amor y la conquistabas, y te digo, Isbel, que estás en la lista negra.

»-¿Quién me vio? -preguntó Isbel, frío y sereno, pero yo observé que se había puesto pálido.

»-No puedes negarlo -aulló Bruce agitando las manos, descompuesto- Te hemos cogido, Isbel; Lorenzo te vio y te siguió -y Bruce señaló al mejicano-. Y Lorenzo es un peón del Coronel Jorth, y cuando se lo diga a él y a Tad Jorth y a Jackson Jorth, el infierno va a ser un lugar fresco comparado con este Valle.

»Greaves y su pandilla se habían acercado para oír mejor aquella bronca. Pude notar que-eran todos lo bastante tejanos para no intervenir en caso de que Juan Isbel y Bruce llegasen a las manos. Juan Isbel miró a Lorenzo y con un rápido movimiento le echó la mano y le levantó del suelo. Lorenzo dejó su sonrisita y -no parecía sentirse muy bien, pero era evidente que la razón estaba de su lado.

»-¿Tú me viste? -preguntó Isbel.

»-Sí, señor -replicó Lorenzo.

»-¿Y qué viste?

»-Vi, al señor y la señorita y vi que el señor le gustaba a la señorita y que el señor la besaba. Ella...

»IsbeI le dio entonces a Lorenzo un revés en la boca que le mandó por encima del' mostrador y le dejó tendido en el suelo como un saco.

»-Señor Bruce -dijo entonces Isbel- y todos ustedes, señores, los que han oído a este sinvergüenza, confieso que me encontré con Ellen Jorth y que perdí la ca

bezo y la besé..., pero fué un accidente, no quise insultar a nadie. Después me excusé y traté de explicar mi tontería, y esto fué todo. Ese mejicano ha mentido. Ellen Jorth me enseñó amablemente el camino del Valle y hablamos un poco, y :supongo que, como es tan joven y tan bonita, perdí la cabeza... y nada más. Ese sinvergüenza dijo una mentira como una casa cuando afirmó que yo le gustaba a ella. El hecho es que me despreció. Así me lo dijo, y cuando supo que yo era Juan Isbel me volvió la espalda v se marchó.

En este punto de su narración, el viejo John se detuvo como para impresionar a Ellen, no solamente con lo que ya llevaba dicho, sino con lo que aún le faltaba por decir. Se había animado con su relato. Parecía cargado con el pesa de un secreto que ansiaba divulgar. Ellen, por su parte, estaba sin aliento. Todas sus emociones esperaban para el final. Rogó a Sprague que se apresurara.

»-Quisiera pasar por alto el capítulo que sigue para contarte el último -dijo el viejo poniendo una pesada pera cariñosa mano sobre las de ella -. Bruce se echó a reír cada vez más fuerte

»-Mira, Isbel -dijo con la mayor insolencia-. Aquí todos somos perros viejos para que tú vengas con esos cuentos. Ya sabemos lo que es Ellen Jorth; pero no fuiste muy listo diciéndole que eras un Isbel.

»Isbel dirigió su mirada sorprendida a Bruce, a Greaves y a los demás de su partida. Creo que estaría preguntándose si había oído bien y me parece que determinó asegurarse.

»-¿Por qué no fuí muy listo? -preguntó.

»-claro que no fuiste listo si querías ser uno de los amantes de Ellen Jorth -dijo Bruce haciendo una mueca-. Y si no te hubieras delatado tú mismo, eso habría sido muy fácil.

»Ahora no cabía duda respecto de lo que Bruce quería decir, y cuando lo dijo, algunos de los presentes se echaron a reír. Isbel los miró a todos uno por uno y luego, dirigiéndose a Greaves, dijo:

»-Greaves, este borracho de Bruce ha dicho lo bastante para que le pegue. Creo que todos ustedes son ovejeros y que están de parte de Jorth en el asunto de las ovejas.

»-Has acertado, Isbel - ontestó Greaves secamen-

te, y extendió sus grandes manos como para indicar a los demás que podían dar el pleito por empezado.

»-Muy bien. Todos sois partidarios de Jorth. ¿Tiene, alguno de vosotros algo que decir en defensa de Ellen Jorth? Os aseguro que el mejicano mintió. Que me creáis o no, importa poco, pero este canalla de Bruce ha dicho algo contra el honor de una muchacha.

»Otra vez volvieron a reírse los presentes, pero no tan fuerte, y todos estaban un poco nerviosos. Isbel tenía, un aspecto extraño. El cuello se le había hinchado y los ojos le brillaban como dos carbones encendidos. Greaves volvió a extender las manos como si se las lavara de aquella parte de la turbia discusión.

»-Cuando se trata de mujeres, yo paso, y mucho más si se trata de jugar con un gato montés como la hija del Coronel Jorth. Bruce seguramente debe conocerla bien, pues según se dice por aquí y según dice él mismo; Ellen Jorth es su amante desde hace dos años.

»Isbel se volvió entonces hacia Bruce y yo por mi parte empecé a temblar.

»-Cuéntame eso a mí -le dijo.

»-Claro que lo es, y por eso voy a echarle de este país.

»Isbel se lanzó sobre Bruce, gritando:

«¡Canalla, ba rracho, embustero! ¡Yo seré un Isbel, pero delante de mí no hay quien difame a esa muchacha! » Se movía tan ligero que no pude ver lo que hacía, pero oí como le daba un puñetazo a Bruce, tan tremendo, que sonó como un mazazo en la cabeza de un buey. Bruce cayó redondo al suelo. Cuando se levantaba gritando y escupiendo dientes, Isbel miró a las demás presentes y dijo: «Si alguno de vosotros se mueve, empiezo a tiros.» Nadie se movió. Ninguno dé los que estaban llevaba armas de fuego, por lo menos a la vista. Cuando Bruce se acabó de levantar, Juan Isbel repitió el golpe y lo mandó contra el mostrador. Se conoce muy bien cuando le han hecho daño a un hombre por la manera de aullar que tiene. Bruce recibió el segundo mamporro en sus narizotas No he visto a nadie tan ligero como Isbel. Saltó por encima del mostrador y, sin quitar el ojo de Greaves y su cuadrilla, empezó a vapulear de derecha a izquierda a Bruce haciéndole golpear con la cabeza contra las tablas. Cuando cayó

al suelo como un saco, chorreando sangre par toda la cara, Isbel volvió a saltar par encima del mostrador limpiándose las manos can el pañuelo que después tiró a Bruce a la cara. Éste no estaba muerto ni mal herido. Se quejaba y gruñía. Isbel le dió con el pie, no fuerte, sino con desprecio, y se dirigió a los espectadores

»-Greaves, esto es lo que yo hago con vuestro Bruce. Decidle que cuando me vuelva a ver que corra o que saque algún arma.

»Y tomando su paquete y su rifle de encima del mostrador, se marchó sin siquiera volver la cabeza. Yo le vi montar en su caballo y salir trotando. ¿Qué me dices de todo esto, muchacha?

Ellen no pudo decir más que «adiós» y la palabra sonó tan baja que apenas se la oyó. Corrió hacia su burro. Apenas veía a través de las lágrimas que llenaban sus ajos y las manos le temblaban. Tenía que escaparse a cualquier parte; no escapar del viejo Sprague, sino de sí misma, de aquel ser palpitante que avanzaba tropezando por el sendero. Todo había acabado para ella. Durante el curso de aquella interminable historia se había sentido a cada minuto destrozada por sentimientos que nunca había sospechado. Aquella Ellen Jorth era una criatura diferente y desconocida. Sollozaba tirando del burro por el sendero del cañón. Se sentaba para levantarse en el acto y corría para detenerse inmediatamente. Perseguida y sitiada, sin un resquicio por donde escapar de las pensamientos rápidos de los que no tenía ni tiempo ni voluntad de escapar. Era como la muerte de su adolescencia; el descorrer del velo que ocultaba los misterios apenas sospechados par instinto. La árida y sórdida verdad' de su vida; vista por ojos mejor iluminados; la amarga revelación de la villanía de los hombres de su clan en contraste con la hombría y caballerosidad-de un enemigo; la tristeza de una reputación inalterable, creada por la difamación y alimentada por la bajeza, todas éstas eran las fuerzas del cataclismo que se producía en su corazón y que la arrastraba en un remolino para colocarla frente a la realidad e infundirle sospecha y desconfianza hacia todo lo que hasta entonces le había parecido bueno; prevenirla del horror de un trágico y sangriento combate y, por fin, enseñarle la suprema verdad, a la vez gloriosa y terrible, de que ella no podía escapar a las leyes naturales.

Hacia mediodía llegó Ellen a la loma donde estaba situado el rancho de su padre. Tres cañones se juntaban allí para formar uno mayor. La loma era una colina simétrica situada en la boca de los tres cañones, cubierta de maleza y de cedros con algunas rocas que asomaban por encima de la maleza. Al pie de la loma había un ancho y verde prado, a través del cual corría un torrente bordeado de robles. El agua corría abundantemente en aquella estación y los profundos arroyos que bajaban de las montañas atestiguaban la frecuencia de las tormentas y chubascos. Este valle estaba poblado de caballos y ganado y se prolongaba entre laderas hasta perderse en una verde curva. Un singular aspecto de este cañón era que la ladera del lado noroeste estaba cubierta de un espeso bosque de abetos y, en cambio, en la opuesta, bañada por el sol y menos expuesta, por lo tanto, a la nieve en invierno, sólo crecían algunos pinos amarillos. La vivienda del coronel Jorth estaba en una esquina del mayor de los tres cañones, bien escondida, y sin alterar, con sus toscas y abandonadas cabañas de leños, sus escuálidos alrededores y sus cenagosos corrales, la belleza del risueño valle.

Ellen Jorth se aproximaba a su casa despacio y de mala gana. Nunca durante aquellos tres infelices años de su existencia le había parecido el rancho tan desnudo, descuidado y repugnante. Lo mismo que se había visto a sí misma con ojos de iluminada, veía ahora su casa. La cabaña en que vivía Ellen con su padre no tenía más que una habitación de unos veinte pies cuadrados, con una puerta y sin ventanas.

Al detenerse Ellen delante de la puerta para descargar al burro, oyó dentro la fuerte y perezosa risa de algunos hombres. Había otra cabaña al lado y entre las dos una especie de porche. Las puertas de las dos cabañas estaban una enfrente de otra y en una de ellas había en pie un hombre alto. Ellen reconoció a Daggs, un ovejero vecino, que evidentemente pasaba

más tiempo con su padre que en su propia casa, dondequiera que ésta estuviese; Ellen no lo sabía.

-Jorth, aquí está su hijita -oyó que decir

Ellen metió su lecho en la cabaña y lo desenrolló sobre una yacija de leños que tenía en un rincón. Se había olvidado del paquete de Juan Isbel, que cayó al suelo bajo sus ojos. Lo ocultó rápidamente. Una mejicana, parienta de Antonio y única sirvienta de la casa, estaba delante del fuego en cuclillas a la manera india, guisando una cazuela de judías. No se llevaban muy bien. Ellen y esta mejicana y cruzaban muy pocas palabras. La joven había instalado una cortina de lona, formándose así un pequeño gabinete triangular en el rincón, lo que le proporcionaba un poco de retiro. Poseía muy pocas cosas. Una tosca mesa que se había construido ella misma. Sobre ésta tenía un viejo espejo, un cepillo, un peine y un viejísimo estuche de caoba lleno de objetos heterogéneos Guya vista ponía siempre en los labios de Ellen una sonrisa de compasión hacia sí misma. Bajo la mesa tenía un baúl de cuero. Había venido con ella desde Tejas y contenía vestidos y cosas de su madre. De unos ganchos sobre la cama colgaba su escaso guardarropa y en una tabla había algunos libros viejos.

Cuando su padre dormía en la cabaña, lo que ocurría pocas veces, excepto en invierno, ocupaba una cama en el rincón opuesto. Al lado del hogar se había construido un armario que contenía útiles y provisiones. En el centro aparecía la mesa y dos bancos. La cabaña estaba oscura y olía a humo, a restos de comida mal guisada y madera podrida. Algunos rayos de luz se mostraban en el techo, donde las vigas toscamente labradas se habían separado por la acción del tiempo. Una tira de tocino colgaba a un lado del armario y al otro una porción de carne de venado. Ellen detestaba a la mejicana porque era muy sucia. El interior de la cabaña presentaba el mismo aspecto descuidado de cuando Ellen pasaba algunos días fuera. La joven había perdido muchas cosas en el descenso de los Jorth, pero seguía conservando sus hábitos de limpieza y se puso a trabajar tan pronta como llegó.

La mejicana salió de la cabaña de mal humor y Ellen quedó libre para trabajar a su satisfacción. Su cerebro estaba tan ocupado como sus manos. Oía las voces de los hombres, las pisadas de los caballos herrados y los concerros del ganado. Pasó bastante tiempo sin que nadie la molestara.

Una elevada sombra oscureció la puerta.

-¿Qué tal, pequeña? -dijo una voz perezosa y ceceante-. ¿Por fin has vuelto a casa?

Ellen se enderezó. Un hombre de magnífica estatura estaba apoyado contra la jamba de la puerta. Como la mayor parte de los tejanos, era rubio claro con los ojos azules. Su cara era dura y angulosa. Un bigote amarillo ocultaba su boca. Calzaba botas altas con espuelas y llevaba un revólver colgado muy bajo sobre la cadera. Causó a Ellen una impresión enteramente nueva. Todo lo veía ahora muy diferente.

-gola, Daggs! -contestó-. ¿Dónde está mi padre? -Está jugando a los naipes con Colter y Jackson; está jugando mal y se le ha subido a la cabeza.

-¿Se juegan mucho dinero?

-¡Pero, hija mía! ¿Cuándo ha jugado el Coronel Jorth por distraerse nada más? -dijo Daggs con una risa perezosa-. Tienen un montón de oro sobre la mesa y me parece que se lo llevará tu tío Jackson. Colter no está de suerte tampoco.

Daggs entró en la cabaña. Sus movimientos eran lentos y graciosos; sus largas espuelas tintineaban.

-Venga, chiquilla, dénos usted un beso -dijo apoyando en el hombro de Ellen una mano bastante pesada.

-Déjame en paz, Daggs -contestó Ellen huyendo de la presión de aquella mano.

Entonces Daggs la cogió por la cintura, no con violencia, sino con una indolente confianza. Ellen, sin embargo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para huir de aquel abrazo y, colocando la mesa entre los dos, dijo mirándole fijamente a los ojos:

-Daggs, haz el favor de no ponerme las garras encima.

-Oye, oye, que no soy un oso -exclamó él-. ¿Qué te pasa ahora, chiquilla?

-No me pasa nada, ni soy una chiquilla, y que te guardes tus manos para ti, esto es todo.

Él trató de alcanzarla por encima de la mesa. Sus movimientos eran lentos y perezosos y su sonrisa y su voz acariciadoras y marrulleras.

-Pues el otro día bien te sentabas en mis rodillas, ¿no te acuerdas?

Ellen sintió toda su sangre en sus mejillas.

-Era una chiquilla -replicó.

-Bueno, ¡oigan esta mujercita hecha y derecha en pocos días! No tengas mal genio, Ellen, y dame un beso.

Ella le miró con atención a los ojos. Eran claros y duros como los ojos de un águila, animados por aquella situación momentánea, pero sin una chispa de inteligencia que probase que la entendía. Aquellos instantes separaban a Ellen a una distancia inconmensurable de él y de todos los de su calaña.

-Daggs, yo era una chiquilla -dijo- Estaba sola y sentía la necesidad de afectos. Era inocente y descuidada, debía haber pensado un poco mas. No os conocía a vosotros, a los hombres. Ahora os conozco y sé lo que queréis y cuanto habéis hecho creer de mí a la gente.

-¡Ah, ah! Ya entiendo -contestó él con un cambio de tono-. Pero yo te pedí en matrimonio.

-Sí; así lo hiciste al darte cuenta de que conmigo no te valian tus marrullerías, pero para ti casarte no quería decir nada.

-Pues ya hice más que Bruce y Colter; éstos nunca te han propuesto el matrimonio.

-N o, y si pudiera respetarlos por algo, los respetaría por eso.

Daggs rezongó algo, acariciándose los bigotes.

-Les diré a ellos lo que te he dicho a ti -prosiguió Ellen-. Y le diré a mi padre que haga que todos me dejéis en paz. No me casaría con ninguno de vosotros, vagos, por nada del mundo. Tengo mis sospechas y creo que no sois buena gente.

Daggs cambió de aspecto. Toda su indolencia se desvaneció en un instante.

-¿Quiere usted decir que somos malos ovejeros? -inquirió en el frío y fluído dialecto de los tejanos.

-No- contestó rápidamente Ellen-. No digo ovejeros, digo mala gente.

Daggs lanzó una interjección como si estuviera hablando con un hombre, y dando media vuelta salió de la cabaña. Fuera encontró al padre de Ellen y ésta les oyó hablar.

-Lee, ahí está ya de vuelta tu gatita montés y te advierto que alguien ha hablado con ella.

-¿Quién? -preguntó su padre, y por su voz opaca conoció en seguida que había estado bebiendo.

-Sólo Dios lo sabe, pero desde luego no ha sido ningún amigo nuestro.

-No podemos atarles la lengua a las gentes -dijo Jorth con resignación.

-Yo no estoy tan seguro de eso -contestó Daggs con su risa fría y perezosa-. No recuerdo haber oído nunca moverse la lengua de un muerto.

Luego, el armónico tintineo de sus espuelas se perdió en la distancia y un momento después su padre entraba en la cabaña. Su cara siniestra y sombría se animó al ver a su hija. Ellen sabía que ella era la única persona que le quedaba, y estaba segura de su cariño. Su presencia siempre le convertía en un hombre diferente. Y al pasar los años, cuanto más crueles eran sus desgracias y se alejaban más de los días felices, más la quería.

-¡Hola, Ellen! -dijo abrazándola. Cuando había bebido, nunca la besaba-. ¡Cuánto me alegro de tenerte otra vez aquí! Este agujero es malo en cualquier época, pero cuando tú no estás, es mucho peor... Tengo hambre.

Ellen puso la comida en la mesa y durante algún, tiempo estuvo sin mirarle directamente a los ojos. Estaba preocupada por el' nuevo poder investigador de sus ojos y temía ejercerlo sin querer sobre su padre.

Lee Jorth había sido un hombre de muy buena presencia. Era alto, pero no tenía la figura de un jinete. Su cabello negro estaba sembrado de hilos grises y sobre las sienes era completamente blanco. Su cara era delgada y con profundas arrugas. Bajo los ojos oscuros se le habían formado unas bolsas. Llevaba bigote y barba en punta y vestía una larga levita y sombrero de alas anchas, ambas cosas negras, y tan viejas y manchadas, que se conocía por ello y por el corte que las había traído de Tejas. Jorth insistía en llevar camisas de lino blanco, como .una reliquia de su prosperidad, y la de hoy estaba, como casi siempre, sucia y ajada.

Ellen contemplaba como comía su padre y esperaba que él hablase primero. Se le ocurrió que nunca preguntaba por los corderos recién nacidos, ni por las ovejas. Adivinaba, con la intuición de una mujer, recientemente despierta en ella, que no le importaban nada sus ovejas.

-Ellen, ¿qué le pasa a Daggs? - inquirió su padre -. Estaba furioso.

Hacía bastante tiempo que Ellen había denunciado a su padre una indignidad que había sufrido de manos de un hombre y su padre estuvo a punto de matarle. Desde entonces había guardado sus disgustos para sí. Si su padre no hubiese estado tan absorto en sus pensamientos, hubiera visto mil cosas suficientes para inflamar su soberbia meridional.

-Daggs me volvió a pedir que me casase con él y yo le dije que no, que él pertenece a una mala gente -replicó.

Jorth se echó a reír con desprecio.

-¡Imbécil! ¡Por Dios, Ellen! Debo haberte colocado muy bajo cuando cualquier miserable cua... ovejero piensa que puede casarse contigo.

Pequeños detalles que nunca notaba antes tenían ahora un significado fascinador y Ellen bajó los ojos cuando su padre tartamudeó y dejó una palabra incompleta.

-NO importa, papá; no se casará conmigo ninguno.

-Daggs dice que alguien te ha hablado. ¿Qué hay de eso?

-El viejo John Sprague, que acaba de regresar del Valle Herboso -dijo Ellen-. Entré a verle en su cabaña y me contó todos los chismes del lugar.

-¿Algo que pueda interesarme? -inquirió Jorth sombríamente.

-Sí, papá; me temo que hay bastante que te interese ella con vacilación, mas siguiendo la conducta que se había impuesto le contó los rumores de guerra entre ovejeros y ganaderos. Le dijo que Gordon; Fredericks, Blaisdell, Blu y otros rancheros muy conocidos estarían al lado del viejo Isbel, que además tenía con él a su hijo Juan que había venido de Oregón con una gran reputación de valiente y diestro en :toda clase de combates. Que no era un secreto que el coronel Lee Jorth era el jefe de los ovejeros y que se esperaba una guerra sangrienta.

-¡Ah! -exclamó Jorth, con unas manchas rojas en sus pálidas mejillas -; nada de eso es nuevo para mí; ya lo sabía.

Ellen se preguntó si ya le habrían contado su encuentro

con Juan Isbel. Si no, lo sabría tan pronto como Bruce y Lorenzo volviesen, y decidió adelantarse.

-Papá, me he encontrado con Juan Isbel. Llegó a mi campamento y me preguntó el camino, del Rim, que yo le enseñé. Hablamos un poco y ya nos estábamos haciendo amigos, cuando me dijo quién era, y le dejé, volviéndome corriendo al campamento.

-Colter se encontró con Isbel en el bosque -contestó Jorth, pensativo-. Dice que parece un indio; un parroquiano de cuidado.

-Y yo puedo ratificar lo que dice Colter -afirmó Ellen secamente.

-¿Qué impresión te ha causado ese Isbel? -inquirió su padre mirándola con atención.

Ellen sintió que los colores del culpable se le subían a la cara. No podía evitarlo, pero su padre, evidentemente, no se daba cuenta de ello. La miraba sin verla.

-Me causó una impresión diferente de los hombres de aquí - balbuceó.

-¿Te ha contado algo Sprague de ese mestizo y de su reputación?

-Sí.

-¿Te pareció acostumbrado a los bosques?

-Ciertamente. Estaba en el bosque como en su casa. Tiene los ojos negros como la noche y penetrantes como el relámpago. Estoy segura de que veía todo lo que había que ver.

Jorth se mordió el bigote y se perdió en sus pensamientos.

-Dime, papá, ¿es cierto que tendremos guerra? -preguntó de pronto Ellen.

¡Qué extraño relámpago brilló en los ojos de su padre!

-Sí. Ya es hora de que lo sepas.

-¿Entre ovejeros y ganaderos?

-Sí.

-¿Contigo a la cabeza de una de las facciones y Gastón Isbel a la cabeza de la otra?

-Sí, hija mía, precisamente.

-¿Y no podría evitarse, papá?

-¡Te olvidas que eres de Tejas! -replicó Jorth.

-¿No puede evitarse? -insistió ella con terquedad.

-No - declaró él con pasión.

--¿Por qué no?

-Porque nosotros, los ovejeros, pensamos llevar nuestras ovejas por donde nos plazca y los ganaderos no lo tolerarán.

-Pero, papá, eso es una tontería -declaró Ellen con seriedad-. Vosotros no tenéis por qué llevar vuestras ovejas donde los ganaderos tengan sus ganados.

-Pues las llevaremos.

-Papá, eso no es argumento, por lo menos para mí; yo conozco el país y sé que tenéis sitio de sobra, ganaderos y ovejeros, para no estorbaros mutuamente en muchos años. Y si alguna parte es mejor que las demás por los pastos o el agua, entonces aquel que llegue primero es el que tiene mejor derecho. Esto es lo justo y lo que dicta el sentido común.

-Ellen, me parece que algún ganadero te ha llenado de prejuicios -dijo Jorth con amargura.

-¡Papá! -gritó ella con calor.

Jorth parecía estar pasando por una severa prueba. Su aspecto demostraba la lucha que se libraba en su interior, y con los ojos bajos y la barbilla temblorosa empezó a hablar:

-Atiende y escucha, muchacha. Hay una partida de rancheros en la Cuenca, todos esos que tú has nombrado can Isbel a la cabeza, que se resienten porque los ovejeros venimos al valle que quisieran para ellos solos. Ésta es la razón. Claro que aún hay otra. Todos los Isbel son mala gente; ladrones de caballos y ganado, lo han sido toda la vida. Gastón Isbel siempre fué cuatrero y ahora que se está haciendo viejo y que ya es rico, quiere ocultar su pista y echarnos la culpa de todos los robos a los ovejeros para que nos expulsen del país.

Ellen Jorth estudió con gravedad la cara de su padre y el nuevo poder de penetración de sus ojos no le falló aquella vez. En parte, quizás en todo, su padre mentía. Se estremeció, luchando lealmente contra sus insidiosas convicciones; Quizás al pensar en sus fracasos v disgustos, su padre se inclinaba a juzgar mal. Ellen no podía suponer deshonra en los motivos y acciones de su padre. Sin embargo, durante mucho tiempo le había parecido encontrar algo extraño en él y temía que estaba llegando a alguna revelación y, a pesar de su determinación de saber, tenía miedo.

-Papá, mamá me dijo antes de morir que los Isbel

te habían arruinado -dijo Ellen muy bajo; pero apenas pudo seguir al ver que su padre se cubría la cara con las manos -. Si te arruinaron a ti, nos arruinaron a todos. Yo sé ya lo que hemos tenido y hasta perdido una y otra vez y ya veo a lo quehemos llegado ahora. Mamá odiaba a los Isbel y me enseñó a mí a odiarlos también. Pero nunca he sabido cómo te arruinaron y cuándo y por qué y quiero saberlo ahora.

No fué ahora la cara de un embustero la que descubrió Jorth. El presente estaba olvidado. Vivía en el pasado. Parecía incluso más joven con el relámpago de odio que aparecía en su cara radiante. Las arrugas desaparecieron; la pasión le devolvía el espíritu de juventud.

-Gastón Isbel y yo éramos dos muchachos amigos y vivíamos en Weston, en Tejas - empezó-. Fuimos a la escuela juntos y los dos estábamos enamorados de la misma muchacha, tu madre. Cuando empezó la guerra, ella tenía relaciones con Isbel. La familia de éste era rica y había convencido a tu madre, pero cuando Isbel se marchó a la guerra, ella se casó conmigo. Luego Gastón volvió y tuvimos una escena que nunca olvidaré. Isbel me acusó de haber ganado a tu madre con mentiras, pero ella le convenció de lo contrario... Isbel nunca me perdonó y me persiguió hasta la ruina. Me hizo un tahur que estafaba a sus mejores amigos; me deshonró. Llevóme ante los tribunales acusándome de cuatrero e hizo que me desterrasen de Tejas.

La cara de Jorth, sombría y contraída, era un espectáculo que despertaba en Ellen la desesperación y el odio. La verdad de la ruina de su padre y la suya era suficiente. ¿Qué importaba lo demás? Jorth golpeaba la mesa con manos lánguidas que a Ellen le parecían más significativas por su falta de fuerza física.

-¡Y esto se tiene que lavar con sangre!

Ésta fué su respuesta a la nobleza de Ellen, que no supo qué añadir. Se retiró a su rincón, detrás de la cortina, y allí yacía en la semioscuridad con el corazón torturado y un tumulto en la cabeza. No se levantó hasta la mañana siguiente.

Cuando despertó imaginóse que no podría levantarse, pero la vida parecía haberse multiplicado en ella y la inacción era imposible. En lugar de la ¡oven suave y dulce que saludaba al sol otras mañanas, había una. mujer de sombrías pasiones que quería saber y observar; esperar lo que pudiera venir y sobrevivirlo.

Después del desayuno, que tomó sola, decidió retirar de su vista de una vez el paquete de Isbel, que la enojaba constantemente. En el momento en que lo cogió le asaltó la curiosidad.

-De todas maneras, veremos lo que es - murmuró, y deshizo el paquete, descubriendo dos pares de zapatos de una forma que ella nunca había visto y cuatro pares de medias, dos de fuerte tejido de lana y dos más finas. Ellen miraba los presentes con asombro. De todas las cosas del mundo éstas eran las que menos esperaba encontrar, y eran las que más deseaba y necesitaba. Ellen cometió la equivocación de tomarlas en sus manos para sentir su suavidad.

-Claro, vió mis piernas desnudas y me trajo estas cosas que destinaba a su hermana Me compadecía y se avergonzaba de mi aspecto... ¡y yo que creía que me miraba con la procacidad a que estoy acostumbrada de las hombres de por aquí! Isbel o no, me compadece...

Pero Ellen Jorth no podía proclamar en alta voz la convicción que su inteligencia le dictaba

-Sería una lástima quemarla. No, no lo puedo hacer. Un día u otro se las podré enviar a Ana Isbel.

Y las volvió a empaquetar escondiéndolas en el fondo de su viejo baúl, murmurando sordamente

-¡Juan Isbel, te odio!

Más tarde, al salir de la cabaña, Ellen llevaba su rifle, lo cual no acostumbraba hacer si no pensaba llegarse al bosque.

La mañana era calurosa y soleada. Un grupo de hombres en mangas de camisa estaba en el porche entre las dos cabañas. Su padre se paseaba hablando con energía. Ellen oía su ronca voz, pero cuando se acercó dejó de hablar y los oyentes se volvieron hacia ella. Ellen pasó rápidamente revista a todas: Daggs, con su soberbia cabeza de halcón descubierta al sol; Colter, con su mirada esquiva y su bigote color de arena; Jackson Jorth, su tío, grande y fuerte, con cabellos blancos en su barba negra y el fuego de un vampiro en sus ojos; Tad Jorth, otro hermano de su padre, más joven, con los ojos y la nariz enrojecidos por la bebida, y tres tejanos más, socios de Daggs, de aspecto singularmente parecido, los tres rubios, de ojos azules y quemados por el sol. Todos pretendían ser ovejeros, pero lo que Ellen sabía era que Rock Wells pasaba la mayor parte del tiempo sin hacer otra cosa que acechar la ocasión de sorprenderla sola; Springer era un tahur, y el tercero, que contestaba al extraño nombre de Reina, era un hombre observador y perezoso que nunca estaba sin un revólver al alcance de su mano derecha.

-¿Qué tal, Ellen? Seguro que no querrás dar los buenos días a esta mala gente... -dijo Daggs con amable ironía.

-¿Por qué no? Buenos días, industriosos y trabajadores ovejeros... cuando lo seáis -contestó Ellen con frialdad.

Todos se sorprendieron de un saludo tan diferente de todo la que tenían costumbre de oír de ella. Jackson Jorth dejó oír una risa rara, algunos se quitaron el sombrero y Rock Wells contestó con un perezoso y cortés «buenos días». El padre de Ellen "fué el que más se sorprendió par aquel saluda y al" que menos gracia le hizo.

-Ellen, no me gusta tu "manera de hablar -dijo por fin frunciendo el ceño.

-Papá, ¿no le llamas tú al pan, pan, y al vino, vino?

-Claro, como todo el mundo.

-Pues lo que hago yo: al pan, pan, y al vino, vino.

-Bueno -contestó Jorth bajando furtivamente los ojos-. ¿Dónde vas con el rifle? Me gustaría que te quedases por aquí hoy.

-Creo que es preferible que me acostumbre a llevar siempre el rifle -replicó Ellen-. Así se acostumbrarán todos a tratarme un poco más como a un hombre.

En aquel momento se realizó lo que Ellen había estado esperando toda la mañana. Bruce y Lorenzo aparecieron en la falda de la loma "trotando hacia la cabaña. El interés par Ellen fué relegada por todos a segundo término.

-Vienen repletos de noticias -declaró Daggs.

-Han debido de correr mucho - notó otro.

-Bruce tiene una cara bastante rara. Vamos, me parece a mí.

-El aguardiente -dijo sentenciosamente Tad Jorth-. Ya sabéis la calidad que sirve Greaves.

-N o; Bruce no está borracho -afirmó Jackson-. Fijaos que trae la camisa manchada de sangre.

La fría indolencia del grupo se desvaneció al notar el color rojo que señalaba Jackson. Daggs se enderezó. La cara que Bruce presentaba a Jorth estaba hinchada y cubierta de heridas. Donde debía tener el ojo derecho, presentaba una bolsa purpúrea. El otra ojo le brillaba con un resplandor colérico y maligno. Extendió a Jorth una mano temblorosa.

-Ese Isbel por poco me mata a golpes –rugi. Jorth contempló la "trágica y casi grotesca figura que tenía delante, pero no consiguió articular palabra. Daggs fué el primero que contestó a Bruce.

-Bien, Bruce, que me cuelguen si no se te nota.

-Que te pegó? ¿Con qué? -estalló por fin Jorth.

-Yo creí que tenía un martillo, pero Greaves jura que fué con la mano -barbotó Bruce con furor y vergüenza.

-¿Dónde estaba tu revólver?

-¡En el infierno! -rugió Bruce-. Pregúntale a Lorenzo. Él tenía también un revólver y se ganó un sopapo antes de que a mí me llegase la vez. Preguntadle.

La atención general se dirigió entonces hacia el mejicano, que presentaba una hinchazón descolorida en uno de los lados de su cara cetrina. Lorenzo estaba serio, nada mas.

-¡Habla de una vez! -gritó Jorth con impaciencia.

-El señor Isbel me pegó con mucha rapidez y yo vi las estrellas y luego todo negro.

Algunos de las hombres de Daggs se echaron a reír al oírlo. En la cara de Daggs también se dibujaba " una sonrisa, aunque para el coronel Jorth no tenían gracia ninguna aquellas cosas.

-Cuéntanos cómo pasó. ¡Pronto! -ordenó- ¿Dónde fué? ¿Por qué? ¿Quién la vió? ¿Qué hiciste? -Entré en la tienda de Greaves y allí encontré a Juan Isbel. Le estaha buscando y ya tenía decidido lo que haría tan pronto como lo encontrase, pero tuve que sacar a relucir las palabras en lugar del revólver. Le insulté y le dije todo lo que se susurraba por el valle y que le íbamos a expulsar de la Cuenca del Tonto. Creo que me estaba calentando cuando de repente aconteció la cosa. Le d ó una a Lorenzo y éste desapareció tras el mostrador y allí quedó durmiendo, y antes de que yo pudiera pensar en sacar el arma, le tenía encima. Me hizo escupir dos dientes y tragarme uno.

Ellen, que estaba en la sombra detrás de los hombres, no se juntó a la risotada que siguió a las palabras de Bruce. Sabía que Bruce mentiría. Ignoraba aún lo que ella misma haría, pero cada vez más furiosa ante su extremada bajeza, esperaba a que dijese más.

-¿Qué deduce usted de esta pelea? -preguntó Jorth a Daggs.

-No sé -contestó éste, perplejo-. No acostumbran los tejanos ser los primeros en empezar. Puede ser que este joven Isbel sea en realidad lo que su padre afirma que es. Claro que Bruce no es hombre para un tipo así. Ese Isbel acoquinó a Greaves y sus hombres sin siquiera sacar un arma.

-Puede que no quiera que digan que él fué el primero en verter sangre -sugirió Jorth.

-Eso sería muy propio del viejo Gastón. Yo trabajé para él una vez en Tejas.

-Dime, Bruce -preguntó Daggs-. ¿Esta disputa entre Isbel y tú ha sido el mismo asunto de siempre? ¿Sobre el rancho de su padre y, especialmente, sobre las ovejas?

-Gritamos mucho -declaró Bruce con vacilaciónPero no recuerdo bien lo que dije; desde luego fué por lo mismo que cada día nos acerca más a un pleito.

Daggs separó su mirada de halcón de Bruce.

-Bueno, Jorth, todo lo que yo tengo que decir sobre esto es lo siguiente: si Bruce dice la verdad, no tenemos que temer gran cosa de ese viejo Isbel. He conocido a muchos bravos en mi vida y éste no se porta como acostumbran los de esta clase. Ninguno que lo sea de verdad se expone a romperse una mano pegándole a nadie.

-Podéis creerlo o no, como queráis -interrumpió Bruce de mal humor-. Pero este Isbel es capaz de hacer con vosotros lo mismo que ha hecho conmigo y con la misma facilidad...

-¡Deja de decir tonterías! -ordeno Jorth-, y rontéstame. ¿Fue la bronca en la taberna de Greaves -a causa de las ovejas?

-¿No he dicho ya que sí? -gritó Bruce

Ellen se adelantó por entre los hombres que la ocultaban.

-Bruce, eres un embustero -afirmó con energía.

La sorpresa de su repentina aparición dejó helado a Bruce. Todas las partes de su cara que no tenía hinchadas se le pusieron blancas. Contuvo un momento la respiración para respirar luego más fuerte. Sus esfuerzos para recobrarse de su sorpresa eran manifiestos. Empezó a balbucear cosas incoherentes.

-Y eres más que embustero -siguió Ellen mirándole con ojos encendidos y apretando el rifle con las dos manos, de una manera que parecía afirmar sus amenazadoras intenciones -. Esta bronca no ha sido a causa de las ovejas. Juan Isbel no te pegó por nada de eso... El viejo Sprague estaba en la taberna y te oyó y vió como Isbel te pegó y me lo ha contado todo.

Ellen vió que Bruce temblaba de miedo y a pesar de su furor se sintió llena de desprecio. Comprendió que Bruce temía más la cólera de su padre que la suya.

-Qué estás diciendo, muchacha? -preguntó Jorth con asombro.

-Déjame esto.a mí, papá-respondió ella.

Daggs se colocó al lado de Jorth y le aconsejó con frialdad

-Déjala sola; parece que tiene algo que decirle a Bruce.

-¡Te atreviste a manchar mi nombre con tus palabras! -siguió gritando Ellen con pasión.

Daggs cogió fuertemente a Jorth del brazo derecho. -Precisamente lo que yo suponía. No haga usted nada, Lee; vamos a ver cómo le hace cantar la niña.

-Por eso Juan Isbel te pegó, por difamar a una mujer que no estaba allí. ¡Embustero, canalla!

-No todo eran mentiras, Ellen. Yo estaba medio borracho y terriblemente celoso. Tú sabes que Lorenzo vió como Juan Isbel te besaba en el bosque. Te lo puedo probar.

Ellen sintió que una ola escarlata de ira y de vergüenza le subía al rostro.,

-¡Sí! -gritó-. Juan Isbel me ha besado una vez y ha sido el único beso decente que me han dado en muchos años. No quiso insultarme. Yo no sabía quién era y por aquel beso he aprendido la diferencia que hay entre los hombres. Hiciste que mintiese Lorenzo y si me quedase siquiera un poco de buen nombre en el Valle, tú lo habrías deshonrado. ¡Le hiciste creer que yo era tu amantel ¡Maldito seas! ¡Debía matarte! ¡Retira tus palabras, retíralas o te dejaré lisiado para toda tu vida! -Y Ellen bajó el rifle apuntándole a los pies.

-Sí, Ellen, todo lo retiro -balbuceó Bruce mirando el rifle de Ellen y luego la cara de su padre. El instinto le decía dónde estaba el peligro que más debía temer.

Aquí, Daggs, frío y diplomático, se hizo dueño dé la situación.

-Bueno, Ellen, Bruce estaba borracho y no sabía lo que decía. Ya le hicieron comerse sus palabras y ahora las retira él y nosotros no queremos lisiados en este campamento. Déjale. Tu papá me ha traído aquí para dirigir los asuntos de los Jorth. Bruce, eres un embustero y un canalla, y sino dejas en paz a Ellen te las vas a entender conmigo. Jorth, no sería tan mala la idea de que se olvidara usted' por ahora de que es tejano hasta que se serene un poco y deje a Bruce que pare algunos de los plomos de los Isbel. La guerra está a punto de estallar y me parece que, a creer lo que el viejo Gastón dice de su hijo, vamos a tener que espabilarnos.

VI

Desde aquel momento, Ellen puso toda su inteligencia recientemente despierta, en la consecución del único fin, que parecía encerrar la sola salvación posible para ella. No quería estar ciega ni sentirse débil en la crisis que se acercaba. los ensueños y la indolencia, hábitos que se habían desarrollado en ella y que le habían servido casi de consuelo cuando se sentía sola, no convenían en las duras pruebas que adivinaba y temía. En la lucha que su padre sostenía, su puesto estaba a su lado, cualesquiera que fueran los resultados. En lo que respectaba a sus principios, a su alma, seguía estando enteramente sola.

Por consiguiente, Ellen dejó los ensueños a un lado y la indolencia de cuerpo y espíritu detrás. Encontró muchas tareas diferentes y cuando éstas estaban hechas seguía dedicándose activamente a otras cualesquiera, ganando así el equilibrio y la paz del trabajo.

Jorth se ausentaba todos los días, una veces con uno o dos de sus hombres y otras con mayor número. Si alguna vea hablaba de estas excursiones con Ellen, le contaba las visitas que hacía a los ranchos vecinos y a las diversas majadas de ovejas. Con frecuencia, no regresaba en todo el día y cuando al siguiente aparecía olía a aguardiente y estaba agobiado por la falta de sueño. Sus caballos aparecían siempre sudorosos y polvorientos. Durante sus ausencias, Ellen permanecía presa de las mayores inquietudes hasta que regresaba. De día en día se volvía más sombrío y absorto en sus pensamientos. Muchas veces se quedaba con los demás en la otra cabaña, bebiendo y fumando, pero ya no jugaban nunca; y cuando aquellos hombres no jugaban era que algo inmediato y alarmante tenían en la cabeza. Ellen no se había rebajado todavía hasta el punto de escuchar detrás de las puertas, pero comprendía ella misma que no tardaría mucho en llegar deliberadamente a ello.

En aquellos días, Ellen aprendió el significado de muchas casas que siempre había tomado como naturales. Su padre no dirigía un rancho. No se hacía nada allí en ningún sentido y ella misma tenía muchos días que cortar leña. Jorth no poseía ni siquiera un arado. La joven tuvo que confesar que la evidencia de esta falta la confundía. Hasta el o John Sprague sembraba heno, nabos y remolachas. El ganado y los caballos de Jorth no prosperaban mucho durante el invierno. Ellen recordaba como acostumbraban comerse los retoños tiernos de los robles.

Muchos se morían de hambre entre la nieve. Los rebaños de ovejas, sin embargo, se llevaban en otoño al Valle, y a través del Paso del Reno a Phoenix y Maricopa. Ellen no podía descubrir en el rancho ni una cerca, ni una bola de sal para las caballerías, ni un carro ni ningún signo de material para embarcar ganado. Ella no conseguía seguir las pistas de los muchos caballos que corrían sueltos y salvajes alrededor del rancho. Según lo que la joven tenía entendido desde largo tiempo, su padre y sus tíos eran sagaces chalanes.

Luego los muchos senderos que partían del rancho de Jorth fascinaban a Ellen y llegó el momento en que se aventuró ella misma par ellos para saber dónde conducían. El rancho de ovejas de Daggs, situado, según decían, a pocas millas en el Cañón del Oso, nunca pudo ser hallado por Ellen. Esta circunstancia le interesó tanto que fue a ver a su amigo Sprague para que le dirigiese al citado Cañón del Oso, para estar segura de no equivocarse, pero aunque lo recorrió en toda su longitud, no pudo encontrar el rancho, ni siguiera un redil o una cabaña. Sprague decía que no había más que un Cañón de aquel nombre. Daggs y su padre le habían dado la situación exacta del rancho. ¿Estarían equivocados? ¿Mentían tal vez? Había muchos cañones que se prolongaban y ensanchaban durante varias millas, todos muy diferentes en profundidad y color de sus paredes. Ellen los recorrió todos en una longitud de seis u ocho millas desde su casa, por el este y por el oeste. Todo lo que descubrió fueron un par de cabañas de leño deshabitadas desde hacía mucho tiempo. No siguió, sin embargo, todos los senderos hasta el final. Muchos de ellos se perdían a lo lejos en las espesuras más salvajes e intrincadas que ella había visto en su vida. Nunca debían pasar por aquellos senderos ni ovejas ni ganado de ninguna clase.

Estas excursiones de Ellen llegaron por fin a oídos de su padre, y ella temía una escena desagradable porque no pensaba someterse a estar recluída en el rancho, pero su padre le dijo solamente que limitase sus paseos al valle e inmediatamente se olvidó del asunto. Sus alternativas de abstracción y preocupación, junto con su manera de beber y sus arengas, a los hombres, llegaron a preocupar seriamente a Ellen, que presentía que no resistiría mucho tiempo aquella vida.

Un día Jorth llegó a su casa por la mañana temprano después de una ausencia de dos noches. Ellen oyó las pisadas de los caballos mucho antes de verlos.

-¡Eh, Ellen! -llamó su padre. Ella dejó su trabajo y salió. Un extraño había llegado con él, un joven gigante de cara afilada marcada por dos ojos de zorra y una barba fina y rubia. Era muy alto, delgado y con los pies y las manos mayores que la muchacha había visto en su vida. Traían. un caballo negro, que a Ellen le pareció una preciosidad.

-Ellen, aquí te traigo un caballo para ti-dijo Jorth con algún orgullo- Lo había comprado para mí, pero es demasiado bonito y quizás un poca pequeño para mi peso.

Por primera vez en mucho días Ellen se sintió contenta. Pocas veces había tenida un buen caballo y nunca una tan bueno como aquél.

-¡Oh, papá! -exclamó con gratitud.

-Tuyo es, con una condición.

-Cuál?

-Que no tienes que salir con él fuera del cañón.

-Convenido... Y es todo' negro excepto la cara, que es blanca. ¿Cómo se llama, papá?

-No me acordé de preguntarlo -contestó Jorth empezando a desensillar su propio caballo- ¿Has preguntado tú, Slater, cómo se llama?

El gigante sonrió -Creo que Espadas.

-¿Espadas? -murmuró Ellen-. ¡Vaya un nombre! Bueno, lo mismo da un nombre que otro.

-Ellen, tenlo trabado cuando no montes -fue el consejo de su padre al alejarse con el nuevo huésped. Mas estaba sudoroso y polvoriento. Con sus ojos gentes observaba todos los movimientos, de Ellen. Ya sabía ésta que su padre y sus amigos acostumbraban conducir los caballos por los bosques y por los ásperos senderos. No tardó en descubrir que aquel caballo había estado siempre muy bien cuidado. Ellen lo limpió, cepilló y le dio de comer. Después arregló los aparejos de que disponía a la medida de su cabeza y lo ensilló. Dio un corto paseo y descubrió que tenía el paso más cómodo y llano que todos los caballos que había montado en su vida.

-Espadas, has desbancado a mi burro; las mujeres somos caprichosas.

A1 día siguiente dio un paseo por el cañón para enseñar su nueva cabalgadura a su amigo Sprague. El viejo no estaba en casa, pero como se hallaba la puerta abierta y el fuego encendido. Ellen dedujo que no tardaría en volver y decidió esperarle. Dejó a Espadas que paciese a su sabor en la verde hierba del prado. La tosca cabaña y el pequeño calvero acentuaban más la soledad de la selva. A El len le gustaba aquél lugar y tenía la costumbre de visitar con frecuencia a su amigo Sprague, pero en los últimos días había dejado de hacerlo porque las noticias

que le daba el vieja y su compasión hacia ella la deprimían.

No tardó en oír pisadas de un caballo sobre el duro sendero que conducía al fondo del cañón, el misma por donde ella había venido. No era probable que Sprague regresase por aquel camino. Ellen creyó que su padre habría mandado detrás de ella a alguna de sus pastores, pero al percibir al jinete en la distancia, no pudo reconocerlo. Cuando estuvo un poco más cerca detuvo el caballo. Probablemente la había visto. Ella observó que miraba atentamente al suelo como si buscase algo, y que luego siguió su camino hacia ella un poco más despacio. Por fin llegó al claro y Ellen reconoció los anchos hombros y la oscura tez de Juan Isbel.

Ellen se sintió presa de la más extraña emoción que jamás había sentido y tuvo que ejercitar violentamente el nueva espíritu que había nacido en ella para dominar aquel sentimiento. Isbel cruzó lentamente el claro, dirigiéndose hacia Ellen. A ésta el paso de Juan le pareció extraordinariamente rápido. Cuando estuvo bastante cerca para poder observar su cara, la joven experimentó una repetición del misma sentimiento que había sentido cuando le vio venir a lo lejos. No era el mismo,, la luz de la juventud había desaparecido de su rostro.

Isbel detuvo el caballo. Ellen, que estaba en pie cerca del tronco de un pino, se apoyó en él instintivamente. ¡Cómo le temblaban las piernas! Isbel se quitó el sombrero, que estrujó nerviosamente entre las manos.

-Buenos días, señorita Jorth -dijo.

Ellen no contestó a su saludo, sino que inquirió casi sin aliento

-¿Ha venida usted por nuestro rancho?

-No; le he dada la vuelta -repitió él.

-¿Qué busca usted aquí, Juan Isbel?

-¿No lo sabe usted?

La miraba fijamente, con ojos que parecían más negros y penetrantes que nunca. Sostener aquella mirada era para Ellen una prueba que sólo su creciente furor le hacía resistir.

La muchacha sintió en sus labios una picante alusión a sus rasgos de mestizo y a la reputación que le había precedido en el Valle, pero no pudo decirla.

-No - contestó sencillamente.

-Es muy dura llamar embustera :a una mujer -contestó él con amargura-, pera usted debe serlo teniendo en cuenta que es una Jorth.

- ¡Embustera! No con usted, Juan Isbel. No le mentiría a usted ni aun para salvar mi vida.

Él la estudió con atención. El oscuro fuego de sus ojos la estremecía.

-Me alegro, si esa es verdad.

-Sí que es verdad. No tengo idea del porqué de su venida. -A pesar de esta afirmación, en la mente de Ellen se empezaba a formar una idea que no podía desechar. Pero si admitía esta idea no tendría fuerza para mantener la actitud de desprecio y odio que quería demostrarle a aquel hombre.

-¿Vive aquí el viejo Sprague? -preguntó Juan.

-S í. Espero que regresará pronto. ¿Ha venido usted a verle?

-No... ¿Le ha contado Sprague algo de la riña en que me vio el otro día?

-No, no me ha dicha nada -contestó Ellen mintiendo con latidos firmes, ella que acababa de jurar que no podría mentir. Sintió que la sangre dejaba su corazón y se le subía al rostro en una ola caliente. ¿Qué tenía ella que ocultarle a Juan Isbel?, se preguntaba, y una voz le respondía que tenía que ocultar a Juan Isbel la Ellen Jorth que le había estado esperando aquel día escondida en la espesura del bosque, que le había observado y que guardaba como un tesoro aquel regalo que no podía destruir; la Ellen Jorth que en el fonda de su corazón acariciaba la idea de que un día él se había batido por su buen nombre. -Me alegro - decía Juan, pensativo.

-¿Ha venido usted aquí para verme a mí? -le interrumpió Ellen. Comprendía que no podría resistir sus reiteradas muestras de consideración. Se vendería; dejaría comprender lo que para ella era casi incomprensible. Tenía que hablar de otras cosas y nada mejor que el pleito entre los Jorth y los Isbel.

-N o, señorita, le aseguro que no había venido a eso -contestó Juan humildemente-. Le diré en seguida a lo que he venido; no ha sido a verla a usted, aunque no niego..., pera eso no importa. No quiso usted venir a verme el otro día en el Rim.

-¿Para qué? -preguntó ella con frialdad-. Tampoco creo que usted fuera a la cita.

-Pues fui -contestó él, con sus penetrantes ojos fijos en ella-. Y dejé una cosa en su tienda. ¿No la encontró usted?

-Sí - replicó Ellen con la misma fría indiferencia.

-¿Qué hizo usted con ella?

-Tirarla, desde luego.

-¿Sin abrir el paquete?

-Sin abrirlo. ¿No conoce usted a la gente? Claro, usted aunque es un Isbel no nació en Tejas.

-No, gracias a Dios. Yo nací en un hermoso país, de verdes prados, profundas selvas y anchos ríos, no en un páramo desértico donde los hombres crecen secos como el cacto. En mi tierra los hombres no viven del odio..., pueden perdonar.

-¡Perdonar!... ¿Podría usted perdonar a un Jorth? -Claro que sí.

-Sí, es fácil decir eso cuando todos los agravios están de su lado -declaró Ellen con amargura.

-El primer agravio vino de ustedes, Ellen Jorth -contestó Juan-. Su padre le quitó la novia al mío con mentiras e infamias.

-¡Falso! -gritó Ellen con pasión.

-No es falso, no -afirmó Juan solamente.

-Le digo a usted que miente, Juan Isbel.

-Le digo a usted que la han engañado -tronó Juan Isbel.

La convicción de Ellen se debilitó.

-Pero mamá quería más a mi padre.

Después no es extraño. ¡Pobre mujer! Pero ha sido la acción de su padre y de su madre lo que ha arruinado todas estas vidas. Tiene usted que saber toda la verdad, Ellen Jorth. Todos estas años de odia han dado su fruto y ni el poder de Dios puede salvarnos ahora. Hay que verter sangre. Los Jorth y los Isbel no pueden vivir juntos en la misma tierra. Tiene usted que saber la verdad, Ellen Jorth, porque lo peor de ella caerá sobre nosotros dos.

-No quiero saber la verdad de usted, Juan Isbel; no quiero compartir con usted ningún destino...

Isbel se apeó del caballo, y permaneció en pie delante de ella con las bridas en la' mano.

-¿Por qué me odia usted así? -preguntó- ¿Por que soy hijo de mi padre? Ya nunca le he hecha mal a usted ni a ninguno de las. suyos. La he conocido y... me he enamorado de usted... No me he dado cuenta de ello hasta después... ¿Por qué me odia usted de una manera tan terrible?

Ellen sintió una opresión en el pecho.

-Usted es un Isbel... No me hable de amor a mí...

-No pensaba hacerlo, pero su odio no me parece natural... Probablemente no nos volveremos a ver más, pero yo no puedo remediarlo. La amo a usted desde que la vi. Juan Isbel y Ellen Jorth. ¿Qué extraño, no es verdad? Todo fue muy extraño. El encontrarla sola y tan infeliz; verla tan dulce y tan bonita y creyéndola tan buena a pesar de todo...

-Muy extraño, sí -interrumpió Ellen con una risa de desprecio. Había encontrado por fin su defensa. Hiriéndolo a él podría ocultar sus propias heridas. Creyéndome tan buena a pesar de todo... a pesar de que le dije que ya me habían besado antes.

-Sí, a pesar de eso.

Ellen no se sentía con fuerzas para mirarle a la cara. Toda lo que acudía a sus labios era falso.

-Y me han vuelta a, besar muchas veces desde entonces. Me río de lo que usted llama amor, Juan Isbel. -Ríase si quiere, pera le aseguro que era honrado - contestó él con profunda seriedad.

-¡Bah!

-Debe usted ser diferente de lo que yo creía -exclamó Isbel secamente.

-Sí, y si no lo fuese procuraría serlo. Y ahora, señor Isbel, váyase.

Con estas palabras de despedida, Ellen se atrevió a levantar la cabeza y mirarle con sus ojos velados. Su aspecto le preparó para recibir otro golpe.

-¡Qué caballo tan bonito!

-Sí -replicó Ellen secamente.

-¿Le gusta a usted?

-Muchísimo.

-Pues. entonces, se lo regalo. Tendrá menos trabajo y mejor trata que si yo lo usase.

-¿Usted regala...? -cuchicheó Ellen.

-Sí, es mío -replicó Isbel ; silbó y el caballo levantó la cabeza y salió trotando, aumentando su velocidad

cuanto más se acercaba. Si Ellen no había visto nunca el goza de un caballo que encuentra a su amado patrón, entonces lo vio. Isbel acarició con la mano el cuello del animal y se volvió a Ellen, diciendo-: La elegí de entre los mejores caballos de mi padre. Nos llevábamos bien. Mi hermana Ana lo ha montado muchas veces. Nos lo robaron ayer del prado en que pastaba y le he seguido el rastro hasta aquí.

-¿Robado... pastas... seguido el rastro hasta aquí? -murmuró Ellen sin ninguna señal de emoción. Parecía haberse vuelta de piedra.

-No era difícil seguir el rastro. Hubiera preferido que fuera imposible, por usted.

-¿Por mí? -contestó ella, en el mismo tono de antes. Evidentemente, aquel tono irritaba a Isbel lo indecible. No lo comprendía. Con una mano que nada tenía de suave le hizo levantar su inclinada cabeza de manera que él pudiera mirarla a los ojos.

-Sí, por usted -declaró con aspereza-. ¿No es usted capaz de comprenderlo? ¿Qué clase de juego se cree usted que puede jugar conmigo?

-¿Juega? ¿Juega de qué?

-Cualquiera de los empleados por las mujeres de todo tiempo para engañar a un hombre que quiere ser decente.

La muda interrogación que se leía en la cara de Ellen inflamó a Isbel.

-¡Usted sabe que su padre es un cuatrero! -tronó. Exteriormente, Ellen permaneció la misma. Estaba preparada para cualquier golpe, por terrible que fuese, y el golpe había llegado. Su cara y sus manas, todo su cuerpo, sostenido por la fuerza de la soberbia, no dejaba traslucir la ruina de su alma. Inmóvil, contemplaba los negros ojos de Isbel, en los que leía un terrible y justo desprecio. La verdad desnuda pasó como un relámpago por delante de sus ajos. La fe que había acariciado murió de repente. Mil problemas quedaban resueltos en un segundo.

-¡Ellen Jorth, usted sabe que su padre pertenece a la Banda del Machete! - tronó Isbel.

-Claro -replicó ella con la frialdad de los tejanos.

-Y sabe usted que ha llamado a Daggs para que sea el jefe de la facción de los Jorth contra los Isbel.

-Seguro.

Y sabe usted' también que todo lo que se dice de ovejeros y ganaderas san pretextos.

-Seguro -reiteró Ellen una vez más.

Isbel la contempló sombríamente, dispuesto a dar por terminada la entrevista, pero algo en su aspecto le fascinaba, algo incomprensible que emanaba de ella. Sacudió la cabeza y se llevó al pecha una de sus anchas manos, haciendo con la otra un gesto de desesperación.

-¡Y pensar que me he enamorado de una como usted 1 Ellen sentía un infierno dentro de sí. Despreciada y humillada por Isbel y, sin embargo, amada por él. Una fiera pasión la impulsaba a herir, a humillar, a devolverle la misma agonía. Pensamientos como latigazos la asaltaban. ¡Orgullo de los Jorth! ¡Orgullo de su vieja sangre azul de tejana! Todo aquello yacía a sus pies, destrozado par el desdén del último vástago de aquella familia a quien ella debía su degradación. ¡Hija de un cuatrero, de un ladrón! La desesperación le hacía aceptar su destino y revolverse contra sus enemigos, fiel a su sangre de Jorth. La hija debía defender los pecados del padre.

-Seguro que me podría usted haber logrado aquel día en el Rim si no me hubiera dicho su nombre -dijo con indiferencia, mirándole a los ojos con todo el misterio de la naturaleza de mujer.

La poderosa estructura de Juan se estremeció.

-¿Qué quiere usted decir?

-Que si no se hubiese usted descubierto tan pronto... me hubiera gustado variar con usted de amante. ¡Mentira! -rugió él con aspereza.

- Sí, ya estaba cansada de ser un trapo y un juguete en manos de todos esos cuatreros y necesitaba uno nuevo...

Juan Isbel se movió con tanta rapidez que Ellen no comprendió su intención hasta que sintió su dura mano sobre sus labios e inmediatamente el sabor de sangre caliente que brotaba de ellos.

-¡Cállese! ¿O es que no tiene vergüenza? Mi hermana Ana me ha hablado bien de usted y hasta la ha excusado, compadecido...

Para Ellen fue éste el último golpe culminante, que apenas pude resistir. Pero aún logró mantener durante un momento más la terrible decisión que había adoptado, Juan Isbel, déjeme usted en paz. Estay esperando aquí a Bruce.

Par fin había conseguido herirle en el corazón. Instintivamente, Ellen había encontrada las palabras que podían ofender más a Juan. ¡Pero el golpe la hirió a ella también! Un brazo como una banda de acero rodeó su cintura y el otro, no menos duro, la obligó a levantar la cabeza. Trató de librarse, pero apenas le era posible, moverse. Su oscura faz se inclinaba cada vez más hacia ella y Ellen cesó de luchar. Se sentía paralizada, hipnotizada como un pájaro por los ojos de una serpiente. A pesar de su terror, si era la muerte para ella, la bendecía.

-¡Ellen Jorth, estoy pensando todavía que mientes! -dijo en voz baja que silbaba entre sus dientes.

-No, no-gritó Ellen. Y allí se rompió su resistencia. No pudo seguir aguantando la mirada de aquellos terribles ojos negros.

-Pues tengo que conseguir alguna cosa de ti, de cualquier manera -murmuró Isbel:

La joven vio como la sangre hinchaba las venas de su poderoso cuello y como su cara morena y ahora terrible se inclinaba más y más hacia ella. Sintió sus músculos contraerse y sujetarla como gigantescos rollos de cuerda elástica. Luego, con fuerza salvaje, su boca se juntó con la de ella. Se sofocaba y se sentía desvanecer. El espasmo pasó y el sabor de la sangre la hizo volver a la aguda y terrible realidad. En aquel interminable período de un segundo, Isbel la había estrechado de un modo que casi estaba quebrantada. Sus besos, le seguían loas labios y después, pasando violentamente a su cuello, eran tan fuertes que la hacían jadear.

Súbitamente los abrazos salvajes y los ardientes besos se aflojaron. Isbel la dejó escapar y ella vio como retrocedía sin apartar de ella su mirada aguda. Su cara, que había estado purpúrea, aparecía ahora blanca.

-No, Ellen Jorth, no -murmuró-. No quiero nada de ti de esta manera-. Y se dejó caer en un leña, cubriéndose la cara con las manos- Lo que yo quería de ti era lo que me creía que eras.

Como un gato montés, Ellen saltó sobre él golpeándole con los puños en ciega furia. Isbel no hizo el más ligero

movimiento para detenerla, y su violencia se acabó con su fuerza. Se apartó de él, temblando, de manera que apenas podía sostenerse en pie.

-¡Maldita Isbel! -exclamó con voz ronca-. Has sido capaz de insultarme así.

- Insultarte? -contestó el con amargo desdén-. Es difícil insultarte.

- ¡Te mataré! -silbó Ellen.

Isbel se levantó limpiándose los rojos arañazos que tenía en la cara.

-Adelante. Ahí está mi rifle -dijo señalando su arma-. Alguien tiene que empezar esta guerra de los Isbel y los Jorth. Va a ser un asunto repugnante y ya estoy cansado de él antes de empezar. Mátame. Que empiece Ellen Jorth.

Las falsas fuerzas que animaban a Ellen la abandonaron de repente. Se quedó mirando al rifle de Juan. «Mátale», cuchicheaban aún las voces del odio que le abandonaba. Pero no podía, le parecía estar bajo el abrazo gigantesco de Juan.

-Quisiera matarle, pero no puedo -cuchicheó-. Déjeme.

-Usted no es una Jorth, lo mismo que yo no soy un Isbel-;dijo sombríamente Juan- Lo siento más por usted que por mí mismo. No es más que una muchacha que una vez ha tenido una buena madre y un hogar decente. Y esta vida que está llevando aquí, infame como ha sido, no es nada comparada con la que le espera de ahora -en adelante. ¡Malditos sean los hombres que la han traído a ella! Voy a tener que matar a algunos de ellos.

Y sin más, montó y se alejó. Ellen le llamó para que se llevara su caballo, pero él ni se detuvo ni volvió siquiera la cabeza. Volvió a llamarle, pero su voz ahora era más débil, y Juan se alejaba al trote. Se apoyó en el árbol. Él se dirigió al sendero que se internaba en el caballo.

¡Qué extraña consuela sentía Ellen! Le contemplaba alejarse entre los jarales y empezar a subir una loma para desaparecer por fin entre los pinos. Algo que había sida de ella se alejaba con Juan. Un dolor de cabeza oscurecía todos sus pensamientos. No veía bien; sus ojos estaban cansados. ¿Qué le pasaba? Tenía sangre en las manos. ¡Sangre, de Isbel! Se estremeció. ¿Sería un presagio? Se desplomó al pie del árbol, cerrando los ojos.

El viejo Sprague no volvió. Las horas pasaban, horas oscuras para Ellen Jorth, que yacía postrada al lado del árbol. Poca a poca el letargo de la desgracia y la desesperación fue desvaneciéndose y Ellen volvió gradualmente a la coherencia.

¡Cuánta había aprendido! La vista del caballo negro se lo retardaba todo. Espadas era de Juan Isbel y había sido robada por su padre a por uno de sus cómplices. La renombrada pericia de Isbel como rastreador no era una ociosa fanfarronada. Su padre era un ladrón, un cuatrero, un cómplice de Daggs, el capitán de la Banda del Machete. Ellen recordaba bien la mala reputación de aquella banda en Tejas, hacía algunos años. Su padre había ingresado en aquella famosa banda de malhechores para conseguir mejor sus fines: el exterminio de los Isbel. Era ahora claro como la luz para Ellen.

-¡Hija de un cuatrero y de un bandido! -murmuró. Y sus pensamientos retrocedieron hasta los días de su niñez. Solamente las, primeras fases de aquella vida habían sida felices. A la luz de la revelación de Isbel, los frecuentes cambios de residencia, los repentinos traslados a partes deshabitadas de Tejas, los períodos de pobreza y prosperidad, y aquel viaje final al Arizona maldito de Dios, todo lo veía ahora can su verdadero significado. Hasta donde ella podía recordar, su padre había sida un mal hombre y su madre lo supo sin duda. Él llegó a arrastrarla a su ruina y la degradación la había matado. Ellen lo comprendía ahora con terrible dolor y con un sentimiento de rebeldía hacia Lee Jorth. ¿Había realmente Gastón Isbel lanzado a su padre por el camina de la perdición? Ellen dudaba. Odiaba a los Isbel con indecible y creciente odio, pero pensaba y ponderaba argumentos en su favor. Se debía a sí misma esta lealtad. ¿Pero qué importaba quién fuera el culpable de la cuestión entre Jorth e Isbel? Ellen se veía obligada a confesarse que tenía una importancia terrible. Para ser fiel a sí misma, a aquella que nadie más que ella conocía, debía tener la justicia de su parte. Si eran las Jorth los culpables y ella se atenía a ellas y a su credo, -tendría que ser uno de ellos.

-Pero no lo soy -pensó en voz alta-. Me llamo Jorth y me parece que tengo mala sangre en las venas, pero nunca ha aparecido en mí hasta hay. He sido siempre honrada y buena; sí, buena como mi madre me enseñó a ser... a pesar de todo. Mi soberbia me ha cegado y ahora, ¿puedo elegir? Soy una Jorth y debo estar al lado de mi padre.

Todas estas reflexiones, sin embargo, no tenían nada que ver con la angustia que sentía en su pecha.

¿Qué había hecho aquel día? Y la respuesta sonaba en sus oídos como los golpes de un martillo. En las agonías de su vergüenza y de su odia había sido perjura. Llegó a manchar su honor, se había envilecido estrujando sin piedad el gran corazón de un hombre que la amaba. ¿Sería aquella injuria la que de rechazo había dejado, aquel dolor en su pecho? ¡La amaba! Sí; era verdad, una insoportable verdad. Luchaba ahora con los misterios de su alma, no can la deshonra de su padre, no con la presencia de Juan Isbel. Era maravilloso entre todas las maravillas que ella diese lugar a aquel amor, y una vergüenza que ella tuviese que matarlo con aquella mentira venenosa. ¿Par qué motivo monstruoso lo había hecho así? Para ultrajar a Isbel como él la había ultrajado. Pera aquello era una bajeza. Sólo en un momento de extraordinaria agitación podía haber descendida tanta. Había conseguida injuriar a Juan Isbel. ¿Pero qué había hecho consiga misma? ¡Qué extraña y qué tenaz había sido su fe en ella! ¿Podría olvidarlo? Debía, pero lo que no podría olvidar nunca era el modo como había él tratado a aquellos canallas en la taberna de Greaves, el moda coma había pegado a Bruce por difamarla, el modo tenaz con que había negado sus propias insinuaciones. Ya era una mujer y había aprendido algunas de las complejidades del corazón de ésta y no podía cambiar de naturaleza; todo su ser apasionado vibraba ante la virilidad de su defensor, pero aun en medio de su estremecimiento reconocía su odio, y era la lucha entre las dos pasiones lo que le producía aquel dolor en el pecho. «¿Qué me queda ahora? -murmuró Ellen sin analizar el significado de lo que la había impulsado a hacerse esta pregunta. La más incalculable de, las revelaciones del día era el daño que se había hecho a sí misma-. Debo optar por uno de estos dos caminos: ayudar a in¡ padre o matarme.»

Ellen volvió al rancho. Hizo correr a Espadas como el vierta y cuando llegó al claro, su aparición conmovió enormemente a las hombres que estaban a la puerta de la cabaña. Entró en el prado a galope tendido.

-¿Quién viene detrás de ti? -gritó su padre cuando se detuvo. Jorth tenía un rifle en las manos; Daggs, Colter y los otros Jorth estaban también armados y vigilantes.

-Nadie viene detrás de mí -replicó Ellen-. ¿Es que no puedo correr sin que venga alguien persiguiéndome?

Jorth se tranquilizó y se enfadó al mismo tiempo.

-¿Y por qué corrías de esa manera que por poco nos atropellas? No me gusta tu manera de proceder de estos días; te encuentro extraña.

-Los tiempos son extraños para los Jorth -contestó Ellen con sarcasmo.

-Daggs ha encontrado huellas de un caballo en el prado -dijo Jorth-. Y estábamos preocupados pensando que alguien rondaba el rancho y cuando te hemos visto llegar corriendo de esa manera, creímos que alguien te perseguía.

-Pues no, estaba solamente probando la velocidad de Espadas. Creo que cuando alguien nos persiga, tendrá que correr bastante para alcanzarme a mí.

-Ya lo creo que tendrá que correr -dijo Daggs riéndose.

-No es solamente porque corres y por el aspecto que tienes -declaró Jorth -. Dices también cosas extrañas.

-Es que no estás acostumbrado a oír llamar al pan, pan, y al vino, vino -dijo Ellen desmontando.

-Bueno -murmuró su padre como convencido de la inutilidad de sus esfuerzas para entender a una mujer-. ¿Has visto el rastro de un caballo?

-Sí; y además sé de quién era el caballo.

Jorth y todos los presentes se irguieron en actitud expectante.

-¿Quién? -preguntó Jorth.

Juan Isbel -replicó Ellen con frialdad- Venía siguiendo el rastro de su caballo negro.

Juan Isbel siguiendo el rastro de su caballo negro -replicó su padre recalcando las palabras.

-Sí. No han exagerado su habilidad de rastreador.

Se hizo un silencio embarazoso. Ellen dirigió una lenta mirada circular a su padre y a los demás y empezó a soltar las cinchas del caballo. Jorth rompió el silencio con una maldición, a la que siguió una de las risas sardónicas de Daggs.

-¿Qué le había dicho yo, patrón?

Jorth se dirigió a Ellen y le hizo volver rudamente la cara.

-¿Has visto a Isbel?

-Sí - contestó. Ellen con la misma sequedad con que su padre había preguntado.

-¿Has, hablado con él?

-Sí.

-¿Qué buscaba por aquí?

-Ya te lo he dicho. Venía siguiendo el rastro de su caballo, que vosotros le habéis robado.

Jorth dejó caer su brazo con desaliento. Su cara, de pálida, se tornó lívida. Al asombro siguió el desconcierto y a éste el furor. Levantó la mano como para pegar a Ellen. Uno de los largos brazos de Daggs le interrumpió sujetándole por la muñeca. Luchando- para soltarse, Jorth maldecía en voz baja.

- ¡Déjame, Daggs! -gritó- No estoy borracho para que nadie tenga que sujetarme.

-No está borracho, pero tiene usted otras cosas que le diré cuando estemos solos.

Jorth se compuso, pero era evidente que estaba fuera de sí.

-Ellen, ¿vio Juan Isbel este caballo?

-Sí, y me preguntó cómo lo había adquirido, y yo se la dije.

-¿Y dijo que Espadas era suyo?

-Seguro; y lo probó además. Se conoce cuando un caballo quiere a su amo.

-¿Le ofreciste devolvérselo?

-S í, pero él no ha querido tomarlo.

-¿Y por qué no?

-Dijo que era mejor que yo me lo quedase, porque él iba a empeñarse en un negocio sucio y sangriento que no le dejaría tiempo para cuidar como es debido a un loen caballo. Yo tampoco quería quedarme con Espadas; quise devolvérsela a Isbel, pero él se marchó sin hacerme casa... y esta es todo.

Pues puede que no sea esto todo -replicó Jorth mordiéndose el bigote-. Ya te has encontrado con Isbel dos veces.

-No he tenido yo precisamente la culpa.

-He oído decir que es muy galante contigo. ¿Qué me dices a esto?

Ellen se avivó bajo la, ola de sangre que desde el cuello le subía por el rostro hasta las sienes. Pero eran sólo sus recuerdos los que la avergonzaban. Lo que su padre y sus compañeros pudieran pensar le era completamente indiferente, y sostuvo sus miradas de sospecha con ojos llameantes.

-Yo he oído lo que dicen Bruce y Lorenzo -siguió su padre- Y Daggs ha oído...

-Daggs no ha oído nada -interrumpió este digno camarada-. No me metan a mí en este lío. Daggs no ha oído nada ni sabe nada.

-Sí, papá, Juan Isbel era galante conmigo, pero ya no lo será mas - contestó Ellen y, sin añadir más, quitó la silla a Espadas y cargándosela sobre el hombro entró en la cabaña.

Su padre la siguió inmediatamente.

-Ellen, yo no sabía que ese caballo era de Juan Isbel -empezó a decir con la voz ronca, baja y persuasiva que era tan conocida de Ellen-. Te juro que no lo sabía. Lo compré con Slater y

te aseguro que no tenía la más ligera idea de que fuese robado... Y cuando has dicha: «El caballo que vosotros habéis robado», me ha parecido que me dabas una puñalada...

Ellen escuchaba sentada al lado de la mesa, mientras su padre se paseaba de arriba abajo por la cabaña. Y su nerviosidad y apasionado discurso le pusieron en un estado de frenesí. Hablaba incesantemente, como si el silencio de su hija fuera condenatorio y sólo su elocuencia pudiera convencerla de su honradez. Ellen creía ver y oír con facultades más agudas que nunca. Veía que su padre necesitaba su respeto; no tanto su amor, lo adivinaba, y no quería que ella supiese cuán bajo había caído.

Le compadecía con todo su corazón. Ella era todo lo que le quedaba en el mundo y él era lo mismo para ella. Y así, mientras escuchaba su largo y absurdo discurso de defensa, se encontró con que su compasión y su amor tomaban decisiones vitales para ella. Coma siempre, el discursa de su padre acabó en una terrible y apasionada acusación a los Isbel, por los extremos a que le habían conducido. Sus sufrimientos eran reales, al menos en presencia de su hija. Ella era el único lazo que le ligaba aún a los días felices, pasados hacía muchos años. Volvía a ser como su madre, la mujer que había traicionado a otro hombre por él y que se lanzaba con él a la ruina y a la muerte.

-No sigas, papá -dijo Ellen interrumpiendo las declamaciones de su padre-. Seré fiel a ti como lo fue mi madre... Soy una Jorth y mi puesto está a tu lado... No me hables más del pasado. Si Dios nos deja salir con vida de esta guerra, nos marcharemos a otro país donde nadie haya oído hablar de Jorth y empezaremos de nuevo nuestra vida... Y si no, por lo menos, nos dejaremos los dientes en las heridas de esos malditos Isbel.

VII

Durante el mes de junio, Juan Isbel no se alejó mucho del Valle Herboso.

Otra vez se había atentado contra la vida de Gastón Isbel. Otro disparo cobarde había sido hecho, esta vez desde los jarales que bordeaban el camino que conducía al rancho de Blaisdell. Éste oyó aquel disparo, que se hizo desde muy cerca de su casa, pero no se pudieron encastrar ni rastros del oculto enemigo. El suelo, por todos aquellos alrededores, estaba cubierto de agujas de pino que no conservaban huellas de ninguna especie. Las suposiciones eran que este cobarde atentado había sido perpetrado o, por lo menos, instigado por los Jorth, pero no había pruebas y Gastón Isbel tenía en la Cuenca del Tonto muchos enemigos que no eran precisamente ovejeros. El viejo rugía como un león ante este segundo ataque y su amigo Blaisdell le aconsejó que inmediatamente reuniese sus parientes y amigos.

-Suspendamos el trabajo hasta que esté resuelto este asunto -dijo -, Salgamos al encuentro de esta gente a mitad del camino. No ganaremos nada ninguno esperando a que te peguen un tiro por la espalda. -Y muchos de los partidarios de Gastón le dieron los mismos consejos.

-No; esperaremos hasta que estemos seguros-era la respuesta del testarudo ganadero a todas aquellas instancias.

-¡Seguros! ¿De qué diablos vamos a estar seguros? ¿No encontró Juan su caballo negro en el rancho de Jorth? -preguntó Blaisdell, furioso-. ¿Qué más quieres?

-Juan no podría jurar que Jorth ha robado ese caballo.

-Ya lo juraré yo -gruñó Blaisdell-. Y todos los días perdemos ganado. ¿Quién lo roba?

-Siempre, desde que empezamos a trabajar aquí, hemos perdido ganado.

-Gastón, me parece que lo que quieres es que Jorth empiece la guerra.

-Y no tardaremos mucho en empezarla -fue la sombría respuesta de Gastón Isbel.

Juan Isbel no había fracasado en sus rastreos de ganado perdido o robado. Las circunstancias habían estado en contra suya y existía algo desconcertante en aquellos robos. Las tormentas de verano habían empezado pronto aquel año y tuvo la desgracia de que fuertes lluvias borrasen los rastros que él pudiera haber seguido. El rancho era grande y el ganado andaba por todas partes, de manera que algunas veces no se daban cuenta de las pérdidas hasta varias semanas después.

No quedaban en el rancho más hombres que los hijos de Gastón Isbel. Dos de los vaqueros se habían despedido por temor de la contienda que se preparaba y Gastón Isbel despidió al otro, de manera que Juan no se enteraba muchas veces de los robos hasta que los rastros eran viejos. Además, el Valle Herboso estaba cubierto de rastros de toda clase de ganado. Los abigeos, cualesquiera que fueran, hacía mucho tiempo que se dedicaban a merodear y mostraban ampliamente su habilidad, ya que tenían buen campo para ello.

A principios de julio empezó el calor. Las noches eran frescas y los amaneceres agradables, pero los días, tremendos. Cuando las nubes blancas se acumulaban en el sudoeste y se oscurecían hasta convertirse en una tormenta.

Juan se alegraba. Le gustaba ver los torrentes grises de la lluvia descender de la bóveda negra de las nubes. Los prados de hierba, las rojas lomas, los jarales y los cactos eran cosas polvorientas y desagradables bajo el ardiente sol de verano y Juan suspiraba por la frescura de las alturas del Rim, por la umbría de los pinos y los abetos y el murmullo de los arroyos. A veces sentía otro deseo que amargamente desechaba.

El aliado de Juan, el perro de agudos dientes, había desaparecido un día y no regresó nunca más. Entre los hombres del rancho existían diferencias de opinión respecto de lo que le había podido pasar a Shepp. El viejo ranchero creía que lo habrían matado de un tiro o envenenado. Bill y Guy Isbel opinaban que lo robaron los pastores de ovejas, que siempre andaban detrás de buenos perros; y Juan se inclinaba a la opinión de que Shepp se habría reunido con alguna manada de lobos de la montaña. El hecho es que Shepp no volvió y que Juan lo echaba de menos.

Una mañana, al amanecer, Juan oyó al ganado ¡bramar y correr por el valle y al llegar a un punto desde donde podía dominar la escena, quedó asombrado al contemplar más de quinientos novillos persiguiendo a un lobo solitario. El padre de Juan ya había visto espectáculos como éste, mas para Juan era nuevo. El lobo era grande, gris y negro, poderoso, y hasta que todos los novillos se lanzaron tras él, no dejó la plaza. Probablemente había acechado al rebaño con la intención de llevarse algún ternero, hasta que los novillos le habían visto. Juan se quedó donde estaba, con la esperanza de que lo hiciesen pasar al alcance de su rifle, pero el astuto animal le vio y se fue alejando gradualmente de él y de sus perseguidores.

Juan volvió a su casa para almorzar y luego se dirigió a través del valle hacia un pequeño rebaño de ovejas que su padre poseía y que todavía no habían sido conducidas al Rim, donde se mandaban todas las ovejas del país durante el cálido verano de la Cuenca del Tonto. El joven Evarts y un muchacho mejicano llamado Bernardino estaban encargados de aquel rebaño. El pastor mejicano, hombre de experiencia y saber, había dejado el rancho, y aquellos muchachos no podían arriesgar el ganado en territorio enemigo.

Este rebaño estaba pastando en un pequeño prado un poco retirado del Valle Herboso, donde los jarales ofrecían alguna protección contra los rayos del sol y había buenas aguas y algunos pastos. Antes de llegar a su destino, Juan oyó un tiro. No era un tiro de rifle y esto causó a Juan alguna preocupación, pues aunque Evarts y Bernardino poseían rifles, no tenían, que él supiera, armas cortas. Juan se dirigió a una de las colinas cónicas que se levantaban en la parte sur del Valle Herboso y desde allí inspeccionó el país cuidadosamente. A primera vista sólo vio ganado, prados desnudos y colinas, pero no tardó en descubrir un grupo de hombres a caballo que se dirigían hacia la aldea. No podía decir su número. La oscura masa le

pareció a Juan un misterio y una amenaza. ¿Quiénes eran? Estaban demasiado lejos para conocerlos. Cabalgaban rápidamente. Juan los observó hasta que se perdieron de vista y después siguió su camino. Un grupo de jinetes como aquél era una cosa rara en el Valle. El joven experimentó una sensación de temor nueva en él. Pensando en esto llegó a donde estaban las ovejas. Al llegar a la vista del campamento oyó un grito y el joven Evarts apareció corriendo frenéticamente. Juan hizo galopar a su caballo, que pronto cubrió la distancia que los separaba. Evarts estaba fuera de sí de terror.

-¿Qué pasa, muchacho? -inquirió Juan apeándose rifle en mano del caballo y examinando la cara descompuesta de Evarts y el campo.

-¡Bernardino, Bernardino! -tartamudeó el muchacho señalando.

Juan salvó rápidamente los pocos pasos que le separaban del campo y vio una hoguera medio consumida, los restos de una comida y al mejicano tendido de espaldas en el suelo con un agujero de bala en la cara. A su lado yacía un vieja revólver.

-¿De quién es esta arma? -preguntó Juan recogiéndola.

-De Bernardino -replicó Evarts-. La consiguió hace pocos días.

-¿Se le disparó y se mató por accidente?

-No.

-¿Pues quién le ha matado entonces?

-Unos hombres, una partida a caballo que ha venido.

-¿Sabes quiénes eran?

-No. Cuando los vi venir me asusté. Bernardino había ido por agua y yo me escapé corriendo. Quería gritarle a Bernardino, pero estaban demasiado cerca, tan cerca que los oía hablar. Bernardino volvió y hablaron; parecían amigos y yo me levanté un poco para ver, pero no podía ver bien. Oí que uno de ellos pedía a Bernardino el revólver para verlo. Éste se lo dio y el otro se echó a reír; luego tiró el revólver a lo alto y cuando volvió a caer en su mano se disparó y mató a Bernardino. Me asusté tanto, que he estado escondido hasta que le he visto venir.

-¿Tienes un caballo? -preguntó Juan.

-No, pero puedo montar en uno de los burros de Bernardino.

-Sí; monta en uno y corre al rancho de Blaisdell y dile que mande recado a Blue, a Gordon y a Fredericks, de que vayan corriendo todo lo que puedan al rancho de mi padre. ¡Corre tú ahora!

Evarts, sin replicar, se marchó corriendo. Juan se quedó contemplando la fláccida y patética figura del mejicano.

-La guerra Isbel-Jorth ha empezado -exclamó sombríamente-. Asesinato deliberado y a sangre fría. Apostaría a que fue Daggs el que lo ha hecho. Es el jefe y el que ha empezado el asunto. Bernardino, eras un muchacho fiel y te aseguro que tu muerte no tardará en ser vengada.

No había tiempo que perder. Arrancó de la tienda una lona y la extendió sobre el cuerpo de Bernardino. Después montó a caballo y volvió al valle a galope tendido.

La actividad transformó el horror que había engendrado en él la trágica muerte de Bernardino. Juan, sentía un extraño alivio. Los largos días :de espera se habían acabado. La banda de los Jorth tomó la iniciativa y la sangre empezaba a correr y continuaría hasta que el último hambre de una de las facciones pusiese el pie sobre el cadáver del último hombre de la otra. ¿Sería éste un Jorth o un Isbel?

-No se equivocaba mi instinto -murmuró-. Aquel grupo de caballos no me dio buena espina -Juan inspeccionaba el valle, que cruzaba a escape, pero no percibió la más ligera señal del grupo de jinetes. Habían entrado sin duda en la taberna de Greaves para beber y recoger más

enemigos de los Isbel. Súbitamente, el recuerdo de Ellen Jorth pasó por la mente de Juan. «¿Qué será de ella? ¿Qué será de mi hermana? ¿Qué será de todas las mujeres y los niños?»

No había nadie en las inmediaciones del rancho, que nunca le había parecido a Juan tan pacífico como aquel día. El ganado y los caballos pastaban tranquilamente, las gallinas picoteaban aquí y allá y una columna de humo azul se escapaba de la chimenea. Todo parecía contradecir los sombríos pensamientos de Juan. Aquello era el rancho de su padre y no se veía ni una nube en el cielo azul de verano.

Alguien vio a Juan acercarse al galope y Bill y Guy aparecieron con su padre en el porche. Juan vio como hacían volverse al interior a las mujeres y salían a su encuentro. Bill y Guy llegaron a su lado y todos le miraron atentamente. Sin hablar una palabra, cada uno sabía lo que había en la mente de los demás. Una chispa de fiereza idéntica brillaba en los ojos de todos.

-Parece que teníais prisa -observó el padre.

-¿Qué diablos pasa? -inquirió Bill.

Guy Isbel no dijo nada, pero se puso ligeramente pálido.

-Acaban de matar a Bernardino; de asesinarlo con su propio revólver.

Gastón Isbel respiró con fuerza. Una chispa brillante y fría como el reflejo del sol en el hielo apareció en sus ojos azules.

Ninguno de los tres hombres preguntó quién había sido el asesino. Quedaron silenciosos e inmóviles, absorto cada uno en sus propios pensamientos. Luego escucharon con ansia el breve relato de Juan.

-Bueno, con esto ya estamos en danza -dijo el padre-. Me hubiera gustado tener más tiempo. Creo que habría hecho mejor atendiendo vuestros consejos y teniendo a mis hombres más cerca. Jacobo acaba de llegar, con lo cual, somos cinco y además las mujeres.

-¿No crees que nos sitiarán en la casa? -preguntó Guy.

-Siempre me he temido que lo hicieran -contestó el viejo-. Pero en: realidad nunca creí que se atreviesen. Debía haber juzgado mejor a Daggs. Todos los disparos que me hacían desde la espesura eran cosas dignas de

Jorth. Creo que ahora tendremos que combatir sin nuestros amigos.

-No te preocupes. He mandado llamar a Blaisdell, Blue, Gordon y Fredericks; puede ser que lleguen a tiempo, pero si no llegan, no tenemos que preocuparnos mucho. Nosotros podremos resistir dentro más de lo que la banda de Daggs puede resistir fuera. Necesitaremos bastante agua y provisiones.

Ya me cuidaré yo de eso -dijo el padre-. Juan, tú colócate en algún sitio no lejos de la casa, desde donde puedas vigilar y ver si viene alguien.

-¿Quién va a decírselo a las mujeres? -interrogó Guy Isbel.

El silencio que siguió a esta pregunta decía con sobrada elocuencia cuál era el' lado más duro y triste de la contienda entre los hombres. El ser inevitable no velaba para nadie su inutilidad. Desde tiempo inmemorial, los hombres se habían batido y matado entre sí para desgracia de sus mujeres. En la cara del viejo Gastón Isbel se leía esta reflexión.

-Bueno, muchachos, yo se lo diré a las mujeres. No os preocupéis por eso.

Juan se dirigió a una pequeña colina a poca distancia de la casa, y allí se situó de manera que pudiera vigilar por todas partes. Por la colina cubierta de cedros que había detrás de la casa era por donde únicamente la banda de Jorth podía aproximarse sin ser vista, pero aun así, Juan los podía ver y llegar a la casa a tiempo de prevenir una sorpresa. Pasaban los minutos, y al cabo de una hora, Juan empezó a esperar que Blaisdell llegaría a tiempo. Sus esperanzas estaban bien fundadas. Pronto oyó el galopar de los cascos de un caballo y no tardó en ver a su fiel amigo acercándose al galope de un caballo blanco. Blaisdell llevaba un rifle en la mano, y esta vista animó a Juan vio como los dos amigos se encontraban a la puerta de la casa

y hasta él llegó el rugido de ira de Blaisdell. Era uno de los tejanos que caerían al lado de los Isbel.

Luego, en la llanura del valle, donde se levantaba el pueblo, apareció el pelotón de jinetes acercándose en línea recta hacia el rancho de Isbel. Juan se estremeció. La sangre empezó a correr en sus venas con más rapidez. El grupo se acercaba por el camino del rancho, sin subterfugios ni ocultaciones.

-Vienen decididas -murmuró. Hasta el último momento había esperado vagamente que la banda de Jorth no se atrevería a venir tan abiertamente. No había duda, ni esperanzas, ni ilusiones. Aquello eran hechos. Juan contempló un momento más al enemigo y corrió hacia el rancho.

-Ya vienen, padre -dijo con voz sombría. ¡Cuánto le costaba decir aquello a su padre! El viejo amor de su infancia se había despertado en él.

-¿Por dónde?

-Por el camino del valle. No los puedes ver desde aquí.

-Bueno; entremos a prepararnos.

La casa de Isbel no había sido construída con la idea de repeler agresiones de nadie. El amplio comedor del edificio principal era el que se había seleccionado para la defensa. Esta habitación tenía dos ventanas y una puerta que miraba al prado, y otra puerta a cada extremo que conducían respectivamente a la cocina y a la cabaña que se había edificado después. Los leños de que estaba construída esta cabaña eran grandes y gruesos y las ventanas cerraban bien con gruesas hojas que aseguraban una protección eficaz contra las balas.

Cuando Juan entró, las caras pálidas de las mujeres se volvieron hacia él. Su hermana, sus dos cuñadas y los niños le observaban en silencio.

-Bien, Blaisdell; Juan dice que Jorth y su cuadrilla de bandidos se acercan -anunció el ranchero.

-Mal día ha amanecido para Lee Jorth -declaró Blaisdell.

-Despejad esa mesa - ordenó Gastón Isbel - y sacad todas las armas y las municiones que tengamos.

Se colocó sobre la mesa lo que parecía un formidable arsenal, que consistía en tres rifles Winchester nuevos del 44, que Juan había traído de la costa; el enorme fusil llamado de aguja que Gastón Isbel usó durante muchos años; otro rifle que Blaisdell había traído y media docena de revólveres. Montones y paquetes de municiones cubrían la mesa.

-Desempaquetad, todas las municiones, para que cada uno tenga las suyas -ordenó el viejo Isbel.

Jacobo, el vecino, que por casualidad estaba presente, era un hombre grueso y con barbas, de aspecto jovial, que contrastaba con las angulosas caras de los tejanos. Llevaba un rifle del 44 de un modelo antiguo. Muchachas, si hubiese sabido que me iba a encontrar con esta broma, hubiera traído más municiones. Sólo tengo un cargador. Puede ser que los cartuchos del 44 moderno entren en mi rifle.

Se probaron y se vio que las municiones que Juan había traído en cantidad convenían a aquel rifle :perfectamente, circunstancia que llenó de satisfacción a aquellos hombres.

-Estamos de suerte -declaró Gastón.

Las mujeres estaban sentadas aparte en un rincón, cerca de la cocina, y parecía haber una extraña fascinación para ellas en lo que los hombres hacían y decían. La esposa de Jacobo era pequeña, con ojos brillantes, y Juan pensó que :sería de una gran utilidad en aquella casa durante las horas azarosas que tenía por delante.

Juan se acercaba a cada momento a las ventanas para vigilar, y sus compañeros indudablemente confiaban en él, porque ninguno más lo hacía. Ahora que los días de espera habían pasado, aquellos tejanos aguardaban al enemigo con una tranquilidad perfecta, sin que

sus palabras y acciones fuesen en gran manera diferentes de las que adoptaban en su vida ordinaria.

Por fin descubrió Juan la oscura masa de jinetes en el camino del valle. Avanzaban muy juntos y al paso, con seguridad, conversando seriamente. Después de varios intentos inútiles, Juan contó once caballos, cada uno de los cuales llevaba su jinete.

-i Atención, padre! - llamó Juan.

Gastón Isbel se acercó a la muerta y miró al exterior sin decir nada.

Los demás, hombres se acercaron a las ventanas. Blaisdell, maldiciendo en voz baja. Jacobo dijo:

-Hombre, muy bien; nos vienen a hacer una visita. Las mujeres quedaron inmóviles con ojos ensombrecidos. Los pequeños dejaron de jugar y miraron a su madre con temor.

Un poco antes de llegar a un tiro de rifle de la casa, los jinetes se detuvieron y se alinearon en semicírculo, mirando al rancho. Estaban lo bastante cerca para que Juan pudiera ver sus gestos, pero no podía reconocer ninguna de sus caras. Le pareció singular que ninguno de ellos llevase máscara.

-¿Puedes conocer a alguno, Juan? -preguntó su padre.

-Todavía no, están demasiado lejos.

-Ya te traeré tu viejo anteojo -dijo Guy Isbel dirigiéndose a la segunda cabaña.

Blaisdell rezongaba cosas como ésta

-¿Y ahora que estáis aquí, señores ovejeros, qué pensáis hacer?

Guy Isbel volvió a poco con un anteojo de un metro de largo, que entregó a su padre. El viejo lo tomó con mano un poco temblorosa y miró. Su cara se puso gris en un acceso de ira y bajó el anteojo con manos que ahora temblaban violentamente.

-¡Jorth! -rugió más que dijo.

Juan no tuvo más que mirar a su padre para ver que el reconocimiento había sido como un golpe mortal. Pasó, y el ranchero volvió a levantar el anteojo.

-Blaisdell, ahí están Daggs, nuestro viejo amigo de Tejas; y Greaves, nuestro honrado comerciante, del Valle Herboso. Y Jackson Jorth y Tad Jorth, con la misma nariz roja... y juraría que aquél es el Reina, el peor bandido que jamás haya salido de Tejas. Creí que le habían matado... Así lo oí por lo menos. Y también está Craig, otro respetable ovejero del Valle... y, bueno, ya no conozco a más...

Juan tomó el anteojo el primero y paseó su vista por el puñado de jinetes.

-Bruce -dijo inmediatamente-. Veo también a Colter...; sí, Greaves está ahí... Yo he visto en alguna parte al hombre que está a su lado...

-Seguro; ése es Craig - interrumpió su padre.

Juan conoció la oscura cara de Lee Jorth por la semejanza que tenia con Ellen. También creyó conocer a los demás Jorth y pidió a su padre que le describiese a Daggs y al Reina. No era fácil que Juan dejase de conocer a aquellos hombres en el futuro. Luego fue Blaisdell el que pidió el anteojo, y cuando acabó de jurar y maldecir, se lo pasó a los demás, que uno por uno se recrearon mirando hasta que por fin llegó otra vez a las manos del ranchero.

-Daggs está moviendo das manos como un general que manda exploradores y me parece que señala nuestros caballos. Es natural en un cuatrero. Tiene que robar un caballo con cualquier pretexto. Antes de una batalla o de una comida o de un funeral, lo mismo da.

-Un funeral que será el suyo si se acerca a los caballos -dijo Guy Isbel mirando ansiosamente al exterior.

-Sí, hijo mío; el funeral de alguien será -replicó su padre.

Juan prestaba poca atención. a esta conversación. Con los ojos fijos en el grupo de jinetes, trataba de penetrar sus intenciones. Daggs señalaba los caballos que pastaban en el' prado que

estaba entre ellos y la casa. Aquellos animales, que eran los mejores del rancho, pertenecían en su mayor parte a Guy, el más aficionado de la familia. Sus caballos eran su pasión.

-Parece que quieren robar alguno -dijo Juan.

-Déjame ese anteojo -pidió Guy. Examinó la banda y devolvió el anteojo a Juan, declarando-: Voy a cuidar de mis caballos.

-¡No! -exclamó su padre.

-Esa gente viene a robar, no a pelear. ¿No lo veis? Si vinieran a pelear lo harían. Ahora están discutiendo sobre mis caballos.

Guy tomó su rifle. Estaba decidido; la bravura brillaba en sus ojos.

-Hijo mío, conozco a Jorth y a Daggs. Han venido a combatir y a matarnos. Será la muerte segura para ti si sales.

-Pues voy a salir de todas maneras. No se van a llevar mis caballos ante mis narices, y están fuera del alcance de nuestros rifles.

-Bien, Guy, pero no saldrás solo -afirmó alegremente Jacobo adelantándose.

La joven esposa de Guy Isbel no cambió en nada de aspecto. Se había desarrollado en un ambiente rudo y azaroso y conocía a los hombres en circunstancias como la presente, pero la mujer de Jacobo apeló a él.

-¡No arriesgues tu vida por un caballo o dos! Jacobo contestó riéndose que no había riesgo y salió con Guy. A Juan le pareció una locura. Siguió observando con atención los movimientos de la banda de Jorth y vio instantáneamente que se habían dado cuenta de la aparición en el prado de Jacobo y Guy; en un segundo comprendió también las mortales intenciones que los animaban. Vio a Daggs apearse del caballo rifle en mano y otros de la partida hicieron lo mismo, hasta que más de la mitad de ellos estaban en tierra.

-¡Van a tirar, padre! -gritó-. ¡Llamad a gritos a Guy y a Jacobo!

Todos gritaron, pero Guy Isbel y su compañero siguieron adelante como si no hubieran oído y como si no existieran enemigos en muchas leguas a la redonda. Habían cubierto aproximadamente un cuarto de la distancia que les separaba de los caballos, cuando Juan vio los rojos relámpagos y las blancas nubecillas de humo que salían de la oscura masa de los cuatreros.

Guy Isbel se detuvo, y soltando su rifle cayó de bruces. Jacobo se detuvo también como si hubiera chocado con un obstáculo invisible. Estaba tocado. Se volvió y empezó a correr rápidamente. Sonaron algunos disparos más. Dejó caer su rifle y su carrera se hizo más lenta e irregular; pero siguió cojeando y tambaleándose. Lanzó un grito ronco que llegó hasta la casa. Un tiro aislado sonó. Juan oyó la bala chocar con el cuerpo y Jacobo cayó primero de rodillas y después de boca.

Juan Isbel se sintió paralizado por la tragedia. Su mirada quedó presa sobre aquellas formas inanimadas.

Una mano le apretó el brazo; una mano de mujer, temblorosa, delgada y dura.

-¡Han matado a Jacobo! -cuchicheó una voz entrecortada-. ¡He estado mirando! ¡Los dos están muertos! La mujer de Guy y la de Jacobo se habían colocado detrás de Juan y desde allí contemplaron el drama.

-¡Le pedí a Jacobo que no fuera! -sollozó la esposa de éste, y cubriéndose el rostro con las manos se retiró a un rincón de la estancia donde la recibieron los brazos de las demás mujeres, pálidas y estremecidas. La mujer de Guy Isbel se quedó al dado de la ventana, mirando por encima del hombro de Juan. Tenía el nervio de un hombre. Había visto la muerte ya otras veces.

-Sí, están muertos -dijo con amargura-. ¿Y cómo vamos a recoger sus cuerpos?

A esto, Gastón salió del marasmo en que le había sumido, la escena.

-¡Dios! ¡Esto es el infierno para nuestras mujeres!

¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Asesinado por los Jorth! -rugió con una terrible imprecación.

-Padre, van a dar la vuelta a la casa -dijo Juan.

-Algún ardid -declaró Bill.

-Bill, haz un agujero en la pared trasera, a la altura del quinto tablón-ordenó el padre-. Tenemos que mirar por alguna parte.

Bill tomó una herramienta y, separando a los niños que estaban jugando cerca de aquella pared, empezó a trabajar en el punto designado. Los pequeños se retiraron con graves y admirados semblantes. Las mujeres reunieron sus sillas en un grupo.

Juan siguió vigilando a los cuatreros hasta que salieron del alcance de su vista. Se habían retirado a la loma cubierta de bosque del norte y del oeste de la casa.

-Avísame cuando hayas hecho el agujero -dijo Juan y atravesó la cocina metiéndose en un espacio bajo de techo que servía para almacenar la leña en invierno. Los espacios entre los leños no habían sido rellenados de arcilla y podía mirar al exterior por tres lados. Los cuatreros se habían metido en el bosque de donde salieron pronto sin sus caballos. Juan creyó que intentarían el asalto de la cabaña. Se detuvieron a la entrada de la espesura y sostuvieron una larga consulta. El joven los podía ver distintamente, pero estaban demasiado distantes para reconocer a ninguno de ellos en particular. Uno de éstos, sin embargo, se mantenía un poco apartado de los demás, estrechamente agrupados, y era evidente que los arengaba. Quienquiera que fuese, tenía una voz ronca y fuerte y sus movimientos le hicieron sospechar a Juan que estaba bajo la influencia del alcohol.

En esto, Bill llamó a Juan en voz baja:

-Juan, ya tengo hecho el agujero, pero no se ve a nadie.

-Yo los veo desde aquí. Tienen un conciliábulo y me parece que uno de los Jorth o Daggs está borracho. Creo que está aconsejando a la partida que nos ataquen inmediatamente y que los demás le contradicen. Díselo a papá y vigilad todos; yo es avisaré cuando se muevan.

La banda de Jorth no parecía tener prisa en desarrollar su plan de combate. Poco a poco el grupo se había diseminado un tanto. Algunos se habían sentado y otros se paseaban; dos de ellos internáronse en el bosque, probablemente a donde habían dejado los caballos, y volvieron a poco con un paquete. Lo dejaron en el suelo y todos se sentaron alrededor. Habían traído comida y bebida. Juan no pudo reprimir una sombría sonrisa ante su tranquilidad y recordó muchas historias de atrevidos hechos cometidos por la Banda del Machete. El joven se alegraba de la suspensión; cuanto más tardase el ataque, más tiempo tendrían de llegar los aliados de los Isbel. Pero sería un poco aventurado tratar de acercarse a la habitación de los Isbel durante el día. La noche sería más favorable.

Bill entró dos veces en la cocina para hablar con Juan. La tensión en el comedor, desde donde no se podía ver al enemigo, debía ser grande. Juan le dijo lo que había visto y lo que pensaba de ello.

-Comiendo y bebiendo -rezongó Bill-. Esto va a irritar al viejo. Quiere acabar de una vez con la contienda.

-Dile que se acabará muy pronto para nosotros, si no andamos con cuidado -replicó Juan con aspereza. Bill se volvió al comedor murmurando algo para sí. Luego siguió una larga y penosa espera, durante la cual Juan vio como los cuatreros se regalaban. El día era caluroso y tranquilo y el silencio de da casa era interrumpido de cuando en cuando por las alegres carcajadas de los niños. Este ruido estremecía a Juan. ¡Niños que jugaban!

Después otro ruido tan leve que tenía que aguzar el oído para percibirlo, le entristeció más aún. Los lentos pasos de su padre, que paseaba de un lado a otro de la cabaña. ¿Qué pasaría en aquel día por el corazón de su padre?

Por fin, los cuatreros se levantaron, y arma al brazo descendieron por la ladera como un solo hombre. Se acercaron algunos cientos de metros y Juan, levantando su rifle, pensó que

algunos pasos más significarían el fin de varios de ellos. Pero conocían de sobra el' alcance de un rifle. Llegaron a las tapias de los corrales y allí se tendieron, perdiéndose de vista para Juan. Esto le alarmó. Indudablemente avanzaban arrastrándose hacia las cabañas. Al final de las tapias de los corrales había una zanja bastante profunda para servirles de parapeto, que seguía a lo largo de las cabañas a menos de cien metros de distancia, cubierta de hierba y de matas de maleza, desde las cuales podían disparar contra ellos sin considerable riesgo. Como no volvieron a aparecer, Juan dedujo que había adivinado su plan. Esperó un poco más, hasta que vio algunas pequeñas nubes de polvo que se levantaban de la zanja. El descubrimiento le hizo precipitarse en el comedor, donde su súbita aparición alarmó a todo el mundo.

-Quitaos de donde os puedan ver -ordenó con voz aguda, y llegándose a la puerta con rápidos pasos la cerró-. Están en la zanja y esta tiene mal aspecto. Dispondrán de la maleza para ocultarse y disparar. Hay que tener mucho cuidado.

-Muy bien -contestó su padre-. Las mujeres y los niños que se pongan en aquel rincón, y lo mejor es que os tendáis en el suelo.

Blaisdell, Bill y el viejo se acercaron a la ventana a mirar por las rendijas de los maderos. Juan tomó su puesto al dado de la ventana pequeña. No se le escapaba ni el movimiento de una brizna de hierba, ni el vuelo de una cigarra.

-¡ Atención ahora! -les gritó a los demás-. Veo polvo... Se están acercando casi hasta aquel claro... Veo la punta del cañón de un rifle..., ahora un sombrero negro..., más polvo... Se están desplegando a do largo de la zanja...

Voces roncas y nubes de polvo amarillento que salían de la zanja atestiguaban la verdad de lo que decía Juan, y también que los cuatreros no se cuidaban mucho del peligro. Juan vio de pronto que una cosa de color se movía a través de dos jarales.

Un hombre alto, sin chaqueta ni sombrero, salió a plena luz. El sol se reflejaba en su cabello rubio y rizado. ¡Daggs!

-¡Eh, malditos Isbel -gritó con magnífica bravura- ¡Salid a combatir!

Rápido como el relámpago, Juan levantó el rifle y disparó. Vio mechones de cabello volar de la cabeza de Daggs y vio salpicar la sangre. Sonaron varios disparos de sus camaradas. Todas las balas alcanzaron el cuerpo vacilante, pero Juan conoció, con una terrible emoción, que la suya había matado a Daggs antes de que los otros hubiesen disparado. Daggs cayó de bruces y los demás, sin salir de la maleza, retiraron su cuerpo de la vista de los de la casa. Salieron roncas voces de la zanja y una nube de polvo amarillo se levantó.

-¡Daggs! -gritó Gastón-. Juan, tú le has levantado la tapa de los sesos. Yo lo he observado y todos nosotros hemos desperdiciado nuestros tiros.

-Debía estar loco o borracho para salir de esa manera a desafiarnos-dijo Blaisdell respirando fuerte.

-Arizona es malsano para los tejanos -replicó sardónicamente Isbel-. Aquí se vive con demasiada paz y los bandidos no tienen práctica. Estoy seguro de que a Daggs se le había olvidado pelear.

-Daggs ha hecho una tontería tan grande como la que han hecho Guy y Jacobo -dijo Juan-. Aquéllos se han pasado de valientes y éste estaba borracho. Que sea una lección para nosotras.

Juan había olido whisky al entrar en la cabaña. Bill era un bebedor empedernido y su mismo padre no estaba libre de este vicio. Blaisdell también bebía bastante algunas veces. Juan había tomado la decisión mental de no permitir que el alcohol estropease los planes de combate.

Los rifles empezaron a sonar y nubecillas de humo salieron de la zanja en un frente de unos treinta metros. Las balas silbaban a través de las toscas ventanas y se clavaban en la pesada puerta. Una pasó por entre dos maderos delante de Juan, faltando poco para que le al-

canzase. Siguió otra descarga y luego otra. Los cuatreros tenían armas de repetición y estaban vaciando sus cargadores. Juan cambió de posición y los demás imitaron su cuerdo movimiento. A las descargas había sucedido un incesante fuego graneado; luego cesó todo. La habitación estaba llena de polvo mezclado con el humo de los disparos de Juan y sus compañeros. Juan oía la respiración fatigosa de los niños; indudablemente estaban llenos de terror, pero no lloraban. Las mujeres tampoco emitían ningún sonido.

Una voz salió de la zanja.

-¡Salid a pelear! ¿O preferís que os matemos como a carneros?

Esta salida no tuvo contestación. Juan volvió a su puesto al lado dula ventana y los demás siguieron su ejemplo y todos miraban al exterior con gran precaución.

-No tiréis hasta que veáis a alguno -ordenó Gastón Isbel-. Puede ser que no tarden en volverse a descuidar. Jorth es el que no se mostrará nunca.

Los sitiadores no volvieron a recurrir a las descargas, sino que disparaban uno por uno y desde diferentes ángulos, y no lo hacían al azar. Algunas balas entraron derechas por las ventanas; otras penetraban por las junturas de los tablones rellenos de barro que no ofrecía mucha resistencia. A Juan se le ocurrió que aquellos peligrosos tiros no tenían nada de casuales. Estaban bien apuntados y todos pegaban bajo. Los astutos bandidos tenían algunos buenos tiradores entre ellos y elegían los puntos más vulnerables de la casa. Si Juan no hubiese estado tendido en el suelo, le hubieran acertado dos veces. Oyó que una bala pegaba en uno de sus camaradas. Quienquiera que fuera el herido, no dijo una palabra. Juan volvió la cabeza para mirar. Bill Isbel se tocaba el hombro y en su camisa se veían las manchas de sangre. Movió la cabeza indudablemente para indicar a Juan que no era nada. Las mujeres estaban tendidas de cara al suelo y no podían ver lo que pasaba. Era claro que Bill no quería que supiesen que estaba herido. Blaisdell le vendó con un trapo el hombro ensangrentado.

Los bandidos disparaban ahora a razón de un tiro cada pocos minutos. Los Isbel no contestaban a ellos. Juan no volvió a disparar en toda la tarde. Hacia la puesta del sol, los sitiadores parecieron impacientarse o confiarse y Blaisdell le pegó un tiro a algo que se movía detrás de la maleza; también el viejo fusil de Gastón dejo oír su voz.

-¿Qué harán ellos después de oscurecer y qué vamos a hacer nosotros? -inquirió Blaisdell.

-Creo que no se atreverán a lanzarse al asalto -opinó Gastón Isbel.

-Pueden pegarle fuego a la casa -observó Bill. Éste era el más sombrío de la facción Isbel. Tenía algo de cabeza.

-Los Jorth son malos, pera no creo que nos quemasen vivos -replicó Blaisdell.

-Poco conoces tú a Lee Jorth -rezongó Gastón . No sólo me quemaría vivo, sino que me desollaría antes para entretenerse más.

Así hablaron durante la hora del crepúsculo. Juan Isbel tenía poco que decir. En su mente rebullían infinitas posibilidades. Con la oscuridad cambió la táctica de ataque de los bandidos. Colocaron hombres en cuatro puntos alrededor de la casa y cada uno de los puestos hacía un disparo con unos minutos de intervalo. Las :balas se clavaban en los maderos, no causando a los Isbel mucha inquietud.

-¿Qué te parece, Juan? -preguntó el ranchero a su hijo.

-Me parece que están preparados para una lucha larga. Ahora disparan únicamente para que sepamos que están al acecho.

Gastón Isbel dejó ver la satisfacción que le producía esta determinación.

Todo estaba oscuro en el interior de la casa. Las mujeres tenían agua y alimento a mano. Juan vigilaba atentamente por 1a ventana mientras comía un poco de carne, pan y leche. Por fin, los niños, cansados de aquel largo día, se quedaron dormidos. Las mujeres cuchicheaban en su rincón.

A las nueve, Juan se decidió a salir para hacer un reconocimiento.

-Han llevado la mejor parte durante el día, pero nO será lo mismo durante la noche-dijo Juan a su padre. El joven se puso un cinturón con cartucheras, un cuchillo de monte y revólver y rifle en mano salió por la cocina al patio. La noche era más oscura que de costumbre y las estrellas estaban escondidas por las nubes. Esperó apoyada en los leños de la cabaña a que sus ojos se ajustasen perfectamente a la oscuridad. Juan veía bien por la noche, como los indios, y conocía todos los detalles de los alrededores: árboles, rocas y accidentes del terreno. Después de un cuarto de hora de vigilar, durante el cual varios tiros salieron de la zanja y de las posiciones que el enemigo había tomado, Juan se lanzó a su investigación.

Siguió la línea de la casa; luego una hilera de árboles, y después se metió en unos jarales. Allí se detuvo, para escuchar y observar. Estaba ahora al borde del espacio despejado y con la suave subida de la colina delante de él. En el lado norte de la casa brilló un relámpago y sonó un tiro. Juan oyó también la bala pegar en la casa. Luego el silencio envolvió el rancho. El sordo murmullo de los insectos llenaba el' aire. Hacia el sur brillaban en el Horizonte algunos relámpagos. Juan oyó voces, pero no pudo determinar en qué dirección sonaban. Del oeste salió otro disparo. La bala pasó silbando por encima de su cabeza y fue a clavarse en la casa.

Juan hizo un cuidadoso estudia del claro que tenía delante y de la espesura que tenía detrás, y determinó que nadie le podría ver mientras siguiese las densas sombras del bosque. Salió de donde estaba escondido y con pasos absolutamente silenciosos ganó los primeros árboles. Allí esperó pacientemente otra descarga de los sitiadores. Cuando oyó el segundo tira del oeste, Juan se dirigió hacia la derecha. Las jarales y los árboles aseguraban a Juan los mejores medios para su propósito, que era dar un rodeo y ponerse detrás del que disparaba de aquel lado. El joven subió hasta lo alto de la loma y descendió por el lado opuesto, y volviendo hacia la izquierda se acercó lentamente al punto donde esperaba encontrar a su enemigo. La larga costumbre dé vivir en el campo noche y día daba a su sentido de orientación una seguridad casi tan perfecta como a su vista. Al primer disparo que hizo su hombre, comprobó que había ido derecho adonde se proponía. La intención de Juan era arrastrarse silenciosamente hasta él y matarle con el cuchillo, y si el plan fe salía bien, proyectaba ir haciendo lo mismo con todos los demás que estuviesen aislados. Dejando a un lado su rifle se arrastró sobre las manos y las rodillas sin hacer más ruido, del que haría un gato. Su avance era lento. Tenía que elegir el camino y tener cuidado con las ramitas secas y con las piedras. Sus vestidos de piel de gamo no hacían el menor ruido al rozar contra la maleza. Juan localizó al bandido sentado en lo alto de la loma en un claro. Estaba solo. Juan veía la roja chispa del cigarro que estaba fumando. La superficie de lo alto de la loma era rocosa y no se adaptaba bien al propósito de Juan'. Tuvo que abandonar la idea de llegar hasta el cuatrero y volvió lenta y pacientemente adonde había dejado su rifle.

Volvió a hacer el camino, esta vez más despacio aún, embarazado como estaba por el rifle, pero sin hacer el más ligero ruido. Por fin llegó al borde del claro donde estaba su enemigo y volvió a ver su silueta a menos de cuarenta metros de distancia.

Al levantarse sobre una rodilla, alzando el rifle cuidadosamente para evitar romper una ramita de cedro, experimentó otra emoción, además de la sombría ira que le inspiraban los Jorth. Era una emoción que le debilitaba con una fría e ingobernable sensación. ¿Y si aquel hombre fuera el padre de Ellen? Bajó el rifle. Estaba temblando de pies a cabeza. El asombroso descubrimiento de que no quería, no podía matar al padre de Ellen, avisaba a Juan de la desesperada naturaleza de su amor. En aquel momento de indecisión, cuando sabía que sus habilidades de indio le daban ventaja sobre los Jorth, comprendió su extraño, su irresistible, su desesperado amor por la muchacha. No trató de negárselo más. Como la noche y la soledad que le rodeaban, como la fatalidad de la contienda entre los Jorth y los Isbel, aquel amor que le invadía era un hecho, una realidad. No podía matar al padre de Ellen. Isbel o no, no podía deliberadamente hacerlo. Y ¿por qué no? ¿No sería infiel a su propio padre?

No abrigaba esperanza de ganar a Ellen Jorth, ni quería el amor de una mujer de su condición, pero él la amaba. En su memoria se dibujaba la imagen de Ellen Jorth, su bravura, su vergüenza y su degradación. Y la dulzura de su aspecto era aún mayor que todas las demás circunstancias juntas. Juan levantó los ojos al cielo; a las impasibles estrellas, a la infinita profundidad del azul y se dio cuenta del hecho de que no era más que un átomo en el universo. ¿Qué era él? ¿Qué era su vengativo padre? ¿Qué eran el odio y las pasiones comparado con aquel algo sin nombre, inmenso y eterno que sentía en aquel instante?

Pero los bandidos Daggs y Jorth... habían matado a su hermano Guy..., le habían asesinado brutalmente. Y Guy fue antaño el compañero de juegos de Juan, su hermano favorito. Bill había sido siempre reservado y egoísta. Juan nunca le quiso como había querido a Guy. Y Guy yacía muerto allá en el prado. De aquella contienda había empezado ya a manar sangre. Los nervios de Juan se crisparon. Su sangre corría hirviendo por sus venas. La oscura y poderosa ola de la venganza le arrebataba. Debía matar donde y como pudiera. Aquel hombre era difícil que fuese el padre de Ellen. Jorth estaría con el grupo principal dirigiendo las hostilidades. Juan podía disparar contra aquél y el resto de la banda creería que su disparo era el que el mismo bandido había disparado.

Juan levantó rápidamente el rifle y apretó el gatillo. Después de la detonación se levantó y se marchó sin mirar los resultados. Un sudor frío invadía su cara, sus manos y su pecho. Una terrible sensación oprimíale el pecho como una plancha de plomo. La naturaleza le había dotado de las habilidades de un indio, pero usarlas con aquel fin sublevaba toda su alma.

Era, sin embargo, la sangre de los Isbel la que dominaba en él. El aire fresco le dio en la cara y el peso de su pecho pareció aliviarse. Y cuando deshizo su camino y se apoyó otra vez en la pared de su casa, todo su ser estaba dedicado atentamente a la tarea que tenía delante. Algo se había puesto entre sus reflexiones y el' hombre de acción.

Cruzó el prado hacia la derecha usando las mismas precauciones que había empleado antes al subir la loma, sólo que ya no se detenía con la misma frecuencia ni avanzaba tan despacio. Juan quería llegar bastante lejos por la derecha para rebasar el extremo de la zanja en que los sitiadores estaban escondidos con tanta eficiencia. Calculó mal y se encontró con que había llegado a la zanja un poco a la izquierda del extremo que pretendía rebasar. No se preocupó, sin embargo, por ello y se quedó allí tendido en el suelo escuchando. Oyó algunas voces. Al poco tiempo sonó un disparo. No vio el fogonazo, pero calculó que había salido de la parte norte de la casa. En el cuarto de hora que siguió, Juan descubrió que el hombre que tenía más próximo estaba a menos de ochenta metros de él' y que el otro se hallaba aparentemente a pocos metros de distancia del primero. ¡Dos cuatreros tan juntos! Juan no había contado con esta contingencia. Estuvo pensando un rato qué podía hacer y por fin decidió acercarse tanto como fuera prudente.

Encontró que la zanja era un camino favorable para llegar cerca de sus, enemigos. Aparecía seca y arenosa con los bordes levantados por la tierra que se había extraído de ella. Era casi imposible dejar de rozar con las invisibles ramitas de los cardos y tuvo que hacer su camino por centímetros, tardando mucho tiempo en columbrarla figura de un hombre sentado en uno de los montones de tierra formados al borde de la zanja. Aquel hombre había disparado su rifle tres veces durante el tiempo que Juan tardó en aproximarse a él. Juan le observó y escuchó durante algunos momentos y después se acercó a menos de veinte pasos de aquel hombre. Juan percibía el olor del tabaco, pero no podía ver la lumbre del cigarrillo o la pipa, porque aquel individuo estaba de espaldas a él.

-Oye, Ben -lo oyó decir dirigiéndose a su compañero, que estaba sentado a pocos metros de distancia-. Me choca que Somers no haya vuelto a disparar desde allí.

Juan reconoció la seca y perezosa voz de Greaves, y esto le hizo contraer sus músculos como los de una pantera que se dispone a saltar.

VIII

Yo estaba pensando lo mismo -contestó el otro- ¿No te parece que aquel último tiro era demasiado agudo para el cuarenta y cinco de Somers?

-Ahora que me lo recuerdas, también a mí me lo parece -confirmó Greaves.

-Voy a ver qué le pasa. -Y la oscura forma de un hombre se deslizó fuera del alcance de la vista de Juan.

-Ve despacio y con cuidado -previno Greaves-. Y no te acerques más de lo suficiente para llamar a Somers. Puede que ese maldito mestizo nos esté preparando alguna mala partida.

Juan oyó pasos rápidos que se alejaban por la húmeda hierba. Luego todo quedó en silencio. Estaba tendido de bruces en el suelo con la mejilla apoyada en la arena. Tenía que levantar la cabeza para ver a Greaves. Debía matarlo y quería matarlo, pero tuvo la fuerza de voluntad para resistir la pasión más fuerte que jamás había abrigado en su pecho. Si disparaba contra él no podría seguir su plan de ir matando a todos los que estaban disparando alrededor de la casa. Pensó decirle bajito a Greaves «Tienes razón en lo del mestizo.» Y cuando Greaves se volviese asustado, matarle con el cuchillo. Pero Juan necesitaba saltar sobre aquel hombre. No gastó tiempo en tratar de comprender el extraño instinto que en él se despertaba, aunque comprendía que había elegido el procedimiento más peligroso de librarse de Greaves.

Se levantó lentamente como una sombra, dejó el rifle v sacó el' cuchillo, subiendo por el montículo con pasos ligeros y rápidos. Greaves debió oír la suave pisada de sus mocasines, porque se volvió rápidamente en el momento en que uno de dos brazos de Juan se ceñía a su cuello como una serpiente; con el cuchillo que tenía en la mano derecha, el joven podía haber acabado el negocio en un instante, pero cuando con su brazo desnudo sintió el cuello caliente de Greaves, algo terrible estalló en lo más profundo de su ser. ¡Matar así a aquel enemigo de su padre no era bastante! El contacto físico había despertado en él el alma salvaje del indio. Había, sin embargo, algo más y cuando sacudió violentamente el cuello hacia atrás, sintió el mismo estremecimiento, el mismo oscuro placer que había experimentado cuando sus puños chocaban con -la cara de Bruce. Greaves se había reído y había corroborado las afirmaciones de Bruce respecto de Ellen Jorth. Era más que el odio lo que impulsaba a Juan.

Greaves era grande y poderoso y se revolvió como un ternero lazado; pero Juan no aflojó su presión. Los dos rodaron al fondo de la zanja, cayendo Juan encima.

-Tenías razón, Greaves; es el mestizo -silbó Juan-, v te voy a rajar primero por Ellen Jorth y después por Gastón Isbel. -Y su brazo derecho hundió su cuchillo en el cuerpo de Greaves tan abajo como pudo alcanzar.

Todos los músculos del cuerpo de Greaves se contrajeron. Saltó como un animal en la agonía y su esfuerzo fue tan tremendo que rompió la presa de Juan. Lanzó un aullido que se prolongó en una nota mortal. El cuchillo salió de la herida y Greaves se enderezó rápidamente sobre sus rodillas, sacando el revólver. Juan le abrazó como un oso. Greaves disparó, pero no podía levantar lo bastante el' brazo. Juan volvió a hundir su cuchillo. La fuerza que le quedaba a Greaves salió de él en un ronco grito; disparó otra vez .y el revólver se le cayó de la mano y él mismo se desplomó. Juan buscó su rifle con los ojos, lo recogió y saltó fuera de la zanja corriendo en línea recta, hacia la casa. Los gritos que sonaban por todas partes de la facción de Jorth atestiguaban su furor y su excitación. Juan llegó pronto a la primera de las cabañas. Allí se detuvo para serenarse. El corazón parecía demasiado grande para su pecho. El sudor salía de todos sus poros. Tenía los dientes apretados y le costó trabajo abrir la boca para

respirar mejor. Pero todas estas sensaciones físicas no eran nada comparadas con el tumulto de su mente. Luego, las sensaciones instintivas cesaron y pudo reflexionar. Había vengado a Guy y había aclarado las filas de los enemigos, acreditando las fanfarronadas de su padre, toda lo cual le llenaba de satisfacción. Había matado, además, a uno de los difamadores de Ellen Jorth.

A través de la leñera llegó hasta la cocina y llamando en voz baja entró en la habitación principal.

-¡Juan! ¡Juan! -dijo la voz temblorosa de su padre.

-Sí, ya estoy de vuelta-replicó Juan.

-¿Vuelves bien?

-Sí. Tengo un arañazo de una bala en la pierna. No me había dado cuenta hasta ahora. No es nada.

Juan oyó unos pasos suaves y unos brazas temblorosos le abrazaron. Eran los de su hermana. Juan sintió las palpitaciones de su pecho.

-No es nada, Ana, no estoy herido. Acuéstate y duerme. -Y en la oscuridad de la cabaña, Juan la condujo hasta su rincón. No podía hablar. Comprendía que el éxito de su aventura no cambiaba en manera alguna la situación de las mujeres.

-Bueno. ¿Qué ha ocurrido ahí fuera? -demandó Blaisdell.

-He matado a dos de ellos. Al que disparaba desde la loma del oeste y a Greaves.

-¡Ah! -exclamó su padre.

-Entonces era Greaves el que aullaba -declaró Blaisdell-. Por Dios, que en mi vida había oído tales aullidos. ¿Qué diablos le has hecho, Juan?

-Darle dos puñaladas. Proyectaba deslizarme así de uno en otro, pero no he podido pasar de Greaves.

-Creo que con esto se han acabada las tiros por la noche -murmuró Gastón Isbel-. Tenemos que estar preparados para algo más. Fuego, probablemente.

La suposición del viejo ranchero se realizó en parte, pues la facción de Jorth dejó de disparar contra la casa. No los volvieron a oír ni a ver, pero aquel silencio y la aparente suspensión del sitio era más duro de soportar que la deliberada hostilidad. Pasaban las largas horas. Los hombres vigilaban por turnos, pero ninguno de ellos dormía. Por fin, la negrura de la noche palideció y el alba gris se empezó a dibujar por el este. El cielo se tiñó de rojo y llegó la luz del día.

Loas niños se levantaron hambrientas y revoltosos, habiéndoseles pasado ya el miedo. Las mujeres aprovecharon la tranquilidad de la mañana para preparar un almuerzo caliente.

-Puede ser que se hayan retirado dijo la viuda de Guy Isbel mirando por la ventana. Había hecho lo mismo muchas veces desde el alba. Juan veía sus ojos sombríos vagar por el prado hasta detenerse en la forma inanimada de su marido. Su aspecto preocupaba a Juan.

-No, Esther, no; aún no se han ido -replicó Juan-. Acabo de ver a alguien al borde de la espesura. Blaisdell estaba muy optimista. Decía que el trabajo nocturna de Juan habría causado su efecto sobre los bandidos, par lo que no era fácil intentaran reanudar el sitio. Sin embargo, los hechos demostraron que Blaisdell estaba completamente equivocado. Inmediatamente después de la salida del sol empezaron a hacer descargas sobre la casa, por cuatro lados y desde más cerca que antes. Durante la noche, la banda de Jorth había construido parapetos de tierra y leños desde los cuales disparaban ahora. Juan y sus camaradas veían los fogonazos, de manera que empezaron a devolverles las disparos.

A la media hora, la cabaña estaba tan llena de humo, que Juan no podía ver a las mujeres sentadas en su rincón. La intensidad del ataque se redujo ahora algo. Los disparos se hicieron más intermitentes y por consiguiente mejor dirigidos. Una bala rozó la cabeza de Blaisdell, haciéndole una herida dolorosa, pero no grave, fue Esther la que cortó la hemorragia y le

vendó la cabeza, tarea que realizó hábilmente y sin temblar. El viejo tejano no se podía estar quieto durante la cura. La vista de la sangre en sus manos parecía inflamarle en alto grado.

-Isbel, tengo que salir ahí fuera inmediatamente y no dejar a uno vivo -repetía constantemente.

-No; todos nos vamos a quedar aquí -contestó Gastón-. Estoy vigilando por si vienen Blue, Fredericks y Gordon. Debían estar ya aquí. Las esperanzas de Isbel no se realizaron. El fuego continuó lo mismo hasta el mediodía, en que la facción de Jorth detuvo el ataque.

-¿Qué pensarán hacer ahora? -se preguntó Isbel-. Suspendamos nosotros el fuego y esperemos.

El humo que llenaba la cabaña fue saliendo gradualmente por las ventanas y Esther aprovechó la tregua para acercarse una vez más a las ventanas a mirar al prado en que estaba el cuerpo de su marido. Juan vio como se ponía lívida de pronto y extendía una mano temblorosa.

-¡Mirad! -gritó.

-Esther -ordenó el viejo ranchero-, no te asomes a las ventanas.

-Se ha vuelto loca-murmuró Blaisdell. Esther parecía haberse convertido en piedra. -¡Mirad! ¡Los cerdos han entrado en el prado! ¡Se van a comer el cuerpo de Guy!

Todos se quedaron helados de horror ante la afirmación de Esther. Juan miró rápidamente al prado. Una manada de grandes cerdos negros habían en realidad entrado en escena y hozaban por la hierba no lejos de donde yacían los cuerpos de Guy Isbel y de Jacobo. La manada de cerdos pertenecía al ranchero, que los había dejado volverse silvestres.

-Jane, mira los cerdos -balbuceó Esther a la mujer de Jacobo-. ¿Sabes tú algo de cerdos?

La mujer se acercó a mirar a la ventana y se quedó tan pálida como Esther.

-Padre, ¿comerán esos cerdos carne humana? -inquirió Juan sin aliento.

El viejo miraba por la ventana. Estaba helado. Una situación completamente inesperada había sobrevenido.

-Juan, ¿podrías tirar a esa distancia? -preguntó sombríamente.

-No. Están fuera del alcance del rifle.

-Entonces tenemos que contemplar un espectáculo horrible sin poder salir de aquí -murmuró completamente abatido-. Mira, han roto la cerca. Jorth lo ha hecho para dejar que los cerdos entrasen.

-No, Isbel, no son tan malos como todo eso -dijo Blaisdell-. Jorth no es capaz de semejante cosa.

-Pues lo ha hecho.

-Puede ser que los cerdos no encuentren los cuerpos de Guy y de Jacobo-contestó Blaisdell sin convicción.

Era indudable que deseaba tal contingencia, pero que no la esperaba.

-¡Mirad! -gritó Esther-. Se dirigen derechos a ellos.

Juan contemplaba con náuseas el hecho fatal. Ana Isbel se acercó a mirar a la ventana y lanzó un grito de terror. La mujer de Jacobo estaba muda, como helada.

Blaisdell lanzó una vigorosa imprecación.

-¡...1 Isbel, no podemos quedarnos aquí tan tranquilos mientras los cerdos se comen a los nuestros.

-Pues no tenemos más remedio. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Esther se volvió hacia los hombres. Estaba blanca y fría. Sólo sus ojos parecían llamas.

-Alguien podría salir a enterrar a nuestros muertos -dijo.

-Sería la muerte segura. Ya has visto lo que les ha pasado a Guy y a Jacobo... No tenemos más remedio que soportarlo. No hay necesidad de mirar hacia allá.

Juan se preguntó si sería posible dejar de mirar. El espectáculo tenía una horrible fascinación. Los cerdos hozaban por la hierba acercándose gradualmente a los cuerpos. El jefe, un gigantesco animal que en toda su vida había podido comer lo suficiente en aquel árida país, estaba a menos de quince metros de donde yacía el cuerpo de Guy.

-Ana, déjame algunos vestidos tuyos y un sombrero para el sol -dijo Juan saliendo de su letargo-. Voy a salir disfrazado. Puede ser que salga adelante.

-No -ordenó su padre terminantemente-. Jacobo y Guy están muertos y no podemos hacer nada por ellos ya.

-Pero, padre... -imploró Juan. Estaba angustiado por la pasión de Esther y por la agonía que leía en la cara de la otra mujer.

-¡Te he dicho que no! -tronó el padre.

-Yo iré -gritó Esther con voz aguda.

-No irás sola-contestó inmediatamente la mujer de Jacobo, repitiendo inconscientemente las palabras de su marido:

-Ustedes no se mueven de aquí -ordenó Gastón con voz ronca.

-Yo voy -replicó Esther-. Mi marido está muerto y usted no tiene autoridad sobre mí. Nadie puede detenerme. Voy a salir a espantar a los cerdos y a dar sepultura a mi marido.

-Esther, por Dios, escucha-imploró Gastón-. Si sales, Jorth y su banda te matarán.

-Serán malos, pero no hay hombres capaces de hacer eso.

Todos le rogaron que abandonase su propósito, pero en vano. No quiso escuchar y salió por la puerta de la cocina seguida por la mujer de Jacobo. Juan volvió a la ventana a tiempo de verlas salir. Juan esperaba oír los tiros, pero sólo llegaron hasta él las carcajadas de los que contemplaban desde fuera. El corazón de Juan se ensanchó. Quizá los Jorth no eran tan negros como su padre los pintaba. Las dos mujeres entraron en una de las cabañas y salieron con un pico y una pala..

-Tienen que apresurarse -dijo el viejo Gastón. Juan miró una vez más y comprendió la importancia de la observación de su padre. El mayor de los cerdos había indudablemente olido los cuerpos. De repente los vio y se dirigió a ellos al trote.

-¡Corre, Esther, corre! -gritó Juan, con toda su fuerza. Las mujeres corrieron y Juan empezó a disparar. El cerdo alcanzó el cuerpo de Guy. Los tiros de Juan no llegaban ni lo asustaron. Todos los cerdos habían ya percibido el olor y se dirigían hacia su jefe. Esther y su compañera se perdieron de vista detrás de las tapias de los corrales. Sonaron sus gritos, de notas tan terribles que asustaron a los cerdos. El más grande se detuvo, y levantando su largo hocico se retiró. Los demás le siguieron.

Todo quedó en silencio. Lo mismo la casa que el exterior. La facción de Jorth, dondequiera que estuviera escondida, observaba indudablemente el espectáculo. Todos los ojos estaban fijos en las dos valientes mujeres. Éstas cavaron una fosa para Guy Isbel. Esther le envolvió en su chal como mortaja y le enterraron. Después corrieron al lado de Jacobo, que estaba algunos metros más lejos. También para él cavaron una fosa. Su viuda se quitó su propio vestido para amortajarle. Tuvieron que trabajar duro las dos mujeres para levantar el cuerpo de Jacobo y bajarle a la sepultura. Era un hombre muy pesado. Después de enterrarle, su mujer se arrodilló sobre la sepultura y Esther se volvió hacia la de su esposo. Pero no se arrodilló ni pareció rezar en absoluto. Su aspecto era trágico: el' de una mujer que en aquella sangrienta tierra de Arizona había perdido su padre, su madre, hermanas, un hermano y ahora su marido.

El acto de aquellas esposas de los hombres asesinados debió avergonzar a Jorth y a sus partidarios. Durante el entierro no dispararon ni un tiro ni dieron señales de vida.

En el interior de la casa todo estaba también en silencio. Juan tenía que limpiarse continuamente los ojos. El viejo Isbel no trataba de ocultar sus lágrimas. Blaisdell movía su

cabeza vendada y tragaba saliva. Las mujeres estaban sentadas con los ojos perdidos en el espacio y los niños miraban con asombro a sus mayores.

-Ya vuelven -dijo por fin Gastón con inmenso alivio-. Y Jorth les ha dejado enterrar a sus muertos. Este hecho le parecía a Gastón Isbel monstruosamente extraño. Cuando volvieron las mujeres, les dijo tartamudeando:

-Me alegro... y desde luego hacía mal en oponerme... Tampoco tenía razón diciendo lo que decía de Jorth... No pudo contestarle nadie, porque en aquel momento, Jorth, como para recuperar el tiempo perdido, renovó el ataque con tan persistentes y furiosas descargas, que ninguno de los defensores se atrevió a contestarle con un tiro. Todos tenían que estar tendidos en el suelo, pegados al último tablón de la pared, para que no les alcanzase una bala. Éstas llovían por las ventanas, y todo el barro que había entre los tablones había desaparecido. El fuego duró más, de una hora y disminuyó gradualmente por un lado y luego por el otro, hasta que cesó totalmente.

-Con seguridad se les han acabado las municiones -afirmó Gastón Isbel.

-No sé, pero desde luego han gastado una barbaridad de tiros -contestó Blaisdell.

-Escuchad -dijo Juan-. Alguien grita.

-¡Eh, Isbel! -dijo desde fuera una voz ronca-. Deja a tus mujeres que salgan a defenderte.

Gastón Isbel se puso lívido. Juan no necesitó más para comprender que la voz burlona que había sonado fuera era la de Jorth. El ranchero se levantó, y con un total desprecio de' peligro que corría su vida, se asomó a la ventana,

-¡Jorth! -gritó-. Te desafío a ti solo, de hombre a hombre.

Nadie contestó a su reto. Juan hizo a su padre retirarse de la ventana. Siguió un silencio que Blaisdell interrumpió empezando a conversar, diciendo que él creía que la lucha había acabado por el momento. Nadie se lo discutió. Evidentemente, Gastón estaba poco dispuesto a creerlo así. Juan, sin embargo, espiando desde la cocina, descubrió que Jorth había levantado el sitio y congregado a su banda al borde de la espesura. Un tronco de mulas y un carro apareció en el camino y se dirigió hacía la colina. Los caballos ensillados estaban ya fuera del bosque. Juan vio como metían en el carro los cuerpos de varios, indudablemente muertos, que querían llevarse al poblado, Siete hombres a caballo, conduciendo otros cuatro caballos sin jinete, siguieron al carro.

-Se han marchado, padre -dijo Juan-. Y hemos llevado la mejor parte de esta pelea. ¡Si Guy y Jacobo nos hubieran atendido!...

El ranchero movió tristemente la cabeza. Había envejecido considerablemente durante aquellos dos días. Tenía el cabello más blanco y, pasado el combate, la chispa que animaba sus ojos se había convertido en una expresión de tristeza, de abatimiento, de resignación con su suerte.

La vida ordinaria del rancho no volvió para los Isbel. Blaisdell se marchó a su casa para arreglar algunos asuntos y poderse dedicar enteramente a la guerra. Y Gastón Isbel esperaba a los demás miembros de su clan.

Los hombres de la familia vigilaban por turno durante la noche. A la mañana siguiente llegó recado de Blaisdell que Blue, Fredericks, Gordon y Colmor estaban todos en su casa y dispuestos a reunirse con los Isbel. La noticia pareció rejuvenecer a Gastón, pero su entusiasma no duró mucho. Con alternativas de tranquilidad .y de impaciencia se paseaba por los alrededores de su casa, mirando unas veces hacia el rancho de Blaisdell y con más frecuencia hacia el Valle Herboso.

A Juan le pareció singular que ni Esther ni la mujer de Jacobo hablaran de volver a enterrar a sus maridos. Ninguna de las dos mujeres pidió nada. Se fueron al prado y pasaron varias horas trabajando solas sobre las sepulturas. Levantaron montículos y pusieron piedras, y finalmente cercaron las sepulturas.

-Me vuelvo a casa -dijo la mujer de Jacobo al volver de aquel trabajo-. Tengo mucho que hacer y que proyectar. Probablemente me iré a vivir con mi madre, que es ya vieja, y se alegrará de tenerme a su lado.

-Yo también me iría sí tuviera algún sitio a donde ir -declaró con amargura Esther.

Gastón Isbel oyó esta declaración y levantó la cabeza, evidentemente irritado y ofendido.

-No digas eso, Esther -contestó.

La mujer se detuvo delante de su silla y le miró con un terrible desdén en sus ojos grises.

-Gastón Isbel, todo lo que te tengo que decir es esto. Puesto que Lee Jorth y tú os odiáis a muerte, ¿por qué no os portáis como hombres? ¡Malditos tejanos, con vuestras sangrientas guerras, a las que arrastráis a todas vuestras familias y amigos! Los hombres de Arizona no son así. ¡Las mujeres desgraciadas para toda la vida!, y todo porque tú y Jorth tenéis diferencias. ¡Si fueras nada más que la mitad de un hombre, te pegarías un tiro tú mismo antes que dejar tantas viudas y huérfanos!

El mismo Juan tembló bajo el latigazo de su desprecio. Gastón Isbel se había puesto tan pálido como un muerto. No pudo contestarle bajo el peso de la verdad despiadada. Bajó la cabeza lentamente y quedó inmóvil, trágico y patético, hasta que el rápido batir de los cascos de caballos anunció que se acercaban algunos jinetes. Blaisdell apareció en su blanca cabalgadura, conduciendo otro animal cargado. Detrás de él seguía un grupo de hombres, todos bien armados y con paquetes.

-Entrad -dijo Gastón, sin más saludo-. Bill cuidará de los paquetes. Dejad los caballas como están, sin quitarles las sillas.

La pequeña tropa entró con un aspecto que convenía a la empresa en que estaban empeñados. Juan los conocía a todos. Fredericks era un seco tejano de color de polvo con ojos amarillo claro como los de un halcón. Su madre había sido una Isbel. Gordon también estaba emparentado con la familia. Parecía un industrioso minero más `que un próspero ranchero. Blue era el más notable de los visitantes. Pequeña y seco, con ojos grises, tenia escrito en todo su cuerpo sus muchos años de vaquero. Se veía el tranquilo y mortal tejana que todo el mundo decía que era. El pasado de Blue en Tejas era un poco oscuro, pero nadie aludía a él, puesto que los comentarios desfavorables se había descubierto que eran peligrosos. Era el único del-grupo que no llevaba rifle, pero en cambio poseía dos revólveres, costumbre rara en los tejanos y desconocida en Arizona.

Colmor, el novio de Ana, era el miembro más joven del clan y el que estaba más cerca de Juan. Su saludo a Ana afectó a Juan muchísimo e hizo culminar la idea que se había estado desarrollando en su cabeza. Su hermana amaba con devoción a aquel muchacho. Y no precisaba una gran perspicacia para observar que él le correspondía. Los dos eran jóvenes y tenían una larga vida por delante. A Juan le parecía una lástima arrastrar a Colmor a aquella guerra. Los observó cuando hablaban aparte y vio como las manos de Ana se apoyaban en súplicas que sus labios no se atrevían a proferir. Se acercó a ellos y les puso a cada uno la mano en un hombro.

-Colmos, por Ana, es mejor que no te unas a este sangriento pleito -murmuró.

Colmor pareció hasta ofendido.

-Es el padre de Ana -dijo-, y yo soy casi uno de la familia.

-Eres el novio de Ana y por Dios te aseguro que no debías venir con nosotros.

-Ir... con ... vosotros - tartamudeó Ana.

-Sí. Papá está dispuesto a perseguir a Jorth. ¿No lo veis? Y tenemos un infierno delante.

Ana miró a Colmor con el alma en los ojos, pero no dijo nada. Ansiaba aconsejarle bien, pero sus labios estaban callados. En la cara de Colmos se leía la agitación de su espíritu. El Código de los hombres le ligaba y no podía romperlo, aunque en aquel momento veía qué equivocado era.

-Juan, tu padre me estableció de ganadero -dijo Colmor con seriedad-. Y ahora me va muy bien. Además, cuando le pedí a Ana me dijo que se alegraría de tenerme en la familia. Cuando le oí hablar de esta contienda le pedí que me dejase entrar en ella. No me quiso ni escuchar; pero al pasar el tiempo y aumentar el número de sus enemigos, consintió, y creo que ahora me necesita y no puedo volverme atrás, ni aun por Ana.

-Pues yo me volvería, si estuviera en tu lugar -afirmó Juan sabiendo que mentía.

-Volveré de la lucha vivo y sano, te apuesto lo que quieras -contestó Colmor con una sonrisa. No tenía los temores y presentimientos que atormentaban a Juan.

-Sí, seguramente. Tienes las mismas probabilidades que los demás, pero no es eso lo que me preocupaba.

-¿Pues qué era entonces? -preguntó Ana.

-Si Colmor vuelve con vida, tendrá las manos manchadas de sangre-contestó Juan con pasión-. No podrá evitarlo. Yo ya estoy empezando a sentir lo que significa el haber matado, y no quisiera, que tu marido, el padre de tus hijos, sintiera lo mismo.

Colmor no interpretó a Juan con la misma sutileza que Ana. Esta se estremeció y sus ojos se dilataron. Pero Colmar no manifestó ningún signo de reacción espiritual. Era joven, de sangre ardiente y leal a los Isbel.

-No te preocupes por mi conciencia, Juan. Nada me gustará tanto como pegarles un tiro a cada uno de esos malditos Jorth.

Establecido así el statu quo de Colmor respecto del pleito Jorth-Isbel, Juan no tenía nada más que añadir. Respetaba al novio de Ana y sentía por ella un gran pesar.

Gastón dispuso que se diese de comer y beber a sus huéspedes. Cuando las mujeres cumplieron sus deseos, las hizo retirarse a la habitación contigua y cerró fa puerta. Ahora podemos hablar y comer.

Los recién llegados quisieron oír primero detalles de lo que había pasado. Blaisdell les había contado ya lo que aconteciera, pero no era suficiente e instaron a Gastón para que les contase algo. Éste relató, según sus impresiones, lo que había ocurrido en el rancho. También preguntaron a Bill, pero éste estaba taciturno y silencioso. A pesar de la vigilancia de Juan, había seguido bebiendo. Juan también fue requerido para que contase lo que había vista y lo que había hecho. Juan tenía la intención de callarse, porque no le gustaba hablar de sus propias hazañas, pero al ser interrogado por aquellos sombríos hombres, comprendió que cuanto mejor describiese la crueldad y bajeza de sus enemigos y más vívidamente describiese su participación en el combate, más ligaría a todos sus oyentes a la causa de su padre. Por consiguiente, habló durante una hora, empezando por su encuentro con Colter en el Rim y acabando con Greaves. Sus oyentes escucharon atentamente la narración y al final de ella estaban excitados por la emoción que les habían producido las hazañas de Juan.

-Por fin le diste su postre a Greaves -exclamó Gordon.

Todos los reunidos alrededor de la mesa hicieron comentarios y el último, de Blue, fue el que más impresionó a Juan.

-Fue un modo extraño y tremendo de matar a Greaves. ¿Por qué lo hiciste así, Juan?

-Ya lo he dicho. Porque no quería hacer ruido para seguir matando algunos más.

Blue movió su cabeza delgada de águila y quedó silencioso como si no estuviera convencido de nada más que de la proeza de Juan. Al cabo de un momento volvió a hablar:

-Volviendo a lo que Juan ha dicho de rastros de caballerías robadas, tengo que decir que hace mucho tiempo que sospechaba que alguien que vive precisamente aquí en el valle se ha estado llevando ganado durante mucho tiempo y haciendo tratos con los cuatreros; y ahora estoy seguro de ello.

Este discurso no produjo en Gastón Isbel el asombro que Juan esperaba.

.-¿Quieres decir Greaves o alguno de sus secuaces?

-No. Ninguno de ellos se dedicaba a negocios de ganado. Todos sabemos que Greaves era un canalla, pero lo que yo quiero decir es que alguno que se llama honrado ha estado haciendo negocios sucios.

Blue era un hombre de acción más que de palabras, y un discurso tan fuerte de su parte, sabiendo todos lo astuto que era, causó una profunda impresión en la mayor parte de sus oyentes. Pero, con gran sorpresa de Juan, su padre no se indignó; fue Blaisdell el que se puso hecho una fiera. Bill Isbel también estaba extrañamente indiferente a esta circunstancia entre los ganaderos del Valle. Juan sintió de repente un extraño pensamiento, algo que le pareció el pensamiento de otra persona que su mente hubiera interceptado. ¿Sabría su hermano Bill algo de estos negocios sucios aludidos por Blue? Desechando la conjetura, Juan siguió escuchando con atención.

-Y si esto es verdad, no podemos culpar a Jorth de todos los robos -concluyó Blue.

-No es verdad -declaró Gastón Isbel con rudeza.-; Jorth y su Banda del Machete están en el fondo de todos los robos cometidos en el valle desde hace muchos años y tenemos que barrerlos de aquí.

-Isbel, me parece que todos nos sentiríamos mejor si hablásemos claro -replicó fríamente Blue-. Yo estoy aquí para apoyar a los Isbel y ya sabes lo que esto quiere decir. Pero no he venido a combatir con Jorth porque él sea un cuatrero. Los demás pueden tener sus razones, la mía es ésta: una vez, en Tejas, me auxiliaste cuando yo necesitaba amigos, y yo te auxilio a ti ahora por la misma razón. Jorth es tu enemigo y, por consiguiente, la es mío también.

Gastón Isbel se inclinó ante este ultimátum, casi tan agitado como cuando Esther le había apostrofado. El odio a Jorth se había posesionado de su corazón como un parásito que engorda a costa de la vida de su víctima. La voz aguda de Blue y sus ojos grises y tranquilos revelaban la verdad de lo que el hombre sentía y su fidelidad a su credo. Aquí también, aunque de una manera diferente, habían arrojado al rostro de Gastón Isbel el hecho de que su odio iba a hacer sufrir y acaso perder la vida a otros hombres. Y hasta la misma alma del ranchero se levantaba en apasionada revuelta contra la ciega y elemental fuerza de la: Naturaleza. Así le parecía a Juan, quien con un amor y una piedad que crecían de hora en hora, veía a través :de su padre. ¿Era demasiado tarde? Nada podría hacer a Gastón Isbel volver atrás, pero algo alteraba su mente hasta entonces fija.

-Bueno -dijo Blaisdell-. Volvamos al asunto. Yo opina que Blue debe ser el jefe de esta partida y que todos los demás debemos hacer lo que él diga.

Gastón se opuso a esta elección y hasta se resintió un poco por ella. Era él quien tenía que ser el jefe de 1a facción de los Isbel.

-Muy bien. Entonces dinos lo que tenemos que hacer -replicó Blaisdell.

-Vamos a seguirle el rastro a Jorth y de una manera o de otra matarle. Creo que con esto se acabará la guerra.

-No -contestó Blaisdell-. Matar a Jorth puede que sea el fin de tus deseos, pero no el fin de nuestra guerra. Hemos ido demasiado lejos. Si seguimos desde aquí el rastro de Jorth, quiere decir que tenemos que acabar con la banda de cuatreros o luchar hasta el último hombre.

-¡Sí, por Dios! -exclamó Fredericks.

-Bebamos por ello -dijo Blue. Todos se volvieron hacia el tejano, reconociendo en él instintivamente la cabeza y el corazón que le hacían el jefe de aquel clan. Blue no tenía nada en la lucha que ganar y todo que perder. Pero era tal su espíritu, que dejaba las ganancias del futuro antes que dejar de pagar una deuda. Su voz, su aspecto, su influencia eran los de un luchador. Todos bebieron, hasta Juan, que aborrecía el licor; y aquel acto pareció el momento culminante del concilio. Inmediatamente se hicieron preparativos para salir sobre la pista de Jorth.

Juan no necesitó mucho tiempo para los suyos. Un caballo, una manta, un paquete de carne y pan, una cantimplora y sus armas, eran todo su equipo. Pronta la cabalgadura estuvo lista para la partida. Juan no quiso ver a Bill despedirse de sus hijos, pero le fue imposible evitarlo. Bill, como hombre, sería lo que fuese, pero era el padre de aquellos niños a quienes amaba. Los pequeños parecían comprender el significado de aquel adiós. Estaban graves, pálidos y sombríos y en el último momento rompieron a llorar. ¿Presentían que su padre no volvería más? A Juan le asaltó este pensamiento fatalista. Juan no vio a Bill despedirse de su mujer, pero la oyó la ella. Al viajo Gastón se le olvidó despedirse de los pequeños, o quizá no pudo. Ni siquiera los miro y su despedida de Ana fue la misma que otros días! cuando salía a dar un paseo por el valle. Juan, vio en los ojos de su hermana la intuición, el sentimiento, el amor de mujer. No pudo escaparse de ella.

-¡Juan, hermano! -murmuró al abrazarle-. Es horrible; equivocado... Adiós..., y si hay que matar... sed vosotros los que matéis a los Jorth... ¡Adiós!

Hasta en Ana, la gentil, la amable Ana, la sangre hablaba por fin. Juan dejó a Ana entre los brazos de Colmor y salió corriendo hacia su caballo. Aquella devastación de un hogar a sangre fría era más de lo que podía soportar.

Colmor fue el último en llegar donde estaban los caballos. No caminaba derecho ni parecía tener la vista muy clara.

Todos montaron en silencio. El hijo mayor de Bill apareció en la puerta. Su pequeña forma parecía animada por una fuerza muy diferente del dolor. Su cara era la cara de un Isbel.

-¡Papá! ¡Mátalos a todos! -gritó con pasión que hacía temblar su voz.

El veneno había pasado del padre al hijo.

IX

A media milla del rancho de Isbel, la pequeña tropa pasó par delante de la cabaña de leños de Evarts, padre del muchacho que atendía las ovejas con Bernardino.

Gastón decidió hacer un alto allí. No necesitó llamar. Evarts y su hijo aparecieron a la puerta tan de prisa que los que llegaban comprendieron que habían estado observándolos.

-¿Qué tal, Evarts? - dijo Isbel-. Tengo que decirte unas palabras a solas.

-Muy bien, patrón, baje y entre -replicó Evarts. Isbel fe llevó aparte y la dijo algo enérgico, según' dedujo Juan del gesto con que acompañó sus palabras. Su padre le estaba diciendo a Evarts que él no tenía que meterse en la guerra Isbel-Jorth. Evarts había trabajado para los Isbel durante mucho tiempo, y su fidelidad, con algo más fuerte y más sombrío, se leía en su cara rugosa, mientras se oponía con terquedad a acceder a los deseos de Gastón. El viejo levantó la voz:

-Te he dicho que no, y no hay más que hablar. Volvió hacia su caballo y antes de montar, como si se acordase de algo, dirigió su sombría mirada al hijo de Evarts.

-¿Enterraste a Bernardino, hijo mío?

-Padre y yo estuvimos ayer allí. Afortunadamente los coyotes no habían andado por los alrededores.

-¿Cómo están las ovejas?

-Las dejé allí. Me iba a quedar con ellas, pero como estaba solo, tuve miedo. Estaban bien; tienen allí, bastante hierba y agua y ahora no es época de que anden alimañas por los alrededores.

-Evarts, cuida de ese rebaño -dijo entonces Isbel al padre. -Y si yo no volviese, puedes llamar tuyas esas ovejas. Quisiera que tu hijo viniera al poblado; no con nosotros, sino después. Estaremos en casa de Abel Meeker.

Otra vez Juan presintió que su padre tenía algún plan que no había comunicado a sus secuaces. Cuando emprendieron de nuevo el camino, el joven se puso al lado de su padre y le preguntó por qué había pedido a Evarts que mandase a su hijo al Valle Herboso. Y el viejo contestó que como el muchacho podría correr sin peligro de un lado para otro en e ' poblado, sería útil para averiguar lo que pasaba en la taberna de Greaves, donde seguramente estarían reunidos sus enemigos. Esto parecía bastante razonable y Juan desechó la idea que se le había ocurrido.

El camino del Valle estaba desierto. Cuando una milla mas lejos encontraron un grupa de cabañas, el joven percibió como algunos de sus asustados moradores trataban de mirar sin ser vistos. Sin duda, todos los habitantes del Valle estaban en un estado de suspensión y de terror. No era difícil' que aquel grupo de jinetes les causase la misma impresión que el otro grupo de Jorth le había causado a Juan. Era una marcha ordenada y al trote que no manifestaba prisa ni excitación. Pero cualquiera podía percibir el aspecto singular de la partida como si sus intenciones hubieran sido manifiestas.

Pronto llegaron a las inmediaciones del pueblo. Su llegada había sido advertida o avisada. Juan vio como hombres, mujeres y niños les observaban por las puertas y las ventanas entornadas. Después columbró algunas figuras de hombres que corrían a través de los huertos hacia el centro del poblado. ¿Serían aquéllos amigas de Jorth que le anunciaban su llegada? Juan se sintió convencido de ello. También empezaba a convencerse de que las apreciaciones de su padre respecto del sentimiento de la gente del pueblo hacia Jorth no eran del todo exactas. Había mucha gente que, interesándose más por las ovejas que por el ganado, sentían simpatía sincera y honrada por la causa de Jorth.

Gastón condujo a su gente por el ancho camino del Valle hasta enfrente de la cabaña de Meeker. Juan observó la misma curiosidad en aquella cabaña que en las demás que habían encontrado en su camino. La gente miraba por las puertas y ventanas entornadas, pero a la llamada de Isbel, un hombre bajo y atezado apareció en la puerta armado de un rifle.

-Hola, Gastón -exclamó-. ¿Qué hay de bueno?

-Todo es malo, Abel. Ya hemos empezado -replicó Gastón.

- Vengo a pedirte que me prestes tu casa.

-Bien venidos. Mandaré a la familia a casa de Jim. Y si me necesitas, estoy contigo, Isbel.

-Gracias, Abel, pero no quiero meter a más amigos en este asunto.

-Como quieras, pero me gustaría muchísimo reunirme a los tuyos. Anoche le pegaron un tiro a mi hermana Ted.

-¿Ha muerto? -murmuró Gastón, afectado.

-No lo podemos averiguar -contestó Meeker-. Jim dice que a él le ha dicho Jeff Campbell que Ted entró en la taberna de Greaves anoche. Éste era amigo de Ted, pero entonces no estaba allí...

-No -interrumpió Isbel con una sonrisa-; y ya no volverá a estar nunca.

Meeker movió la cabeza comprendiendo, y una sombra cruzó por su cara.

-Campbell dice que se lo oyó a alguno de los que estaban allí. Los Jorth bebían fuerte y regañaron con Ted por la misma cuestión de siempre, las ovejas, y alguien le pegó un tiro. Campbell dice que se lo llevaron detrás y que está seguro de que no estaba muerto.

-Lo siento, Abel, también tu familia tenía que perder en esto. Puede que Ted no esté malherido; esperémoslo así. Tú y Jim no os metáis en la contienda.

-Muy bien, Gastón, pero te advierto que si ésta dura mucho, toda la Cuenca del Tonto entrará en ella de un lado o de otro.

-Ahora has hablado bien -prorrumpió Blaisdell-; y por éso tenemos que movernos ligeros.

-He oído que os hicisteis con Daggs -cuchicheó Meeker mirando a su alrededor.

-Has oído bien -le contestó Blaisdell.

Meeker rezongó algunas cosas duras, para sí mismo.

-¿Estaba en la cuadrilla de. Jorth?

-Estaba, pero se puso delante del cuarenta y cuatro de Juan, y entonces...

-Muerto y enterrado -repuso Gastón-. Y ahora te agradeceré que hagas a tus gentes salir y que nos dejes tu casa y tu corral. ¿Tienes heno para los caballos?

-El establo está medio lleno. Entrad todos.

-No. Esperaremos a que vosotros os hayáis ido. Meeker volvió a entrar en su cabaña y Gastón y sus hombres se quedaron montados en sus caballos, hablando bajo y mirando a su alrededor. Se esperaba su llegada y la pequeña aldea despertaba ante la inminencia de la batalla. Dentro de la cabaña de Meeker sonaban voces de mujer y los ruidos de la precipitada evacuación.

La gente miraba desde todos lados; unos ocultos detrás de las puertas y otros paseándose y murmurando en pequeños grupos. Más! abajo, en el lugar en que el ancho camino hacía un recodo, estaba la casa de piedra de Greaves. Sólida y aislada, con sus ventanas oscuras que parecían ojos vigilantes, ofrecía un aspecto siniestro. Juan veía distintamente las formas de algunos hombres que se acercaban a mirar desde la puerta.

-No nos separan ni quinientos pasos de caballo -calculó Blaisdell.

Nadie contestó a esta observación. Los ojos de Gastón Isbel se habían estrechado hasta formar dos líneas en su cara tostada y no los separaba de la casa do Greaves. Blue ofrecía, asimismo, un aspecto siniestro. Quizá no estaba más sombrío que los demás, pero revelaba una intensa preocupación. Sus miradas estremecían a Juan, que, aunque sentía su peligrosa decisión, no alcanzaba nada más. La actitud de los aldeanos, los vigilantes paseos de los secuaces de Jorth y el silencio frente de la facción Isbel constituían para Juan, una amenaza que pronto sería una terrible realidad.

A una llamada de Meeker desde la espalda de su cabaña, Gastón entró en el corral seguido por los demás.

-Que alguien cuide dé los caballos -ordenó Gastón apeándose y tomando su rifle y su paquete-. Mejor es dejarlos ensillados, por lo menas hasta que veamos qué es lo que pasa.

Juan y Bill llevaron los caballos al establo, y mientras les daban de comer y de beber, aquél tuvo la impresión de que Bill quería hablar, librarse con él de algún peso que le oprimía. Esta particularidad de Bill se había hecho notable en los últimos tiempos, cuando estaba perfecta mente sereno, pero, sin embargo, nunca había hablado, ni siquiera empezado a decir nada extraordinario. En aquella ocasión, no obstante, Juan estaba seguro de que lo hubiera hecho de no haberlos interrumpido la llegada de Colmor.

-Muchachos, las órdenes del viejo para nosotros son acercarnos por tres lados a la taberna de Greaves, manteniéndonos fuera de tiro hasta que encontremos la manera de ocultarnos, y entonces acercarnos lo mas que podamos y tirar sobretodos los amigos de Jorth que se asomen.

Bill Isbel se marchó sin replicar a Colmor.

-No tengo gran oonfianza en ese plan -admitió Juan- Jorth tiene muchos amigos por aquí que pueden tirar sobre nosotros.

-Así se lo dije a tu padre, pero no me hizo caso. No hay que llevarle la contraria ahora. Me pareció muy extraño.

-Puede que él lo sepa mejor que nosotros. ¿Te dijo algo sobre lo que él y los demás piensan hacer?

-Nada. Blue le preguntó lo mismo y obtuvo la misma respuesta que yo. Creo que lo mejor que podemos hacer es cumplir sus órdenes durante un rato, por lo menos.

-Parece como si quisiera tenernos apartados de la lucha -replicó Juan, pensativo-. Puede ser... pero no, mi padre no es tonto. Colmor, espera aquí hasta que me pierda de vista. Voy a dar la vuelta y a acercarme tanto como sea prudente a la taberna de Greaves, por la espalda. Tú vete por el lado derecho y ocúltate bien.

Con esto, Juan se alejó, saliendo del corral, saltando una cerca y dirigiéndose hacia el norte del poblado. Llegó a la línea de las cercas de los corrales y siguió por ella hasta que salió al camino. Estaba a cosa de un cuarto de milla de la casa de Greaves. No veía a nadie. El camino, los campos y los corrales, todo estaba desierto. Un paréntesis se había abierto en las pacíficas actividades de la aldea. Cruzando el camino, Juan describió un amplio semicírculo alrededor de varias cabañas. Esto le llevó hasta la falda de una colina, donde la abundante maleza le proporcionaba una protección segura y le facilitaba el acceso a una línea directamente detrás de la taberna de Greaves. Pronto llegó a una cabaña que estaba por aquel lado y algunos de sus habitantes le descubrieron. Juan casi esperó un tiro por aquel lado, pero estaba equivocado. Un hombre desconocido para él vigilaba atentamente sus movimientos y a poco le hizo con la mano un signo como para indicarle que nada tenía que temer. Después de este acto desapareció. Juan creyó que había sido reconocido por alguno que no era enemigo de los Isbel. Por consiguiente, pasó por el lado de la cabaña, y llegando a un grueso árbol que le ofrecía buen abrigo, se detuvo a observar. Desde allí podía vigilar la taberna de Greaves por la parte trasera y desde: una distancia probablemente, demasiado larga para que le alcanzasen los tiros de rifle. Enfrente de él y a cada lado de la casa que vigilaba se extendía el -Doblado. El camino pasaba por delante del edificio y la posición de Juan era tal, que no podía ver este camino desde la puerta de la taberna hasta la casa de Meeker, cosa que le inquietaba. No satisfecho con su puesto, estudió los alrededores buscando un observatorio mejor, y descubrió lo que creía que era una posición más favorable, aunque tampoco alcanzaba a ver mucho hacia el lado de la casa de Meeker. Juan volvió a darle la vuelta a la cabaña, y saliendo al claro se colocó de modo que tenía entre él y la ventana de la casa urna esquina de la tapia del corral de Greaves. Después corrió valientemente por el llano y llegó hasta un carro viejo, desde detrás del cual se proponía acechar. No podía ver ni las ventanas ni la puerta de la casa, pero si alguien salía de ella por la puerta trasera, estaría al alcance de su rifle. Juan corría el riesgo de que le atacasen por los lados.

Tan aguda e investigadora era su mirada, que pronto descubrió a Colmor deslizándose por detrás de los árboles a unos ochenta metros hacia la derecha. Todos sus esfuerzos para percibir a Bill fueron infructuosos, a pesar de que a la derecha había muchos sitios que le podían proporcionar excelente vista del frente de la taberna y de todo el' lado oeste.

Colmor desapareció entre la jara, v Juan se quedó, al parecer, solo vigilando el desierto poblado. Sentía cómo el tiempo pasaba y las sombras que el sol proyectaba le mostraban que, aunque a él le parecían interminables, las horas pasaban volando.

Súbitamente vibró en los oídos de Juan el agudo estampido de un rifle. Se enderezó estremecido. La detonación había llegado de la taberna y fue seguida por una serie de disparos de revólver. Contó tres; los demás fueron demasiado rápidos. Un aullido siguió a los tiros; un aullido agudo y triunfante. Otros gritos no tan salvajes ni tan extraños siguieron al primero.

Juan estaba seguro de que algunos de los secuaces de Jorth asomarían por alguna parte. Tuvo que esforzarse para contener el temblor que le habían causado aquellas detonaciones y el significativo grito. No apareció nadie ni a los oídos de Juan llegó el más ligero ruido. El silencio y la inacción se le hicieron insoportables. No es que no pudiera esperar la salida de un enemigo: era que no podía esperar para saber qué había pasado. Cada momento añadía' algo a sus presentimientos de desastre. Un tiro de rifle seguido por varios tiros de revólver, ¿qué

podía ser? Tiros de revólver de diferentes calibres, seguramente disparados por personas distintas. ¿Qué podía ser? Y no eran los disparos lo que preocupaba a Juan, sino el rugido que los había precedido. Toda su inteligencia y su valor no eran bastantes para combatir la certeza de alguna calamidad. Y por fin, rindiéndose a ella, dejó su puesto y corrió como un venado por el claro hasta que llegó al camino, donde se detuvo por precaución. No había un ser viviente a la vista. Siguió corriendo hasta alcanzar las tapias del corral de Meeker, que salvó, dirigiéndose a la cabaña.

Colmor estaba allí respirando fuerte y enfrente de él varios de los otros con los rifles preparados. El camino se hallaba desierto hasta donde alcanzó la rápida mirada de Juan. Blue estaba sentado en el umbral de la puerta liando un cigarrillo. En aquel momento apareció Blaisdell a la puerta de la cabaña. Juan nunca le había visto con aquel aspecto.

Juan, mira allá abajo, en el camino, hacia la casa de Greaves -dijo con voz entrecortada y señalándole hacia donde decía con su mano grande que temblaba.

La mirada de Juan, rápida como el relámpago, siguió aquella dirección, abajo, abajo, hasta detenerse en la forma postrada de un hombre que yacía en medio del camino. Un hombre de desarrollada talla, con los brazos abiertos y la cabeza blanca. ¡Muerto! El reconocimiento fue tan rápido como la mirada. ¡Su padre! ¡Le habían matado! ¡Los Jorth! Ya estaba hecho. Su padre no se había engañado en sus presentimientos de muerte. Después de estos rápidos pensamientos, tuvo una sensación de desaliento, casi de momentáneo olvido, que cedió el lugar a un dolor, un dolor que Juan no había sentido desde la muerte de su madre. Pasó esta sensación de agonía y su helada presión cedió a una ráfaga de sangre, feroz como un infierno.

-¿Quién lo hizo? -suspiró Juan.

-Jorth -contestó Blaisdell-. No pudimos contener a tu padre..., estaba hecho un león y arrojó su vida al peligro... Si no fuera por eso, no sería tan horrible. Hemos venido aquí a matar y a que nos maten, pero no así... ; fue un asesinato.

En los labios de Juan se veía una pregunta muda, fácil de leer.

-Díselo tú, Blue; yo no puedo -concluyó Blaisdell metiéndose en la cabaña.

-Siéntate, Juan, y toma las cosas con calma -dijo Blue con tranquilidad-. Todos nos figuramos, y tú lo sabes, que no saldremos vivos de este negocio y es lo mismo caer de una manera que de otra. De lo que tenemos que preocuparnos es de hacer que algunos de la otra partida muerdan el polvo, como se lo han hecho morder a tu padre.

En presencia de aquel hombre, tan frío y tan seguro de sí mismo, Juan sintió que se animaba su' decaído, espíritu, que aceptaba la fatalidad y que había de saber esperar. Aquel hombre poseía algo que recordaba el instintivo conocimiento que tiene de su veneno la serpiente de cascabel. Juan se sentó y se limpió el sudor de la cara.

-Juan, tu padre quiso llamar a Jorth para ajustar cuentas con él solo y salvarnos a los demás, pero se acordó de esa demasiado tarde - empezó a decir Blue lanzando nubes de humo -. Puede ser que hace algunos años, y tal vez no tanto, si hubiese llamado a Jorth para ajustar cuentas de hombre a hombre, no hubiera esta guerra. La conciencia de Gastón Isbel se ha despertado demasiado tarde. Esto es lo que yo me figuro.

-Bueno, dígame de una vez y de prisa cómo ha sido,

-A poco de marcharte tú, vi a tu padre escribiendo algo en la hoja de un libro, una hoja de la Biblia de Meeker, como puedes ver. Lo encontré curioso. Blaisdell me avisó. No tardó en llegar el joven Evarts ; tu padre se lo llevó aparte y le habló y le lió algo, que según me figuré después era la nota que había escrito en la hoja de la Biblia de Meeker. Blaisdell y yo tratamos de sonsacarle lo que era, pero no pudimos conseguirlo. Yo seguí observando y al cabo de un rato vi al joven Evarts deslizarse por la puerta trasera. Transcurrida media hora, un chico descalzo cruzaba el camino y entraba en la taberna de Greaves. Entonces comprendí la verdad como si la leyera en la cara de tu padre. Había mandado una nota a Jorth desafiándole

a encontrarse con él' solo, de hombre a hombre. No 'le dije nada a Blaisdell; seguí observando.

Blue dijo lentamente aquellas últimas palabras, como si gozase recordando la agudeza de su razonamiento. Una sonrisa curvaba sus delgados labios. Chupó dos veces seguidas de su cigarrillo y lanzó otra nube de humo. Súbitamente cambió y con un rápido y significativo gesto de la mano siguió hablando con pasión

-El coronel Lee Jorth salió de la taberna y avanzó por el camino unos cien pasos; Juego se detuvo. Llevaba su larga levita y su sombrero negro. Todos nos quedamos mirando. Yo me olvidé de tu padre por el momento y lo mismo les pasó a los demás, pero pronto le recordamos cuando le vimos: danzarse fuera de la casa. Todos nos lanzamos a él entonces. Yo llamé y Blaisdell hasta le rogó que se volviera. Todos tenían algo que decirle. ¡Inútil! Yo le dije algunas cosas gruesas y que estaba claro como la luz que Jorth no tenía aspecto honrado. Presiento esas cosas. Sabía que Jorth llevaba preparada una traición.

»Tu padre no llevaba rifle; solamente el revólver. Descendió por el camino como un gigante, andando cada vez más de prisa con la cabeza alta. Estaba magnífico, pero a mí me ponía malo verle. Oí gemir a Blaisdell y blasfemar a Fredericks. Cuando tu padre se detuvo a unos cincuenta pasos de Jorth, todos nos quedamos mudos. Oímos la voz de tu padre y luego la de Jorth. Cortaban como cuchillos; se conocía en ellas el odio que se tenían.

Blue se ponía un poco hosco. Su voz se había alterado, revelando su sentimiento

-Tu padre y Jorth sacaron sus revólveres, los dos al mismo tiempo, pero precisamente cuando dos sacaban, alguien disparó desde la taberna. Sin duda, con un rifle de buen calibre. La bala debió acertarle a tu padre bajo, en la mitad del cuerpo, pues cayó de rodillas, disparando como un demonio, tanto que tuvo que errar todos los tiros. Entonces Jorth avanzó una docena de pasos y disparó hasta que tu padre cayó del todo. Jorth se acercó a él, le examinó y lanzó un grito de apache como no he oído otro en la vida, y luego retiróse lentamente hacia la taberna.

La voz de Blue cesó de hablar y Juan se sintió como presa de un vértigo que le hundía en un abismo de negras profundidades. La cara de halcón de Blue se esfumaba. Ocultó la cara entre las manos y un ligero temblor sacudió todos sus músculos. Aquel paroxismo pasó lentamente y Juan fue volviendo a la realidad. Blaisdell puso una mano grande y cariñosa sobre su hombro.

-Anímate, amigo mío -dijo con voz ahora clara y resonante.

-Esto era lo que tu padre esperaba y lo que a todos nosotros nos llegará... Si pensabas matar a Jorth antes, imagínate cómo querrás matarlo ahora.

-Tienes razón, Blaisdell - dijo Blue -. Jorth no debe ver el sol de mañana.

Aquellas llamadas a lo que había de primitivo, de indio en Juan, no fueron en vano. Pero aun cuando le invadía la sombría pasión de la venganza, se daba cuenta de la singular crueldad que le imponía el destino. La cara de Ellen Jorth flotaba pálida, indecisa, como la cara de un espectro flotante.

Blue -dijo Blaisdell-, tenemos que retirar el cuerpo de Isbel tan pronto como nos sea posible y enterrarlo. Creo que lo podremos hacer después de oscurecer.

-Sí -replicó Blue-, pero ahora tened cuidado todos vosotros, que tengo mucho en que pensar. Tengo algo en 1'a cabeza que debo precisar.

A Juan le fascinaban el aspecto, las palabras y los hechos de aquel hombre tan pequeño. Indudablemente, Blue tenía algo en la cabeza, algo que no presagiaba nada .bueno para los que estaban en aquella casa cuadrada que había en el recodo del camino. Se paseó por el camino y por el corral y luego, entrando en la cabaña, siguió paseando cada vez más aprisa. De pronto se detuvo y, levantando el brazo derecho con un gesto de fiereza, dijo sencillamente:

-Juan, haz que entren todos.

Todos entraron siniestros y silenciosos, con sus miradas ansiosas fijas en el pequeño tejano. Su autoridad se notaba marcadamente.

-Gordon, ponte en la puerta y vigila con cuidado -siguió Blue-. Y ahora escuchad bien, porque ya lo tengo todo pensado. Esto de cazar hombres es lo mismo que para vosotros la cría de ganado, y toda mi vida pasada en Tejas me vuelve a la imaginación ahora, y creo que en buena hora para todos. Voy a matar a Lee Jorth. A él primero y puede ser que después a alguno de sus hermanos. He tenido que pensar en muchos procedimientos antes de dar con uno seguro. ¡Y éste sí que es seguro! ¡Jorth tiene que morir! Bueno, ved aquí mi plan: Jorth y todos sus partidarios están ahora bebiendo, podríamos apostarlo, y no piensan en salir de la taberna, esperando que nosotros empecemos la batalla' y quizá crean que vamos a emprender un sitio como el que ellos emprendieron en el rancho de Isbel. Pero nosotros no vamos a hacer eso, sino que los sorprenderemos. Sólo hay entre ellos un hombre peligroso, que es el Reina; yo le conozco a él, pero él no me conoce a mí, y voy a acabar con el trabajo antes de que trabemos conocimiento.

Blue hizo una pausa; sus ojos se estrecharon y toda su cara revelaba su intensa preocupación, como si estuviera viendo una escena de naturaleza extraordinaria.

-¿Cuáles tu plan? - le interrogó Blaisdell.

-Todos conocéis la casa de Greaves -continuó Blue.- Las ventanas tienen todas persianas de madera que impiden que la luz se vea desde el exterior. Bueno; apostaría a que la banda de Jorth se pondrá a celebrar la muerte de Isbel tan pronto como se haga de noche. Empezarán a beber y encender la luz y cerrarán las ventanas, sin preocuparse en lo más mínimo de nosotros. La casa es sólida como un fuerte. No puede arder y nunca se imaginarán que les vamos a atacar allí. Tan pronto como se haga de noche nos vamos a acercar a la casa de Greaves dando rodeos por las otras casas. Creo que lo mejor que podemos hacer es dejar donde está el cuerpo de Isbel; puede ser que después tengamos más gente que enterrar. Nos arrastraremos por entre las jaras que hay enfrente del corral de Coleman y aquí es donde Juan entrará en escena. Tomará una hacha y, desde luego, sus armas, y se acercará a la casa por la parte trasera, ejerciendo algunas de sus habilidades de indio. Es un trabajo importante, que creo será fácil para ti. Por allí estará completamente oscuro y nadie se preocupará de mirar, y podrás tomarte el tiempo que necesites para acercarte. Por si no te acuerdas de cómo es la espalda de la casa de Greaves, te la voy a dibujar.

Blue se arrodilló en el suelo y con un dedo trazó en la arena el plano de la casa de Greaves, con el corral y la cerca, la ventana y la puerta trasera, y especialmente un hueco en la pared de piedra que Greaves empleaba para almacenar leña.

-Tengo particular cuidado en hacerte observar este agujero, Juan, porque si 1'a banda sale de la casa te podrás esconder en é1' y hacer que se arrepientan de haber salido. Cuando llegues a la pared de la casa de Greaves y esperes lo suficiente para ver y escuchar, pegarás un hachazo con toda tu fuerza sobre las hojas de la ventana y después haces 'lo mismo con la puerta. Echas una mirada al interior también: puede serte útil, y después te retiras a un ladro, de manera que si disparan por la puerta o la ventana no te puedan acertar... Y ahora es cuando yo entro en escena. Cuando pegues el hachazo en la puerta, me acercaré a la casa por la fachada principal. Jorth y el resto de la banda estarán preocupados con tus golpes en la puerta trasera y mirando hacia ese lado. Yo entraré gritando y apuntando con mis revólveres a Jorth.

-¿Es eso todo? - rezongó Blaisdell.

-Sí, esto es todo y me estoy figurando que es bastante -contestó Blue secamente-. Lo mismo pensará Jorth.

-¿Y cuándo entramos nosotros en juego?

-Vosotros podéis venir detrás de mí -contestó Blue con vacilación-. Mi plan no pasa de matar a Jorth y a sus hermanos. Puede ser que le haga algo al Reina, pero a quien quiero asegurar es a Jorth. De esto depende todo. Puede ser que pueda salir y entonces vosotros podéis llenar de balas la habitación.

-Pues con el debido respeto, te diré que no me gusta tu plan -declaró Blaisdell-. El éxito depende de muchos pequeños detalles, cualquiera de los cuales puede salir mal.

-Blaisdell, me parece que conozco este juego mejor que tú -replicó Blue-. Me lo dice el instinto. Todo saldrá bien.

-Pero supón que la puerta de la taberna de Greaves está cerrada con barra -protestó Blaisdell.

-No tiene ninguna barra -dijo Blue.

-¿Estás seguro?

-Sí.

-Vas a correr un riesgo terrible.

La contestación de Blue fue una mirada que hizo acudir la sangre a la cara de Blaisdell. Sólo entonces comprendió el ranchero que Blue había corrido ya riesgos semejantes y que quería correrlo ahora, no con la esperanza de salir con vida, sino para morir con arreglo a su código de honor.

-Blaisdell, ¿no has oído hablar nunca de mí en Tejas? -inquirió con ansiedad.

-No. Y Gastón nunca nos explicó cómo te había conocido.

-Yo no me llamo Blue.

-¿Pues cómo te llamas entonces? Si no es indiscreta la pregunta.

-King Fisher -contestó Blue.

El estremecimiento de Blaisdell se debió comunicar a los demás. Juan sintió asombro y alguna otra emoción de la que no se daba completa cuenta, al encontrarse cara a cara con uno de los individuos más notables que jamás habían salido de Tejas; de un proscrito a quien se suponía muerto hacía muchos años.

-Guardaría mi secreto si creyese que iba a salir con vida de esto. Pero aquí me voy a quedar; 1o presiento. Isbel era mi amigo y me salvó de ser linchada en Tejas y por eso ahora voy a matar yo a Jorth. Ahora, si alguno de vosotros sale con vida de aquí, le encargo que diga por todas partes quién era yo y por qué estaba al lado de Isbel, porque todo lo que se dice de las ovejas y del ganado, de la Banda del Machete y de los cuatreros, son cuentos. Yo sé que Isbel también ha hecho cosas que no estaban del todo bien y no quiera que se diga que he matado a Jorth porque era cuatrero.

-Un poco tarde es ya para todas esas consideraciones, Blue - dijo Blaisdell con rabia .y asombro -. Pero se me figura que tú sabes lo que te dices. De todas maneras, no quiero oírlo.

En aquel momento, Bill Isbel entró en la cabaña, demasiado tarde para oír todo lo que había dicho Blue. Juan estaba seguro de esto, porque cuando Blue pronunciaba sus últimas palabras, las pesadas botas de Bill sonaban en el camino. Sin embargo, el aspecto de Bill o la mirada de Blue o quizá las dos cosas fueron para Juan añadir misterio a lo dicho sobre las causas de la guerra Jorth-Isbel. ¿Sabia Bill algo de lo que había dicho Blue? Juan tenía idea de que sí y en aquel amargo momento su mirada se dirigió por la abierta puerta hacia el camino donde encontró la :postrada forma de su padre.

-Blue, podía usted haberse callado eso, lo mismo que su nombre -dijo con amargura-. Es demasiado tarde para que ninguna de las dos cosas hagan ningún bien... Pero yo aprecio su amistad por mi padre y estoy dispuesto a llevar a cabo su plan.

Aquella decisión de Juan puso fin a las protestas de Blaisdell y de cualquiera de los demás. La sonrisa de Blue expresaba su satisfacción. Luego una sombría tregua se impuso sobre todos aquellos hombres. Salieran y se pasearon vigilando para volver a entrar nerviosos y ta-

citurnos. La mirada de Juan se dirigió cien veces por el camino para posarse en la forma de su padre. El espectáculo levantaba en su pecho toda clase de emociones, pero principalmente lástima. ¡Gastón Isbel yaciendo en el camino con la cara en el polvo! Tenía la camisa manchada de sangre por la espalda. Le habían atravesado. Cada vez que Juan veía aquella sangre tenía que reprimir sus impulsos de salvaje.

Las horas de la tarde pasaban y el poblado estaba como si sus habitantes lo hubieran abandonado. Ni siquiera un perro se asomaba al borde del camino. Jorth y algunos de sus hombres salieron de la taberna y se sentaron a la puerta en grupos. Cada uno de sus movimientos parecía significar su confianza. Hacia la puesta del sol entraron otra vez en 'la casa, cerrando las puertas y ventanas. Blaisdell llamó entonces a la facción Isbel para que comiesen y bebiesen algo. Juan no sentía hambre v Blue, que se había mantenido aparte de todos, no manifestó deseo alguno de comer; tampoco fumaba, aunque por la mañana nunca se le había visto sin un cigarro en la boca.

Llegó el crepúsculo y la noche. Ni una luz brillaba en la negrura.

-Ya es tiempo - dijo Blue saliendo de la cabaña. Juan le siguió en silencio llevando su rifle y su hacha y detrás de él .marcharon los demás. Blue los condujo hacia la izquierda a través del campo, hasta que llegaron a una oscura línea de árboles.

-Ahí es donde el camino hace recodo -le dijo a Juan-, y ésta es la cabaña de Coleman. Buena suerte, Juan.

Éste sintió la mano de acero y en la oscuridad percibió el brillo de los ojos de Blue. No encontró respuesta para la lacónica despedida, y apretando la dura y delgada mano se perdió en la oscuridad.

Una vez solo, su parte en la operación le animó a una febril actividad. Éste era el trabajo que él sabía hacer. En aquella ocasión era importante, pero le parecía que Blue había deliberadamente tomado para sí la parte más peligrosa. ¿Sería realmente King Fisher aquel vaquero de cabellos grises? A Juan 'e maravillaba el hecho y temblaba por Jorth. En diez minutos, éste estaría tendido y sangriento. Algo en la oscura y silenciosa noche de verano se lo decía a Juan. Avanzó rápidamente; atravesó el camina corriendo y siguió por el mismo sitio que había cruzado por la mañana. A los pocos minutos se detenía jadeante detrás de la casa de Greaves. Una chispa de luz rompía la oscuridad. La banda de Jorth encendió la gran lámpara que pendía del centro de la taberna; escuchó. Voces y roncas risas rompían el silencio de la noche. Lo que Blue había llamado su instinto no le había engañado. Estaban celebrando la muerte de Gastón Isbel.

En pocos minutos, Juan recobró el aliento y puso todas sus facultades en el trabajo que tenía delante. Su vista y oído parecían multiplicados. Sus movimientos no hacían el menor ruido. Llegó hasta el carro, donde se volvió a detener.

La tierra parecía un medio gris oscuro tan irreal como la azul oscuridad del cielo. A través de esta oscuridad de la noche brillaba el punto de luz que acentuaba la negra sombra de la casa. Sobre ella se veía la línea gris oscura de los árboles de la colina y, por encima de todo, el cielo de intenso azul oscuro en el que brillaban las estrellas con su luz fría.

Un perro aullaba a lo lejos. Las voces de hombres sonaban con mayor claridad; algunas fuertes y despreocupadas y otras graves y bajas.

Juan reunió todas sus fuerzas hasta que los sentidos de la vista y el oído adquirieron la misma sutilidad que el silencio y ligereza de sus movimientos dio diez pasos rápidos y cortos y se detuvo. Era todo lo que alcanzaban sus penetrantes ojos. Si hubiese habido un guarda estacionado en el exterior de la casa, Juan le hubiera visto antes de ser descubierto vio la cerca, que salvó, y entrando en el corral, se aproximó a la casa protegido por la densa sombra que proyectaba el establo hasta que la negrura de la casa empezó a volverse gris..., el color de la piedra por la noche. Juan escudriñó a través de la oscuridad'; no se veía la sombra negra de

ningún hombre proyectándose contra el fondo gris de la pared. Solamente distinguía un hueco que debía ser el agujero que le había citado Blue. Un rayo de luz salía de la ventana y hacia la derecha se percibía la gran puerta.

Siguió avanzando lentamente. Se detuvo otra vez. No había guardas al' exterior. Oyó el choque de dos copas y la perezosa voz de un tejano; después otra voz más fuerte y ronca, la de Jorth. Ésta encendió a Juan. Su sangre corría como fuego por sus venas mientras que su piel se crispaba en escalofríos. Necesitó un tremendo esfuerzo de voluntad para contenerse un momento más y escuchar para asegurarse. En aquel instante le invadió una ola de sangre caliente. Con algunos rápidos saltos ganó el punto entre la puerta y la ventana. Apoyó el rifle contra la pared de piedra y esgrimió el hacha. ¡Crac! Las hojas de la persiana cayeron al suelo en el' interior de la cabaña. Una ronca voz rompió el silencio que se hizo después de un: «¿Qué es eso?»

Con toda su fuerza volvió a descargar Juan la pesada hacha contra la puerta. La parte inferior de ésta cayó también hacia dentro. La luz brillante salió por el agujero.

-¡Cuidado! -gritó la voz alarmada de un hombre-. Están hundiendo la puerta trasera.

Juan volvió a pegar en la puerta; las astillas saltaron dentro de la habitación.

-¡Tienen hachas! -exclamó otra voz-. Empujemos el mostrador contra la puerta.

-¡No! - tronó otra voz que denotaba autoridad y espanto al mismo tiempo-. Dejadlos que entren. Sacad los revólveres y guareceos en algún sitio.

-No entran - fue la réplica- Tirarán sobre nosotros desde fuera.

-¡Apagad la lámpara! -gritó otro.

El tercer hachazo de Juan hundió en parte la mitad superior de la puerta. Gritos y maldiciones se mezclaban con el ruido de los bancas y las pisadas de las pesadas botas. Un grito diferente, de terrible significado, dominó todo aquel tumulto, haciendo a Juan soltar el hacha y coger el rifle.

-¡Que nadie se mueva!

Aquella voz cortó el aire como un acero. Era la de Blue. Juan aplicó un ojo a una de las grietas que había hecho en la puerta. La mayor parte de los que veía parecían haberse quedado helados en posiciones raras y violentas. Jorth estaba en pie al frente de sus hombres, en mangas de camisa y sin sombrero, con un brazo extendido hacia un hombre de pequeña estatura que estaba en el umbral de la puerta. Aquel hombre era Blue. Juan no necesitó más que una mirada para comprender por qué Blue había elegido aquel medio.

-¿Quién .eres tú? - preguntó Jorth.

-El brazo derecho de Gastón Isbel, muy conocido en Tejas... King Fisher.

Aquel nombre debía ser una garantía de muerte. Jorth reconoció al proscrito y comprendió su suerte. A la luz de la lámpara, su cara tenía una blancura pálida y verdosa. Su mano extendida se bajó lentamente, temblando.

Del revólver que Blue llevaba en la mano izquierda salió un relámpago rojo. Varios disparos sonaron casi a la vez. Jorth dejó caer el arma que tenía en la mano y su cuerpo se dobló por en medio, llevándose las manos, como alas rotas, al abdomen. Su cara no cambió de expresión ni retiró la mirada de Blue, pero los sonidos que emitía eran de mortal terror. Empezó a doblegarse sin retirar aquella terrible mirada de su matador, hasta que cayó.

Su caída rompió el hechizo. Hasta Blue se había detenido a mirar a Jorth en sus gestos mortales. Los secuaces empezaron a disparar; Juan vio como Blue les devolvía los disparos y derribaba a un hombre de gran tamaño que cayó sobre el cuerpo de Jorth. Rápido como el pensamiento, Juan levanto su rifle y disparó sobre la lámpara, que se estrelló contra el suelo. La oscuridad lo envolvió todo en su espeso manto que rompían los fogonazos rojos de los disparos. En el interior de la casa estalló un infierno de gritos, maldiciones y disparos. Juan metió el cañón de su rifle por el agujero de la puerta y apuntando bajo apretó el gatillo hasta

que vació el cargador. Después hizo lo mismo con el revólver. El rugir de los rifles al otro lado de la casa indicó a Juan que sus camaradas habían entrado en la pelea. Las balas empezaron a salir por la puerta que él había roto. Corrió a darle la vuelta a la casa, apartándose cuidadosamente un poco hacia la izquierda, y vio una línea de rojos relámpagos en medio del camino. Blaisdell y los demás disparaban contra la puerta de la taberna. Juan volvió a cargar su rifle y corrió hasta colocarse detrás de sus compañeros. Sus disparos habían disminuido y Juan vio que algunas formas oscuras avanzaban hacia él.

-¡Eh, Blaisdell! - gritó para prevenirlos.

-¿Eres tú, Juan? - replicó el ranchero-. No nos preocupábamos de ti.

-¿Y Blue? - inquirió Juan con ansiedad.

Una pequeña figura pasó por su lado, rezongando.

-¿Qué tal, Juan? Hiciste bien tu parte. Yo voy a necesitar algunas reparaciones, pero no es nada.

-Colmor está herido -dijo la voz de Gordon a algunos metros de distancia-. Venid alguno a ayudarme. Juan corrió a ayudar a Gordon a sostener a Calmar.

-¿Estás malherido? -preguntó apasionadamente. El joven llevaba la cabeza colgando y respiraba fuerte; no contestó. Tuvieron casi que llevarle en brazos.

-¡Vamos! -dijo Blaisdell a los quo todavía seguían tirando-. Fredericks, tú y Bill ayudadme a encontrar el cuerpo del viejo... ; está por aquí.

Pronto lo encontraron y lo recogieron, siguiendo a Juan y a Gordon, que sostenían al maltrecho Colmor. Juan miró hacia atrás y vio a Blue que se arrastraba el último. Estaba demasiado oscuro para distinguir bien, pero recibió, sin embargo, la impresión de que Blue estaba herido, peor de lo que había pretendido. No estaba muy lejos la cabaña de Meeker, pero a Juan le pareció que tardaban mucho en llegar a ella. Cuando la procesión entró en el corral, Blue venía rezagado detrás.

-¿Qué te pasa, Blue? -preguntó Blaisdell, consternado.

-Creo que ya tengo mi parte -contestó secamente Blue.

Entró en el corral y cayó al suelo, tendiéndose sobre la hierba.

-¡Estás malherido! -exclamó Blaisdell. Los demás se detuvieron y dejaron en el suelo el cuerpo de Gastón Isbel. Blaisdell se arrodilló al lado de Blue. Juan dejó a Gordon que se arreglase con Colmor y se precipitó hacia ellos.

-No, no estoy herido -dijo Blue con una voz mucho más débil-. Estoy muerto. Ha sido el Reina... Ya me oísteis todos que el Reina era el único de cuidado en esa cuadrilla. Yo lo sabía y podía haberlo matado, pero me interesaban más Jorth y sus hermanos. - La voz de Blue se extinguió.

-¡Dios! -murmuró Blaisdell.

-Era divertido ver la cara que puso Jorth cuando le dije que era King Fisher... y todavía más divertido cuando le tiré... pero fue el Reina... -murmuró Blue.

-¡Blue! -gritó Blaisdell.

No recibió respuesta y se inclinó en la oscuridad sobre el cuerpo del caído y le puso una mano sobre el pecho.

-Está muerto... No sé si sería en realidad el viejo tejano King Fisher. Nadie le hubiera creído..., pero si ha matado a los Jorth, yo le creeré.

X

Dos semanas de soledad en la selva habían obrado un cambio incalculable en Ellen Jorth.

En el mes de junio, su padre y sus tíos se habían marchado con Colter y Daggs y otros seis hombres, todos bien armados, algunos ensombrecidos por la bebida y otros animados por el presentimiento de lucha. Ellen no había recibido órdenes de ninguna clase. Su padre se olvidó de decirle adiós o no quiso hacerlo. Llevaban su terrible misión estampada en sus semblantes.

Todos se habían ido y, no obstante, aguda como había sido la pena de Ellen, su partida fue como un alivio. Los había oído jactarse y fanfarronear tantas veces, que tenía sus dudas sobre la gran guerra Isbel-Jorth. Los perros que ladran mucho, no muerden. Quizás alguno saldría malherido, quizá muerto, pero luego la guerra seguiría como hasta entonces; la mayor parte en bravatas. Muchas de sus antiguas impresiones se habían desvanecido. Su desarrollo era tan rápido y continuo que podía considerar de un día para otro su propia transformación. Por la noche se acostaba dándose al diablo y por la mañana se levantaba cantando.

Jorth había dejado a Ellen con la mejicana y Antonio, pero la joven no los veía más que a la hora de comer y no siempre, pues iba con frecuencia á visitar a su amigo Sprague o volvía tarde a casa y se hacía sus propias comidas.

La cabaña de Sprague estaba cerca y desde que había dejado de montar a Espadas, hacía el camino andando. El caballo estaba acostumbrado a comer maíz y por las mañanas se acercaba al rancho y relinchaba. Ellen prometió no dar nunca de comer a aquel caballo y Antonio era el encargado de hacerlo. Pero una mañana que Antonio estaba ausente, tuvo que darle de comer ella misma. Y cuando puso su mano sobre el cuello del caballo y éste frotó su nariz contra el hombro de ella, no estaba tan segura de odiarle. «¿'Por qué razón? - se preguntó-. Un caballo no tiene la culpa de pertenecer a... » Ellen sólo sabía que cada día le gustaba más estar sola.

Un día en la soledad de la selva pasaba rápidamente y, sin embargo, dejaba el sentimiento de un tiempo muy largo. Vivía para sus pensamientos. Por la mañana estaba siempre alegre, de buen humor, pensativa y soñadora; y siempre, con la misma seguridad, que las horas pasaban, el pensamiento acababa por empañar su felicidad con recuerdos que le producían vergüenza. Un día y otro, a la puesta del sol, había vuelto al rancho decaída, enferma y abatida. Pero no cesaba nunca de luchar.

Llegaron las tormentas de junio, y el suelo de la selva, que estuvo hasta entonces tan seco, amarillo y polvoriento, se transformó como por encanto. Brotó la hierba y florecieron las flores y a lo larga de los cañones brotaron bancos de helechos que el viento doblaba sobre las aguas ambarinas. Ellen gustaba de aquellos rincones frescos, a la sombra de los pinos, donde serpenteaban los arroyos y los venados venían a beber. La música de las pequeñas cascadas era una compañía para ella. Si hubiera podido vivir siempre en aquella soledad, sin volver a su casa, habría conseguido olvidar y ser feliz.

Gustaba de las tormentas. Era aquél un país seco y había aprendido a amar a las nubes que venían del sudoeste. Llegaban amontonándose y oscureciéndose hasta formare una masa que parecía apoyarse en la montaña y disolverse en agua y cárdenos relámpagos. Los rayos rara vez llegaban al rancho, pero en el Rim todas las tormentas abatían y desgajaban algunos de los nobles pinos. Durante la estación tormentosa, ni los campesinos ni los pastores acampaban debajo de los pinos. El miedo al rayo era ingénito en los nativos, mas para Ellen, ni las cegadoras chispas, ni los tremendos estampidos que se prolongaban por las gargantas del Rim encerraban terrores. Una tormenta descargaba su pecho. En lo más hondo de su corazón se acumulaba una tempestad. Y cuando los elementos estaban en guerra, cuando la tierra temblaba y los cielos parecían romperse, sentía un extraño consuelo.

Los días de verano se convirtieron en semanas y llevaron a Ellen más y más lejos en alas de la soledad y el aislamiento, hasta que le pareció que habían transcurrido largos años desde que se transformó su otra personalidad, que había odiado. Y siempre, cuando los oscuros recuerdos llegaban a turbar su paz, luchaba y luchaba hasta que parecía que combatía con el odio mismo. Despreciar el desprecio. Odiar el odio. Pero hasta sus batallas se convertían en sueños. Porque cuando la inevitable retrospección la llevaba hasta Juan Isbel y su amor y la cobarde falsedad de ella, temblaba un poco y se llevaba al pecho una mano inconsciente, pasando de la lucha al ensueño. La limpia floresta, con los susurros del viento y la soledad, se había interpuesto entre Ellen y la suciedad del rancho de ovejas, con su remedo de hogar y su trágico propietario. Y se estaba colocando entre sus dos personalidades: la que la obligaron a ser y la otra que ella aún no conocía: la soñadora, la romántica, la que vivía en su fantasía la vida que amaba.

Amaneció la mañana de verano que traía a Ellen tan extraños sentires. Debían haber nacido en su sueño y ahora se confirmaban con el glorioso resplandor del sol y con la solemne música del viento en los pinos. Los heraldos de aquel día no eran como los de los demás días. Algo iba a acontecerle; lo adivinaba, lo sentía y temblaba. Nada bello, halagüeño o maravilloso podía acontecer a Ellen Jorth. Había nacido para el desastre, para sufrir, para ser olvidada, para morir en la soledad. Sin embargo, toda la naturaleza que la rodeaba parecía un magnífico reproche a su pesimismo.

Ellen salió de la cabaña con los brazos abiertos para saludar a los misteriosos presagios de la mañana y una voz muy conocida vino a interrumpir su exaltación.

-Muy bien, joven. Me gusta verte tan feliz y me pesa haber venido. He estado en el Valle dos días y traigo noticias.

El viejo Sprague estaba delante de ella, con una sonrisa que no acababa de ocultar su embarazo.

-¡Hola, tío John! -exclamó Ellen volviendo a la realidad. Y lentamente añadió-: El Valle... ¿noticias? Tendió una mano en actitud de ruego, que el viejo se apresuró a tomar entre las suyas como para tranquilizarla. -Sí, noticias no muy malas en lo que se refiere a los Jorth - replicó -. La primera batalla entre los Jorth y los Isbel se ha dado... Me hiciste prometer que te tendría al corriente de todo lo que oyese y, como ves, no he esperado a que vinieses tú a casa por las noticias.

-Bien -se oyó decir a Ellen con calma. ¡Con calma, cuando parecía tener una piedra en el corazón! El primer encuentro no había sido malo para los Jorth; luego lo había sido para los Isbel. Una sensación de frío recorrió todo su ser.

-Sentémonos fuera -decía Sprague-. Hace una mañana espléndida. Confieso que estoy cansadísimo. No estoy acostumbrado a andar y he salido del Valle por la noche; pero había mucho que ver en el Valle anoche y...

¿A quién mataron? -interrumpió Ellen con voz profunda.

-A Guy Isbel y a Jacobo, de parte de los Isbel; y a Daggs, Craig y Greaves, del lado de tu padre - declaró Sprague con cierta precipitación no exenta de temor.

-¡Ah! -suspiró Ellen dejándose caer contra la pared de la cabaña.

Sprague se sentó en un leño a su lado y se volvió hacia ella. Parecía agobiado por noticias importantes y graves.

-He oído muchos relatos contradictorios -dijo pensativo-; la gente del pueblo está toda asustada y no se pueden creer sus chismorreos, pero a mí me ha contado Evarts lo sucedido. La batalla empezó anteayer. La banda de tu padre se llegó al rancho de Isbel, donde Daggs, según dice Evarts, quería robar algunos caballos de Isbel, y Guy Isbel y Jacobo salieron al prado, donde los mataron a tiros Daggs y algunos de los otros.

-¿Así los mataron? -interrumpió Ellen, con aspereza.

-Eso dice Evarts. Estaba en la loma y jura que lo vio todo. Mataron a Guy y a Jacobo a sangre fría, sin dejarles siquiera ocasión de defender sus vidas. Después cercaron la casa de Isbel y lucharon durante todo aquel día, toda la noche y todo el día siguiente. Evarts dice que los cuerpos de Guy y Jacobo estuvieron tendidos en el prado todo ese tiempo y que los cerdos entraron por allí y se estaban comiendo los cuerpos.

-¡Por Dios, tío John! No me diga usted que mi padre no detuvo la lucha el tiempo necesario para espantar a los cerdos y enterrar a los muertos.

-Evarts dice que suspendieron, en efecto, el combate, pero fue para entretenerse viendo a los cerdos comer -declaró Sprague. ¿Y a que no te imaginas lo que pasó? Las mujeres salieron, la del pelo rojo, la mujer de Guy Isbel y la de Jacobo, y espantaron a los cerdos y enterraron a sus maridos en el mismo prado. Evarts dice que él mismo ha visto las sepulturas.

-Son las mujeres las que tenían que dar esa lección a estos sanguinarios tejanos-declaró Ellen con firmeza. -Daggs estaba borracho y se salió de donde el resto de la banda estaba escondida, desafió a los Isbel a que salieran y los Isbel le hicieron añicos. Por la noche, alguno de la partida de Gastón mató a Craig cuando estaba solo de guardia. Y por último, y esto es lo que he venido a decirte, Juan Isbel se acercó en la oscuridad hasta Greaves y le mató a cuchilladas.

-¿Y por qué me quería decir eso especialmente? -preguntó Ellen.

-Porque los hechos son muy extraños y porque tu nombre fue mencionado- dijo Sprague con seguridad.

-¿Mi nombre mencionado? ¿Por quién?

-Por Juan Isbel -replicó Sprague como si el nombre y el hecho fueran de importancia.

Ellen se quedó como de piedra, sintiendo que su sangre se retiraba de su rostro. Aquel nombre detenía todos sus pensamientos.

-Ellen, es una historia muy curiosa, demasiado curiosa para ser mentira-siguió Sprague -. Escúchame. Evarts se enteró de esto por Ted Meeker y éste, a su vez, se lo oyó a Greaves, que no murió hasta el día siguiente de ser acuchillado por Juan Isbel y tu papá le pegó un tiro a Ted por decir lo que había oído. No, Greaves no murió en el acto. Tenía dos puñaladas terribles, pero le vendaron y le trajeron al Valle en un carro. Evarts dice que Ted Meeker era amigo de Greaves y que fue a verle a su habitación al lado de la taberna y parece que Greaves volvió en sí, habló y dijo que estaba sentado disparando de cuando en cuando contra la casa de los Isbel, cuando oyó un ruido detrás de sí; comprendió que alguien se acercaba a él, pero que antes de que pudiese volverse con el rifle le cayó encima lo que al pronto creyó que era un oso gris; pero era un hombre que le cogió del cuello sin dejarle ni respirar y le tiró a una zanja diciéndole

«Greaves, soy el mestizo, que te va a matar, primero por Ellen Jorth y después por Gastón Isbel... » Greaves dijo que Juan le apuñaló con un cuchillo de monte y esto era todo lo que recordaba; murió pronto, después de contar esta historia, La segunda puñalada de Juan le atravesó de parte a parte... Algunos de la banda de tu padre estaban presentes cuando Greaves habló, y, naturalmente, se preguntaron por qué Juan diría primero por Ellen Jorth. Alguien recordó que Greaves había dicho cosas contra tu buen nombre y vieron en seguida la razón por la cual Juan decía primero por Ellen Jorth. Hablaron de ello y cuando entró Bruce se rieron de él y le dijeron que pata él sería la tercera puñalada de. Juan Isbel. Bruce estaba medio borracho y empezó a maldecir y a fanfarronear diciendo que Juan Isbel estaba enamorado de su novia. La mala suerte quiso que entrasen un par de tipos más y que le preguntasen a Meeker. Éste estaba precisamente con lo de: «Greaves, soy el mestizo, que te va a matar, primero por Ellen Jorth... », cuando entró tu padre. Entonces salió todo a relucir: lo que Juan Isbel había dicho y hecho, por qué y cómo. Que Greaves había apoyado a Bruce cuando te difamaba...

Sprague hizo una pausa para mirar a Ellen con fijeza. ¿Qué hizo entonces mi padre? -murmuró Ellen.

-Dijo: «Por Dios, que mestizo o no, hay por lo menos un Isbel que es un hombre», y mató a Bruce en el acto, dejando a Meeker malherido. Alguien le sujetó antes de que pudiera acabar de matar a Meeker, quien se arrastró hasta una casa vecina, donde Evarts le ha visto.

Ellen sintió que la mano ruda, pero cariñosa, de Sprague la sacudía y oyó su voz que preguntaba:

-¿Qué opinas ahora de Juan Isbel?

Un muro infranqueable parecía cerrar el pensamiento de Ellen. Un muro de color gris que se acercaba hacia ella, que estaba dentro de su cerebro.

-Te aseguro Ellen Jorth, que Juan Isbel está terriblemente enamorado de ti -declaró el viejo- y que te cree buena.

-¡Oh!, no, no se lo cree -tartamudeó Ellen.

-Sí.

-No, tío John, no puede creerse eso.

-Claro que sí; ¿por qué no? Tú eres buena, Ellen, buena como el oro y él lo sabe. ! Qué cosas tan extrañas impone el destino! ¡Pobre diablo! Estar perdidamente enamorado de ti y tener que batirse con tu gente. Ellen, tu padre sabía lo que se decía: Isbel o no, es un hombre... ¡Y qué vergüenza es que vosotros dos estéis divididos por el odio, por un odio en el cual ninguno de los dos tenéis nada que ver! -Sprague le acarició la cabeza y se levantó para marcharse-. Puede ser que esta batalla haya acabado con los disgustos. Ahora tengo que volverme, porque ni siquiera he descargado los burros para venir pronto. Y no pienses mucho en Juan Isbel.

Sprague se marchó sin que Ellen le oyera ni le viera irse. Permaneció perfectamente inmóvil, con la extraña sensación de que una invisible y poderosa fuerza la levantaba. Era una sensación de sueño. Se sentía impelida hacia lo alto cuando su cuerpo estaba tan inmóvil como una piedra. Su sangre, al correr como un torrente por sus venas, la animaba de una manera irresistible a volar, a cruzar 'el espacio, a correr, correr, correr...

En aquel momento, el caballo negro, Espadas, se acercó y relinchó al verla. Ellen levantóse de un salto y corrió rápidamente hacia él. Se abrazó al caballo y ocultó su cara ardiente entre su crin. Luego corrió con la misma violencia por la silla y bridas, llevando el pesado aparejo con la misma facilidad que si hubiera sido un saco vacío. Con mano fuerte y ansiosa aparejó al caballo sin que se le ocurriera por un momento que ella misma no estaba vestida para montar. Montó, y el caballo, animado por su espíritu, se lanzó por el camino del cañón.

El paseo, la acción, las emociones no eran todo lo que ella necesitaba. La soledad de las altas bóvedas de la selva, las millas de soledad, ¿era eso todo? Espadas tomó un trote rítmico por el serpenteante sendero. El viento azotaba su cara calenturienta; los latigazos de las ramas de los sauces le producían sensaciones agradables. Más allá de la verde ladera del cañón se amontonaban las nubes cada vez más oscuras. Un trueno sonoro y lejano se dejó oír. Esas trotó por las laderas saltando los matorrales y avanzó a un paso largo por aquéllos. Ellen dejó caer las bridas sobre el cuello del animal. No podía tener las manos fijas en nada. Se apretaba con ellas el pecho y acariciaba y rompía las ramas de los álamos. Su corazón parecía que iba a estallar. ¡Tanto trabajo! Todo lo que en ella vivía y se agitaba estaba desordenado.

Espadas llegó al borde de la floresta. Los pinos parecían inclinar sus ramas sobre ella, protegiéndola, como si la comprendieran. Trozos del azul del cielo se veían por entre las ramas. Las grandes nubes blancas parecían que la acompañaban y la dorada luz del sol reflejaban en las caídas agujas de los pinos a través del dosel de la selva. Lejos, delante de ella, más allá del bosque, sordos truenos retumbaban por las gargantas del Rim.

¿Corría para escaparse de sí misma? Porque no le gustaba el paso de Espadas hasta que éste corría todo lo que podía a través de los árboles. El azote del viento seco, el fuerte olor a resina, los rítmicos baques de los cascos, el sentir debajo de sí al poderoso animal, los latigazos de las ramas de los árboles y sus músculos contrayéndose y extendiéndose en violento ejercicio, todo esto parecía contener el cataclismo que se formaba en su corazón.

Los robles, los jarales, los álamos y los pinos, todo pasaba por su lado como si fuese impulsada por el viento; y a través de la selva, delante de ella brillaba el vacío de la Cuenca con las nubes de plata y púrpura, ensombrecido por la negra tormenta v brillante en un extremo por un sol de oro.

Se dirigía en línea recta al Rim y hacia el punto en que había estado observando a Juan Isbel en aquel día inolvidable. Ascendió el promontorio y desde allí contempló una escena que hizo que sus manos inquietas se posasen en su pecho.

El conjunto de cielo, nubes y abismo parecía un mundo partido por la tormenta. El aire era ardiente v quieto y estaba cargado del olor peculiar de madera quemada de los árboles heridos por el rayo. Grandes y pesadas gotas de agua se desprendían de las nubes. Hacia el este se veía la tormenta; una nube negra que se apoyaba a lo largo del Rim, de donde se desprendían los velos grises de la lluvia que caía y que sonaba como el rugido de una cascada. Una línea de fuego blanca y azul, de un brillo deslumbrador, zigzagueó entre la negra nube y la tierra, que se estremecía al choque hasta temblar el muro de roca bajo los pies de Ellen. Los cielos parecieron hundirse con el espantoso trueno, que se perdió rodando de peña en peña hacia el oeste. El agua caía en rugientes cataratas. Hacia el sur se distinguía un panorama inacabable de cañones, llanos y rocas cubiertos durante leguas y leguas por el mismo dosel negro de las nubes tan anchas como el horizonte, humeantes y sulfurosas. Y cuando Ellen contemplaba, sintiendo inefable consuelo, la tempestad y el abismo, que se parecían a su propia alma, el sol apareció detrás de una larga faja de púrpura, inundándola con su luz dorada.

-¡Sale por mí! -gritó Ellen-. ¡Es mi corazón, mi alma! ¡Ahora lo sé, le amo, le amo, le amo!

Se lo decía a los elementos.

-Amo a Juan Isbel y mi corazón tiene que rebosar o romperse.

La fuerza de su pasión era como las llamas del sol. Ante ellas todo se retira y se oscurece. Aquella verdad nublaba su vista. Pero aún veía bastante claro para arrastrarse baja las jaras, sobre la alfombra de las fragantes agujas de los pinos hasta el lugar donde una vez había espiado a Juan Isbel. Y allí permaneció un rato tendida, acariciando con las manos las hojas que cubrían el suelo, apretado su pecho contra la tierra, rendida. Pero su vitalidad era extremadamente fuerte y pasó pronto aquella debilidad, despertando a la conciencia de su amor.

En principio no fue la conciencia del hombre. Era una vida nueva, sensual, primitiva; la liberación de un millón de instintos heredados, sobre los cuales Ellen no tenía más dominio que sobre la luz del sol. Si pensaba en algo era en la necesidad de pegarse, como un animal, contra la tierra, cubierta por un manto verde, perdida en la soledad' de la naturaleza. A ella se dirigía, buscando inconscientemente una madre. El amor era como un pájaro en las profundidades de su alma, como un manantial de agua fresca y pura, mucho tiempo escondido bajo la tierra y que por fin salía a la superficie por una convulsión.

Ellen perdió gradualmente su rigidez. Su cuerpo se aflojó. Se revolvió hasta que sus ojos percibieron los encajes que el sol dibujaba con las ramas de los arbustos. Algunas gotas de agua caían a su alrededor. El aire caliente estaba cargado del olor de la resina seca y de la fragancia de los abetos, mezclada con las emanaciones sulfurosas de los relámpagos. El nido en que yacía era caliente y agradable. Ningún ojo, salvo los de la naturaleza, la podían ver en su abandono. Una inefable y exquisita sonrisa corría por sus labios, soñadora, triste, sensual'; la suprema realización de la felicidad, inconsciente. Sobre los ojos oscuros y expresivos de

Ellen, dirigidos a lo alto, se extendía un velo, una gasa luminosa. Miraba con atención, y sin embargo no veía. La soledad' la envolvía en sus secretas y sencillas prisiones de roca, árbol, y nube y sol. Por su piel corrían las múltiples sensaciones sin nombre de un organismo vivo de extremada sensibilidad. No podía estarse quieta, pero todos sus movimientos eran dulces y suaves, involuntarios. Tendía lentamente la mano para coger algo invisible o estiraba perezosamente todos los miembros, con un palpitar largo y tranquilo de su pecho. -Ellen no sabía lo que sentía. Aquella hora sublime que estaba viviendo caía fuera del radio del pensamiento. Aquella felicidad era como el despertar de todo un mundo a la vista de un hombre. Tenía algo que era de, las edades pasadas. Su corazón, su sangre, su carne, hasta los mismos huesos, estaban llenos de emociones que eran comunes a los hombres antes del desarrollo de la inteligencia, cuando el salvaje vivía sólo para las sensaciones físicas perceptibles. De todas las facilidades, los gozos, las glorias de que él, el hombre, es heredero, aquella de intensa y exquisita preocupación de los sentidos libres del peso del pensamiento, era la más grande. Ellen sentía la ley de la vida en sus inescrutables designios. El amor era la única realización de su misión en la tierra.

La negra tormenta con sus cárdenas cintas de los relámpagos y los velos grises del agua que caía, el abismo de púrpura, como un mar de color entre las montañas, la gloriosa luz dorada del sol, todo aquello había encantado sus ojos con la belleza del universo. Abrió, de pronto, las ventanas de su ceguera. Cuando se arrastraba por la verde alfombra había sido para escapar de las percepciones demasiado vivas. Necesitaba encerrarse entre cosas tangibles. Y allí su cuerpo quiso pagar tributo a la ley de la vida. Convulsiones, reposo y luego la insoportable sensación de lo que la rodeaba y de su propio corazón. En cierto modo era un animal bravío, solo en el bosque, forzado por la ley de la naturaleza que le impone la reproducción de su especie. Era al mismo tiempo un ser infinitamente más alto, traspasado por el irresistible y misterioso transporte que la vida puede dar a la carne.

Y cuando pasó el espasmo, en su mente se dibujó la figura del hombre a quien amaba: Juan Isbel. Después la emoción del pensamiento volvió a dominarla. No era su amor lo que ella amaba, sino a un hombre vivo. Súbitamente empezó a existir, de una manera tan viva, que le veía claramente, casi le sentía. Toda su alma, toda su vida, le llamaba, pedía su protección, su amor, para salvarse, para cumplir con la ley. Ninguna bruma empañaba la blanca llama; desde el instante en que había mirado la oscura cara de Juan, sintió que le amaba, pero no se dio cuenta de ello; ahora lo comprendía y se inclinaba humildemente, dominada por algo que estaba más allá de su comprensión. El recuerdo la llevó a los comienzos de su pasión... a las tres veces que le había visto. Todas sus miradas, todos sus actos, todas sus palabras volvían a ella ahora con la luz de la verdad. ¡Amor nacido de pronto! Así lo había jurado é1, con amargura, con elocuencia, desdeñado sus dudas. Un dulce éxtasis la invadía. ¡Qué débil y frágil parecías su cuerpo... demasiado pequeño, demasiado ligero para la terrible hoguera que ardía en él!

Su corazón tenía que rebosar o romperse. Su memoria implacable la perseguía y sus pensamientos giraban en fantástico remolino; la emoción la arrebataba otra vez.

Por fin se enderezó sobre sus rodillas, como si se sintiera impulsada a la acción. Le parecía que aquel primer beso de Juan Isbel, frío, tímido y gentil, estaba aún sobre sus labios. Y sus ojos se cerraron y cálidas lágrimas cayeron por las mejillas. Sus manos trémulas encontraron solamente las ramas muertas y las piñas caídas de los árboles. ¿Había extendido los brazos para abrazarle? Duros y violentos, sobre sus labios, su garganta y su 'cuello sintió aquellos otros besos de Juan y con su recuerdo electrizante llegó la verdad: ahora hubiera dado su alma por ellos. Se rindió a aquel irresistible amor. La pérdida de su madre y de todos sus amigos, su vagar de un lugar salvaje a otro igual, su vida solitaria entre hombres rudos y atrevidos la

había preparado para aquel violento amor que dominaba toda soberbia, que engendraba humildad y mataba el odio. Ellen se secó las lágrimas.

-Iré a él -se dijo-. Le contaré mi amor y le pediré que me lleve lejos. Lejos, lejos, al fin del mundo, lejos de aquí, antes de que sea demasiado tarde.

Era un momento solemne y bello. Pero las últimas palabras la perseguían con insistencia.

-¿Demasiado tarde? -murmuré.

Súbitamente le pareció que la misma muerte se había levantado en su alma. ¡Demasiado tarde! ¡Era demasiado tarde! Había matado su amor. Aquella sangre de Jorth que había en ella, aquel odio venenoso... había elegido el único medio de herir a aquel noble Isbel en el corazón. Con un vergonzoso olvido de su dignidad, se había mofado de él y manchado ella misma con una vil mentira. Se estremeció bajo el latigazo de este hecha inconcebible. ¡Perdido! ¡Perdido! Podría ser lo que le había asegurado a Juan que era. Si antes había sentido vergüenza, ahora se sentía degradada a sus propios ojos. Y su hubiese dado su alma por sus besos, ahora se hubiera matado por ganar otra vez su respeto y consideración. Juan le había ofrecido la diferencia que siempre deseó y el amor que podía salvarla. ¡Qué horrible equivocación había cometido! La sangre de su padre, no la de su madre, la sangre de los Jorth había sido su ruina.

Otra vez volvió a caer sobre la alfombra de agujas de pino, con la cara contra el suelo, y allí sollozó y se retorció en una agonía desesperante y torturadora. Todo lo que había sufrido no era nada comparado con aquello.

Había despertado a un magnífico y redentor amor por un hombre a quien se imaginaba que odiaba; un hombre que se había batido por ella y hasta matado en venganza de aquella infamia que ella confesaba. Había perdido su amor y, lo que era infinitamente más para ella en su presente ignominia, su fe en su pureza. Aquello le partía el corazón.

XI

Cuando Ellen, completamente rendida de cuerpo y alma, volvió a su casa aquel día, se extinguía un melancólico crepúsculo. Algunos relámpagos brillaban todavía en el negro horizonte, hacia el oeste. Las cabañas estaban desiertas. Antonio y la mejicana se habían marchado. Ellen extrañó esta circunstancia, pero estaba demasiado cansada y abatida para pensar mucho en ello. Puso agua y pienso ella misma a su caballo, que dejó en el corral, y se acostó sin cenar y sin quitarse los vestidos, cayendo inmediatamente en un profundo sueño.

Algo la despertó durante la noche. Los coyotes aullaban y de ello dedujo que debía acercarse el amanecer. Le dolía todo el cuerpo y tenía la mente embotada. Lentamente volvía a hundirse otra vez en su sopor, cuando oyó el rápido golpear de los cascos de caballos al trote. Se enderezó a escuchar. Los hombres volvían. El temor y la sorpresa alejaron de ella el estupor. Los caballos se detuvieron en el corral donde había dejado a E- s. Le oyó relinchar. Por el sonido de los cascos dedujo el número de caballos; debían ser seis u ocho. Voces bajas de hombre se mezclaron con las pisadas de los animales y con el ruido de las sillas al ser dejadas en el suelo. Después el pesado andar de unas botas sonó en el porche, delante de la cabaña de enfrente. Una puerta chirrió en sus goznes. Un paso lento, acompañado del ruido de

unas espuelas, se aproximó a la puerta de Ellen y una pesada mano llamó. Comprendió que aquella persona no podía ser su padre.

-¡Eh! ¡Ellen!

Reconoció la voz de Colter. Algo en su tono hizo correr un estremecimiento por su espina dorsal, que actuó como una corriente vivificadora. Ellen despertó completamente de su letargo.

-¡Eh! ¡Ellen! ¿Estás ahí? -volvió a preguntar Colter en voz más alta.

-¡Clara que estoy aquí! -replicó Ellen-. ¿Qué quieres?

-Me alegro mucho de que estés en casa. Antonio se ha ido con su parienta y estaba preocupado por ti.

-¿Quién está contigo, Colter? -preguntó Ellen sentándose en la cama.

-Rock, Wells y Springer. Tade Jorth estaba también con nosotros, pero le hemos tenido que dejar en una cabaña.

-¿Qué le pasa?

-Pues que tiene una herida muy respetable - contestó lentamente Colter. Ellen, oyó sonar las espuelas de Colter como si hubiese movido los pies con embarazo.

-¿Dónde están mi padre y el tío Jackson? -Un silencio bastante embarazoso para aumentar el terror de Ellen siguió a su pregunta. Finalmente la voz de Colter sonó algo distinta de la que era antes.

-Están un poco más lejos en el sendero. Tenemos que encontrarlos donde dejamos a Tad.

-¿Vais a volver a marcharos?

-Me parece... y tú nos acompañarás.

-No - contestó ella.

-Sí, aunque te tenga que llevar en un paquete -contestó él con energía-. No es prudente quedarse aquí más tiempo. Ese maldito mestizo Isbel con su partida está sobre nuestra pista,

Aquel nombre era como una hoja de acero candente entrando en el corazón de plomo de Ellen. Deseaba dirigir cien preguntas a Colter, pero no pudo pronunciar ninguna.

-Ellen, tenemos que escapar y escondernos -continuó Colter con ansiedad-. No puedes quedarte aquí sola. Supón que te cogen los Isbel. Te colgarían desnuda de la rama de un árbol. Ellen, tienes que venir... ¿no oyes?

-Sí, ya voy -contestó como a la fuerza.

-Muy bien y muévete razonablemente de prisa. Tenemos que hacer el equipaje.

El tintineo de las espuelas de Colter y sus lentos pasos se alejaron de la cabaña. Arrojando las mantas se puso en pie, contemplando un momento el interior de la cabaña en la penumbra gris del amanecer. Frío, vacío y oscuro como su vida, como su porvenir. Se veía obligada a hacer lo que era odioso para ella. Como una Jorth, tenía que avanzar por senderos extraviados y perderse en la espesura como un conejo. El interés del momento, el presentimiento de los acontecimientos la impulsaron. Ellen abrió la puerta para dejar entrar la luz. El día rompía por el este con una luz intensa de color de acero, a través de la cual aún brillaba la estrella de la mañana. Una llamarada anunció la llegada del sol. Ellen se soltó el pelo y se peinó. Un dolor extraño la asaltó a la vista de las agujas de pino que aún llevaba adheridas a las trenzas. Luego se lavó la cara y las manos. El almuerzo era una cosa trabajosa y ella tenía hambre. El sol, al salir, hizo cambiar el mundo gris de la selva. Por primera vez en su vida, Ellen odiaba la dorada claridad, el maravilloso azul del cielo, el grito penetrante del águila; y aquella mañana descuidó las ardillas que venían a comer en sus manos.

Colter volvió. O Ellen no le había mirado antes con atención o había cambiado. Su inspección de aquellas delgadas y duras facciones descubrió más atributos de tejano que había observado antes. Sus ojos grises eran tan claros y tan fieros como los de un águila. El color gris arenoso de su cara y el largo bigote caído ocultaban los secretos de su mente, pero no su

fuerza. En el momento en que se cruzaron sus miradas, Ellen descubrió en él una fuerza a la que instintivamente se sintió opuesta. Colter no había sido tan atrevido ni tan rudo como Daggs, pero era la misma clase de, hombre, quizá más peligroso por su reserva y por su hermetismo.

-Buenos días, Ellen. Estás muy guapa, aunque te miren unos ojos fatigados.

-No me hagas cumplidos, Colter. Y tú no tienes los ojos fatigados -replicó la joven.

-Cansado estoy de pies a cabeza, de montar, batirme y estar tendido en el suelo-dijo él bruscamente. -Cuéntame lo que haya pasado.

-Es una historia bastante larga, y ahora no tenemos tiempo. Espera hasta que hayamos llegado al campo.

-¿Tengo que llevarme mis cosas o dejarlas aquí? - preguntó Ellen.

-Creo que es mejor que las dejes aquí.

-Pero si no volvemos...

-También creo que pasará bastante tiempo antes de que volvamos-dijo Colter evasivamente.

-Colter, yo no voy a marcharme al bosque con lo que llevo encima y nada más.

-Ellen, tenemos que llevarnos toda la comida que podamos. Esto no es una visita a los vecinos y no tenemos muchos caballos de carpa, pero haz un lío con las cosas que quieras y con lo que mayormente vayas a necesitar, que ya lo echaremos en alguna parte.

Colter se alejó por el sendero y Ellen se encontró mirando con desconfianza su elevada figura. ¿Era la situación que la llenaba de dudas o era su intuición que la prevenía contra aquel hombre? La joven no podía decidir, pero tenía que irse con él. Sus prejuicios no eran razonables en momentos tan críticos. Y todavía no sabía que ella era la sola responsable de sí misma.

Cuando llegó el momento de hacer el paquete de sus cosas se encontró en un mar de dudas. Escogió éste y desechó aquél y luego al revés. Después de las cosas de su madre, lo que más estimaba eran los regalos de Juan Isbel. No podía abandonar nada de aquello.

Mientras estaba eligiendo y empaquetándolo todo, Colter volvió a entrar en la cabaña,, y sin hablar palabra empezó a revolver en el rincón en que su padre tenía sus cosas. Esto irritó a Ellen.

-¿Qué buscas ahí? -preguntó.

-Tu padre necesitará sus papeles y el oro que se ha dejado aquí y una muda. ¿No lo crees tú así?-contestó con- frialdad Colter.

-Desde luego. Pero podría yo hacer el paquete. Colter no se molestó en contestar a esto y siguió buscando en el mismo rincón sin preocuparse mucho de cómo tiraba las cosas a su alrededor. Ellen volvióle la espalda. Cuando se marchó se dirigió al rincón de su padre y vio que Colter no había tomado ni papeles ni dinero, sino solamente el oro. Quizás estaba equivocada, porque no había visto a Colter salir y no sabía si llevaba un paquete o no, pero de todas maneras lo único que echaba de menos era el oro. Todos los papeles de su padre, viejos y polvorientos, estaban esparcidos por todas partes. Los reunió, metiéndolos en sus paquetes.

Colter, o alguno de los hombres, había ensillado a Espadas, que estaba atado a la cerca del corral mordiendo el bocado y golpeando la arena con los cascos. Ellen envolvió carne y pan en su impermeable, y colocó éste en la parte trasera de la silla, pero como tenía que esperar, se quedó junto a su caballo. Viendo como los hombres empaquetaban las cosas, observó que Springer llevaba la cabeza vendada por debajo del sombrero. Sus movimientos eran lentos y sin energía. Temblando por do que veía, Ellen no quiso hacer conjeturas. Demasiado pronto sabría lo que había pasado; muy pronto tal vez se encontraría ella misma en medio de otra batalla. Observaba a los hombres que empaquetaban todas las provisiones que iban sacando de las dos cabañas. Más de una vez sorprendió a Colter mirándola, y no le gustó la mirada.

-Voy a decirle adiós a Sprague -le dijo a Colter.

-Nada de eso -contestó él.

Había una autoridad en su tono que irritó a Ellen, y alguna otra cosa que reprimía su irritación. ¿Qué es lo que existía de nuevo en él? Los otros dos tejanos se reían fuerte y Colter los hacía callar con duras maldiciones contenidas. Ellen se alejó hasta donde no pudiera oírlos y se sentó en un leño, donde permaneció hasta que Colter la llamó.

-Monta.

Ellen cumplió esta orden, y siguiendo a los tres hombres se encontró pronto en el camino, dejando atrás lo que durante varios años había sido su hogar. No volvió la cabeza ni una vez siquiera. Esperaba que no volvería a ver aquella repugnante imitación de un rancho.

Colter y los otros tres llevaban los caballos de carga a través del prado, lejos de los caminos y loma arriba a la floresta. No tardó mucho en descubrir Ellen que lo que Colter quería era esconder sus huellas. Zigzagueaba a través del bosque, evitando los claros polvorientos y los lechos de arcilla seca en verano, pero que en invierno estaban llenos de agua. Escogía la hierba y la alfombra de agujas de pino. Ellen los seguía y se entretenía observando sus huellas. Colter había indudablemente practicado bastante aquel juego de esconder su rastro y demostraba en ello la habilidad de un cuatrero, pero la joven no creía que pudiera despistar a un verdadero baqueano. Probablemene, sin embargo, las intenciones de Colter eran solamente dejar un rastro difícil de seguir y que le diese a él y a sus acompañantes tiempo suficiente para huir de sus enemigos. Sin embargo, Colter parecía esperarla y lo mismo les pasaba a Springer y a Wells, porque todos estaban de un humor sombrío y siniestro que contrastaba con su descuido y frialdad habituales.

Lo que era seguro es que no buscaban los caminos fáciles del bosque. Atravesaron la loma espesamente poblada de árboles y descendieron a otro cañón; salieron de éste atravesándolo y así, a través de rocosos y escarpados declives, se dirigían hacia el nordeste y con cada milla llegaban a un país más salvaje y áspero hasta que Ellen, perdiendo la cuenta de los cañones y de las lomas, se encontró con que no tenía la más ligera idea de dónde podía estar. No se detuvieron a mediodía para que descansasen los cansados y sudorosos animales.

En circunstancias en que el placer hubiese sido posible, Ellen hubiera gozado de aquella maravillosa selva, siempre espesándose y oscureciéndose. Pero la belleza de los cañones y de las lomas cubiertas de vegetación la dejaba fría. Veía y sentía, pero no se emocionaba. La floresta parecía más rica y más verde a medida que se alejaban hacia el' oeste. La hierba se hacía más espesa. Las rocas eran de color de bronce y de cobre y en algunas había verdes manchas de liquen.

Ellen sintió el sol en su mejilla izquierda y vio que el día se acababa y que Colter seguía alejándose hacia el noroeste. Nunca hasta entonces había viajado por un bosque tan espeso ni por cañones tan agrestes. Hacia la puesta del sol se detuvieron en el más salvaje y quebrado de todos los cañones. Colter se dirigió hacia la derecha, buscando un sitio por donde bajar a un barranco cubierto de álamos. Bajó del caballo y los demás siguieron su ejemplo. Elle» se encontró con que no podía conducir a Espadas, porque se escurría por la loma, y le dejó libre de bajar como pudiera. Ella misma se deslizó, agarrándose a las ramas de los arbustos. Oía a los caballos resoplar y uno de los paquetes se aflojó y hubo que descargar al caballo que lo llevaba y dejarlo que bajase rodando por la pendiente. Umbrosa, fresca, y húmeda, aquella quebrada le parecía a Ellen el lugar más salvaje que había visto en su vida. Veía las copas de los árboles doradas por el sol poniente, lejos por encima de su cabeza. Volvieron a cargar al caballo que había perdido su fardo y reanudaron el camino, ahora a lo largo de aquel cañón. No había rastros de caballos, pero los de venado eran numerosos. El sol se hundía y el cielo se oscurecía, pero la caravana seguía avanzando, y cuanto más adelantaban, más salvaje era el aspecto del cañón.

Por fin Colter se metió por una espesura y entró en un cañón lateral que Ellen no había siquiera visto. Este cañón se ensanchaba y acababa en una especie de bolsa redonda, aparentemente cerrada y tan solitaria como la podían desear unos cuatreros perseguidos. Escondidas entre las jaras y los árboles se veían dos cabañas iguales a las que había en el rancho de Jorth. Ellen sintió olor a madera quemada, y al darles la vuelta a las cabañas descubrió una brillante hoguera. Un hombre estaba en pie al lado, contemplando a Colter y a su partida; evidentemente los había oído llegar.

-¡Hola, Reina! -gritó Colter-. ¿Cómo está Tad?

-Sigue bien -contestó, inclinándose sobre el fuego en el que asaba trozos de carne.

-¿Dónde está mi padre? -preguntó Ellen, volviéndose a Colter.

Él siguió deshaciendo un paquete como si no la hubiese oído.

El Reina la miró. La luz de la hoguera iluminaba sólo una parte de su cara. Ellen no pudo ver su expresión. Pero de que el Reina no contestase a su »rejunta, la joven dedujo una catástrofe. El largo viaje a caballa la había preparado para acostumbrarse al sigilo y la taciturnidad de los hombres que tienen que recurrir a la fuga. Quizá su padre se había retrasado o quizás estaba todavía en la misión de muerte y destrucción que le asediaba; o quizás, y más probablemente, su ausencia obedecía a alguna razón más sombría. Ellen se volvió a atender su caballo sin añadir una palabra. Al volver hacia el fuego, se acordó de su tío.

-¿Mi tío Tad está aquí? -preguntó.

-Sí, ahí está-contestó el Reina señalando una de las dos cabañas.

Ellen se precipitó hacia la oscura puerta vio como los maderos de la cabaña se habían abierto y en qué mal estado estaba todo. Al asomarse a ella, Colter la siguió y le puso con confianza una mano imperiosa en un hombro. Ellen dejó que aquella mano se quedase por un momento allí. ¿Debía estar siempre repeliendo a aquellos rudos hombres entre los cuales se veía obligada a vivir? Ellen se sentía quebrantada y débil de cuerpo y alma, pero sea lo que fuera lo que Colter quería significar con su familiaridad, ella no lo podía sufrir y se escapó de debajo de su mano.

-¿Estás aquí, tío Tad? -preguntó. Oía a los ratones roer y percibió el olor a polvo y madera vieja de una cabaña fuera de uso desde hacía mucho tiempo.

-¡Hola, Ellen! -contestó una voz que ella reconoció como de su tío, aunque le pareció extraña-. Sí, aquí estoy. He tenido mala suerte. Y tú, ¿qué tal estás?

-Muy bien, tío. Solamente cansada y aburrida...

-¿Cómo tienes la herida, Tad? -interrumpió Colter. -Me molesta menos, pero de todas maneras no estoy nada bien. Escupo sangre todavía. Le he estado diciendo al Reina que aquella bala se me ha quedado en los pulmones, pero él se empeña en que no.

-No te preocupes, Tad -dijo Colter con un buen humor que Ellen vio que no era más que indiferencia. -¿Para qué me voy a preocupar? -exclamó Tad-. Todo se ha acabado para nosotros.

-Cállate -contestó secamente Colter-. Ni a ti ni a nosotros nos hará ningún beneficio que nos lo digas. Tad Jorth no contestó a esto. Ellen oyó su respiración, que no le pareció natural. Era apresurada y rasposa, y parecía que se detenía en la garganta. Luego escupió. Ellen se tuvo que apoyar en la pared. Estaba respirando entre sangre.

-¿Tienes dolores, tío? -preguntó.

-Sí, Ellen, me arde esto como un infierno.

-¿Puedo hacer algo por ti, tío?

-No. El Reina ha hecho todo lo que podía hacer un hombre, y ahora... como no sea rezar...

Colter se rió de esto con la risa fría y perezosa de un tejano, pero Ellen sintió lástima por su tío herido. Siempre le había detestado. Borrachín y jugador, derrochó la hacienda de su padre; ahora era un cuatrero, un fugitivo herido quizá mortalmente.

-Sí, tío, rezaré por ti -dijo dulcemente. El cambio de su voz tenía una nota de tristeza que ella había percibido en seguida.

-Ellen, tú eres el único Jorth bueno en toda la maldita familia-dijo él- Ahora lo veo; entre todos te hemos metido en un infierno.

-Todavía no, tío.

-Pero será, Ellen, a menos que...

-Calla, no digas tonterías - dijo rudamente Colter. Ellen se asombró de que Colter pudiera dominar a su tío, aun estando herido. Tad Jorth no había sido hombre que recibiese órdenes de nadie, y menos de un cuatrero de la Banda del Machete. Este Colter empezaba a crecer en la consideración de Ellen tanto como físicamente se elevaba por encima de ella, sombrío, inmóvil y amenazador.

-Ellen, ¿te ha dicho Colter algo de Lee y Jackson? -preguntó el herido.

-Me ha dicho que papá y el tío Jackson nos vendrán a buscar aquí. - La oscuridad de la cabaña parecía fortificar a Ellen para ayudarla a soportar más desgracias.

Oía a su tío respirar con dificultad; tosió y escupió de nuevo.

-Ellen, te han engañado. No vendrán a buscarnos nunca aquí.

-¿Por qué no? -murmuró Ellen.

-Porque tu padre y el tío Jackson -sollozó el herido- están muertos y enterrados.

Ellen sintió que las rodillas cedían a su peso, y cayó en la hierba contra la pared de la cabaña, fue un choque terrible. No se desmayó ni se mareó, ni perdió la vista, pero durante algún tiempo se suspendió en su mente el proceso del pensamiento. Súbitamente volvió con un dolor en el corazón y la emoción de una pérdida íntima e irreparable; después, la amarga comprensión.

Una hora más tarde, Ellen encontró fuerzas para acercarse a la hoguera y participar de la comida y bebida que su cuerpo necesitaba.

Colter y los demás hombres la servían solícitos y en silencio, dirigiéndole de cuando en cuando furtivas miradas por debajo de sus sombreros de fieltro. La noche caía como un manto negro. No había estrellas, el viento gemía entre las ramas de los pinos y todo aquel lugar estaba en armonía con los pensamientos de Ellen.

-Muchacha, eres valiente -dijo Colter con admiración-. No creo que lo hayas sacado de los Jorth.

-Tad es valiente también -observó el Reina, en débil protesta.

-No para mí -replicó Colter-. Cualquiera es valiente cuando tiene a muchos alrededor... Pero Lee y Jackson siempre fueron unos miedosos hasta las uñas. Eran de Louisiana, ninguno nació en Tejas. Desde luego no eran más tejanos de lo que yo lo soy. Ellen debe de tener otra sangre.

-¿Dónde puedo dormir?

-Te daré una luz y puedes hacerte una cama al lado de Tad -replicó Colter.

-Sí, eso me gustará.

-Si te eres que le vas a hacer hablar, estás bastante equivocada -declaró Colter con aquel timbre de voz que azotaba los nervios de Ellen como un látigo de acero-. Le he regañado y le he mandado que no hable. Hablar le hace toser y le revuelve la sangre... Además me parece que debo ser yo el que te cuente cómo tu padre y tu tío fueron muertos. Tad no lo vio, parque estaba herido cuando pasó. Todos los que quedaron tienen su idea sobre ello, pero yo soy el que lo sabe mejor.

-¡Dímelo ya, Colter! -gritó Ellen.

-Ven por aquí -dijo él, y la separó un poco de la hoguera, a la sombra de los árboles-. ¡Pobre muchacha! Lo he sentido mucho. -Y colocó uno de sus largos brazos alrededor de su

cintura. Ellen lo sintió, pero no opuso resistencia. Todas sus facultades estaban absorbidas por una triste y morbosa anticipación.

-Ellen, tú sabes, desde luego, que yo siempre he estado enamorado de ti -dijo con voz contenida.

-No, Colter, para mí eso es una novedad y no precisamente la que quisiera oír.

-Bien, puedes, oírlo ya. Es verdad, y lo que es más, tu padre me encargó de ti antes de morir.

-Creo que mientes, Colter.

-Te juro que no, Ellen -contestó él con pasión-. Yo he estado con tu padre hasta el fin, y he oído sus últimas palabras. Él sabía, desde luego, que yo te amo desde hace muchos años, y me dijo que prefería mejor que yo quedase encargado de tu cuidado, antes que otro cualquiera.

-¿Mí padre me ha dado a ti en matrimonio? -murmuró Ellen con asombro.

La seguridad de Colter no llegaba hasta este punto, e indudablemente la pregunta de ella le llegó a desconcertar por un momento.

-¡Casarme con un cuatrero, con uno de la Banda del Machete!

-Tu padre era de la banda de Daggs, lo mismo que yo -afirmó Colter recobrando su dominio.

-¡No! -gritó Ellen.

-Sí, durante muchos años. En Tejas y aquí en Arizona. Y él fue quien hizo que Daggs viniese a este país. Ellen trató de escapar. Pero su fuerza y su valor se desvanecían, y Colter aumentó la presión de su brazo. Se sintió desfallecer. ¿No podría huir a su destino? No le quedaba, al parecer, nada por que luchar.

-Bueno, entonces..., pero no me aprietes tan fuerte. Dime cómo lo mataron y quién..., quién.

Colter se inclinó de manera que pudiera mirarla a la cara. En la oscuridad, Ellen percibió el brillo de sus ojos y sintió la fuerza viril del hombre que la apretaba. Todo le parecía irreal, un sueño horrible. La soledad, los gemidos del viento y aquel cuatrero con la mano y la voluntad, como el acero.

-Volvimos a la taberna de Greaves - empezó Colter-. Como Greaves estaba muerto, todos nos permitimos libertades con sus licores y varios de nosotros se emborracharon. Bruce y Tad también lo estaban. Tu padre bebió más de lo que yo le he visto beber nunca, pero no estaba excesivamente borracho. Tenía uno de aquellos accesos de debilidad. Lloraba y quería que alguno de nosotros fuese a dos Isbel para acabar con la lucha. Desde luego, él estaba dispuesto a abandonarla. Yo creo que la muerte de Daggs y el modo horrible de apuñalar a Greaves que tuvo Juan, le había asustado. Me dijo a mí: «Colter, vamos a ir por Ellen y a dejar este país por otro donde no nos conozca nadie y podamos empezar de nuevo nuestra vida.

-¿Dijo esto de veras? ¿Lo pensaría así en realidad? -murmuró Ellen con un sollozo.

-Te lo juro por la memoria de mi madre -contestó Colter-. Cuando llegó la noche, los Isbel se acercaron en la oscuridad y empezaron a disparar sobre nosotros. Golpearon la puerta y quisieron quemarnos vivos. Gritaron por alrededor durante un rato y por fin se fueron. Creímos que no volverían ya más en toda la noche, pero de todas maneras estuvimos en guardia. Yo era el más sereno de todos y el que mandaba par el momento en la partida. Habíamos tenido algunas riñas por la bebida y tu padre dijo que, si seguíamos así, sería el fin de los Jorth. Proyectaba enviar recado por la mañana a Gastón Isbel, diciéndole que estaba dispuesto a hacer las paces. Me había designado a mí para ir a pactar las condiciones con Gastón. Tu padre se acostó en la habitación de Greaves y poco después entró en la misma tu tío Jackson. Algunos de los otros se acostaron en la taberna y se durmieron. Yo estuve de guardia hasta las tres de la madrugada, pero ya no podía tener los ojos abiertos, y desperté a

Wells y a Slater para ponerlos de guardia en cada extremo de la casa. Después me acosté en el mostrador y me dormí.

La voz contenida de Colter, su respiración precipitada, su agitación y sobre todo la sencillez y crudeza de los detalles eran otras tantas pruebas de convicción para Ellen. Sus dudas sobre él las había producido su extraña actitud hacia ella, pero la emoción dominaba la inteligencia. Las imágenes de las escenas que invocaba Colter eran tan verdaderas como la tenebrosidad del barranco, y la soledad de la noche tan evidente como que ella estaba inerte en los brazos de un cuatrero.

-Al poco rato desperté -siguió Colter tosiendo para aclarar su garganta-. Estaba amaneciendo y todo parecía tan sereno coma la muerte..., pero algo pasaba. Wells y Slater habían empezada a beber otra vez y estaban borrachos o dormidos. Les di de puntapiés, pero no despertaron. Entonces oí un gemido que venía del cuarto donde estaban tu padre y tu tío. Entré. Apenas había luz bastante para ver que tu tío yacía en el suela casi cortado en dos, muerto. Tu padre estaba en su lecho, vivo, pero exhalando su último suspiro. Me dijo: «El mestizo Isbel nos asesinó mientras dormíamos.» La ventana estaba abierta y vi las huellas de los mocasines de Juan Isbel, que había pisado la sangre de tu tío y dejaba sus pasos marcados hasta la ventana, Por allí había entrado, Tú misma puedes ver las señales de sangre si volvemos a casa de Greaves. Tu padre se iba a toda prisa. «Colter -me dijo-, encárgate de Ellen. » Y crea que con eso quiso decir mucho. Luego murmuró: « ¡Por Dios, si ya hubiera podido ver a Gastón antes, de que fuera demasiado tarde! », y murió. Desperté a los demás y hacia la salida del sol salimos del' poblado para enterrar a tu padre y a tu tío, y los Isbel estuvieron tirando sobre nosotros mientras enterrábamos a nuestros muertos. Entonces fue cuando hirieron a Tad. Luego salimos escapados para el rancho y, Ellen, esto es todo lo que tenía que contarte. Tu padre estaba dispuesto a olvidar sus rencillas con su viejo enemiga y ese Juan Isbel, como el bárbaro salvaje que es, asesinó a tu padre ya tu tío. Les hizo sufrir torturase del infierno, todo por venganza de los Isbel.

Cuando cesó la voz ronca de Colter, Ellen susurró, con labios tan fríos como el hiela

-Déjame, déjame aquí sola.

-Sí, Ellen, comprendo -replicó Colter-. No quería decírtelo, pero tenías, de una manera u otra, que saber la verdad sobre ese mestizo. Yo meteré tu equipaje en la cabaña y te extenderé las mantas.

La soltó y se alejó en la oscuridad. Como un peso muerto, Ellen empezó a doblegarse hasta que cayó tendida al lado del leño. Y allí permaneció fría inerte, sin vida en lo que a su parte física se refería. No veía nada ni sentía nada. Ni, el frío de la noche, ni el rocío. Por el momento estaba aplastada por la desesperación; se hundía en un abismo sin fondo donde lóbregas pasiones se disputaban su cuerpo y su alma- en un tempestuoso infierno. En su desesperación deseaba la muerte. Nacida de la infidelidad, con sangre maldita en sus venas, errante de un lugar salvaje a otro más salvaje aún, nunca había conocido el amor y la paz, la felicidad de un hogar; abandonada a hombres brutales, de instintos viles y llevada por su extraño destino a amar a un mestizo, a un Isbel, a un enemigo hereditario de los suyos y por fin implacable asesino de su padre. ¿Para qué quería vivir? ¡Venganza! ¡Ojo por ojo! ¡Vida por vida!, pero no podía matar a Juan Isbel. El amor de una mujer puede convertirse en odio, pero no el amor de Ellen Jorth. Podía arrastrarla del cabello, maltratarla y convertirla en un objeto odioso, apuñalarla en su salvaje e implacable sed de venganza, pero con su último aliento le diría que le amaba, que le había mentido para matar su fe, su extraña fe en su pureza. Que fuera él, entre todos los hombres, el que reconocía lo que ella era, su honestidad sin mancha. Era terrible y abrumador. Era, ciertamente, traidora a los Jorth; traidora como su madre lo había sido para los Isbel. Esta agonía y destrucción de su alma era la amarga fruta del Mar Muerto. Purgaba los pecados de sus padres.

-Tengo que acabar can todo-murmuró entre las sombras. No era cobarde, no la asustaba el dolor de la carne destrozada ni el misterio de la muerte. Sería fácil, una última emoción, un transporte de humillación y una suprema prueba de amor a Juan; besar la roca del Rim donde él había posado sus plantas y lanzarse después al abismo. Ella era la última de los Jorth y así los Isbel quedarían cumplidamente vengados.

-¡Pero él nunca sabrá, nunca sabrá que le mentí aquel día! -le dijo al viento de la noche.

Estaba perdida; no tenía en la tierra esperanza de paraíso. No tenía derecho ni a vivir ni a morir. No era nada más que una semilla en el camino de la vida, una semilla hollada por muchos pies y enterrada en el fango. No era más que un hilo podrido en la red del amor, del odio y de la venganza.

Se hundía cada vez más. ¿No tenía fondo aquel pozo de desesperación? Si Colter hubiese vuelto la hubiera encontrado convertida en un harapo, en una criatura degradada, buena para aceptar sus viles abrazos; para ser lanzada más hondo al fango en castigo de haber traicionado el amor noble de un hombre y su propia condición de mujer, para acabar con su cuerpo, su mente y su alma. Pero Colter no volvió.

El viento gemía, las lechuzas ululaban, los insectos susurraban su melancólico canto nocturno; la hoguera se apagaba. Los árboles parecieron cerrarse más sobre Ellen. Todo lo que cuchicheaba en su desesperación, todo lo que confesaba en su vergüenza era verdad y tan duro como la vida podía serlo, pero ella pertenecía a la Naturaleza. La tierra solitaria de los árboles, las flores, dos arroyos; donde las rocas musgosas podían hablar y la soledad tenía oídos; un mundo lleno de pájaros y bestias donde ella se había sentido siempre una parte de la creación.

Una débil chispa de esperanza rompió las tinieblas de su alma.

La oscuridad del cielo, la sombra de las nubes se rompió para mostrar una estrella radiante, blanca y fría como un ojo tranquilo del universo, más allá de todo entendimiento, ilimitable en sus significados del presente, pasado y futuro. Ellen la contempló hasta que las nubes la volvieron a ocultar a sus cansados ojos.

¿Qué tenía aquella estrella que ver con el infierno? La vida podía haber aplastado e inutilizado a Ellen, pero había algo más allá. Nacer, vivir, sufrir y morir. ¿Podía ser esto todo? La desesperación no amenguaba en el corazón de Ellen; la opresión de su pecho no cedía, pero con las largas horas, el extraño acercamiento de la selva rodeándola cada vez con un círculo más estrecho y las apariciones de aquella maravillosa estrella, adivinaba sutilmente el significado de los violentos latidos de su corazón. Una voz que tronaba por fin en su conciencia le decía que la fe de un hombre en una mujer no debía ser más grande y más noble que su fe en Dios y en la eternidad y... el vuela de su alma hacia su destrucción logró ser detenido.

XII

Rompía el amanecer gris, sombrío y helado cuando Ellen se arrastró hasta la cabaña, y metiéndose bajo las mantas durmió con el sueño de la más completa postración.

Despertó a una hora que parecía ser ya de la tarde. El sol brillaba a través del resquebrajado techo de la cabaña. Tad Jorth yacía en un primitivo lecho de ramas de árbol cubierto de mantas. La luz del sol caía sobre su faz pálida y angulosa con el sello de los

sufrimientos impreso en todas sus líneas. No estaba muerto, porque Ellen sentía su respiración.

Bajo las mantas de Ellen, el suelo era de arcilla desnuda. Estaba sola con Jorth en la cabaña, que no contenía nada más que sus lechos y las hierbas silvestres que crecían sobre los viejos leños. La mitad de la cabaña estaba cubierta por un techo de toscos tablones que formaban una especie de desván tendido hasta la cabaña de al lado, formando el techo una especie de porchado entre las dos habitaciones. No había separación. Una escala formada por dos troncos jóvenes y con travesaños desiguales daba acceso a este desván.

Ellen sintió el olor del humo y de carne que se freí« y oyó voces de hombre. Miró al exterior y vio que Slater y Somers se habían unido a la partida, una adición conveniente para la defensa, pero que no mejoraba en nada su situación personal. Somers siempre le había parecido un individuo a quien era mejor evitar.

Colter la vio y la llamó:

-Ven a comer, para que te vuelvan los colores.

Sus camaradas se echaron a reír, pero no fuerte, sino con precaución, como si el ruido fuera una cosa que se debía evitar. Despertaron a Tad Jorth, que empezó a quejarse fuertemente en su lecho.

Ellen corrió a su lado y vio que tenía una elevada fiebre y que su situación era crítica. Cada vez que se movía se le abría una herida que tenía algo más arriba de la tetilla derecha. Pudo ver que no habían hecho por él nada más que atarle una venda al cuello y sujetarle con ella el brazo. El mísero vendaje se le había soltado. Acercándose a la puerta gritó:

-Traedme un poco de agua.

-Cuando Colter se la trajo estaba buscando en un paquete alguna toalla que pudiera servirle de vendaje.

-¿No ha habido entre vosotros ninguno con la suficiente vergüenza para cuidar a mi tío? -inquirió.

-¡Diantres! -rezongó Colter-. Ya hemos hecho lo que se ha podido. ¿No te parece que fue bastante trabajo traerle hasta aquí desde el Rim? No había nada que hacer por él y así se la he dicho.

-Yo haré por él lo que pueda -afirmó Ellen.

-Muy bien, adelante. Espero que cuando aquel mestizo me dé de puñaladas, tú estarás cerca para atenderme igual.

-Parece que estás muy seguro de tu destino, Colter.

-Tan seguro lo tengo como el infierno -murmuró. Colter torvamente-. Somers ha visto a Juan Isbel y a su partida que seguían nuestro rastro hasta el rancho.

-¿Vamos a esperarlos aquí?

-He estado regañando con los demás sobre esa misma cuestión. Yo estoy por dejar el país, pero el Reina, ese maldito bandido, está empeñado en matar a Blue, el vaquero que dijo que era King Fisher, el viejo bandido de Tejas. Salo el Reina está buscando otra vez la guerra. Tampoco quieren dejar aquí a Tad solo.

Colter se apoyó en el quicio de la puerta y cuchicheó rápidamente

-Ellen, no puedo dominar a esta gente. Vámonos los dos. Yo tengo el oro de tu padre. Esta noche podemos escaparnos y dejar este país. -Y murmurando más cosas por la bajo, Colter se volvió hacia sus camaradas. Ellen recibió así la primera indicación de su cobardía, y la mención del oro de su padre le sugirió pensamientos que, persistían a pesar de sus esfuerzos para poner toda su inteligencia al cuidado de su tío. Éste volvió en sí lo suficiente para reconocerla y ver que le cuidaba; le ció las gracias con una mirada que penetró profundamente en Ellen y cambió la dirección de sus pensamientos. Sus sufrimientos y muerte inminente, que ella podía aliviar y retardar, despertó en Ellen la piedad, olvidándose de sus propias: penalidades. Pasó

la mitad' de la noche atendiéndole, aplacando su fiebre y haciéndole estarse quieto. Bien comprendía que a no ser por sus cuidados habría muerto haría muchas horas. Por fin se durmió.

Y Ellen, sentada a su lado en la solitaria y silenciosa oscuridad de aquella hora, recibió otra vez la intimación de la Naturaleza; aquellos vagos y misteriosos estremecimientos de lo más profundo de su ser, aquellos cuchicheos de la noche y de la selva. Algo grande no quería soltar su alma. Y seguía pensando.

La atención hacia el herido ocupaba a Ellen, y pronto redobló sus actividades, encontrando en ello algo como una protección contra Colter.

Había tratado de abrazarla cuando iba hacia un manantial por agua, pero Ellen, más lista que él, le esquivó. -¿Qué, te vienes conmigo? -le preguntó.

-No; me quedo con mi tío -había replicados ella.

El motivo pareció convencerle. Ellen veía que Colter y sus camaradas estaban en el último reducto y se desmoralizaban bajo la severa prueba. Tenían el nervio y el valor de los indómitos hijos de las montañas, pero sólo hasta un grado limitado. Colter parecía obsesionado por su pasión hacia Ellen, y aunque ella, en su soberbia, no le temía, comprendía que debía ser peligroso. Después de aquel incidente vigilaba siempre con cuidado y no se apartaba del lado de su tío, a no ser que Colter estuviera ausente. Uno o más hombres vigilaban constantemente por los alrededores del cañón.

Pasaban los días, uno tras otro, en expectación. Vigilaba y atendía a su tío, esperando una hora que parecía fijada.

Colter parecía un perro siguiendo siempre el rastro de Ellen. A cada momento la importunaba con sus pretensiones de fuga o la asustaba con la amenaza de los Isbel, para rogarle que se entregase a él. Llegó a no tener más momentos de descanso que cuando comía con los demás hombres o cuando por la noche se encerraba en la cabaña. No ofrecía, sin embargo, mucha seguridad la puerta cerrada. Con un golpe de sus poderosos brazos podía hundirla. Él sabía esto tan bien como Ellen, quien no tenía, a pesar de ello, el miedo que se pudiera suponer. Estaba el rifle a su lado y aunque no permitía a su imaginación hacer reflexiones sombrías sobre su posible uso, el hecho de estar allí al alcance de su mano le daba valor. Colter era un gato jugando con un ratón, pero no estaba todavía seguro de su presa. Ellen llegó a conocer horas de debilidad, de debilidad física y mental, espiritual y moral, cuando bajo el peso terrible y creciente de aquella expectación no se sentía capaz de luchar contra su abatimiento, su descenso de vitalidad, al mismo tiempo que resistía bizarramente los ataques de Colter. Entraba a lo mejor en la cabaña, y sin preocuparse en lo más mínimo por la presencia de Tal Jorth, trataba de hacerle atrevida y desvergonzadamente el amor. Cuando la cogía en uno de sus momentos de debilidad y podía tomarla en sus brazos y besarla, se ponía fuera de sí. En momentos tales, si algo quedaba en él de dulzura y de gentileza, se manifestaba dejándola escapar cuando, al parecer, estaba a punto de desmayarse. Debía Colter estar obsesionado con el hecho de que Ellen le rechazase unas veces con firmeza y desdén y otras, en cambio, no fuera capaz de resistirle.

Ellen se había escapado en dos ocasiones de una de aquellas crisis, y una duda que como nocivo y venenoso hongo se apoderaba poco a poco de su mente, le hacía adivinar instintivamente que se aproximaba la crisis final.

Y esta vez no llegaban reacciones a su espíritu. ¡Desear ser buena y noble y comprender que no era ninguna de las dos cosas! ¡Qué horrible! ¡Hundirse cada vez más bajo! ¿Tendría ella que marchitarse allí como uno de aquellos leños podridos? Y peor que todo, era la creciente desesperanza. ¿Para qué? ¿Qué importaba? ¿Quién se acordaría jamás de Ellen Jorth?

-¡Oh, Dios! -murmuró en su angustia-. ¿No me queda nada, nada?

Siguió un período de menos tormento para Ellen. Su tío había, al parecer, mejorado un poco y Colter la: dejaba en paz. Esta última circunstancia asombraba a Ellen. No podía comprenderla, a menos que la amenaza de los Isbel fuese ahora tan formidable que la hubiera olvidado a ella, por el momento.

Una brillante mañana de agosto, cuando había empezado a descuidar su eterna vigilancia y a respirar sin opresión, se encontró con Colter, quien, sombrío y silencioso, la cogió y la levantó del suelo. Ellen luchó violentamente por librarse, pero la gran sorpresa la había privado casi enteramente de su fuerza, y aquella debilidad que la paralizaba la asaltó con más violencia que nunca. Sin esfuerzo aparente, Colter la llevaba andando a grandes pasos y alejándose de las cabañas hacia el borde de la espesura de álamos al pie de la pared del cañón.

-¿Dónde me llevas, Colter? -pudo gritar por fin.

-¡Por Dios que no lo sé! -contestó él con voz vibrante de pasión-. He sido un imbécil no llevándote antes lejos de aquí. Pero esperaba que algún día me quisieras... Y ahora la banda de Isbel nos ha acorralado. Somers ha descubierto al mestizo en las rocas y Springer ha visto a los demás por los alrededores. Yo he vuelto corriendo por mi caballo y por ti.

-Pero no podemos dejar al tío Tad.

-No tenemos más remedio -replicó Colter-. No creo que Tad se vuelva a preocupar mucho por ti cuando Juan Isbel lo encuentre.

-¡Déjame quedarme! -imploró ella-. Yo le salvaré. Colter se rió de lo absurdo de su ruego y de su pretensión. La volvió a dejar en el suelo.

-Estáte quieta -ordenó. Ellen vio su caballo bayo ensillado, con mantas y con un paquete, atado a la sombra de un álamo. Con manos ligeras, Colter lo desató y, sin separar apenas su mirada ardiente de Ellen, montó y luego se acercó a ella-. ¡Monta! Pon un pie en el estribo.

Su voluntad era tan irresistible para Ellen como su poderoso brazo, y se encontró sentada delante de él. El caballo salió al trote. Con los duros movimientos y la fuerte presión de la mano de hierro de Colter, su posición era en extremo penosa. Sus rodillas y sus pies golpeaban contra las ramas. Él hizo galopar a su caballo a través de la densa espesura de sauces que ocupaba la entrada del cañón lateral, y cuando salió al otro, más grande y despejado, hizo correr al animal todavía más. Llegaron a una nueva pendiente donde Colter puso el caballo al paso a tiempo de evitar a Ellen una seria contusión. Otra vez se nublaba el sol. Estaban entre pinos. Colter paró de súbito el caballo con un violento tirón. Ellen oyó un grito en el que reconoció la voz del Reina.

-¡Vuelve, Colter, vuelve atrás!

Con una imprecación, Colter hizo volver a su montura, y apenas había arrancado el aguijado caballo, cuando Ellen sintió una violenta sacudida como algo que frenara aquel impulso, y, arrancándola a Colter, la levantara de la silla lanzándola a través del aire. Cayó en una tierra blanda, cubierta de espesa hierba, y no sufrió más que la sacudida, que la dejó sin aliento. Antes de que pudiera levantarse, ya Colter estaba ayudándola vio al caballo que yacía con la cabeza ensangrentada. Estaban rodeados de altos pinos. Sonó un disparo.

-¡Corre! -rugió Colter y salió él mismo corriendo, arrastrándola de la mano.

-¡Aquí estamos, Colter! -gritó otra vez la voz aguda del Reina.

Ellen corría con todas sus fuerzas, con el corazón en la boca, sin ver más que un vértigo de pinos y una pared de verdura. Perdió el equilibrio y se caía, pero la tenaza de hierro que oprimía su mano no la dejó caer; siguió arrastrada en medio de una densa sombra. Estaba ciega; el remolino de árboles se había desvanecido. Voces y tiros sonaban lejos. Algo negro se extendió sobre sus sensaciones. Luego todo se volvió gris, una latente confusión de objetos espectrales y alargados, y cuando recobró del todo los sentidos era conducida en brazos por en medio de la selva.

-¿Qué hay, pequeña? Ha sido demasiado para ti -dijo la voz de Colter, haciéndose más dura y clara.

La llevaba ligeramente en brazos. Ellen veía su cara como una mancha gris en la que poco a poco se dibujaban las facciones, hasta que la vio distintamente, pálida y sudorosa, con los ojos fríos y magníficos por su intensa llama. Colter volvió la cabeza para mirar a través del bosque, y su movimiento denunció una aguda vigilancia. Las venas de su cuello tostado estaban marcadas como cuerdas. Dos de sus camaradas caminaban a su lado. Ellen oía sus pasos y sentía a Colter volverse de un lado a otro. Procedían con cautela, temiendo lo que viniera por detrás, pero sin fiarse mucho de lo que tenían delante.

-Haríamos mejor andando despacio y mirando antes de saltar -dijo uno, que Ellen conoció era Springer.

-Seguro. Aquella colina desnuda no me gusta, teniendo por los alrededores a nuestro amigo Juan -contestó Colter poniendo a Ellen en pie en el suelo.

-Es difícil acertarle. Yo le he disparado cuatro veces -dijo otro de los cuatreros.

Éste era el sardónico, Somers, quien llevaba dos rifles y dos cananas.

-Ya no estás tan pálida como estabas, Ellen -observó Colter, y la cogió por la barbilla con mano familiar-. Siéntate aquí, que no quiero que te acierte una bala, y como no avisan...

Ellen cumplió de buena gana este deseo. Había empezado a recobrar fuerza y discernimiento, pero todavía se sentía nerviosa. Observó que estaban al borde de una ladera bien poblada de árboles, desde donde podía ver el fondo del cañón cubierta de hierba. Springer, Colter y Somers vigilaban atentamente todos los puntos cardinales, especialmente el camino por donde habían venido. Evidentemente temían ser seguidos o rodeados, pero no manifestaban mucha precaución. Somers encendió un cigarrillo; Springer se limpió la cara y empezó a contar los cartuchos que le quedaban en: la canana medio vacía. Colter estiraba su cuello, largo coma el de un buitre, y espiaba ansiosamente por todas partes.

-¡Escuchad! -dijo de pronto inclinando un poco la cabeza hacia un lado, con el oído en la dirección de donde soplaba la ligera brisa.

Todos escucharon, Ellen sentía los latidos de, su corazón, al sonido del viento en las hojas, los golpes de un pájaro carpintero y otros sonidos débiles y lejanos que no podía determinar.

-Son venados, creo -dijo Somers.

-No nos han empezado a seguir la pista todavía. Les hemos hecho más daña que ellos a nosotros.

Springer se quitó el sombrero y metió uno de sus sucios dedos por un agujero de bala que tenía en la copa. -Mirad qué cerca me han dado. Estaba detrás de un tronco, escuchando y observando, y, en cuanto levanté la cabeza un poco, alguien me estropeó el sombrero.

-¿Dónde está el Reina? -preguntó Colter.

-Estaba conmigo al principio -dijo Somers-. Y cuando empezó a aplacarse el tiroteo, después de que yo me cargué a aquel individuo corpulento de cara roja y pelo blanco que andaba con Juan Isbel...

-Ése es Blaisdell, me parece -interrumpió Springer.

-El Reina se cansó de estar tendido -siguió diciendo Somers-; necesitaba más acción. Le oí rezongar algo y cuando le pregunté qué le pasaba, se levantó y dijo que iba a acabar con aquella manera india de batirse y se metió por el bosque.

-Desde que aquel vaquero dijo que era King Fisher, el Reina se ha ido poniendo más y más sombrío. No lo puede remediar y hará lo mismo que Blue nos hizo a nosotros. Y le va a costar caro, pero es tejano y lo hará - declaró Colter.

-¿Y crees que en realidad Blue era King Fisher? -preguntó Somers.

-No -contestó Colter con un gesto desdeñoso de la mano-. Muchos han tomado prestado el nombre de King Fisher, pero éste está enterrado hace ya muchos años.

-Puede ser, pero acuérdate de que lo que hizo Blue fue de un verdadero hombre-dijo Somers.

El objeto de la conversación irritaba a Colter, que pasó a otra cosa con un gesto despectivo de su mano.

-¿Cuántos quedan del equipo de Isbel? -preguntó.

-No sé, pero los suficientes -respondió Somers-. El bosque estaba lleno de balas... ¿Los contaste tú, Springer?

-No -contestó éste con sequedad-. No vi más que al mestizo, pero creo que estaba nervioso.

-¿Estaba Slater cerca de ti cuando gritó?

-No; estaba al lado de Somers.

-¡Qué manera más rara de proceder tuvo Slater! -interrumpió Somers-. Una bala le dio en la nalga cuando estaba tendido; no creo que fuera peligrosa la herida, pero le dolía tanto, que se levantó de un salto, presentando un blanco tan grande como un árbol y los Isbel le acribillaron.

-Entonces fue cuando le acerté yo a Bill Isbel -declaró Colter con satisfacción-. Cuando me mataron el caballo, tuve que cuidarme de Ellen y no pude coger mi rifle. Me vi obligado a correr como visteis, y como no tenía más que el revólver, no pude hacer más que tenderme y escuchar como silbaba el plomo. Wells estaba de pie detrás de un árbol a unos treinta metros de mí. Le acertaron y empezó a arrastrarse hacia donde yo estaba, conservando todavía su rifle. Yo me arrastré también a su encuentro, pero en la mitad, él no pudo seguir. Me acerqué, tomando el rifle y su canana y entonces vi a Bill Isbel y le acerté en medio del cuerpo. Se dobló y dio un par de vueltas hasta que cayó por el Rim. Debe estar por aquí, debajo de aquella espesura de álamos. Me gustaría verle.

-Estarías tan loco como el Reina si lo intentases -dijo Somers-. Aún no hemos salido del bosque.

-No. Y yo he perdido mi caballo. ¿Dónde habéis dejado vosotros los vuestros?

-Abajo, en el cañón, entre aquellos sauces. Tendremos que ir por ellos antes de anochecer, porque ninguno estaba atado.

-¿Qué vamos a hacer ahora, Colter? -preguntó Springer.

-Esperaremos aquí un poco; luego cruzaremos el cañón y por detrás de aquel acantilado volveremos, a la cabaña.

-¿Y después qué? -inquirió Somers mirando a Colter con poca confianza.

-Después tenemos que comer y que coger mantas -respondió Colter, irritado-. Y además podemos escondernos allí en las cabañas, donde pelearemos mejor que si salimos a buscar pendencia en el bosque,

-Pues tú crees que la buscabas -observó Somers.

-Sí, y que te llevabas a la muchacha -agregó Springer-. Me parece curioso a mí.

Y los dos :bandidos contemplaron a Colter con desconfianza. Lo que él pensase replicar nunca se supo, porque su mirada, siempre fija por los alrededores, se había fijado de pronto en una cosa.

-¿Es aquello un lobo? -preguntó señalando al Rim.

-Sí. es un lobo grande -afirmó Somers-. Nos debe haber olfateado.

-Sigue a la largo del Rim -observo Colter-. Y no muestra inquietud alguna. Me parece una buena señal. Puede ser que los Isbel se hayan ido por el otro lado.

Para mí es mala señal -rezongó Springer sombríamente.

-¿Por qué? -inquirió Colter.

-Yo he visto ya antes a ese animal. La primera vez creí que era un lobo ; la segunda estaba al lado de los Isbel. Y ahora estoy seguro de que es el perra lobo que Gastón Isbel tenía para guardar sus ovejas.

-Bueno. ¿Y qué importa que lo sea?

-Pues que entonces no nos tenemos que molestar en escondernos -afirmó Somers sentenciosamente-. Con ese perro, Juan Isbel le seguiría el rastro a una cigarra.

Colter murmuró una imprecación. Indudablemente tal posibilidad ponía el asunto en condiciones diferentes. Todos se quedaron silenciosos, ocupados con sus pensamientos y una vigilancia cuidadosa de todos los puntos. Somers se metió entre la maleza y volvió pronto con un aspecto misterioso.

-He oído algo -cuchicheó señalando hacia atrás con el pulgar-. Piedras que rodaban y chocaban. Nada de venados. Creo que sería una buena idea que explorásemos un poco las inmediaciones.

-Id vosotros; yo vigilaré desde aquí-contestó Colter.

-No, hombre, no -dijo Somers, mientras Springer hacía señales de inteligencia.

Colter se enfadó, pero no lo dejó traslucir. Pensó un momento y finalmente se volvió hacia Ellen.

-Espéranos tú aquí hasta que volvamos. Y si no volvemos dentro de un tiempo razonable, cruzas el cañón y te metes por aquellos sauces hasta las cabañas. Esperas hasta el oscurecer. -Con lo cual se posesionó de uno de los rifles que tenían de sobra y otra canana y se reunió silenciosamente con los demás. Juntos se metieron por los jarales.

Ellen no deseaba otra cosa que cumplir los deseos de Colter. Allí se hallaba su tío, a quien habían dejado desamparado, y estaba ansiosa por volver a su lado. Además, aunque quisiera escapar de Colter, ¿dónde podía ir? Sola en los bosques se perdería y se moriría de hambre. Tenía que quedarse con la facción de Jorth hasta el final, que no parecía muy lejano.

El tiempo pasaba. Algunos tiros sonaron lejos, a su derecha, y fueron contestados por otros que sonaban mas cerca. El combate había empezado otra vez. Pero no sonaron más disparos. Las moscas zumbaban, el sol seguía su viaje hacia el oeste, la brisa cálida y suave movía los álamos, los cuervos graznaban y charlaban las ardillas rojas.

Un aullido corto y agudo electrizó de repente a Ellen, haciéndola enderezarse a escuchar. No era un lobo y no podía ser un coyote. Otra vez lo volvió a oír. Era el ladrido de un perro de ganado. Lo había oído muchas veces y lo conocía bien. Se movió hasta colocarse, de manera que pudiera ver el rocoso acantilado. Pronto percibió un animal! que en realidad parecía un lobo grande, pero otro aullido la convenció de que era realmente un perro. Observándolo, pronto comprendió que quería bajar por el acantilado. Corría de un lado para otro y al fin desapareció. A los pocos momentos sus ladridos sonaban más abajo, en la base del acantilado, y ahora eran los gritos de un perro inteligente que está tratando de llamar a alguien en su ayuda. Ellen se convenció de que el perro se hallaba cerca de donde Colter había dicho que estaba el cuerpo de Bill Isbel. ¿Ladraría el perro de aquella manera si el hombre estuviese muerto? Ella creía que no.

Nadie llegaba y el continuo aullar del perro alteraba los nervios de Ellen. Eran gritos que pedían socorro, los que, por fin, la joven no pudo resistir más. Desde el tremendo susto que tuvo cuando mataron el caballo de Colter y éste la arrastró a través del bosque, no se había repuesto de su temor a los Isbel. Pero la calma y la reflexión la habían convencido de que era difícil que en sus manos estuviera en peores condiciones de lo que estaba en manos de Colter, y se lanzó al encuentro del perro.

El lugar en que ella estaba era llano por espacio de algunas cientos de metros y luego empezaba a subir hacia el Rim. No sonaban lejos los ladridos del perro, pero la última parte de la distancia era una subida fatigosa por rocas y a través de espesas malezas. Por fin llegó a la base del, acantilado, descubriendo que no era muy alto. El perro la había visto y venía hacia ella cuando la descubrió. Era grande y lanudo, gris y negro, con cara salvaje y aguda y ojos que confirmaban la reputación que Springer le había atribuído.

-¡Hola! -le gritó Ellen-. ¿Qué pasa por aquí? Volvió a ladrar; sus orejas perdieron su tiesura y meneó la cola. ¡Qué mirada tan clara e inteligente le dirigió! Luego salió trotando. Ellen le siguió y detrás de un ángulo del acantilado vio el cuerpo de un hombre que yacía de espaldas. La tierra fresca y la grava que había alrededor de él atestiguaban su caída desde lo alto. No llevaba puestos chaqueta ni sombrero y la posición de su cuerpo indicaba tener rotos las miembros. Al acercarse Ellen vio una enorme mancha de sangre en la camisa. Pero podía levantar la cabeza y estaba en sus sentidos cabales. La joven no reconoció 1'a cara polvorienta y desolada, pero las facciones le eran extrañamente familiares.

-¿Es usted la hija de Jorth? -preguntó con voz débil y sorprendida.

-Sí -contestó Ellen-. ¿Y usted es Bill Isbel?

-Todo lo que queda de Bill Isbel, pero doy gracias a Dios porque ha venido por fin alguien, aunque sea un Jorth.

Ellen se arrodilló a su lado y examinó la herida que tenía en el vientre. Una bala de gran calibre, como Colter había dicho, 1e había atravesado el abdomen. Aunque no tuviera otras lesiones a causa de la caída por el acantilado, aquella terrible herida significaba la muerte en poco tiempo. Ellen se estremeció. ¡Qué inexplicables eran los hombres! ¡Qué crueles, sanguinarios y despreocupados!

-Lo siento, Isbel, pero no hay esperanza -dijo en voz baja-. No le queda a usted mucho tiempo de vida. No puedo hacer nada por usted... Bien sabe Dios que lo haría si pudiese.

-Todo se ha acabado -suspiró con la vista perdida en el espacio-. Me alegro... Pero hay algo que puede usted hacer por mí... ¿Querrá usted?

-Sí, dígame -contestó ella levantando su cabeza polvorienta y retirándole el pelo que le caía sobre la frente.

-Tengo algo en la conciencia -murmuró él.

La mujer, la sensitiva, le comprendió y le compadeció.

-Sí -le dijo animándole.

-Yo he robado ganado de mi padre y de Blaisdell y tenía tratos con Daggs..., toda la culpa no estaba del lado de los Jorth... y quiero que lo sepa mi hermano Juan...

-Trataré de decírselo -murmuró Ellen; estaba asombrada.

-Todos éramos mala gente, excepto Juan -siguió diciendo Isbel-. Mi padre tampoco era leal'... ¡Cómo odiaba a Jorth! Ahora ya están iguales.

-¿.Cómo es eso? -preguntó, Ellen.

-Su padre mató al mío... Por fin mi padre quiso salvarnos a todos y mandó recado al suyo de que quería encontrarse con él de hombre a hombre. Se encontraron en el camino, pero alguien disparó desde la taberna y su padre acabó de matarle con el revólver.

-Y después su hermano Juan asesinó a mi padre -añadió Ellen con inconsciente amargura.

-¿Qué? -murmuró Bill Isbel-. Está usted equivocada. Juan podía, creo yo, haber matado a su padre..., pero no lo hizo. Todos lo encontraron extraño.

-¿Quién mató a mi padre? -preguntó Ellen con una voz que vibró como el golpe de un, martillo en sus propios oídos.

-Blue. Entró en la taberna solo y se encaró con toda la banda. Les dijo que era King Fisher y mató a su padre y a Jackson Jorth. Juan estaba fuera, en la parte trasera de fa casa, y los demás estábamos enfrente. Todos tiramos. A Colmor le dieron. Blue salió malherido..., los dos murieron en el corral de la casa de Meeker...

-¿De modo que Juan Isbel no ha matado a ningún Jorth? -preguntó Ellen con una voz extraña y profunda.

-No -afirmó Isbel-. Y esta guerra ha sido más dura para él que para nadie... Él nunca ha vivida aquí... Y mi hermana Ana dice que se enamoró de usted... ¿Es verdad?

Lágrimas ardientes llenaban los ojos de Ellen.

-Sí -murmuró.

-¡Lástima!... Podía... un hombre siempre ve las cosas diferentes cuando se está muriendo... Si yo pudiera empezar a vivir de nuevo... ¡Mis pobres hijos... abandonados en su infancia..., todo por nada!... ¡Que Dios me perdone!

Pidió agua. Ellen volvió a dejar su cabeza en el suelo, y tomando su sombrero corrió por la ladera abajo haciendo rodar las piedras. Su cabeza era un volcán. Saltando y resbalando por la ladera bajó hacia el fondo del cañón hasta la orilla del riachuelo, bordeado de sauces. Llenó el sombrero de agua y volvió sobre sus pasos, ahora despacio y con cuidado. La tremenda revelación de Bill Isbel transfiguraba el mundo que la rodeaba.

No vertió una gota del precioso líquido; no dio un solo paso en falso. Era, sin embargo, tan grande su abstracción, que no se dio cuenta de que había llegado al final del empinado declive hasta que el perro ladró como dándole la bienvenida. Se arrodilló llena de emoción a mitigar la sed' de aquel enemigo cuyas palabras habían cambiado la debilidad en fuerza, odio en amor, y el sombrío infierno de su desesperación en algo inefable. Pero volvía demasiado tarde. Bill Isbel estaba muerto.

XIII

Juan Isbel, llevando a Shepp, el perro lobo, en traílla, seguía el rastro del más peligroso de los hombres de la banda de Jorth : el Reina. Oscuras gotas de sangre en las piedras y las evidentes señales de los agudos tacones de las botas de un jinete indicaban el rastro de un fugitivo que andaba lentamente. Juan sujetó al perro y procedió con el ojo avizor y las precauciones de un indio.

El Reina, fiel a su clase y emulando a Blue con la misma magnífica temeridad y paralizadora rapidez, había aparecido como por encanto la última noche en el campamento de los Isbel. Juan le vio primero a tiempo de saltar como una pantera e internarse en las sombras, pero se llevó en el hombro la primera bala de aquel terrible encuentro. Los tiros del Reina cayeron todos sobre Gordon y Fredericks, quienes, acribillados a balazos, tambaleándose, conservaron vida bastante para hacer callar las armas del Reina y mandaron a éste, vacilante, a través de la selva.

Desarmado y con una dolorosa herida, Juan se pasó la noche vigilando el campo. La mañana descubrió a Gordon y a Fredericks, tiesos al lado de la hoguera consumida y con las armas en sus manos agarrotadas. Juan los enterró lo mejor que pudo, y cuando estuvieron debajo de tierra y con piedras encima de sus sepulturas se reconoció a sí mismo como el último hombre del clan de Gastón Isbel. Y todo lo que había de salvaje en su sangre y de desesperación en su espíritu se sublevó, haciéndole más hombre y menos humano. Por tercera vez durante aquellos trágicos días, Shepp, el perro lobo, volvió a él.

Juan se lavó y vendó fuertemente la herida que le había producido el Reina. El agudo dolor era un constante y poderoso acicate para el trabajo que le quedaba por delante. El mundo entero no era bastante grande para contenerle a él y a quienquiera que quedase de la banda de Jorth. La herencia de sangre que su padre le había transmitido; el inalterable amor por una muchacha indigna que tan rudamente había desdeñado su puro y juvenil cariño; la matanza de enemigos, que tan extraños efectos le producía después; las persecuciones, las luchas, la muerte de todas sus camaradas uno por uno, todo esto había por fin engendrado en Juan Isbel

una sed salvaje, implacable; también fijó en su mente una fiera pasión, vivir y morir hasta ser él el último hombre de aquella guerra entre Isbel y Jorth.

A la salida del sol, Juan dejó el campamento, llevándose sólo un pequeño paquete de pan y carne, y con el ansioso y montaraz Shepp se lanzó sobre la pista sangrienta del Reina.

Las negras gotas -de sangre en las piedras y las huellas irregulares demostraban a Juan que el bandido estaba malherido. Aquí había caído, o quizás arrodillado, o sentado evidentemente para vendar sus heridas; Juan encontró trozos de venda ensangrentados y dejó de observar las gotas de sangre en las piedras. En una espesa floresta de álamos, el Reina había descansado, quizá dormido. Luego, con pasos vacilantes y puede que con una pierna estropeada, había salido de la oscuridad de la espesura a la cresta despejada de una colina. Allí debió de haber descansado, quizás a observar si era perseguido. Desde allí en adelante, el rastro hablaba para Juan un lenguaje perfectamente clara, el Reina sabía que era perseguido. Había visto a su enemigo. Por consiguiente, Juan procedió con la mayor cautela, sin acercarse nunca a tiro de revólver de los jarales, empleando toda su experiencia en los bosques para cazar a su hombre y salvarse él. El Reina avanzaba lentamente, bien a causa de su herida o bien porque tratase de sorprender a su perseguidor, y Juan amoldó su paso al del Reina. Desde las doce de aquel día estuvieron siempre cerca uno del otro. El contraste de la belleza, la paz y la soledad' de la selva, con la naturaleza de la huída del Reina imponía muchas veces su extraña realidad a la sombría turbulencia de la mente de Juan.

Los primeros hielos habían tocado ya las alturas con su varita mágica, y la floresta parecía un templo en el que el hombre debiera amar la Naturaleza en lugar de arrastrarse por debajo de sus bóvedas como una bestia de presa. En los claros temblaban las hojas verdes y oro de los álamos. En las cañadas ondeaban las hojas rojas y purpúreas de los arces. La alfombra de agujas de los pinos y los senderos cubiertos de hierba eran igualmente atrayentes a los ojos del hombre y de las bestias. Rayos de sol matizados de polvo e insectos atravesaban la masa de follaje. El rugido del viento en la floresta distante se combinaba con el murmullo de la suave brisa que corría por allí. Pequeñas ardillas grises corrían por todas partes mirando a Juan y a su perro con curiosidad, arañando la corteza de los árboles, charlando, ágiles e inquietas. Un melancólico canto de canarios silvestres venía de la copa de los árboles; las primeras voces de los pájaros en su peregrinación hacia el sur. Los grajos azules seguían a aquellos intrusos de la selva expresando su disgusto con graznidos. Las piñas caían con golpe sordo sobre la alfombra de hierba. Las simientes de los sauces se desprendían como una lluvia. Una fragancia de madera y tierra húmeda con la corriente de vida se mezclaba con el olor fresco y seco de la hierba.

La soledad, el descanso, la vida salvaje .y la Naturaleza reinaban allí. Era una región verde y dorada, encantadora a los ojos del hombre. Un indio se hubiera paseado allí con sus espíritus.

Aunque Juan sentía toda su elevada belleza e inescrutable espíritu, sus ojos penetrantes se fijaron osa vez en las gotas de sangre que el Reina iba dejando en las rocas. Su herida se había vuelto a abrir y Juan sintió el estremecimiento de la pantera que husmea.

Se ocultó él sol, pasó el crepúsculo y llegó la noche, arrastrándose bajo un espeso jaral, comió un poco de pan y carne, dio de comer también a su perro y se tendió para descansar y dormir. Sus pensamientos le abrumaban, pesados y negros como el manto de la noche. Un lobo aullaba su llamada a un compañero. Shepp se estremeció bajo la mano de Juan. Aquélla era la llamada que le había alejado del rancho. La sangre de lobo que había en él necesitaba la selva. Juan ató la correa a su muñeca. Cuando hubiese acabado aquel asunto, Shepp estaría libre de reunirse con sus compañeros. Luego se durmió.

El amanecer llegó frío y claro, con la hierba plateada y chispeante, con un lento caer de hojas secas. Cuando el sol salió, Juan estaba otra vez sobre el rastro del Reina. En el arroyuelo

helado en que el agua corría clara como el aire y fría como el hielo, Juan apagó su sed, apoyándose en una piedra que mostraba algunas gotas de la sangre del Reina. Éste también se había detenido allí a beber. ¿Por qué no esperaba frente a la muerte que había desafiado? ¿Dónde estaba aquel espléndido y terrible valor del bandido? El amor a la vida arrastraba al Reina hora tras hora a través de los bosques, de las rocas y de los ríos.

Llegó el momento en que el Reina no trató más de esconderse. Dejó de pensar en sorprender a su adversario, esperándole emboscado; renuncio a ocultar su rastro. Recobraba fuerzas o la desesperación aumentaba su energía, de manera que avanzó más en su huída, aunque no pasase, de todas maneras, de unas cuantas millas al día. Empezó a describir un círculo, acercándose al profundo cañón donde Blaisdell y Bill Isbel habían encontrado el fin de sus días. El Reina había, evidentemente, dejado a sus camaradas para hacer solo aquel combate final, pero ahora trataba de reunirse con ellos. Por alguna parte en, aquella soledad, el resto de la facción Jorth habría en- centrado refugio. Juan dejó que el Reina le llevase adondequiera que fuese.

Ellen Jorth estaría con ellos. El joven la había visto; fue él quien mató el caballo de Colter y había cesado su fuego porque este último se retiró llevándose consigo a la muchacha, y protegiendo su cuerpo con el de ella. Más tarde o más temprano Juan llegaría a aquel campo. Allí estaría. El pensamiento de su oscura belleza perdida entre aquellos cuatreros añadía una furia mortal a la sed de venganza que le impulsaba. Y si volvía a alardear de su degradación: ante sus ojos Juan prometíase llevar a cabo su amenaza de matarla, con lo que acabaría con la raza de los Jorth.

Llegó otra noche oscura y fría, sin estrellas; el viento gemía en la floresta. Shepp estaba inquieto; husmeaba el aire. Otra vez el triste aullido de un lobo rompía el silencio; el perro trató de escaparse. Durante la noche, mientras Juan dormía, se puso a mascar la traílla de piel de buey y consiguió romperla y escaparse.

Al día siguiente no hacía falta el animal para seguir el rastro del Reina. La niebla y una ligera lluvia habían puesto al cuatrero fuera de sí. Estaba extraviado y se daba cuenta de ello. Era extraño que un hombre maduro, curtido en cien combates, bañado en sangre, se sintiera lleno de pánico porque se había extraviado. Juan leía todo esto en su rastro.

El Reina vagó por la floresta a través de la niebla hasta que llegó a la boca de un cañón. Era uno que conducía hasta el valle. El bandido tardó en descubrirlo, y cuando dio con él, le sorprendió la noche.

El tiempo aclaró antes de: amanecer. El sol, rojo y radiante, salió por el Este, inundando de luz la cuenca. Juan vio que el Reina había seguido adelante, esperando sin duda recobrar lo que llevaba perdido. Pero en la oscuridad había trepado por las laderas cubiertas de manzanita en lugar de volver por el cañón. Y allí luchó contra aquellos extraños jarales, de nombre español, hasta que cayó exhausto.

Seguramente, esperaría, a Juan escondido en aquella endiablada espesura. Si éste hubiera estado en el lugar del otro, habría encontrado muchos sitios. Tantas rocas y tan densos matorrales alarmaban a Juan, que se acercaba a ellos con infinito cuidado. La manzanita crecía en tramos que eran impenetrables, excepto para animales muy pequeños. No era muy alta; pocas veces lo era tanto como Juan, que podía mirar por encima de ella, y de bella apariencia, con hojas pequeñas y frutos dorados, con ramas de color rojo oscuro. Aquellas ramas eran duras e inflexibles. Todas las matas tenían ramas bajas que eran tan duras como el hierro y agudas como espinos. Sólo se podía avanzar con interminables rodeos, rompiendo a través de matorrales ó andando por encima de ellos. Juan prefería este último procedimiento, no porque fuera el más fácil, sino porque le permitía ver más lejos, así es que literalmente andaba por encima de las ramas. Frecuentemente se caía y tenía que subir de nuevo, pero en general

saltaba de una mata a otra con la seguridad de un indio y con la paciencia de un hombre cuyo propósito es determinado e inmutable.

En aquella ladera orientada al sur bajo el Rim, el sol caía con fuerza, sin que la más ligera brisa viniera a suavizar el calor y, antes del mediodía, Juan estaba empapado de sudor, cansado y sediento. Le asombraba la astucia y la tenacidad con que su perseguido se agarraba a la vida. Llegó el momento en que los ardientes rayos del sol' le obligaron a dejar de andar por encima de los matorrales y tomó los senderos que serpenteaban a través de ellos. Un niño hubiera podido seguir los pasos del Reina a través de aquel laberinto. Por fin le vio lejos, delante de él, trepando como una sabandija negra por la verde ladera. Aquella vista obraba en Juan como en un perro de caza. Pero si no podía gobernar sus instintos, podía al menos gobernar sus acciones. Lentamente, pero con seguridad, seguía el rastro y ni una vez vio una mancha de sangre sin sentir el mismo estremecimiento.

El Reina se dirigía hacia el Rim y finalmente se perdió de vista. ¿Había caído? ¿Estaría oculto? Pronto vio Juan que seguía trepando. Sus ojos penetrantes sorprendieron el movimiento de la maleza y pudo seguirle de cerca, cuidando de no acercarse al alcance de los revólveres del Reina. Así pasaron las interminables horas de la tarde, y la caza siguió. .

A mitad del camino del Rim, la manzanita era sustituida por un espacio abierto y rocoso, sembrado de cedros. El Reina tomó por una loma y dejó rastros de sangre en todo su camino hasta la cima, donde en la creciente oscuridad el cansado perseguidor los perdió.

Pasó otra noche. La luz del día era implacable para el cuatrero. No podía ocultar su rastro. Pero en su último desesperado esfuerzo alcanzó un punto en el espeso monte que Juan reconoció como próximo al lugar en que se había desarrollado el combate en que Blaisdell perdió la vida y probablemente también Bill Isbel. Algo prevenía a Juan de que estaba llegando al final de la persecución. El Reina se acercaba al lugar de cita de los cuatreros. Juan cruzaba rastros de caballo de pocos días que estaba seguro eran los suyos y de su gente. Hacia la derecha de aquella colina debía estar el profundo cañón que había frustrado sus esfuerzos por acabar con los cuatreros. Un sentido inefable de inminente catástrofe, de dudas y temores, ensombrecía la mente de Juan. Sentía necesidad de reposo, de alimento, pero su espíritu le llevaba adelante de manera implacable.

La reacción del Reina duró hasta el borde de una cresta desnuda de maleza y de hierba que estaba rodeada de selva por tres lados y el otro, por un bajo desmonte que asomaba su cima por encima de los pinos. El Reina se había arrastrado a través de este claro, dejando señales inequívocas de su condición. Juan inspeccionó los tres lados del bosque y la elevación, y no gustó del' aspecto de ellos. Era más prudente mantenerse a cubierto y dar un rodeo hacia el sitio en que el rastro entrase en la selva otra vez. Pero estaba cansado, hosco, y su eterna vigilancia empezaba a decaer. Sin embargo, procedió con considerable fatiga a bordear el claro, cuando súbitamente la vista de un hombre sentado en el suelo y apoyado contra un árbol' le hizo detenerse.

Miró para asegurarse de que sus ojos no le engañaban; muchas veces, las rocas o troncos de árboles caídos tenían un extraño parecido con la forma de un hombre. ¿Sería aquél una alucinación de su mente que veía lo que deseaba ver? Juan avanzó de árbol en árbol hasta convencerse de que la figura era en realidad un hombre. Estaba sentado, pero tenía la cabeza erguida y las manos descansando sobre las rodillas, y un examen más detenido enseñó a Juan que tenía un revólver en cada mano.

¡El Reina! Por fin había recobrado su valor. No podía arrastrarse más lejos, no podía salvarse y con el valor de la fatalidad había elegido el claro para hacer frente a un enemigo y morir. Juan sintió admiración por el bandido. Avanzó fuera de los pinos con el rifle preparado. Un hombre atento no hubiera dejado de verle, pero el Reina no hizo el más ligero movimiento. Su rígida posición extrañó tanto a Juan, que se detuvo con una exclamación.

Estaba a unos cincuenta pasos del Reina y al alcance de las revólveres que tenía en las manos. Juan llamó: « ¡Reina!», pero la figura no se movió.

Siguió avanzando algunos pasos más con el rifle preparado para disparar en el momento en que el' Reina levantase una de sus armas. Su inmovilidad hizo correr un frío sudor por su frente. Se detuvo para fijar toda la fuerza de su intensa mirada sobre la inerte figura. Como un relámpago, atravesó la mente de Juan la idea de lo que pasaba. Reina estaba muerto. Se había apoyado contra el pino para enfrentarse con su enemigo y había muerto allí. Por fin la sangre de aquél no caería sobre sus manos. Gordon y Fredericks en las ansias de la muerte le habían producido heridas mortales. Juan se maravillaba. ¡Qué horrible y qué delgado estaba! Aquellos cuatro días de huída habían sido un infierno para e Reina.

Isbel llegó hasta él y dio un salto al inclinarse a mirarle. Los revólveres estaban atados a sus manos. Una mirada rápida como un relámpago le mostró que el Reina había sido apoyado 'en el árbol, y con otra descubrió las huellas de botas alrededor.

-¡Me han engañado! -rugió y no pudo ocultarse detrás del pino rápidamente que escapase a la astucia de los cuatreros que le habían preparado la trampa. Sintió el golpe y la mordedura del plomo antes de oír el estampido del rifle. Una` bala había entrado en el antebrazo izquierdo. Desde detrás del' árbol vio una nube de humo blanco a lo largo de la cima del terraplén, el mismo sitio que su vigilante mirada había señalado como amenazador. Varios fogonazos y estampidos denunciaron la emboscada de los bandidos; las balas arañaron la corteza del pino y silbaron a su alrededor. Juan vio un hombre que salía de detrás de una roca y corría inclinado buscando otra. Su rápido disparo le detuvo en la mitad del camino. Cayó, se levantó y se arrastró hasta un matorral que apenas le ocultaba. Juan disparó contra aquel matorral. No sentía dolor en el brazo herido, pero notaba aún el golpe y esto, junto con la tremenda sorpresa del engaño y el desencadenamiento de una pasión largo tiempo contenida, le hizo vaciar el! contenido de su Winchester con una terrible prisa de matar a aquel hombre.

Aquélla era la única carga que tenía para el rifle. La sangre y la pasión le habían cegado. Se maldijo a sí mismo y sus manos buscaron en el cinturón. Había perdido su revólver; lo había atado bien, pero las correas estaban rotas. Sus enemigos volvían a disparar. Las balas se hundían otra vez en el pino. Juan se inclinó cuidadosamente y cogió uno de los revólveres del Reina. Estaba vacío; los dos estaban vacíos. Juan volvió a mirar para determinar la dirección de las halas, y, marcándose una línea desde donde estaba hasta la selva, corrió con todas sus fuerzas. Ganó el refugio. Gritos agudos le avisaron de que había sido descubierto y que se presumía la razón de su carrera. Volviendo la cabeza, vio que dos o tres hombres descendían del terraplén. El relincha de un caballo asustado cruzó el aire.

Juan arrojó su rifle inútil y lanzóse por la ladera abajo, siguiendo la línea de pinos más espesa y metiéndose entre los grupos de abetos. Corría con un remolino en la cabeza. Necesitaba volver al campo donde Gordon y Fredericks estaban enterrados y procurarse allí un rifle y municiones. Sentía la sangre caliente que le corría por el antebrazo y, sin embargo, ningún dolor. La arboleda era demasiado clara para poder encubrirle. No se atrevía a correr colina arriba. Su único camino era adelante y aun éste pronto se vio cortado por un declive demasiado fuerte para bajarlo. Se detuvo jadeando, y oyó el ruido de los cascos que pegaban en 1a piedra y luego en terreno blando. Sus enemigos habían visto la dirección: que había tomado. No gastó tiempo en mirar; en verdad era inútil, pues mientras corría por el borde del precipicio hacia la brecha, sonó el estampido de un rifle y una bala pasó silbando por encima de su cabeza. Aquello dio alas a sus pies. Corrió como un venado, saltando troncos, zanjas y rocas con los oídos llenos por el' rumor del viento, hasta que sus ojos percibieron una espesa arboleda en el fondo del precipicio y al lado de la pared, y saltó sobre la verde masa. Su peso le hizo atravesar las ramas superiores, pero después sus brazos extendidos retardaron su caída hasta que cogió una rama delgada que le dejó suavemente en otra más fuerte, sosteniendo su

peso y desde allí ganó el tronco por el que bajó hasta que todo encima de él era denso follaje y veía debajo el suelo. Seguro de no ser visto desde arriba, avanzó suavemente y sin ruido por entre los árboles, libre de la opresión que atormentaba su pecho. Saltando un galacho que sobresalía, sombrío y cubierto de liquen gris, se detuvo para escuchar y descansar. Un ligero golpeteo de cascos de caballos en la piedra llegaba desde arriba. Sus perseguidores siguieron hacia la derecha, y aunque descubrieran que se había dirigido al cañón, por el momento se sentía libre y a salvo. Volvió su atención a la herida que tenía en el antebrazo. La bala se lo había atravesado sin romperle ningún hueso. Tenía la manga de la camisa empapada en sangre. Se remangó y vendó fuertemente la herida, pero la sangre salía a través del vendaje y le corría por la mano. Empezó a sentir un dolor sordo.

No tardó mucho en decidir qué era lo mejor que podía hacer. Por el momento había escapado y cualquiera que hubiese sido el peligro, era pasado. En un país quebrado y frondoso corno aquél no era fácil que le cogieran. Pero no le quedaba más arma que un cuchillo y tenía muy poca comida. Por consiguiente, lo inmediato era buscar su último campamento, donde podría procurarse un rifle y municiones, cocer pan y descansar antes de volver sobre la pista de los cuatreros. Tenía razones para creer que aquel cañón era el mismo en que se había desarrollado el combate del Rim.

Se levantó y siguió por debajo de los árboles hasta el espacio abierto y cubierto de hierba que veía ante sí, y según avanzaba con el paso lento y el ojo receloso de un indio, su pensamiento trabajaba.

El Reina en su huída se había dirigido constante mente hacia aquel cañón, hasta que se hubo extraviado en la niebla, y cuando volvió a encontrar su camino hizo nuevamente un esfuerzo heroico a través de los matorrales de manzanita para hallar el lugar de cita con sus camaradas, pero no había podido pasar de la loma. Pensando una y otra vez sobre ello, Juan llegó a la conclusión de que el! Reina, viendo que no podía llegar hasta donde le esperaban, decidió esperarle en el claro y había muerto en aquella posición. Por una extraña coincidencia, sus compañeros habían pasado por allí, y al verle y darse cuenta de fa situación le descargaron sus revólveres y, apoyándolo contra el árbol para engañar a Juan, habían dispuesto la astuta emboscada que no había podido acabar con el último de los Isbel. Colter estaba probablemente en el fondo de aquel plan. Desde el combate en el rancho de Isbel, que ahora parecía lejos en el pasado, aquel hombre se había convertido en un antagonista más fuerte y peligros que jamás habían sido ni Jorth ni Daggs. Antes era poco conocido de la facción Isbel y ahora era quien mandaba y dirigía a lo que restaba de la partida enemiga y quien tenía a Ellen Jorth en su poder.

La pared del cañón a la derecha de Juan se volvía cada vez más alta y quebrada y la de la izquierda empezaba a mostrar lomas pobladas de árboles y por fin un borde lleno de sauces al Oeste y otro borde bajo y poblado de pinos por el Este. Unos momentos de estudio hicieron reconocer a Juan el sitio en que se hallaba. En aquel cañón y a varias millas estaba el lugar en que el Reina había sorprendido el campamento de Juan. Por alguna parte de aquel terreno estaría el lugar en que los cuatreros se escondían.

En consecuencia, Juan procedió con la mayor cautela, absolutamente seguro de que no perdería el más pequeño ruido, movimiento o cualquier cosa extraña en el silencio del cañón. El primera de sus sentidos que registró algo fue el olfato. ¡Ovejas! Olía, con asombro, ovejas. Y desde el camino que seguía por entre los árboles veía en los espacios abiertos huellas de estos animales. Después oyó un débil tintinear de cencerros y por fin, cuando su mirada pudo alargarse algo más por e1 cañón, descubrió con asombro una mancha grisácea que cubría varios os acres de terreno. Millares de ovejas pastaban allí. Juan sabía que había varios de los rebaños de ovejas de Jorth por fa montaña, pero nunca se imaginó que estuvieran hasta tan lejos en el Oeste, a más de veinte millas del cañón de Chevelon. No descubría pastores ni

perros, pero sabía que tenía que haberlos en aquel inmenso rebaño, y que cualquiera que fuera su astucia, no podría eludir el olfato de ellos. Sería mejor volver por el camino que había traído y esperar la oscuridad para atravesar el cañón, salir de él y dirigirse hacia el punto que era su objetivo. Volviéndose inmediatamente empezó a desandar lo andado, pero casi en el mismo, instante se vio detenido por el ruido de cascos.

Venían caballos de la dirección que él quería tomar. Estaban cerca. Su rápida conclusión fue que los que le perseguían habían descendido al cañón. Una mirada circular le dijo que no tenía refugio cerca. No podía arriesgarse a esperarlos allí. La selva era escasa v demasiado clara para ocultarse en una inspección detenida. Se vio obligado a volver por el cañón, buscando un refugio o un punto de la pared donde pudiera trepar. Pegándose a 1'o, base de esta pared pasó :por el sitio en que había visto las ovejas. Siguió hasta que se inclinó bajo una espesura de sauces con ramas amarillas y delgadas y masas de follaje verde que ocultaban la pared. Encontró después un recoda en la roca, y mirando a través de los árboles descubrió una hendidura en la pared del cañón oculta por ellos. Un refugio completamente salvaje. A lo largo de la pared había señales de rastros de animales pequeños. El lugar era oloroso, como todas las espesuras, pero no seco. Todos los ruidos habían cesado, menos los trinos de los pájaros y el roer de los ratones silvestres. Una soledad ideal predominaba en la maleza. Juan decidió internarse más y esperar hasta que le pareciese prudente retroceder.

La verde penumbra se aclaró de pronto. La luz volvía a venir de lo alto y descubría un cañón ensanchado formando un prado con un sendero en el centro y una línea de árboles a cada lado.

Su sorpresa fue corta. El ruido de los caballos detrás de él le hizo correr hacia los árboles. Pero aquella franja de árboles era asimismo muy clara y había poca maleza. Podría esconderse en algún sitio pero teniendo fa seguridad de que había perros de ganado en la vecindad no pensaría en esconderse más que como último recurso. Los jinetes, quienes fueran, podían lo mismo ser pastores que no. Juan acortó su paso para mirar hacia atrás. Aún no veía a nadie, pero seguía oyendo, los caballos, aunque no tan cerca.

Apresurado y ansioso como Juan se sentía, recibió, sin embargo, la impresión de una selvatiquez singular. Sobre él el cielo brillaba como un río azul. Las paredes eran rojas y de una a otra había una distancia de escasamente cuarenta metros. Las rocas no le dejaban caminar completamente pegado a la pared. Tenía que seguir el borde de la floresta. A medida que avanzaba, el cañón se convertía en más salvaje y quebrado. Veía a través de los árboles cómo se juntaban las dos paredes, formando una depresión oval, cuya naturaleza no se le alcanzaba, pero parecía ser un pequeño claro rodeado de espeso bosque y por las elevadas paredes. Su ansiedad se convirtió en alarma. No encontraría sitio por donde escalar aquellas empinadas paredes. Jadeando, se volvió a detener. La situación volvía a ser crítica. Su condición física era cada vez peor. La falta de sueño, de descanso y de alimento; la larga persecución del Reina, la herida de su brazo y su desesperada fuga, le habían debilitado hasta el extremo de que si intentaba algún esfuerzo grande fracasaría. Su astucia pesaba todas las probabilidades.

La sombra de la pared y de los árboles le ocultaban una cabaña que por fin descubrió. Estaba escondida por tres lados, con un pequeño claro enfrente de la puerta. Era tan vieja y rústica como todas las que se había encontrado por aquellos cañones. Se aproximó con cautela y miró. La primera y rápida mirada le dijo que estaba en desuso desde hacía mucho tiempo. Pero Juan no tenía tiempo para mirar mejor. El ruido del galope de los caballos trajo otra vez el desordenado torrente de sensaciones que le había impulsado a la desesperada fuga aún no hacía una hora. Su cuerpo se estremecía bajo el impulso del instinto. Volver sería peligroso; seguir adelante, fatal. Esconderse era su única esperanza. ¡No había escondite! i Y el ruido de los cascos de los caballos, cada vez más cerca! Juan mantuvo un momento más su dominio

sobre sus sentidos. Le era casi' imposible dejar de correr. Sentía el impulso animal y primitiva antes de escapar. Lo dominó y se dirigió a la puerta de la cabaña vio que aquella cabaña se juntaba con otra. Iba a asomarse a la puerta, cuando el ruido de los caballos y de voten cerca le dio la seguridad! de que no tenía un instante que perder. A través de los árboles vio formas que se movían. Caballos; tenía que apresurarse. Al entrar, su nariz percibió el olor de madera y sus ojos advirtieron el suelo sucio. La cabaña estaba abandonada. Su mirada cayó sobre una escala que estaba apoyada en la pared. Miró hacia arriba y vio que conducía a un desván. Un impulso irresistible guiaba a Juan. Trepó por la escala y se metió en el desván. Estaba allí oscuro como la noche. Arrastróse por las vigas, toscamente labradas, y se volvió hacia la entrada, tendiéndose y permaneciendo quieto.

Lo que le pareció un momento interminable acabó cuando el ruido de los caballos se detuvo a la entrada de la cabaña. Cesó, y a los oídos de Juan llegó el ruido de unas espuelas y las pisadas fuertes de unas botas.

Bueno, querida, ya estamos otra vez en casa -dijo la voz fría e irónica de un tejano.

-¡En casa! Yo me pregunto, Colter, si habrás tenido tú una casa alguna vez... y una madre y una hermana... -fue la respuesta amarga y cáustica.

El cuerpo palpitante y calenturiento de Juan se quedó de pronto frío, y rígido por la emoción. Sus mismos huesos parecían convertirse en hielo. Durante un segundo su corazón dejó de latir. Una opresión le subía del pecho a la garganta. La voz de mujer era la de Ellen Jorth. Aquél era el sonido que él recordaba en sus sueños. Había caído en el campamento de la facción de Jorth. El destino que dispuso el fin de aquéllos de los Isbel y de los Jorth que habían encontrado la muerte había sido en verdad! duro, pero ninguna prueba, ni aun la del Reina, podía compararse con aquélla tan desesperada que a Juan le quedaba por pasar. Había amado a Ellen Jorth tierna y desesperadamente y también desdeñado su mala reputación para creerla buena. Por ella no quiso matar a su padre ni a su tío, debilitando o perdiendo quizá la causa de los Isbel. Y la amaba ahora con horror, sabiendo de sus propios labios que era indigna de su amor; la amaba más porque había sentido su terrible vergüenza. Y para él, para el último de los Isbel, había sido destinado el peor de los sinos. Quedar cogido como una rata herida, verse obligado a permanecer impotente mientras oía y veía quizá cómo Ellen practicaba sus falsas insinuaciones. Su voluntad, su promesa, su credo y su sangre le destinaban a ser el último hombreen aquella contienda. ¿Pero podría yacer allí para oír y para ver mientras tuviera un cuchillo y un brazo?

XIV

Siguió el roce del cuero de las sillas sobre el suave césped y el de las pisadas de los caballos sueltos.

Juan oyó un ruido en la puerta de la cabaña y después el golpe de un cuerpo duro contra la madera. Movió lentamente la cabeza para mirar por una hendidura entre dos tablas. Vio el brillo del cañón de un rifle apoyado contra un lado de la puerta y cómo la puerta se oscurecía. Ellen Jorth se sentó con un largo suspiro de cansancio, se quitó el sombrero y la luz brilló en el cabello castaño, que caía en una gruesa trenza. Veía su cuello curtido. Llevaba una blusa gris, sucia y rota, que colgaba de sus hombros delgados.

-¿Qué vas a hacer ahora, Colter? -preguntó de pronto. En su voz había una nota que Juan no recordaba.

-Nos quedaremos aquí -respondió él, a lo que siguió el tintineo de las pisadas de unas botas con espuelas.

-Yo no quiero estar aquí -declaro Ellen-. Me pone mala pensar que el tío Tad murió ahí, solo, abandonado, sufriendo...

-Convengo que es un poco duro para ti. Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Siguió un largo silencio, que Ellen no interrumpió.

-Han ocurrido muchas cosas desde esta mañana -dijo Colter-. Somers, y Springer no han vuelto y Antonio se ha ido... y ahora, la verdad, Ellen... ¿No has oído tiros de rifle por alguna parte?

-Sí -respondió ella sombríamente.

-¿Hacia dónde?

-Me parece que del lado del terraplén, bastante lejos. -Eso es lo que yo creo y lo que me hace pensar mucho. Ya sabes que Somers pasó por el último Campo de los Isbel y que cavó una sepultura para encontrar los cuerpos de Gordon, de Fredericks y de otro que no conocía. El! Reina cumplió su palabra; se presentó en el campo de los Isbel y mató a todos ésos. Pero, o él o Juan Isbel se marcharon dejando un rastro de sangre. Si era del Reina, ya podemos apostar a que Juan Isbel estará detrás de él; y si' era de Juan, el Reina será el que persiga. Somers y Springer no pudieron seguir el rastro; no sirven para eso, pero han estado recorriendo el bosque estos días, esperando encontrar al Reina...; puede ser que hayan encontrado a Juan Isbel en su lugar; y si es así y han escapado de él, no tardarán en llegar por aquí, y si Isbel era demasiado para ellos, seguirán mis huellas. Apostaría a que uno de los dos, Juan o el Reina, están muertos; y espero que sea Juan, porque, si no, es el último de la banda de Isbel y puede ser que yo sea el último de la banda de Jorth... No tengo muchas ganas de encontrarme con ese mestizo, y por eso digo que nos quedaremos aquí. Éste es el mejor escondite que hay en todo el país. Tenemos comida, agua y pastos para los caballos.

-¿Yo quedarme contigo aquí sola?

El tono parecía una contradicción con el' significado de las palabras. Juan contuvo la respiración, pero no podía contener la creciente agitación que parecía presagiar algún choque inesperado. Lo sentía e imaginaba que sería la catástrofe que provocaría, el sometimiento de Ellen Jorth a las proposiciones de Colter. Pero en lo más hondo del corazón de Juan vivía algo que no podía morir, algo que no podía matarse con palabras. ¡'Qué atroz era aquél momento de silencio! ¡Cómo comprendía que si su initeligencia y su emoción habían creído sus palabras, su alma no las creía todavía

Pero Ellen Jorth no determinó. Inclinó la cabeza, pensativa. Sus hombros temblaron un poco.

-¿Qué te pasa, Ellen? -preguntó Colter:

-Todas las desgracias que le pueden pasar a una mujer -contestó ella con desaliento.

-No quiero decir esa -continuó él con persuasivo tono-. No me refiero a las desgracias de tu vida. Esta ha sido muy ingrata para ti. Tu padre no servía para nada; pero quiero decir que no comprendo cómo has cambiado.

-No es fácil' que lo comprendas. Quienquiera que sea el que te trajo al mundo se olvidó de darte entendimiento, y no hablo de comprensión.

Colter se echó a reír.

-Bueno, como quieras. ¿Pero cuánto tiempo vas a seguir siendo así?

-¿Cómo? -preguntó ella con viveza.

-Esa frialdad tuya.

-Colter, ya te he dicho que me dejes sola -dijo ella con enfado.

-Antes no eras así y ya me estoy cansando de esto. La voz lenta del tejano tenía ahora una nota de inflexibilidad, un timbre que acusaba un poder ilimitado. Ellen Jorth se encogió de hombros y, levantándose lentamente, volvió a entrar en la cabaña.

-Colter -dijo-, guarda mis paquetes y mis mantas en la cabaña.

-Voy -dijo él de buen talante.

Juan vio a Ellen colocar el rifle en un hueco entre dos leños, y luego volverse lentamente de espaldas a la pared. El joven la vio bien entonces, aunque algo nuevo encontró en ella. La sombría expresión de su cara parecía la de una mujer mayor y más grave. Su mirada fija y su mente en suspenso esperaban algo. Una cara endurecida, el espectro de una belleza, una desordenada, temeraria y amarga expresión. Pero su apreciación era falsa. No era realmente aquello lo que parecía. Había sufrido un cambio incalculable, pero la belleza era la misma. Sus labios rojos estaban entreabiertos y sus ojos pensativos bajo las negras cejas eran maravillosos con su luz fría y apasionada.

Juan, en su contemplación ansiosa de la cara amada, no comprendió en el primer instante el significado de su expresión. Veía únicamente las facciones que le habían perseguido. Pero rápidamente la interpretó como la sombría decisión de una mujer que no puede resistir más. Su pecho palpitaba bajo la blusa hecha pedazos. Escuchaba y esperaba aquel paso lento y sonoro. Se empezó a acercar y con su aproximación su aspecto cambió. Ahora era una mujer que ocultaba sus verdaderos sentimientos. La oscura mirada de furor pareció hundirse y desvanecerse en sus ojos. Colter apareció en la puerta llevando un rollo de mantas y un paquete.

-Echalos dentro -dijo ella-. Creo que no hay necesidad de que te molestes entrando.

Aquello enfadó al hombre. Con una larga zancada atravesó el umbral y arrojó las mantas a sus pies y el paquete encima de las mantas. Después se sentó deliberadamente en la puerta, contemplándola. Con una mano se echó el sombrero sobre el cuello y con 1'a otra buscó en el bolsillo superior de su camisa una pequeña bolsa de tabaco y todo ello sin dejar de mirarla un instante. Ahora podía ver Juan la cara de Colter, y a su vista se agitaron con más fuerza sus pasiones.

-Bueno, Ellen, me parece que eso lo vamos a solventar ahora mismo - dijo; y con el papel en una mano y el tabaco en la otra empezó las operaciones de liar un cigarrillo, pero sin separar la vista de ella.

-¿Sí? -preguntó Ellen.

-Voy a poner las cosas del mismo modo que estaban antes y aún mejor - declaró; y el papel de fumar tembló en sus manos.

-¿Qué quieres decir? -demandó ella.

-Ya sabes lo que quiero decir -rezongó él. En la voz y las acciones se veía que aquel hombre perdía poco a poco el dominio sobre sí mismo.

-Puede ser que no lo sepa tan bien. Lo mejor es que hables claro.

Los ojos del cuatrero eran de un azul amarillento, claro como el cristal. En ellos brillaron de pronto algunas chispas de fiereza.

-La última vez que te puse las manos encima me golpeaste, y cuando me acuerdo de esto me irrito. -Pues volveré a hacer lo mismo si tratas de ponérmelas otra vez -dijo ella con una mirada dura y una arruga entre las dos cejas.

-¿De veras? -preguntó él.

-Sí.

Sin duda alguna, admitía su afirmación, pues la incredulidad y la sorpresa desaparecieron de su cara.

-He estado esperando a que me amases -declaró él con un gesto que no estaba del todo desprovisto de una emoción dignificada-. El que te me entregases sin amarme no me gustaba.

A aquellas palabras del cuatrero, Juan sintió un escalofrío que le llegaba hasta la medula. El final de sus sueños había tardado en llegar, pero por fin había llegado. Cerró los ojos. Una voz que tenía un acento sarcástico resonó a través de aquella región... aquel recinto solitario y espectral de su corazón donde albergaba su fe.

Ellen había empezado a hablar, cada vez más fuerte, pero las primeras palabras de su discurso se perdieron para Juan.

-¿ ... a ti? Yo nunca me he entregado a t y nunca me entregaré.

-Pero, mujer, yo te he abrazado y besado -expuso él suspendiendo la confección del cigarrillo.

-Sí, así lo hiciste, bruto, cuando estaba tan abatida y tan débil que no podía levantar una mano.

-¡Ah! ¿Quiere eso decir que no podría hacerlo ahora?

-Haz la prueba, Colter.

-Puede ser que la haga ahora -siguió él-. Pero es que me extrañan muchas cosas. ¿De manera que Daggs no era nada para ti?

-Lo mismo que tú -afirmó ella-. Me perseguía cuando era casi una niña, hace mucho tiempo. Yo no había conocido más que hombres como él y no podía estar a cada hora del día, a cada instante, rechazándolos.. Además, no me importaba. Era una niña y un beso no significaba nada para mí. Pero cuando empecé a saber... -Ellen bajó la cabeza en silencio.

-¿Y esperas que me crea eso? -preguntó él con ironía.

-¡Bah! ¿Qué me importa a mí que te lo creas o no? -gritó ella levantando la cabeza.

-¿Que me dices de Bruce?

-¡Canalla! Mentía, Colter, y cualquiera que fuese medio hombre siquiera hubiera conocido que mentía. -Pues Bruce se jactaba de que tú eras su amante y no era muy escrupuloso con los detalles de tu amor. Ellen miró hacia la puerta por encima de la cabeza de Colter, a la selva, como si ésta fuese su única refugio. Evidentemente sentía que en aquel hombre había más de lo que dejaba conocer en su lenta charla. Cerró los labios con firmeza como para ocultar su temblor o contener su apasionada lengua. Todavía no temía Ellen Jorth a aquel hombre, pero empezaba a temer la situación. El corazón de Juan era un caos de convicciones rotas. Nada era verdad. Podía despertarse de un momento a otro de aquella pesadilla. Sin embargo, sentía la inminencia de un gran momento, de un relámpago, de un trueno...

Colter volvió a ocuparse en el olvidado cigarrillo. Lo acabó de liar y lo encendió, todo el tiempo con la cabeza baja y pensativo. Aspiró y lanzó una nube de humo y volvió a levantar 1'a cabeza con ojos tan fríos y duros como el acero.

-¿Y :bien, Ellen, qué me dices de Juan Isbel? Nuestro amigo el mestizo que te trataba con tanta familiaridad. Ellen Jorth se estremeció como al golpe de un látigo y su cara :morena se convirtió en escarlata y palideció poco a poco.

-¡Maldito, seas, Colter! -prorrumpió con furor-. Quisiera que Juan Isbel entras por esa puerta o que saltase de ese desván. ¿Sabes que mató a Greaves por difamarme y que te mataría a ti por tus asquerosos insultos? Y ¡cómo me gustaría verle haciéndolo! ... Embustero, ladrón... Me engañaste respecto a la muerte de mi padre y yo sé por qué. Robaste el oro de mi padre y ahora me quieres a mí y esperas que yo caiga en tus brazos... ¿Es que no distingues a una mujer decente? ¿Han sido decentes tu madre y tus hermanas?... ¡Bah! ¡Es predicar en desierto! Pero, escucha esto, Colter. No soy lo que tú te crees; no soy la pícara que vosotros, mentirosos; habéis querido hacerme. Soy una Jorth, no tengo casa ni familia ni nada y me he visto obligada a vivir con hombres tan viles como Daggs y como tú, pero he sido honrada, ¿lo oyes?, honrada, y toda vuestra pobredumbre no me puede contaminar.

Colter se enderezó en toda su estatura y su laxitud se desvaneció. También se desvaneció el frío que helaba la mente de Juan, convirtiéndose en ardiente llama.

Silenciosamente sacó su cuchillo y quedó vigilante con los ojos, como los de un gato montés. En el momento en que Colter se acercase lo suficiente al borde del desván, saltaría sobre él; pero ahora podía esperar. Colter tenía un revólver al cinto y no debía dejarle 1'a oportunidad de sacarlo.

-¿De modo que querrías que Juan Isbel estuviese aquí? -inquirió Colter-. Si te hubiera tenido un poco de lástima, con esto se habría acabado.

Con un movimiento del brazo, tan rápido que Ellen no lo pudo esquivar, la empujó enviándola a través de la cabaña y quedándose en la mano una manga de la blusa. Extendió ella los brazos para rechazarle. Juan se enderezó temblando como una hoja. Colter hallábase demasiado lejos, y por ciega que estuviera oiría el ruido y tendría tiempo de inutilizar el esfuerzo que él hiciera. Volvió a aplicar el ojo a la hendidura de las tablas.

Ellen no retrocedió, ni gritó ni se movió. El instinto de la lucha se veía en todas las líneas de su cuerpo y la magnífica llama de sus ojos hubiera contenido a otro menos bestial. El largo brazo de Colter pasó por entre los dos de Ellen y acabó de arrancarle la blusa exponiendo sus hombros blancos y redondos y su palpitante seno, que instantáneamente se volvió de color de púrpura.

Dominada por la tremenda violencia del bandido, Ellen cayó de rodillas, con la cara pálida y los ojos dilatados, tratando de cubrir su desnudez con los brazos cruzados y las manos temblorosas.

En aquel momento sonó fuera el rápido batir de los cascos de un caballo y Colter se detuvo.

-¡Infierno! -exclamó-. ¿Quién será?

Con rabia arrojó los restos de la blusa a la cara de Ellen y se volvió hacia la puerta. Juan vio a la muchacha tomar la blusa y tratar de cubrirse con ella mientras se apoyaba en 1'a pared y miraba hacia la puerta. Las pisadas del caballo se detuvieron en la misma puerta.

-Colter, hay mucho que hacer -dijo fuera una voz jadeante.

-Quisiera que lo hubieses hecho tú sin interrumpirme, Springer -contestó Colter con frialdad y acritud.

-¿Sí, eh? No tardarás mucho en olvidar a la señora -contestó Springer -. En cuanto tenga aliento para cantarte...

-¿Dónde está Somers?

-Hecho añicos, si mis ojos no me engañaron.

-¿Dónde está? -volvió a preguntar Colter.

-Entre los jarales de aquel desmonte. No me esperé a ver qué pasaba. Pero estoy seguro que le entró en el cuerpo algo de plomo. Se hundió como una gallina a la que se le corta el cuello.

-¿Dónde está Antonio?

-Huyó.

-¿Y el Reina? -siguió Colter después de una pausa. -Muerto.

Siguió un silencia que daba escalofríos a Juan. Veía a la joven levantarse apretando la blusa contra su pecho con una mano y con la otra extendida hacia la puerta, con una extraña y casi frenética mirada.

-Bueno, habla -ordenó Colter con aspereza.

-Hay muchas novedades, Colter, pero todas interesantes. Somers y yo nos llevamos a Antonio con nosotros y dejamos a su mujer con las ovejas. Nos dirigimos al cañón y subimos a la cima de aquella loma. Allí encontramos al Reina. La cosa más curiosa que te puedas imaginar. Se había sentado contra un pino para esperar a Juan Isbel, que le seguía la pista, según sospechamos, y quedó muerto así... Todavía estaba caliente cuando lo encontramos. Somers dio en seguida con una trampa que podíamos hacer. Levantó al Reina y le sentó contra el árbol otra vez y le ató un revólver a cada mano. Lo más curioso es que las dos pistolas del Reina estaban vacías. Le dejamos allí y nos fuimos a un desmonte, a unos sesenta metros, y

esperamos bastante tiempo. Pero, al fin, el mestizo llegó. ¡Es demasiado hábil, demasiado indio! No cruzó el claro, sino que le dio la vuelta y desde allí vio al Reina. Era divertido verle. Después de un momento preparó su rifle y avanzó hacia el Reina. Entonces quise yo tirar, pero Somers me elijo que era mejor esperar para asegurar el tiro. Cuando llegó hasta el' Reina, estaba medio escondido por el árbol y no le veía bien, pero yo no podía esperar más. Los dos, Somers y yo, empezamos a disparar. Somers se descubrió y entonces fue cuando Juan Isbel le vació un cargador entero del rifle y después se escapó corriendo. No tardé mucho en figurarme que se le habían acabado las municiones. Cuando le vi correr `me convencí de ello. Volvimos entonces por los caballos y echamos detrás de él. No tardé en verle correr como un venado por la loma abajo; grité y corrí detrás de él. Entonces fue cuando Antonio me dejó. Le perdí de vista y le seguí por las manchas de sangre que dejaba en las piedras, hasta que ya no pude seguirle más. Debió tirarse por alguno de los precipicios, porque de otra manera le tenía que haber visto. Encontré su rifle y aquí te la traigo para probarte 1'o que digo. Tuve que volver por todo el cañón. Está escondido en alguna parte cerca de la' pared del, Oeste, malherido, si yo sé algo del color de la sangre.

-Me asombras - rezongó Colter.

-¿Qué hacemos, Colter? -inquirió Springer con ansiedad-. Si somos listos, podemos acorralar a ese mestizo; es el último de los Isbel.

-Más que eso, es el último del equipo de Gastón Isbel -declaró Colter-. Y si puedes enseñarme la sangre de que hablas, yo le puedo seguir el rastro.

-Ya te la enseñaré -dijo el otro cuatrero-. Pero escucha, ¿no sería mejor que mirásemos si ha cruzado el cañón? No creo que lo hiciera, pero es mejor asegurarse. Lo debemos tener por algún sitio a lo largo de la pared oeste del cañón. No tiene armas; no hubiera corrido nunca de aquel modo si las tuviese. Es nuestro, Colter.

-Todavía tiene aquel cuchillo -ponderó Colter.

-No tenemos que preocuparnos por eso - afirmó el otro- Está malherido. Todo lo que tenemos que hacer es volver a buscar el rastro de sangre y seguirlo con cuidado. Estará escondido por ahí como un lobo lisiado.

-Springer, hay que acabar con ese mestizo -silbó Colter-. Daría diez años de mí, vida por meterle el cañón de mi revólver en la boca y disparar después.

-Muy bien. Pues manos a la obra. Puede ser que no tengas que perder más de diez minutos, porque te aseguro que yo sé por dónde podremos encontrarle. Yo podía haberlo hecho solo; pero, Colter, me parece que tenía un poco de miedo...

-Déjame tu caballo y ve delante -dijo Colter bruscamente.

- Yo tengo que hacer aquí en la cabaña.

-¡Ajajá!... Bueno, Colter, seguiré un poco hacia abajo y te esperaré. No quiero perseguir solo a Juan Isbel. Le tengo un poco de aprensión a aquel cuchillo que empleó con Greaves. Y me parece que debías dejar a esa pícara de Jorth mientras...

-Sí, Springer, pero tengo que atarla.

Su voz se hizo ininteligible y los pasos que se perdían atestiguaban que Springer se alejaba lentamente. Juan había escuchado con toda su atención para no perder ni una sola sílaba, mientras su mirada descansaba sobre Ellen Jorth, que estaba al lado de la puerta. Todas las líneas de su cuerpo demostraban que ella también escuchaba con atención. Estaba de espaldas a Juan, de manera que éste no podía verle la cara. Y no quería ver, pero no podía evitarlo, sus hombros desnudos. Ellen sacó la cabeza por la puerta y la retiró en seguida levantando lentamente uno de sus desnudos brazos. Era el izquierdo y llevaba las marcas de los dedos de Colter dio un pequeño grito. Sus ojos se agrandaron con una mirada fija. Se habían inclinado hacia la mano que acababa de apartar de uno de los peldaños de la escalera. Sobre la mano y la muñeca relucía una roja mancha de sangre.

Juan sintió un vuelco convulsivo en el corazón y comprendió que había dejado un rastro de sangre al empinarse por la escalera. Aquel momento le pareció el supremo, el más terrible de su vida.

Ellen se apoyó un momento en la escalera, inmóvil como una piedra, excepto por el jadeo que levantaba su pecho, y su mirada fija se transformó en un relámpago comprendiendo lo todavía incomprensible al dirigir la mirada por la escalera hasta el desván. No veía nada, pero sabía que Juan estaba allí. Una maravillosa transformación se operó en su cara y en toda su actitud. Despacio ocultó su mano ensangrentada detrás de sí, mientras con la otra sostenía aún la blusa contra su pecho.

El paso lento y tintineante de Colter volvía a sonar en el exterior. Y para Ellen era como un aliento de extraordinaria fuerza vitalizadora, de vida apasionada que animase su ser. Isbel, en aquel momento, no tenía nombre para ella. El espíritu de una mujer era desconocido para él todavía.

Ella se retiró de la puerta y se apoyó en fa pared en una actitud de extraordinaria blandura, como si el acero de su cuerpo se hubiese fundido, y, cuando Colter entraba, Juan Isbel miró con asombro aquella transformación. La veía, pero no podía comprenderla.

-Colter, he oído todo lo que te decía Springer -dijo ella. Su aspecto confundía también a Colter y su voz parecía conmoverle visiblemente.

-Bueno, ¿y qué? -contestó con rudeza poniendo uno de sus pesados pies en el umbral. La miraba con malignidad.

-Tengo miedo -suspiró ella. -¿De quién, de mí?

-No, de Juan Isbel. Puede matarte, y entonces, ¿qué sería de mí?

-¿Qué te ha dado de pronto? -rezongó él, y se movía para entrar, pero una especie de fascinación le contenía.

-Colter, hace un momento te odiaba, pero ahora, con Juan Isbel oculto por los alrededores, vigilando y dispuesto a matarte, y puede ser que a mí también, ya no te odio. Llévame contigo.

-¿Has perdido el coraje?

-¡Por Dios, Colter! ¿No lo ves? -imploró ella-. ¿No quieres llevarme contigo?

-Sí quiero, y así lo haré en seguida -replicó él sombríamente-. Pero espera a que le haya apagado las luces a ese Juan Isbel.

-No -gritó ella-. Llévame contigo, pero ahora, y me entregaré a ti y seré lo que tú quieras que sea y dejaré que hagas conmigo lo que te parezca.

Toda la gigantesca figura de Colter se estremeció. De un salto cruzó el umbral y se acercó a ella.

-¿Estoy loco o lo estás tú? -preguntó con voz sorda. En su cara se retrataba el mayor asombro.

-Sí, te quiero, Colter -suspiró ella acercándose un poco más a él, con la cara pálida levantada y sus negros ojos incomprensibles en su elocuencia misteriosa -. No tengo más amigo que tú... seré tuya... ya estoy perdida... qué importa... Si quieres, llévame contigo ahora... antes de que me mate.

-Ellen Jorth, esto es algo muy extraño -contestó él-. ¿Dijiste la verdad cuando afirmaste que no habías sido nada de Bruce?

-Sí, dije la verdad.

-¿Y por qué me insultaste con todos tos epítetos que se te vinieron a la boca?

-Estaba enfadada. Quería que me dejases sola.

-¡Enfadada! No estoy seguro de que no te hayas vuelto loca o que mientas ahora también. Hace una hora no podía ni tocarte.

-Pero ahora sí puedes... si me prometes que me llevarás lejos de aquí. Este lugar me asusta. No podría dormir aquí sabiendo que Juan Isbel está cerca. ¿Podrías tú?

-No creo que durmiese muy bien.

-Entonces vámonos.

Él movió su cabeza de águila con vehemencia y la estudió detenidamente con desconfianza. En toda su figura se manifestaba un poderoso impulso independiente de su voluntad.

-Eso de que seas ahora tan buena... -dijo con irónica entonación.

-No te acuerdes de lo pasado -contestó con una pasión tan sombría como la de él-. Ahora mi oferta está hecha.

-Tiene que haber una mentira en algo de lo que haces -murmuró él torvamente.

-¿Puedo hacer más? - preguntó ella con desdén.

-No, pero todo es mentira -contestó-. Tú quieres que te lleve a algún sitio y luego escaparte... sabe Dios qué :piensas. Las mujeres son todas mentirosas. Evidentemente no podía creer en su extraña transformación. El recuerdo de la salvaje y apasionada repulsa suya hacia todos los de su especie debía haber llegado hasta su endurecida alma. Pero su implacable naturaleza no estaba ablandada en lo más mínimo ni se habían modificado sus intenciones. Aquella actitud le asombraba y le obsesionaba con sus promesas. Tenía el aspecto de un hombre que se siente atraído por el amor y el odio; su amor le decía que volviese, pero su odio necesitaba humillarla. No una prueba de su rendimiento, sino una prueba de su vergüenza. Su ignominia deseaba otra ignominia igual.

Cualquiera que fuera la verdad en Ellen Jorth en aquel momento, más allá de la oscura inteligencia de Colter, más allá del amor de Juan Isbel, había algo que manejaba la balanza del Destino. Ella leía en la mente de Colter. Dejó caer la blusa de su mano y quedó en pie sin avergonzarse, con el seño palpitante, sus ojos negros y terribles como la noche, su cara pálida, extrañamente bella.

-Llévame contigo -imploró tendiéndole primero un brazo y luego el otro.

Colter había saltado hacia delante con la cara radiante a encontrar sus brazos, pero cuando el brazo de ella se tendía a su cuello, vio la mano y la muñeca llenas de sangre. Aquello apagó de pronto su ardor. Levantó la cabeza como un ave de presa.

-¡Sangre! -murmuró y la cogió de los brazos-. ¿Qué quiere decir esto? ¿Te has cortado? Estate quieta. Ellen no podía librar su mano.

-Me he hecho un arañazo -dijo.

-¿Dónde? ¿Y cómo te salió tanta sangre? -dejó caer bruscamente su mano y se irguió con los ojos como dos ascuas. Retrocedió lentamente y sus manos se acercaron a sus armas, mientras su mirada describía un círculo por toda la habitación. Como si tuviera el olfato y la vista de un perro de caza, su mirada se fijó directamente en el umbral de la puerta. Se estremeció y quedó rígido. Su cabeza se movió con lentitud como si buscase en el polvo con un microscopio se dirigía hacia la izquierda, hacia el primer peldaño de la escalera y desde allí ascendía al] desván. Entonces sacó el revólver y se volvió a la joven.

-Ellen, tú tienes a ese mestizo aquí - dijo con una sonrisa terrible.

Ella no habló ni se movió. Tuvo un principio de decaimiento, pero sólo resultó una transformación de su blandura en un rapto de frenesí. Y en esta transformación había la maestría que caracterizó su primer cambio. Quedaba descubierta su traición, pero ella ya sabía lo que tenía que hacer en cualquier caso.

Colter puso una de sus manos en la escalera y la retiró con la palma hacia ella para que viera la negra mancha de sangre.

-Mira.

-Si, ya veo - contestó ella.

-Todo eso de que nos marchásemos de aquí, de que te entregarías a mí, eran mentiras.

-No, Colter, te he dicho la verdad. Me iré contigo aun ahora si le perdonas - murmuró, mientras al decir la última palabra hacía un movimiento con la mano hacia el desván.

-¿Eres capaz de amar a ese mestizo, a ese Isbel? ¿De veras eres capaz de amarle?

-¡Con, toda mi alma! Y ese amor ha sido mi gloria y podía haber sido mi salvación, pero ahora me iré contigo al infierno si le perdonas.

Colter rugió una imprecación como si algo de respeto brotase del fondo de su sórdida alma.

Jorth saldría de su sepultura si este Isbel te lograse a ti.

-Apresúrate, apresúrate, antes de que venga Springer. Creo que le he oído llamar.

-No voy a perdonar ni a Isbel ni a ti -respondió él y con un gesto sombrío y significativo empezó a subir la escalera.

Juan Isbel había llegado al límite de la tensión y se preparaba para saltar sobre Colter en cuanto empezase a subir la escala. Pero Ellen, con un grito penetrante, tomó el rifle de donde lo había dejado y lo levantó apuntando.

-¡Colter!

El grito con que pronunció su nombre le dejó helado.

-Vas a perdonar a Juan Isbel. Deja caer ese revólver.

-Sí, Ellen, sí. Cuidado ahora. Dejaré que Juan Isbel se escape -tartamudeó.

-¡Suelta el revólver! ¡No te vuelvas, Colter! ¡Que te mato!

Pero ni aun entonces supo comprender el espíritu de la mujer.

Vamos, Ellen - dijo en voz más alta y enfadada, y como arrastrado por una duda fatal de la inmovilidad de ella, empezó a volverse.

Sonó una detonación. El rifle vació su contenido en el pecho de Colter, quien dio un brinco soltando el revólver; sus manos se tendieron hacia ella y en su cara se reflejó una sorpresa terrible.

-¡Dios me ayude! -murmuró con la voz ahogada por la sangre. Y la alcanzó con sus manos temblorosas-. ¡Bribona! Te voy a. . .

Otra vez sonó el! rifle. Cuando él, en su caída, se inclinó sobre ella, Ellen tuvo que saltar a un lado, y aun así su mano crispada le arrebató el rifle. Luego, en una convulsión, se dobló, tratando de incorporarse sobre sus espaldas, pero pronto quedó tendido sobre el suelo en un horrible espectáculo. La joven retrocedió con los brazos abiertos; el horror borraba la pasión de sus facciones rápido. Ellen se apoyó en la pared mirando aún a Colter.

-¡Eh! Colter, ¿qué tiros son ésos? -preguntó Springer sin aliento.

Cuando apareció su forma en el umbral, Juan volvió a reunir sus fuerzas para un salto tremendo. La mirada de Springer cayó primero sobre la mujer y quedó atónito. Después pasó a algo que había en el suelo y sus ojos reflejaron un indecible horror.

-¡Le has matado tú, bribona! -gritó-. Ellen Jorth si le has matado tú, yo... - se acercó adonde Colter yacía.

Entonces Juan se levantó silenciosamente y, como un tigre, se dejó caer en el' vacío sobre el cuatrero. Éste miró hacia el techo cuando Juan saltaba, y gritó. Uno de los pies de Juan le dio de lleno en la cara y le lanzó contra la :pared, donde dio con la cabeza. Juan cayó, pero se levantó de un salto cuando Springer sacaba su revólver. Entonces Isbel se precipitó hacia delante con un fuerte movimiento del brazo... y no miró más.' Ellen había cruzado la puerta y se alejaba corriendo por la hierba, hasta que se desplomó sobre sus rodillas. El sol, vivo y dorado, resplandecía sobre sus brazos y espaldas desnudos. Juan tenía un pie fuera del umbral cuando la vio y retrocedió para recoger su blusa, pero Springer había caído sobre ella. Tomando entonces una manta, Juan volvió a salir.

-¡Ellen, Ellen! -gritó-. Todo se ha acabado -y alcanzándola, trató de envolverla en la manta.

Ella se abrazó con fuerza a sus rodillas. Juan no veía más, que sus grandes y angustiados ojos.

-Has... has...

-Sí, toda ha acabado. La guerra Isbel-Jorth ha acabado.

-Gracias a Dios -exclamó ella con voz triste-. ¿Y tú, Juan, estás herido? ¿Era tuya aquella sangre que había en la escala?

-Sí, en el brazo. Mira, pero no es nada. Ellen, déjame que te cubra con esta manta - y envolviendo la manta alrededor de sus hombros, le rogó que se levantase, pero ella no hacía sino apretar más las rodillas de Juan, escondiendo en ellas su cara-. Ellen, no estés así arrodillada - imploró Juan.

-Juan, Juan - gimió la joven sin moverse. Trató él de levantarla, pero pesaba demasiado para su brazo herido -. Yo maté a Colter, yo le maté. Tenía que matarle; le había ofrecido que me escaparía con él...

-¡Por mí! - gritó él con ternura-. ¡Ellen, Ellen! Parece que el mundo se acaba. Sí, le mataste, pero no lo digas tantas veces. Me salvaste la vida, porque yo nunca te hubiera dejado partir con él. Sí, tú le mataste, y tú eres una Jarth y yo soy un Isbel.

Las notas de ruego y tristeza de su voz animaron a ella, que aflojó su abrazo para levantar la cabeza y mirarle. Trágica y significativa, postrada de rodillas, le conmovió.

-Sangre en mis manos -murmuró-. fue horrible matarle así, pero todo lo que me importa en este mundo es tu perdón y tu fe, que ha salvado mi alma.

-No hay nada que perdonar, chiquilla. Nada, nada, Ellen.

-Yo te engañé -gritó ella-. Yo te engañé.

-Ellen, escucha, amada mía. -El tierno llamamiento trajo la cabeza a sus rodillas-. Yo nunca creí lo que tú misma me querías hacer creer. Te lo juro por la memoria de mi madre muerta, que nunca, nunca creí lo que decían.

-Juan, ¡te amo, te amo, te amo! -exclamó ella con apasionada y exquisita ternura.

-Ellen, no puedo levantarte -dijo Juan temblando de emoción y señalando su brazo inútil -, pero puedo, por lo menos, arrodillarme junto a ti.

FIN